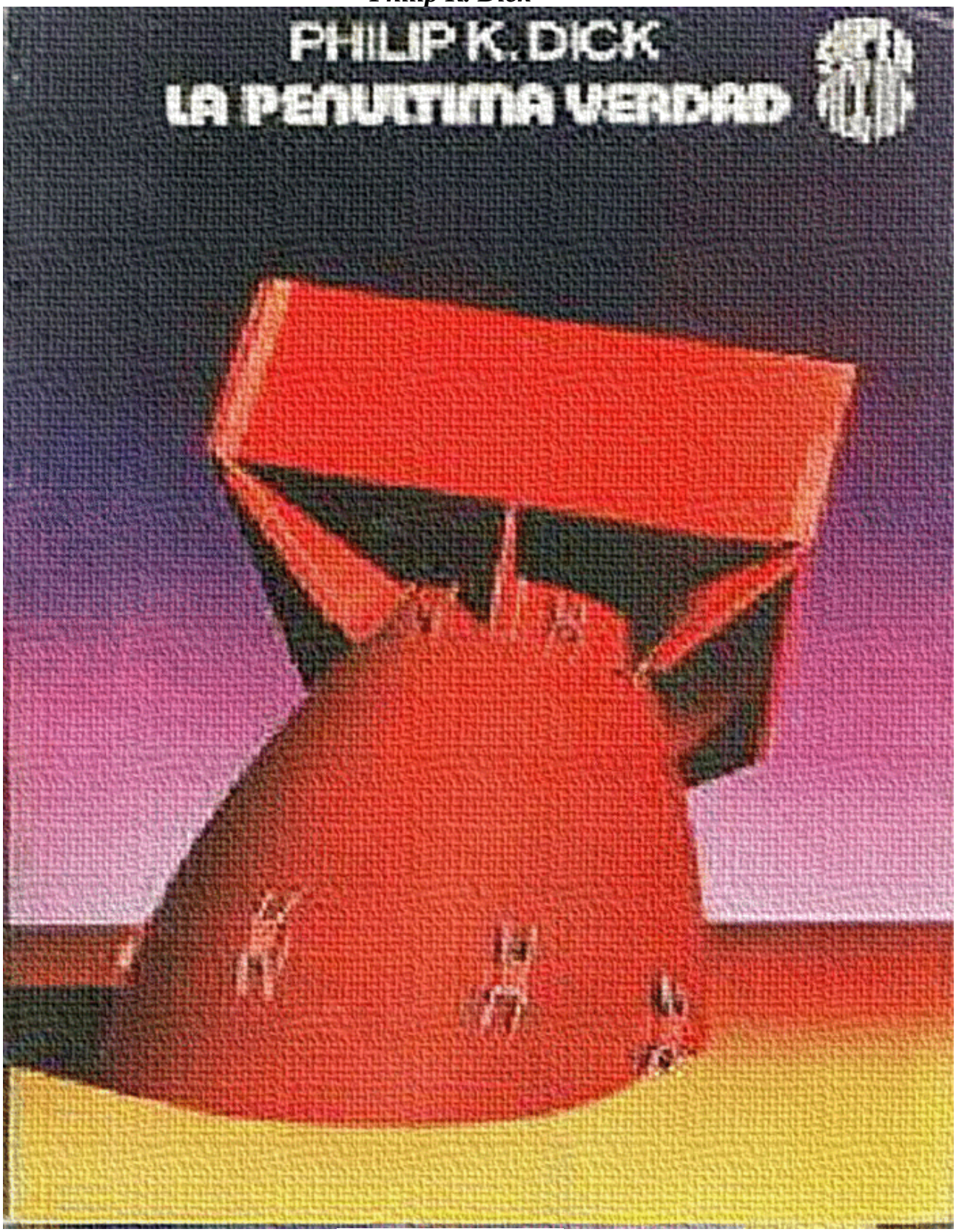
LA PENÚLTIMA VERDAD

Philip K. Dick



LIBRO dot.com
http://www.librodot.com

1

La niebla puede llegar insidiosamente desde la calle e invadir la propia casa de uno. De pie ante el inmenso ventanal de su biblioteca -una construcción digna de Ozymandias, edificada con trozos de hormigón que en otros tiempos sustentaron la rampa de entrada a la autopista de la costa-, Joseph Adams meditaba, contemplando la niebla que venía del Pacífico. Y como anochecía y las sombras empezaban a cubrir el mundo, aquella bruma le asustaba tanto como la niebla interior, que no invadía su casa pero se desperezaba y agitaba, ocupando todas las porciones vacías de su cuerpo. Por lo general, esta última niebla recibe el nombre de soledad.

-Sírveme algo de beber -dijo Colleen a sus espaldas con voz quejumbrosa.

-¿Es que se te han caído los brazos? -replicó él-. ¿Ni siquiera puedes exprimir ya el limón?

Se apartó del ventanal y del paisaje de árboles muertos, con el Pacífico al fondo y la capa de niebla en el cielo, mientras se iban espesando las tinieblas. Por un momento pensó que, en efecto, iba a servirle la bebida que le había pedido. Pero luego supo lo que tenía que hacer y dónde debía estar.

Se encaminó al escritorio con mesa de mármol que había sacado de una casa bombardeada que en otros tiempos se alzaba en la Colina Rusa, barrio que fue de la ciudad de San Francisco, se sentó ante el retorizor y pulsó el botón que lo activaba.

Colleen se marchó rezongando en busca de un robot que le sirviese la bebida. Joseph Adams, sentado ante su retorizor del escritorio, la oyó alejarse con alivio. Por la razón que fuese -aunque en este caso no quería ahondar demasiado en su mente en busca del motivo- se sentía más solo con Colleen Hackett que sin ella y, sea como fuere, el domingo por la noche siempre le salían muy mal las bebidas que preparaba: solían ser demasiado dulces, como si por error alguno de sus robots hubiese desenterrado una botella de Tokay y la hubiese empleado en vez de vermouth seco para preparar los Martinis. Lo irónico del caso, sin embargo, era que los robots jamás cometían tal error cuando actuaban por su cuenta... ¿Sería aquello un presagio?, se preguntó Joe Adams. ¿Se estarán volviendo más listos que nosotros?

En el teclado del retorizor compuso cuidadosamente el sustantivo que deseaba: *Ardilla*. Luego, tras dos largos minutos de reflexionar con su mente medio embotada, tecleó el adjetivo calificativo: *lista*.

-Muy bien -exclamó y, recostándose en el asiento, pulsó el botón de rebobinado.

Mientras Colleen regresaba a la biblioteca con un largo vaso lleno de ginebra, el retorizor empezó a reconstruir para él en audiodimensión.

-Es una vieja y sabia ardilla -dijo con su vocecita (solamente tenía un altavoz de cinco centímetros)-, pero aun así, la sabiduría que posee este animalillo no es suya, sino que se la dio la naturaleza...

-Al cuerno -exclamó iracundo Joe Adams, desconectando la elegante máquina de acero y plástico atiborrada de microcomponentes; el aparato enmudeció. Notó entonces la presencia de Colleen.

-Lo siento -dijo-. Pero es que estoy cansado. ¿Por qué Brose, el General Holt, el Mariscal Harenzany, o alguien que ocupe un alto cargo, no podrían hacer que la noche del domingo cayese entre la tarde del viernes y...?

-Querido -le interrumpió Colleen con un suspiro-, te oí teclear solamente dos unidades semánticas. Dale más para ogponer.

-Le daré mucho que ogponer. -Pulsó de nuevo el botón que ponía en marcha el aparato y tecleó una frase entera mientras Colleen, en pie a su espalda, miraba y paladeaba su bebida-. ¿Está bien así?

-La verdad, me desconciertas -observó Colleen-. No sé si amas con pasión tu trabajo o lo detestas -leyó en voz alta la frase-: «La informalísima rata muerta retozaba bajo el leño rosado que tenía la lengua atada».

Librodot

-Espera -dijo él, ceñudo-. Quiero ver que es capaz de hacer con eso este estúpido ayudante que me costó quince mil dólares Wes-Dem. Hablo en serio: estoy esperando.

Accionó el botón de rebobinado.

-¿Cuándo es el discurso? -le preguntó ella.

-Mañana.

-Pues levántate temprano.

-¡Ah, no!

Pensó que de buena mañana aún se sentía más a disgusto.

El retorizor, con su vocecita de niño, canturreó:

-Consideramos a la rata, por supuesto, como enemigo nuestro. Pero hay que tener en cuenta las grandes contribuciones que nos ha prestado únicamente en la investigación del cáncer. La humilde rata, cual siervo de la gleba, ha prestado grandes servicios a la huma...

La máquina enmudeció de nuevo cuando él pulsó furiosamente el botón.

-...nidad -dijo Colleen en tono inexpresivo, mientras se dedicaba a la tarea de examinar el busto de Epstein auténtico, desenterrado hacía mucho tiempo y que ocupaba el nicho divisorio de las estanterías de libros que cubrían la pared oeste, donde Joseph Adams tenía sus libros de consulta sobre los filmlets para la televisión del antiguo, fenecido y glorioso siglo XX, en particular los de temas religiosos y las creaciones marcianas de Stan Freberg, inspiradas en las barras de caramelo.

-¡Qué metáfora tan estúpida! -murmuró ella-. Un siervo de la gleba... Los siervos de la gleba eran aldeanos de la época medieval, y apostaría a que ni siquiera un profesional como tú sabía eso.

Asintió con la cabeza en dirección a un robot que había aparecido a la puerta de la biblioteca, atendiendo a su llamada.

-Tráeme la capa y que pongan el volador ante la entrada principal.

Volviendo hacia Joe, añadió:

-Voy a volar a mi villa.

Al ver que él no respondía, dijo:

-Joe, ensaya todo el discurso sin esa ayuda; escríbelo con tus propias palabras. Así evitarás que esas «ratas siervos de la gleba» te pongan tan furioso.

Él se dijo para sus adentros que se sentía incapaz de hacerlo con sus propias palabras y sin ayuda de la máquina; había llegado a depender demasiado de ella.

Fuera, la niebla había triunfado plenamente; con una rápida mirada de reojo vio que cubría todo el mundo y llegaba hasta la misma ventana de su biblioteca. Bien, pensó; al menos nos hemos quedado sin otra de esas puestas de sol tan radiantes, causadas por las partículas radiactivas en suspensión y que parece que van a durar toda la eternidad.

-Señorita Hacktett -anunció el robot-, su volador está ante la entrada principal y por control remoto me han comunicado que su chofer tipo II la espera con la puerta abierta. Debido a los vapores nocturnos, uno de los miembros del servicio doméstico del señor Adams la rodeará a usted de aire caliente hasta que se encuentre a buen recaudo en el vehículo.

-Atiza -musitó Joseph Adams, meneando la cabeza.

A lo que Colleen observó:

-Tú le enseñaste a hablar, querido. Tú eres el responsable de su lenguaje preciosista.

-Eso fue -respondió él acremente- porque me gustan el estilo, la pompa y el ritual. -Volviéndose hacia ella con gesto suplicante, agregó-: En un memorándum que envió directamente a la Agencia desde su propio despacho de Ginebra, Brose me dijo que este discurso tiene que girar en torno a una ardilla. ¿Qué se puede decir sobre ese animalillo que no se haya dicho ya? Que es ahorrador; que almacena granos. Todo eso por sabido se calla. ¿Hacen las ardillas alguna otra cosa, que se sepa, algo que sirva para sacar una moraleja?

Y luego pensó con tristeza: todas las ardillas han muerto. Ya no existe esa forma de vida. Pero nosotros aún seguimos alabando sus virtudes... después de haberla exterminado como especie.

Con gran determinación tecleó dos nuevas unidades semánticas en el retorizor: *Ardilla* y... *genocidio*.

Esta vez la máquina contestó:

-Ayer, cuando me dirigía al banco, me ocurrió algo de lo más divertido. Pasaba por Central Park, y resulta que...

Con incredulidad y mirando a la máquina con ojos muy abiertos, Joe dijo:

-¿Que pasabas ayer por Central Park? Debes saber que Central Park dejó de existir hace cuarenta años.

-Joe, no es más que una máquina -le recordó Colleen, quien, con la capa puesta, había regresado para darle un beso de despedida.

-Pero este chisme está loco -exclamó él, furioso-. ¡Mira que decir «divertido» cuando yo le di la palabra genocidio!... ¿Sabías que...?

-Está recordando -dijo Colleen, tratando de explicárselo; luego se arrodilló un momento para acariciarle la cara con los dedos y mirarle a los ojos-. Te quiero -le dijo-, pero te matarás; te destrozarás trabajando. Voy a enviar un oficio a Brose, desde mi despacho de la Agencia, pidiéndole que te dé quince días de permiso. Tengo algo para ti, un regalo; uno de mis robots lo desenterró cerca de mi villa, legalmente dentro de los límites de mi propiedad, pues mis robots acaban de hacer un pequeño intercambio con los del vecino que limita conmigo por el norte.

-Un libro -dijo él, excitado, sintiendo en su interior la ardiente llama de la vida.

-Y un libro especialmente bueno, auténtico, de antes de la guerra, no una copia xerográfica. ¿Sabes qué libro es?

-*Alicia en el País de las Maravillas*.

Había oído hablar tanto de él, que siempre había deseado tenerlo para poder leerlo.

-Mejor aún. Uno de esos libros tan tremendamente divertidos de hacia 1960... y muy bien conservado: con las cubiertas intactas, tanto la anterior como la posterior. Es uno de esos libros para el mejoramiento individual: *Cómo conseguí calmarme bebiendo jugo de cebolla o algo parecido. Gané un millón de dólares llevando dos vidas y media para el FBI. O...*

El la interrumpió:

-Colleen, un día miré por la ventana y vi una ardilla.

Ella lo miró fijamente y dijo:

-No.

-Le vi la cola; es inconfundible. Es redonda, gruesa y gris como un cepillo para botellas. Y saltan así. -E hizo un movimiento de vaivén con la mano para demostrárselo, intentando también evocarlo para sí mismo-. Lancé un grito e hice salir a cuatro de mis robots... -Se encogió de hombros-. Pero al cabo de un rato volvieron y me dijeron: «No está ese animal ahí fuera, dóminus», o cualquier otra observación tan inteligente como ésa.

Guardó silencio un momento. Aquello había sido, por supuesto, una alucinación hipnagógica, producida por el mucho beber y el poco dormir. El lo sabía, y también lo sabían los robots. Y ahora se lo contaba a Colleen.

-Pero, ¿y si hubiera sido verdad? -murmuró Joe.

-Escribe con tus propias palabras lo que sentiste. A mano y sobre papel... sin dictarlo a una grabadora. Lo que hubiera sido para ti encontrar a una ardilla viva y palpitante -apuntó con un ademán al retorizor de quince mil dólares-. No lo que piensa *eso*. Y...

-Y el propio Brose -añadió él- lo haría pedazos. Quizá lograse escribirlo, pasarlo en limpio y después a una cinta; hasta eso creo que llegaría. Pero no conseguiría ir más lejos de Ginebra. Porque, en efecto, yo no diría: «Animo, muchachos, continuad», sino que diría... -Se interrumpió para reflexionar, sintiéndose momentáneamente en paz-. Lo intentaré -decidió por

último, poniéndose en pie y empujando hacia atrás su viejo sillón de mimbre de California-. Muy bien, incluso trataré de hacer buena letra; a ver si encuentro un... ¿cómo se llama?

-Un bolígrafo. Piensa en tu primo Ken, el que murió en la guerra. Recuerda después que ambos sois hombres y que él era taquígrafo. Ahí lo tienes: bolas y taquígrafo, bolígrafo.

Él hizo un gesto afirmativo con la cabeza.

-Y programaré el Megavac directamente a partir de ahí. Quizá tengas razón; será deprimente pero al menos no me dará náuseas; no tendré esos espasmos del píloro.

Y se puso a buscar por la biblioteca el... ¿cómo lo había llamado ella?

El retorizor, que seguía conectado, decía con su vocecita:

-Y aquel animalillo tenía mucha sabiduría en su cabecita. Quizá más que la que usted o que yo podamos llegar a tener nunca. Y creo que podemos aprender mucho de él.

Y así seguía, en este tono. En su interior millares de microcomponentes pasaban el problema por una docena de bobinas abarrotadas de datos informáticos; podía continuar así indefinidamente, pero Joe Adams tenía algo que hacer: había encontrado ya un bolígrafo y sólo le faltaba una hoja de papel limpio. Caramba, seguro que la tenía; hizo una seña al robot que esperaba para acompañar a Colleen a su volador.

-Di al servicio -le ordenó- que me busque papel para escribir. Que registren todas las habitaciones de la villa, sin olvidar los dormitorios, ni siquiera los que no se utilizan. Recuerdo muy bien haber visto un folio o un paquete de hojas de folio... no sé si los vendían por hojas o por paquetes. Procede de una excavación.

El robot pasó la orden por contacto radiofónico directo y la villa se puso en conmoción, mientras los robots se ponían a registrar sus cincuenta habitaciones a partir del lugar donde recibieron la orden, abandonando la tarea que hasta entonces habían desempeñado. Y él, el dóminus, notaba en la planta de sus pies la bulliciosa vida de su morada. Parte de la niebla interior se disipó, sin importarle que sus servidores no fuesen más que *robots*, aquella absurda palabra con que los bautizaron los checos y que quería decir *obreros*.

Pero en el exterior, los largos dedos de la niebla arañaban la ventana.

Y él sabía que cuando Colleen se hubiera ido renovaría sus esfuerzos por entrar en la casa, por infiltrarse a través de puertas y ventanas.

Deseó que fuese lunes y encontrarse ya en la Agencia, en su oficina de Nueva York, con otros hombres de Yance a su alrededor. La vida allí no se reduciría al movimiento de cosas muertas... o, para ser más exactos, inanimadas. Sino que sería la verdadera realidad.

-¿Sabes qué te digo? -exclamó de pronto-. Mi trabajo me encanta. En realidad, no podría vivir sin él. No este...

Abarcó con un ademán la habitación en que ambos se encontraban, y luego señaló el ventanal tras el que se apelotonaba la niebla, densa y lechosa.

-Es como una droga -musitó Colleen, pero él la oyó.

-Muy bien, lo es -asintió él-. Por emplear la expresión arcaica: «Me da igual». O creo que también decían: «Por ahí me las den todas».

-Vaya lingüista que estás hecho -dijo ella con dulzura-. A fin de cuentas, y mirándolo bien, quizá deberías utilizar esa máquina después de todo.

-No -replicó él enseguida-. Tienes razón: voy a tratar de hacerlo directamente, por mi cuenta.

En cualquier momento entraría ruidosamente en la habitación uno cualquiera de sus innumerables robots, trayéndole un paquete de cuartillas en blanco; estaba seguro de haberlas visto en algún sitio. Y si no las tenía en casa, podía efectuar un trueque con un vecino, dirigiéndose -rodeado y protegido, desde luego, por su séquito de robots- a la finca de Ferris Granville, que quedaba al sur de la suya. Ferris tendría papel, pues la semana pasada le había dicho -¡santo cielo!- por el videoline de canal abierto, que estaba escribiendo sus memorias.

A saber lo que había que entender por memorias, en la Tierra de aquellos días.

2

Hora de acostarse. El reloj así lo indicaba, pero... suponiendo que se hubiera producido un fallo de corriente, como sucedió durante casi todo un día la semana anterior, el reloj podía estar atrasado varias horas. En realidad, pensó Nicholas Saint-James sombríamente, ya iba siendo hora de levantarse. Así podía ser, en efecto. Y su metabolismo corporal, después de tantos años de vida subterránea, no le servía de mucho.

En el único cuarto de baño de su cubículo, el 67-B del Tom Mix, se oía ruido de agua: su mujer se estaba duchando. Nicholas aprovechó la ocasión para registrar su tocador hasta que encontró su reloj de pulsera y lo consultó: señalaba la misma hora que el suyo; por consiguiente, debía ser aquélla. Y con todo, se sentía muy espabilado. Era por lo de Maury Souza, que hacía presa en él como un buitre y le martilleaba el cerebro. Así debe sentirse uno, pensó, cuando contrae la peste de la bolsa, cuando aquel virus invade el organismo y hace que la cabeza se dilate hasta que estalla como una inflada bolsa de papel. Quizás estoy enfermo, pensó. Enfermo de verdad. Aún más que Souza. Y Maury Souza, el mecánico jefe de su tanque-hormiguero, que había cumplido ya los setenta años, se estaba muriendo.

-Ya he terminado -dijo Rita desde el cuarto de baño. Sin embargo, la ducha no dejaba de funcionar y ella continuaba allí-. Quiero decir que puedes venir a lavarte los dientes, o ponerlos en un vaso o hacer lo que se te antoje.

«Lo que voy a hacer -pensó él- es pescar la peste de la bolsa... probablemente el último robot averiado que enviaron abajo no había sido bien esterilizado. O quizás he pescado el mal del encogimiento hediondo», idea que le produjo escalofríos, al imaginar que su cabeza, incluida la cara, podía ir disminuyendo de tamaño, hasta quedar reducida al tamaño de una canica.

-Muy bien -dijo en tono meditabundo, poniéndose a desatar los cordones de sus botas de trabajo. Sentía necesidad de estar limpio; él también se ducharía, pese al riguroso racionamiento de agua que actualmente imperaba en el Tom Mix, y que había sido impuesto precisamente por él. Cuando uno no se siente limpio, se dijo, está listo. Se puso a pensar en las muchas cosas que podían convertirle a uno en un ser inmundo: los seres microscópicos que podían caer sobre ellos, llevados por un descuidado montón de piezas mecánicas que no hubieran sido debidamente esterilizadas antes de tirarlas por el vertedero, lanzando así sobre los que estaban abajo más de cien kilos de materia contaminada; algo caliente y sucio al mismo tiempo... caliente de radiactividad e infestado de gérmenes. «Magnífica combinación», se dijo.

Desde el fondo de su mente, una voz volvió a decirle: *Souza se está muriendo*: ¿Puede haber algo más importante? Porque la cuestión era saber cuánto tiempo sobrevivirían sin ese viejo gruñón.

Aproximadamente dos semanas. Porque su turno llegaba dentro de quince días. Y esta vez, para mala suerte suya y de su tanque, el que vendría iba a ser uno de los agentes del Ministro del Interior Stanton Brose, no del General Holt. Los enviaban por rotación. Era un medio de poner coto a la corrupción, había dicho una vez la imagen de Yancy desde la gran pantalla.

Cogiendo el audífono, marcó el número de la clínica del tanque.

-¿Cómo está Souza?

Al otro extremo de la línea, la doctora Carol Tigh, que dirigía la pequeña clínica, contestó:

-No ha habido variación. Sigue consciente. Haga el favor de venir; ha dicho que quiere hablar con usted.

-Muy bien.

Nicholas colgó el aparato y, levantando la voz para que Rita le oyera sobre el ruido del agua, le dijo que se iba, y salió de su cubículo. Una vez fuera de él, en el corredor comunal, tropezó con otros habitantes del tanque que venían de las tiendas y salas de recreo e iban a

acostarse en sus cubículos: los relojes estaban bien, pensó al ver mucha gente en albornoz y zapatillas. Verdaderamente era hora de acostarse, pensó. Pero sabía que no conseguiría conciliar el sueño.

La clínica se encontraba tres plantas más abajo. Para entrar atravesó varias salas de espera vacías, pues la clínica estaba cerrada y sólo se alojaban en ella algunos pacientes graves, y después pasó frente a la sección de enfermeras; la que estaba de guardia se levantó respetuosamente para saludarle, porque al fin y al cabo Nicholas era su presidente electo. Por último llegó ante la puerta cerrada de la habitación de Maury Souza, de la que pendía el rótulo de SILENCIO: SE RUEGA NO MOLESTAR. Abrió la puerta y entró.

En la amplia cama blanca se hallaba algo liso, algo que parecía tan aplastado que sólo podía levantar la mirada, como si fuese un reflejo, algo vagamente entrevisto en una charca que, más que reflejar la luz, la absorbiese. La charca en la cual yacía el viejo era un consumidor de energía de todas clases, comprendió Nicholas al acercarse a la cama. Lo que yace aquí solamente es un cascarón vacío; le han chupado todos los jugos vitales como si hubiese caído en poder de una araña; de un mundoaraña, mejor dicho, o antes más bien, para nosotros, un submundo, una subaraña. Pero esto no le impedía seguir chupando la existencia de los seres humanos. Incluso aquí abajo.

Sin abandonar su inmovilidad supina, el viejo movió los labios:

-Hola.

-Hola, viejo cascarrabias -contestó Nicholas, acercándose una silla al lecho-. ¿Cómo te encuentras?

Al cabo de un buen rato, como si hubiese necesitado todo aquel tiempo para que le alcanzase el sentido de las palabras de Nicholas -como sí hubiera sido un largo viaje espacial-, el viejo mecánico dijo:

-No muy bien, Nick.

«No sabes lo que tienes -pensó Nicholas-. A menos que Carol te lo haya dicho desde la última vez que hablé de ti con ella». Miró al viejo mecánico preguntándose si lo sabría instintivamente. La pancreatitis era una dolencia mortal casi en el cien por cien de los casos; Carol se lo había dicho. Pero, por supuesto, nadie quiso decírselo a Souza, porque aún podía ocurrir un milagro.

-Te pondrás bien -le dijo Nicholas sin demasiada convicción.

-Oye, Nick: ¿cuántos robots hemos hecho este mes?

Él pensó si debía mentir o decirle la verdad. Souza llevaba ya ocho días hospitalizado; por lo tanto, no debía estar al corriente ni tendría manera de comprobar si le decía la verdad. Por ello le mintió:

-Quince.

-En tal caso... -Souza hizo una fatigosa pausa, mirando fijamente hacia el techo, sin volver ni por un momento los ojos hacia Nicholas, como si se sintiese avergonzado-. Aún podemos alcanzar el cupo previsto.

-¿A mí qué me importa si lo alcanzamos o no? -repuso Nicholas. Conocía a Souza, con el que había estado encerrado allí en el Tom Mix desde hacía quince años, o sea todo el tiempo que duraba la guerra-. Lo que de veras me importa es saber si...

Santo Dios, había metido la pata; la cosa ya no tenía remedio.

-Saber si saldré de aquí, ¿no es eso? -susurró Souza.

-No, hombre. Lo que yo quería decir, era que *cuándo* saldrás.

Estaba furioso por la plancha que había cometido. Y entonces vio a Carol de pie a la puerta de la habitación, enfundada en su bata blanca que le daba un aspecto muy profesional, calzando zapatos de tacón bajo y llevando su tabla de anotaciones donde, sin duda, estaba la gráfica de Souza. Sin pronunciar palabra Nicholas se puso en pie, se apartó de la cama, pasó junto a Carol y salió al corredor.

Ella le siguió, se reunió con él en el corredor vacío y dijo:

-No le doy más de una semana de vida. Así que ten mucho cuidado con lo que le digas...

-Me limité a decirle que nuestros talleres han fabricado este mes quince robots; por favor, hay que procurar que nadie le diga otra cosa.

-Según tengo entendido -repuso la doctora-, la cifra exacta son cinco.

-No, siete.

No se lo dijo porque ella fuese su médico y una persona de quien todos dependían, sino por las especiales relaciones que había entre ambos. Él nunca le ocultaba nada a Carol: aquél era uno de los vínculos emocionales que le unían a ella; aquella mujer poseía la rarísima facultad de adivinar cualquier fingimiento, incluso la mentira más inocente de la vida diaria. ¿De qué hubiera servido tratar de engañarla, pues? Carol no quería palabras bonitas: la verdad era para ella lo más importante. Y de nuevo la había obtenido.

-Entonces, eso quiere decir que no podremos servir el cupo -comentó ella en tono indiferente.

Él asintió.

-En parte, eso se debe a que nos han pasado un pedido de tres del tipo VII y esto plantea un problema en el taller. Si todos hubiesen sido tipo III o IV...

Pero no ocurrió así; nunca pasaba ni pasaría. Jamás.

Mientras durase la guerra en la superficie.

-No sé si sabías -le dijo Carol- que en la superficie disponen de artiforgs... o sea páncreas artificiales. Supongo que habrás sopesado esa posibilidad teniendo en cuenta tu cargo oficial.

Nicholas repuso:

-Pero va contra la ley. Sólo se destinan a los hospitales militares. Tienen prioridad según la categoría 2-A. Nosotros no tenemos derecho a ellos.

-Se dice que eso tiene remedio...

-Y que luego te pesquen.

Para ser sometido, no había duda de ello, a un juicio sumarísimo ante un tribunal militar y luego ejecutado. Lo mismo se hacía con los que traficaban en el mercado negro. Y en términos generales, con todos los que eran sorprendidos en la superficie.

-¿Tienes miedo de ir allá arriba? -le preguntó Carol, con la mirada alerta y brillante que parecía atravesarle el alma.

-Sí -respondió él, bajando la cabeza; y así era en efecto. Podía escoger entre vivir quince días antes de morir por destrucción del centro productor de hematíes, situado en la médula espinal, o bien vivir tan sólo una semana, antes de fallecer víctima del mal de la bolsa, del encogimiento hediondo o de la garra desnuda. La verdad es que se sentía hipocondríaco; meses atrás ya tuvo que luchar con el trauma creado por el temor a aquellas enfermedades... como prácticamente les ocurría a todos los habitantes del tanque, aunque en realidad no había habido ni un solo caso de tales epidemias en el Tom Mix, de momento.

-Podrías convocar una reunión -observó Carol- de todas aquellas personas en quienes confíes. Y pedir un voluntario.

Dios me libre; si alguien va, seré yo.

No quería enviar a nadie allá arriba porque sabía lo que iba a encontrar. Nadie regresaría porque un arma homotrópica lo sacaría de su escondrijo si no lo conseguía el tribunal, y lo seguiría hasta darle muerte. Y eso en cuestión de minutos, lo más probable.

Además, las armas homotrópicas eran espantosas; sus efectos eran atroces.

Pero Carol insistió:

-Sé cuánto deseas salvar al viejo Souza.

-Le tengo un gran afecto -admitió él-. Y eso no tiene nada que ver con los talleres, la producción, los cupos y todas esas cosas. ¿Ha negado jamás nada a nadie, en todo el tiempo que llevamos encerrados aquí? A cualquier hora del día o de la noche, si hay un escape de agua, un fallo en el suministro de energía eléctrica, un vertedero obstruido... lo que sea, él

siempre está dispuesto a acudir, para reparar, echar un remiendo y hacer que las cosas funcionen de nuevo.

Y teniendo en cuenta que Souza era oficialmente el mecánico jefe, en cada una de estas ocasiones podía enviar a uno cualquiera de sus cincuenta ayudantes y seguir durmiendo. De aquel viejo Nicholas había aprendido esta verdad: tienes que hacer las cosas tú mismo, sin depender de los subordinados.

Pues el esfuerzo de guerra, pensó, depende de nosotros. Nosotros construimos los combatientes de metal según ocho tipos básicos, mientras el Gobierno de Estes Park, los funcionarios de la Wes-Dem y Brose en persona no nos quitan ojo de encima.

Como si aquel pensamiento hubiese evocado por arte de magia una presencia invisible, una forma gris y borrosa cruzó velozmente el vestíbulo en dirección al lugar donde se encontraban él y Carol. Era el comisario Dale Nunes, siempre con prisas, siempre atareado.

-¡Nick! -Nunes, jadeante, se sacó un papel del bolsillo y empezó a leer en voz alta-. Hay un gran discurso dentro de diez minutos; conecta los circuitos de todas las habitaciones y convoca a todo el mundo en Wheeling Hall: lo veremos todos juntos, porque habrá preguntas. Se trata de algo grave. -Sus movedizos ojillos de pájaro brillaron alarmados-. Para serte sincero, Nick, por las noticias que tengo procedentes de Detroit, se ha derrumbado el último frente defensivo.

-Jesús -exclamó Nicholas, dirigiéndose con rostro ceñudo hacia una conexión próxima del circuito, que comunicaba con todos los altavoces de cada planta y habitación del Tom Mix-. Pero ya es hora de acostarse -dijo al comisario Nunes-. Muchos estarán desnudándose o en la cama ya. ¿No podrían verlo por sus pantallas individuales?

-Pero hay preguntas -replicó Nunes con agitación-. Van a aumentar los cupos debido a este revés de Detroit... es lo que yo temo. Y quiero asegurarme que todos conozcan la razón de ello llegado el caso.

No parecía nada contento.

Nicholas observó:

-Pero, Dale, tú ya sabes cuál es nuestra situación. Ni siquiera podemos...

-Tú reúnelos en Wheeling Hall. ¿De acuerdo? Ya hablaremos luego.

Tomando el micrófono Nicholas dijo, sabiendo que sus palabras resonarían en todas las habitaciones del tanque:

-Amigos, les habla el presidente Saint-James. Lamento tener que decirles que les espero a todos en Wheeling Hall en el plazo de diez minutos. Vengan tal como estén; no se preocupen por arreglarse... échense encima un albornoz. Hay noticias graves.

Nunes murmuró:

-Hablará Yancy. Estoy seguro; me lo dijeron.

-El Protector -dijo Nicholas por el micrófono, oyendo resonar su propia voz desde cada extremo del desierto pasillo de la clínica, lo mismo que resonaba en el último rincón del gran hormiguero subterráneo donde se apiñaban mil quinientos seres humanos- va a dirigirnos la palabra, según me comunican. Y luego habrá un coloquio.

Colgó el micrófono en su soporte con una sensación de derrota. Era un momento muy poco apropiado para difundir malas noticias entre la población. Y a eso se sumaba la gravedad de Souza, el cupo insuficiente y la reunión que tenía que convocar...

-Yo no puedo abandonar a mi paciente -dijo Carol.

Muy agitado, Nunes replicó:

-Pues yo tengo órdenes de reunir a todo el mundo, doctora.

-En ese caso -dijo Carol, con aquella superlativa inteligencia por la que Nicholas la temía y la adoraba al mismo tiempo-, el señor Souza tendrá que levantarse y asistir también, si usted quiere que las órdenes se cumplan al pie de la letra.

Aquellas palabras surtieron el efecto deseado: Nunes, pese a toda su rigidez burocrática y su determinación casi neurótica de cumplir a rajatabla las órdenes que le transmitían, acabó por bajar la cabeza.

-Muy bien, puede usted quedarse. -Volviéndose a Nicholas, añadió-: Vámonos.

Empezó a caminar, agobiado por su responsabilidad; su cometido primordial consistía en velar por la lealtad de los habitantes del tanque, del que Nunes era comisario político.

Cinco minutos después Nicholas Saint-James, serio y envarado, ocupaba el sillón del presidente, ligeramente más alto que los demás, en la primera fila de Wheeling Hall. A sus espaldas estaba reunida toda la población, entre susurros y pasos furtivos. Todos, incluso él mismo, contemplaban la pantalla que abarcaba desde el suelo hasta el techo. Aquélla era su ventana abierta al mundo exterior -su única ventana-, y siempre se tomaban muy en serio lo que aparecía sobre la gigantesca superficie.

Nicholas se preguntó si Rita habría oído la convocatoria o si aún estaría tranquilamente en la ducha, llamándole de vez en cuando sin recibir respuesta.

-¿Qué tal sigue el viejo Souza? -susurró Nunes al oído de Nicholas-. ¿Ha experimentado alguna mejoría?

-¿Con una pancreatitis? Vamos, tú bromeas.

Aquel comisario era idiota.

-He enviado quince memorándums a la superficie -dijo Nunes a continuación.

-Y ninguno de esos quince -dijo Nicholas- contiene la petición oficial de un páncreas artiforg que Carol podría injertarle quirúrgicamente, ¿no es eso?

-Yo solamente pedí que se suspendiese la inspección -dijo Nunes, como excusándose-. Nick, la política es el arte de lo posible; podremos conseguir una suspensión, pero no nos darán un páncreas artificial; es imposible obtenerlo. No nos queda más remedio que descartar a Souza y ascender a uno de los técnicos más capacitados, como Winston o Bobbs, o...

De pronto la gran pantalla comunal pasó del gris opaco a un blanco resplandeciente. Por el sistema de altavoces, una voz dijo:

-Buenas noches.

Las mil quinientas personas reunidas en Wheeling Hall murmuraron a su vez:

-Buenas noches.

Aquello era un mero formulismo, pues no había receptor que captase aquellas palabras y las enviase a la superficie; las líneas sólo transmitían desde la superficie hacia abajo.

-Boletín informativo -siguió diciendo la voz del locutor. Apareció una foto fija en la pantalla: mostraba unos edificios captados en plena desintegración. Acto seguido la cinta de video se puso en marcha y los edificios, con rugido semejante a un odioso redoble de tambores distantes y extraños, se desmoronaron hechos polvo; su lugar fue ocupado por una humareda y, semejantes a un ejército de hormigas, innumerables robots salieron de Detroit, corriendo en todas direcciones, como si huyeran del interior de un tarro volcado. Pero unas fuerzas invisibles los iban aniquilando sistemáticamente.

La banda sonora aumentó el volumen; los tambores parecieron acercarse y la cámara, instalada sin duda en un satélite espía de la Wes-Dem, enfocó un gran edificio público, biblioteca, iglesia, escuela o banco, o quizá todo eso combinado. La cámara lenta demostró cómo se iba desintegrando la sólida estructura, molécula a molécula. Los objetos regresaban al polvo originario. Y Nicholas pensó que podían haber sido ellos quienes estuvieran allá arriba, y no los robots, porque él de niño había vivido un año en Detroit.

Afortunadamente para todos ellos, tanto los comunistas como los ciudadanos estadounidenses, la guerra había estallado en un mundo colonial, después de una competencia donde cada bloque, la Wes-Dem o el Pac-Peop, intentó llevarse la parte del león. Porque durante aquel primer año de guerra en Marte, la población terrestre pudo refugiarse precipitadamente bajo tierra. Y aún seguimos así, se dijo él, y aunque no es una gran suerte, al menos evitamos eso; contempló fijamente la pantalla y vio fundirse un grupo de robots que -

horror de los horrores- aún seguían corriendo mientras se fundían. Apartó la mirada con disgusto.

-Es terrible -murmuró a su lado el comisario Nunes.

De pronto, en el asiento vacío al lado derecho de Nicholas, apareció Rita en albornoz y zapatillas; la acompañaba Stu, el hermano menor de Nicholas. Ambos se pusieron a mirar a la pantalla sin decirle palabra, como si él no existiese. En realidad todos cuantos se hallaban reunidos en Wheeling Hall se sentían solos, aislados, por la catástrofe que contemplaban en la gigantesca pantalla de televisión, y el locutor expresaba en voz alta lo que todos pensaban.

-Esto... era Detroit el diecinueve de mayo del año del Señor de dos mil veinticinco. Amén.

Una vez roto el escudo defensivo que protegía la ciudad, sólo requirió unos segundos irrumpir en ella y aniquilarla.

Detroit se había conservado intacta durante quince años. El Mariscal Harenzany, reunido en el protegidísimo Kremlin con el Soviet Supremo, podía ordenar a un pintor que pintase, como símbolo de un disparo perfecto, una pequeña esfera en la Sala del Consejo. Habían borrado del mapa una ciudad más de los Estados Unidos.

Y en el cerebro de Nicholas, horrorizado al ver decapitada una de las pocas capitales restantes de la civilización occidental -en la que él creía sinceramente y a la que amaba-, se insinuó de nuevo el solapado y egoísta interés personal. *Esto significa una mayor cuota de producción*. Había que producir más bajo tierra, a medida que sobre ella quedaba cada vez menos.

Nunes murmuró entre dientes:

-Supongo que ahora Yancy explicará cómo ocurrió todo. Por tanto, estemos preparados.

Por supuesto, Nunes tenía razón; el Protector nunca daba su brazo a torcer. Era inflexible como una tortura, cualidad que Nicholas admiraba mucho en él, y aquella misma inflexibilidad le impediría admitir que aquel golpe fuese mortal. Y, sin embargo...

«Nos han vencido -se dijo Nicholas-. Y ni siquiera tú, Talbot Yancy, nuestro jefe supremo político y militar, que tienes arrestos suficientes como para vivir en la superficie, encastillado en tu fortaleza de las Montañas Rocosas, ni siquiera tú, buen amigo mío, podrás reparar este daño irremediable».

-Norteamericanos todos -resonó la voz de Yancy, sin el menor asomo de desaliento. Nicholas parpadeó, admirado ante la entereza que demostraba aquel hombre. Yancy apareció impertérrito, fiel a la férrea disciplina que le habían inculcado en West Point; lo tenía todo en cuenta, lo admitía y se hacía cargo de ello perfectamente; pero ninguna emoción era capaz de hacer vacilar su mente razonadora y fría.

-Acabáis de ver -continuó Yancy en voz baja y serena, propia de un hombre maduro, de un soldado veterano de cuerpo derecho como una lanza, mente clara y vigilante que aún podría mantenerse en perfecto estado durante años... ¡Qué diferente del pobre moribundo que había dejado en el lecho de la clínica, al cuidado de Carol!-. Acabáis de ver, repito, una cosa terrible. Nada queda de Detroit y, como sabéis, sus factorías automáticas nos suministraban grandes cantidades de material de guerra. Ya no podemos contar con ellas. Pero no se ha perdido ni una sola vida humana; es lo único que no nos podemos permitir el lujo de perder.

-Muy bien -murmuró Nunes, mientras tomaba notas.

De repente Nicholas notó a su lado la presencia de Carol Tigh, con su bata blanca y sus zapatos de tacón bajo; se puso en pie maquinalmente para saludarla.

-Souza acaba de morir -le dijo Carol-. Lo puse inmediatamente en hibernación; como estaba a la cabecera de su lecho, pude hacerlo sin la menor pérdida de tiempo. Los tejidos cerebrales no habrán resultado dañados. El pobrecillo se apagó como una vela.

Intentó sonreír, pero sus ojos se llenaron de lágrimas. Aquello impresionó a Nicholas; era la primera vez que veía llorar a Carol, y se quedó horrorizado, como si estuviera viendo algo perverso.

-Nos sobrepondremos a este revés -siguió diciendo la voz transmitida desde la fortaleza de Estes Park, y de pronto la cara de Yancy apareció en la pantalla y se desvanecieron las odiosas imágenes de guerra, las nubes de polvo en suspensión o los gases ardientes. Y su lugar fue ocupado por un hombre erguido y enérgico, sentado tras una gran mesa de roble en un lugar secreto donde los soviets no lograrían alcanzarle, ni siquiera con ayuda de los terribles y mortales misiles termonucleares chinos.

Nicholas invitó a Carol a sentarse y le indicó con un gesto la pantalla.

-Cada día que pasa -siguió diciendo Yancy con orgullo, un orgullo bueno y razonable- somos más fuertes, en vez de debilitarnos. *Vosotros* sois más fuertes.

Y al pronunciar estas palabras parecía que miraba directamente a Nicholas, a Carol, a Dale Nunes, a Stu y Rita y a todos los reunidos en el Tom Mix, a todos y a cada uno de ellos con la sola excepción de Souza, que estaba muerto. Cuando estás muerto, pensó Nicholas, nadie, ni siquiera el Protector, puede decirte que eres cada vez más fuerte. Y tu muerte ha sido un poco la muerte de todos nosotros. A menos que podamos obtener ese páncreas al precio que sea, aunque proceda de turbios traficantes del mercado negro que lo hayan robado de un hospital militar.

«Tarde o temprano -se dijo Nicholas-, aunque la ley lo prohiba, tendré que subir a la superficie».

3

Cuando la gigantesca imagen de Talbot Yancy con sus férreas facciones se esfumó de la pantalla y ésta volvió a su gris opalino, el comisario Dale Nunes se levantó de un salto y, volviéndose a los reunidos, dijo:

-Quien desee hacer alguna pregunta, puede formularla ahora.

Un silencio completo reinó en el auditorio. Todos permanecieron mudos y callados, y tan quietos como les era posible.

Obligado por el cargo que ocupaba, Nicholas se levantó también y se puso al lado de Dale.

-Desearíamos que se iniciara un coloquio entre nosotros y el Gobierno de Estes Park.

Desde el fondo de Wheeling Hall le llegó una voz aguda, que lo mismo podía ser de hombre como de mujer, diciendo:

-Presidente Saint-James, ¿ha muerto Maury Souza? Lo pregunto porque veo a la doctora Tigh aquí, a su lado.

Nicholas contestó:

-Sí, ha muerto. Pero ha sido hibernado inmediatamente, por lo que aún hay esperanza. Ahora, amigos, ya habéis oído al Protector. Antes de escuchar sus palabras, hemos presenciado la destrucción de Detroit. Eso significa que debemos aumentar la producción; este mes tenemos que fabricar veinticinco robots, y el mes que viene...

-¿Qué mes va a venir? -le interrumpió una voz de entre la multitud, una voz que hablaba con amargura y resentimiento-. No habrá mes que viene para nosotros.

-Se equivoca usted -repuso Nicholas-. Podremos sobrevivir al castigo por baja producción. Voy a recordaros lo que ocurrirá. La pena inicial consiste tan sólo en una reducción del cinco por ciento en el suministro de alimentos. Después de esto pueden movilizar a algunos de nosotros, pero no se pasará de diezmarnos... un hombre por cada grupo de diez. Sólo si durante tres meses seguidos no alcanzamos las cifras de producción fijadas, nos enfrentamos al *posible*, y subrayo *posible*, riesgo de clausura. Pero siempre nos queda el recurso de apelar al Tribunal Supremo de Estes Park, y os aseguro que eso haríamos, apelar contra la sentencia, antes que someternos de brazos cruzados a la clausura.

Otra voz preguntó:

-¿Ha pedido ya un sustituto para el mecánico jefe?

-Sí -contestó Nicholas. Pero ya no queda otro Maury Souza en el mundo, pensó. Salvo en otros tanques. Y de los (¿cuál es la última cifra dada?) ciento sesenta mil tanques-hormiguero del Hemisferio Occidental, ninguno estará dispuesto a negociar la cesión de un mecánico jefe verdaderamente bueno, aun suponiendo que consiguiéramos establecer contacto con alguno de esos otros tanques. Unos cinco años atrás, los del Judy Garland, el tanque que tenemos al norte, cavaron una galería horizontal hasta nosotros para suplicarnos, con lágrimas en los ojos, que les prestásemos a Souza durante un mes. Y nosotros no quisimos.

-Muy bien -dijo el comisario Nunes con animación, al ver que nadie hacía más preguntas-. Voy a comprobar si el mensaje del Protector ha sido comprendido por todos. -Señaló a un joven matrimonio-. ¿Cuál fue la causa de que fallase nuestra pantalla defensiva en Detroit? Pónganse en pie y díganme sus nombres, por favor.

La joven pareja se puso en pie a regañadientes, y fue el marido quien contestó:

-Soy Jack Frankis y ésta es Myra, mi esposa. Nuestra derrota se debió a la introducción del nuevo misil Galateo tipo 3 por los del Pac-Peop, que se infiltra en las partículas submoleculares. O, al menos; creo que eso fue aproximadamente lo que ocurrió.

Volvió a sentarse con gesto de alivio, obligando a su esposa a hacer lo propio.

-Muy bien -dijo Nunes; la respuesta era aceptable-. ¿Y por qué la tecnología del Pac-Peop ha avanzado momentáneamente más que la nuestra? -Paseó la mirada a su alrededor, en busca de una víctima a quien interrogar-. ¿Podemos atribuirlo a un fallo de nuestra dirección suprema?

Se levantó una señora de mediana edad, con aspecto de solterona.

-Soy la señorita Gertrude Prout -dijo, presentándose a sí misma-. No, no hubo ningún fallo de nuestra dirección.

Y volvió a sentarse en seguida.

-¿A qué se debe, pues? -prosiguió Nunes, dirigiéndose a ella-. Por favor, señora, póngase en pie y responda. Gracias -dijo, cuando la señorita Prout se levantó de nuevo-. ¿Fue un fallo *nuestro*? -le preguntó Nunes solapadamente-. No me refiero a este tanque, sino a todos. Es decir, a todos los que producimos material de guerra.

-Sí -dijo la señorita Prout con su vocecita frágil y obediente-. Hemos fallado al no proporcionar...

Y se interrumpió; no sabía exactamente lo que no habían podido proporcionar. Hubo en la sala un silencio tenso y angustioso.

Nicholas decidió intervenir:

-Amigos, nosotros producimos el arma básica para la continuación de la guerra; los robots pueden actuar en una superficie radiactiva y en medio de múltiples cultivos de bacterias y del gas neural, que destruye la clinesterasa...

-La colinesterasa -le corrigió Nunes.

-...pues gracias a los robots nosotros conservamos nuestras vidas. Debemos nuestra vida, en realidad, a la obra que sale de nuestros talleres. En el fondo, eso es lo que el comisario Nunes quería decir. Es de importancia vital que todos comprendamos por qué debemos...

-Déjame seguir a mí -le interrumpió Nunes por lo bajo.

-No, Dale -repuso Nicholas-. Hablaré yo.

-Acabas de hacer la primera afirmación antipatriótica. El gas neural destructor de la colinesterasa es un invento norteamericano. Si quiero, puedo ordenarte que tomes asiento.

-Pues yo no te obedeceré -repuso Nicholas-. Esa gente está cansada y no es momento de pincharlos. Con la muerte de Souza...

-Te equivocas: es precisamente el momento más adecuado para pincharlos -repuso Nunes-. Quizás olvidas que yo me formé, Nick, en el Instituto Psiquiátrico Waffen de Berlin, y por los propios ayudantes de la señora, de modo que sé muy bien lo que me hago. -Alzó entonces la voz para dirigirse al auditorio-: Como todos ustedes saben, nuestro mecánico jefe era...

De entre la masa se levantó una voz hostil y burlona que le interrumpió:

-¿Sabe qué le digo? Le regalaremos un cucurucho de nabos, comisario. Perdón: *señor* comisario político Nunes. Luego veremos cuanta sangre es capaz de exprimirles, ¿de acuerdo?

Se oyeron murmullos de aprobación por doquier.

-Ya te lo dije -dijo Nicholas, volviéndose hacia el comisario quien, rojo y congestionado, estrujaba sus notas entre los dedos agarrotados-. ¿Ahora, quieres dejarles que se vayan a la cama?

Por toda respuesta, Nunes dijo en voz alta:

-Ha surgido un desacuerdo entre vuestro presidente electo y yo. Como solución de compromiso, voy a formular sólo una última pregunta.

Hizo una pausa, paseando su vista por el rostro de los reunidos, que esperaban, temerosos y cansados. El que antes había manifestado hostilidad guardó silencio; Nunes los tenía intimidados porque era la única persona del tanque que no era un simple ciudadano, sino un funcionario de la Wes-Dem y le bastaría una orden para hacer descender a un escuadrón de policías o, si los agentes de Brose no estuviesen a mano, podía llamar a un comando de los veteranos robots armados del General Holt.

-El comisario -anunció Nicholas- os hará una sola pregunta. Y luego, si Dios quiere, nos iremos todos a la cama.

Después de estas palabras tomó asiento.

Nunes, con expresión meditabunda, articuló con voz lenta y fría:

-¿Qué podemos hacer por el señor Yancy, para compensarle por nuestros fracasos?

Nicholas gimió interiormente. Pero nadie, ni siquiera él, poseía poder legal o de otro tipo para pararle los pies a aquel hombre, a quien la voz hostil procedente del público había llamado antes, correctamente, su comisario político, Aunque mirándolo bien y con arreglo a la ley, tal cosa no era totalmente perjudicial, porque gracias al comisario Nunes existía un vínculo humano directo entre el tanque y el Gobierno de Estes Park; en teoría al menos, ellos podían interpretar al Gobierno a través de Nunes, lo cual permitía que, incluso en medio de una guerra mundial, existiese diálogo entre los tanques y sus gobernantes.

Pero a los habitantes del tanque no les gustaba verse sujetos a las autoritarias tácticas de Dale Nunes cada vez que a éste -o, mejor dicho, a sus superiores de la superficie- le viniera en gana. Y aquel momento en particular, cuando todos estaban deseando acostarse, no era de los más apropiados. Pero, … ¿qué alternativa les quedaba?

Una vez sugirieron a Nicholas (y él, haciendo un gran esfuerzo, olvidó deliberadamente y cuanto antes los nombres de quienes acudieron a él con la sugerencia) que se podía hacer desaparecer al comisario político cualquier noche sin que nadie se enterase. No, repuso Nicholas. Sería peor el remedio que la enfermedad, porque nos enviarían a otro. Y... además, Dale Nunes es un hombre, no una fuerza. Y era preferible tratar con él y no con una *fuerza* abstracta como el gobierno de Estes Park, que aparecía en la pantalla de televisión, donde se le podía ver y oír... pero sin posibilidad de réplica.

Por ello, pese a la antipatía que experimentaba hacia el comisario Nunes, Nicholas comprendía que su presencia en el Tom Mix era un mal necesario. Los extremistas que una noche se acercaron a él para proponerle la solución fácil e instantánea al problema que representaba el comisario político, quedaron totalmente convencidos por sus argumentos, y finalmente consiguió disuadirlos de su descabellada idea. O al menos así lo creía Nicholas.

Lo cierto era que Nunes seguía con vida. En apariencia, pues, los extremistas habían aceptado sus argumentos... y el episodio se remontaba a tres años atrás, cuando Nunes empezó a practicar sus actitudes intimidatorias.

Se preguntó si Dale Nunes habría adivinado la conjura que se tramaba contra él, y si imaginó cuán cerca estuvo de ser asesinado, y que fue precisamente Nicholas quien disuadió a quienes querían ejecutarlo.

Sería muy interesante conocer la reacción de Nunes. ¿De gratitud? ¿O acaso de... desprecio?

En aquel preciso instante, Carol le hizo una seña en presencia de todos los reunidos en Wheeling Hall. Mientras Dale Nunes paseaba su mirada por el público en busca de alguien que quisiera responder a su pregunta, Carol, incomprensiblemente, hacía señas a Nicholas para indicarle que saliera con ella de la sala.

Rita, sentada a su lado, se dio cuenta de ello pero siguió mirando fijamente hacia delante con rostro impasible, como si no hubiese visto nada. Y como Dale Nunes ya había encontrado a su víctima, lo vio también y frunció el ceño.

No obstante, Nicholas recorrió obedientemente con Carol el pasillo central y ambos salieron de Wheeling Hall, reuniéndose en el corredor desierto.

-¿Se puede saber qué demonios quieres? -fue lo primero que él le espetó al encararse con ella.

Se había fijado en la furibunda mirada que Nunes les dirigió cuando se fueron... aquello iba a traer cola.

-Quiero que pongas el visto bueno al certificado de defunción -le dijo Carol, encaminándose hacia el ascensor-. El del pobre Maury, claro...

-Pero ¿tiene que ser ahora?

Estaba seguro de que había algo más.

Carol dio la callada por respuesta y ambos guardaron silencio mientras el ascensor los bajaba a la clínica, al frigorífico donde estaba encerrado el cuerpo helado de su amigo... Echó una breve ojeada bajo la sábana y luego salió de la cámara frigorífica para estampar su firma al pie de los documentos que Carol había preparado por quintuplicado, todos ellos pulcramente mecanografiados y a punto para ser enviados por videolínea a los burócratas de la superficie.

Entonces Carol se desabrochó su bata blanca y sacó un diminuto instrumento electrónico que llevaba oculto debajo, y que Nicholas conoció ser un audiograbador miniaturizado para misiones de espionaje. Ella extrajo la cinta, abrió con una llave el cajón de acero de un armarito que parecía destinado a guardar medicamentos... y por un instante aparecieron ante su vista otras cintas e instrumentos electrónicos, que nada tenían que ver con la práctica de la medicina.

-¿Qué pasa? -preguntó él cautelosamente. Era evidente que ella había querido que él viese aquello, el audiograbador y el archivo de cintas que guardaba a escondidas de todos. El la conocía más íntimamente que cualquier otro habitante del Tom Mix; sin embargo, aquello le dejó estupefacto.

Carol dijo entonces:

-He hecho una audiograbación del discurso de Yancy. Al menos, de la parte del mismo que pude oír.

-¿Y esas otras cintas que guardas ahí?

-Son de discursos anteriores de Yancy. De discursos que pronunció el año pasado.

-¿Es legal eso?

Mientras reunía las cinco copias del certificado de defunción de Maury Souza y las insertaba en la ranura del transmisor Xerox que las enviaría a los archivos de Estes Park, Carol contestó:

-En realidad, es completamente legal. Ya me preocupé de averiguarlo.

-A veces pienso que estás loca -dijo él, más aliviado.

La mente de Carol, en efecto, siempre tomaba el derrotero más inesperado, con su plenitud de ecos y centelleos de inteligencia, lo que siempre conseguía dejarle a él totalmente desconcertado; nunca lograba ponerse a su altura, y esto no hacía más que aumentar el temor y el respeto que le inspiraba.

-Explícate -le dijo.

-Habrás observado -dijo Carol- que Yancy, en sus discursos del mes de febrero, al emplear la expresión francesa *coup de grâce*, pronunció esta última palabra *gras*. Y en marzo pronunció la misma frase... -sacó del armarito de puertas de acero un diagrama con anotaciones, que se puso a consultar-. Eso es. El 12 de marzo, la pronunció *cu de grah*. Y luego, en abril, exactamente el 15, volvió a decir *gras*.

Dirigió una viva mirada de reojo a Nicholas.

Este se encogió de hombros, cansado y molesto.

-Oye, Carol, ahora no estoy para esas cosas; lo único que quiero es acostarme. Ya hablaremos de ello en cualquier otro mo...

-Luego -le atajó Carol, inflexible-, el 3 de mayo volvió a emplear este término en uno de sus discursos. Fue aquel discurso memorable en el que nos comunicó la total destrucción de Leningrado por nuestras fuerzas... -Levantó la mirada de su diagrama-. Aquí volvió a decir *cu de grah*. Sin la S. Como lo pronunciaba antes.

Volvió a guardar sus notas en el armarito y acto seguido lo cerró con llave. El observó que no sólo lo hacía con una llave corriente de metal, sino mediante una presión con la yema de sus dedos. Aunque alguien se hiciera con un duplicado de la llave, o con la auténtica, no podría abrir el armarito, al no tener sus huellas dactilares. Sólo ella podía abrirlo.

-¿Adónde quieres ir a parar?

A lo que Carol contestó:

-Ni yo misma lo sé. Pero aquí hay gato encerrado. ¿Quién libra las batallas de la superficie?

-Los robots, claro.

-¿Y dónde están los seres humanos?

-¿Qué es eso? ¿El comisario Nunes otra vez, interrogando a la gente que se cae de sueño y está deseando acostarse?

-Están en tanques-hormiguero -dijo Carol, contestando a su propia pregunta-. Enterrados, como nosotros. Ahora bien: cuando solicitamos un artiforg, nos dicen que sólo pueden tenerlo los hospitales militares, que suponemos deben estar en la superficie.

-No sé -repuso él- ni me importa dónde están los hospitales militares. Lo único que sé es que éstos gozan de prioridad y nosotros no.

Carol observó entonces:

-Pero, hombre de Dios, si son robots quienes hacen la guerra, ¿para qué se necesitan los hospitales militares? ¿Para los robots? Nada de eso, porque cuando se averían los envían a talleres de reparación, entre ellos al nuestro. Y un robot es un artefacto mecánico que no posee páncreas. Hay algunos seres humanos en la superficie, por supuesto: los miembros del Gobierno de Estes Park y, por el lado soviético, los del Pac-Peop, ¿Serán para ellos los páncreas?

Él guardó silencio; los argumentos de Carol le habían dejado completamente desconcertado.

-Hay aquí algo que no cuadra -prosiguió ella-. No puede haber hospitales militares, sencillamente, porque no hay paisanos ni soldados que puedan resultar heridos en la lucha y necesitar trasplantes de páncreas. Y, sin embargo... se niegan a servir los artiforgs. En mi caso, por ejemplo, para Souza, aun sabiendo que Souza era imprescindible para nosotros. Piensa en ello, Nick.

-Hum... -murmuró éste.

Carol, muy tranquila, le dijo:

-Más valdrá que se te ocurra algo mejor que un simple «hum», Nick. Y cuanto antes, mejor.

4

A la mañana siguiente, tan pronto como despertó, Rita le espetó sin más preámbulo:

-Anoche te vi salir de la sala con esa mujer... con esa Carol Tigh. ¿Se puede saber a dónde fuisteis?

Nicholas, soñoliento y confuso, sin afeitarse todavía y sin haber podido siquiera humedecerse la cara con agua fresca ni limpiarse los dientes, murmuró con voz estropajosa:

-A firmar el certificado de defunción de Souza. Mero trámite.

Arrastrando los pies, se fue al cuarto de baño, que él y Rita compartían con el ocupante del cubículo de la derecha... y halló la puerta cerrada.

-Oye, Stu -dijo-, haz el favor de abrir la puerta cuando acabes de afeitarte.

La puerta se abrió al instante y vio a su hermano menor ante el espejo, afeitándose con expresión cohibida.

-Pasa, no te preocupes por mí -le dijo Stu.

Su cuñada Edie dijo con voz aguda desde su cubículo:

-Hemos llegado los primeros al cuarto de baño esta mañana, Nick; anoche tu mujer lo ocupó durante una hora entera, duchándose. Así que haz el favor de esperar.

Sin ocultar su contrariedad, él cerró la puerta del baño. Se dirigió a la cocina -que afortunadamente no compartía con nadie- sin dejar de arrastrar los pies, y se puso a calentar el café. Era de recuelo y se limitó a calentarlo; no se sentía con fuerzas para moler más y, por otra parte, su ración de granos de café sintético andaba muy escasa. Se les acabaría mucho antes de fin de mes, y entonces tendrían que pedirlo prestado o hacer alguna clase de trueque con otros ocupantes del tanque, ofreciéndoles, por ejemplo, azúcar, que tanto él como Rita apenas consumían, a cambio de los pequeños granos de café sucedáneo.

Sin embargo, pensó, yo sería capaz de consumir cantidades ingentes de granos de café. Si tal cosa existiese. Pero, como todos los demás artículos, los granos de café sintético (*gr-cf-sin*, tal como venía en las facturas) estaban rigurosamente racionados. Y después de tantos años de racionamiento él ya se había acostumbrado... en apariencia. Pero su cuerpo seguía pidiéndole café.

Aún recordaba el sabor que tenía el café auténtico, el café de los días anteriores a la vida en los tanques. El tenía entonces diecinueve años; seguía su primer curso de universidad y había empezado a saborear el café en vez de la leche con malta que le daban de niño. Empezaba a sentirse un hombre cuando... todo se derrumbó.

Pero como habría dicho Talbot Yancy, con expresión radiante o ceñuda según conviniese: «Al menos, no fuimos reducidos a pavesas como temíamos, porque dispusimos de todo un año para excavar refugios subterráneos, cosa que nunca debemos olvidar». Y Nicholas no lo olvidaba; mientras recalentaba el café sintético de la noche anterior se vio a sí mismo reducido a pavesas quince años antes, o la colinesterasa de su organismo destruida por aquella horrenda invención bélica norteamericana, el gas neural, el arma más terrible creada hasta la fecha por los dementes que ocupaban puestos elevados en lo que antaño había sido Washington, D.C. Ellos, por su parte, poseían el antídoto, la atropina, y, por tanto, estaban a salvo de aquel gas fabricado en la planta de Productos Químicos de Newport, en Indiana occidental, según contrato con la aún famosa F.M.C. Corporation, aunque no de los misiles de la URSS. Y apreció el valor de todo ello y se alegró, congratulándose por estar allí vivo y poder tomarse aquel brebaje sintético, pese a su gusto amargo y repelente.

La puerta del baño se abrió y Stu dijo:

-Ya he terminado.

Cuando Nicholas se dirigía hacia el baño, llamaron con los nudillos a la puerta del cubículo.

Inclinándose ante las obligaciones que le imponía su cargo, Nicholas fue a abrir la puerta y vio ante sí lo que indudablemente era una comisión: Jorgenson, Haller y Flanders acudían de

nuevo a él. Eran los extremistas del tanque. Detrás de ellos vio a Peterson, Grandy, Martino, Giller y Christenson, que les apoyaban. Lanzó un suspiro y les franqueó la entrada.

Los miembros de la comisión entraron en silencio en el cubículo, que pronto quedó abarrotado. Tan pronto como se cerró la puerta exterior, Jorgenson dijo:

-Queremos que sepa lo que vamos a hacer, señor presidente. Hemos estado reunidos hasta las cuatro de la madrugada, elaborando un plan: que vamos a exponerle.

El hombre hablaba en voz baja, pero con acento enérgico y decidido.

-¿De qué plan me habla? -le preguntó Nicholas, aunque sabía muy bien lo que iban a decir.

-Hemos de acabar con ese comisario político, con Nunes, en una palabra. Simularemos un altercado en la planta veinte; el acceso a ella es difícil por el obstáculo que representan las pilas de recambios para robots. El necesitará media hora para poner fin a la pelea. Y eso le dará a usted el tiempo suficiente.

-¿Quieren café? -dijo Nicholas, volviendo a la cocina.

-Tiene que ser hoy -continuó Jorgenson.

Sin responder, Nicholas se tomó otro café. Y deseó hallarse en el cuarto de baño, encerrado donde ni su mujer ni su hermano ni su cuñada, y menos que nadie aquella comisión, pudieran llegar a él. Ni siquiera Carol, pensó. Por un momento deseó ir y encerrarse en el cuarto de baño, para sentarse y meditar allí en soledad y en silencio.

Así quizá se le ocurriría algo que hacer. Y se encontraría a sí mismo. No a Nicholas Saint-James, presidente del tanque-hormiguero Tom Mix, sino a sí mismo, al hombre, y así acaso sabría de verdad si el comisario Nunes tenía razón y si la ley era la ley. O si quien tenía razón era Carol Tigh, y si había algo falso o equivocado, que ella hubiese descubierto con su colección de grabaciones de los discursos de Yancy pronunciados el año anterior. «*Coup de grace* -pensó-. Efectivamente, eso puede ser para mí: el golpe de gracia, la puntilla».

Regresó para enfrentarse con la comisión de extremistas, llevando la taza de café en la mano.

-Conque tiene que ser hoy -dijo, repitiendo las palabras de Jorgenson, hombre que no le caía particularmente simpático. Era un tipo corpulento, de cuello de toro, rudo y aficionado a la cerveza.

-Se ha de hacer lo antes posible -terció el llamado Haller hablando en voz baja, pues había notado la presencia de Rita, quien se estaba arreglando el peinado ante el espejo y le ponía nervioso... A decir verdad, todos cuantos formaban parte de la comisión estaban nerviosos. Se veía a la legua que le tenían miedo al policía, al comisario político. Pero de todos modos habían tenido arrestos suficientes para acudir a Nicholas.

-Permítanme que les exponga la situación en lo que se refiere a los artiforgs -empezó a decir éste, pero Flanders le interrumpió en seguida.

-Sabemos cuanto hay que saber. Todo cuanto *deseamos* saber. Oiga, presidente; estamos al tanto del complot que ellos han tramado.

Los seis o siete miembros de la comisión lo fulminaron con miradas nerviosas, en las que se leía cólera y frustración; el pequeño cubículo -en realidad, de dimensiones standard- que servía de vivienda a Nicholas se cargó con una atmósfera de desasosiego.

-¿Quiénes son ellos? -preguntó Nicholas.

Respondió Jorgenson:

-Los mandamases de Estes Park. Los que lo llevan todo. Los que ordenan a las sabandijas como Nunes a quién tienen que enchiquerar.

-¿Y en qué consiste ese complot?

-Pues consiste -dijo Flanders, casi tartamudeando por efecto de su nerviosismo- en que andan escasos de comida y buscan un pretexto para ir suprimiendo tanques, ahora éste y después aquél; no sabemos cuántos quieren eliminar, obligando a sus ocupantes a subir a la superficie para que mueran... tal vez muchos, o sólo unos pocos... eso depende de lo grave que esté la situación alimenticia allá arriba.

-Así, ya ve usted -dijo Haller en tono suplicante a Nicholas, y alzando la voz (uno que estaba a su lado le dio un codazo y él inmediatamente se puso a hablar en susurros)-, que ellos necesitan un pretexto. Y lo tendrán cuando nosotros no consigamos servirles el cupo mensual de robots. Y anoche, después de la película sobre la destrucción de Detroit, cuando Yancy anunció que debíamos incrementar la producción... nosotros comprendimos la jugada: todos los tanques que no puedan cumplir las nuevas cuotas de producción serán clausurados. Eso es lo que nos ocurrirá a nosotros. Y allá arriba... -apuntó con el índice al techo- moriremos todos como ratas.

Rita, sin dejar de mirarse en el espejo, intervino con voz áspera para decir:

-Pero no os importa que Nicholas muera subiendo a la superficie en busca del artiforg ese.

Haller giró sobre sus talones y se volvió hacia ella para replicarle:

-Señora Saint-James, su marido es nuestro presidente; nosotros lo elegimos y lo hicimos precisamente para eso... para que nos ayude cuando sea necesario.

-Nick no es vuestro padre -dijo Rita- ni puede hacer milagros. Tampoco pertenece al Gobierno de Estes Park. No puede fabricar de la nada un páncreas artificial, ni puede...

-Aquí tiene usted este dinero -la interrumpió Jorgenson, tendiéndole a Nicholas un grueso sobre-. Está todo en billetes de quinientos de curso legal en la Wes-Dem. En total hay cuarenta, lo que suma veinte mil dólares Wes-Dem. A última hora de la noche, cuando Nunes ya se había ido a dormir, organizamos una colecta en todo el tanque.

Aquella suma representaba los salarios de media población del tanque durante... bajo la tensión del momento, no pudo calcularlo. Pero eran los salarios de mucho, mucho tiempo. La comisión no se había quedado mano sobre mano.

Rita dijo a los visitantes en el mismo tono áspero:

-Bien; si ese dinero lo habéis reunido vosotros, echadlo a suertes y no le carguéis el muerto a mi marido. -Para añadir luego, con voz más suave-: Nunes no se dará cuenta de la ausencia de uno de vosotros; en cambio, si se va Nick, lo notará. Si no es él, pueden pasar varios días antes de que se entere, pero si Nick desaparece, Nunes comprenderá y entonces...

-¿Y entonces qué, señora Saint-James? -la atajó Haller con decisión, aunque cortésmente-. Nada podrá hacer Nunes cuando el presidente Saint-James haya subido a la superficie por el tubo del montacargas.

Pero Rita insistió:

-De acuerdo, Jack. Pero Nunes lo ejecutará cuando regrese.

Entretanto, Nicholas pensaba para sus adentros: Lo peor del caso es que probablemente ni siquiera regresaría.

Con evidente y clara aprensión, Jorgenson metió la mano en el bolsillo de su mono de trabajo y sacó un pequeño objeto plano, que parecía una pitillera.

-Señor presidente -dijo con voz ronca y en tono digno y serio, como si fuese a hacerle entrega oficial de un regalo-: ¿Sabe lo que es esto?

«Naturalmente -pensó Nicholas-, es una bomba de fabricación casera. Y si hoy me niego a ir, la instalarás en algún rincón de mi cubículo o de mi despacho, pondrás en funcionamiento su mecanismo de relojería, y yo volaré por los aires hecho pedazos, acompañado probablemente de mi mujer y quizá también de mi hermano, mi cuñada o quienquiera que esté en mi despacho conmigo cuando el artefacto estalle, si es que decides instalarlo en mi despacho. Y entre vosotros hay electricistas; profesionales de la electrónica y del montaje de circuitos miniaturizados, como lo somos todos hasta cierto punto... O sea que habréis fabricado una bomba perfecta, con el ciento por ciento de probabilidades de no fallar. En consecuencia, si me niego a ir a la superficie, los miembros de la comisión aquí reunida me liquidarán; de eso puedo estar absolutamente seguro; liquidando de paso a otras personas inocentes que puedan encontrarse conmigo. Por otra parte, si accedo a ir, alguno de los chivatos que Nunes tiene entre los mil quinientos ciudadanos del tanque le dará el soplo, y

hará que me maten a tiros cuando esté a medio camino en mi viaje ilegal a la superficie... pues no hay que olvidar que estamos en guerra e impera la ley marcial».

Entonces Flanders dijo:

-Oiga, señor presidente: usted piensa que tendrá que arriesgarse a subir por el montacargas, donde siempre hay robots subiendo o bajando compañeros suyos averiados... pero hay otra solución.

-Un túnel -dijo Nicholas.

-Sí. Lo abrimos esta mañana temprano, cuando se puso en marcha la factoría automática, que ahogó el ruido de la excavadora y de los demás aparatos que tuvimos que emplear. Es absolutamente vertical. Una obra de arte.

Jorgenson añadió:

-Desemboca en el techo de la habitación BAA de la primera planta; es un almacén para transmisiones de los robots tipo II. Hemos instalado una cadena que está anclada -muy bien asegurada, palabra- en la superficie, oculta entre unos...

-Mentira -le atajó Nicholas.

Parpadeando, Jorgenson repuso:

-No, palabra...

-No se puede excavar una galería vertical hasta la superficie en dos horas -objetó Nicholas-. ¿Cuál es la verdad?

Tras una larga pausa, Flanders murmuró con desaliento:

-En realidad, hemos abierto sólo el comienzo del túnel. Tiene unos catorce metros. A pie de obra hemos dejado una excavadora portátil. Nos proponíamos dejarle a usted en el túnel, con equipo de oxígeno, y luego sellar la boca para amortiguar las vibraciones y el ruido.

-Y entonces -añadió Nicholas- yo tendría que quedarme en el túnel y continuar abriéndome paso hasta salir. ¿Cuánto tiempo han calculado que necesitaré, trabajando solo y únicamente con esa pequeña excavadora portátil, muchísimo menos potente que una de las grandes?

Tras una pausa, un miembro de la comisión murmuró:

-Dos días. Ya hemos preparado alimentos y agua... en realidad, es uno de esos trajes de astronauta que se utilizaban cuando aún había viajes a Marte. Es de los que regulan automáticamente la humedad, eliminan las deyecciones, etcétera. Sería mucho mejor que tratar de ascender por el montacargas, que siempre está infestado de robots, sobre todo arriba.

-Sí, y con Nunes abajo -repuso Nicholas.

-Nunes estará tratando de poner paz en la planta...

-Muy bien -dijo Nicholas-. Iré.

Todos le miraron, boquiabiertos.

Rita no pudo contener un sollozo y un sofocado grito de desesperación.

Dirigiéndose a ella, Nicholas dijo:

-Es mejor que saltar en pedazos por los aires. Esta gente habla en serio.

Y señaló el paquetito aplanado que sostenía Jorgenson. *Ipse dixit*, murmuró para sus adentros; entiendo su lenguaje. Es un axioma que no precisa demostración. Y, en este caso, prefiero no ver la demostración; incluso nuestro comisario político, Nunes, se quedaría aterrado ante lo que es capaz de hacer este artefacto.

Se metió en el cuarto de baño y cerró la puerta con llave a sus espaldas. Para tener un momento de sosiego, por breve que fuese. Para ser un simple organismo bioquímico, y no el presidente Saint-James del antiséptico tanque comunal habitado subterráneo Tom Mix, fundado en junio de 2010, durante la Tercera Guerra Mundial; más de dos mil años *después* del nacimiento de Jesucristo.

Lo que yo tendría que hacer, se dijo, es regresar, no con el artiforg, sino con el mal de la bolsa para todos vosotros. Para contagiároslo del primero al último.

Su propio resentimiento le sorprendió. Por supuesto, era superficial. La realidad es que soy un hombre acobardado, pensó mientras abría el grifo del agua caliente para afeitarse. No me

gusta la idea de estar encerrado cuarenta y ocho horas en ese túnel vertical, esperando a que Nunes venga a por mí desde abajo o que una brigada de la policía de Brose capte el ruido de mi excavadora desde arriba. Y, si ninguna de estas dos cosas ocurre, salir a un terreno radiactivo, cubierto de ruinas y asolado por la guerra. Era lanzarse de cabeza al abismo letal del que todos habían huido. Y se dijo: «No quiero salir a la superficie, ni que sea por una causa necesaria».

Se despreció a sí mismo por su actitud; le costaba mirarse al espejo cuando empezó a darse jabón en las mejillas. Comprendió que no iba a poder afeitarse. Abrió entonces la puerta del baño que daba a la habitación de Stu y Edie y dijo:

-Oye, ¿puedes prestarme tu máquina de afeitar eléctrica?

-Sí, hombre -le dijo su hermano menor, entregándosela.

-¿Qué te pasa, Nick? -le preguntó Edie, con una compasión desusada en ella-. Santo cielo, tienes muy mala cara.

-No me extraña -dijo Nicholas, sentándose para afeitarse en su cama aún por deshacer-. A veces resulta muy difícil hacer lo acertado.

No tenía ganas de contárselo, así que guardó un meditabundo silencio.

5

Joseph Adams cruzaba en su volador, sobre la campiña verde, los campos, los prados, el vasto mundo de los bosques norteamericanos entre los que asomaba algún que otro grupo de edificios, de fincas situadas en los lugares más extraños e inesperados. Viajaba desde su propia finca del Pacífico, donde él era dóminus, a la Agencia de Nueva York, donde era sólo un hombre de Yance entre otros muchos. Su ansiado día de trabajo, el lunes, había llegado al fin.

A su lado, en el asiento contiguo, llevaba una cartera de cuero con las iniciales JIWA en letras de oro, que contenía el texto de su discurso escrito a mano. Apiñados en el asiento trasero iban cuatro robots de su séquito personal.

Entretanto sostenía por videófono una animada conversación con Verne Lindblom, su colaborador de la Agencia. Verne, que no era hombre familiarizado con el manejo de ideas ni palabras, sino un artista plástico, en el puro sentido visual, se hallaba en mejor posición que Joseph Adams para saber exactamente lo que planeaba y estaba preparando en el estudio el superior de ambos, Ernest Eisenbludt, que se hallaba en Moscú.

-Ahora le toca a San Francisco -estaba diciendo Lindblom-. Ya he empezado a construirlo.

-¿A qué escala? -le preguntó Adams.

-A escala unidad.

-¿Quieres decir a tamaño natural? -dijo Adams, incrédulo-. ¿Y Brose ha dado el visto bueno a eso? Espero que no sea otra idea delirante de Eisenbludt...

-Sólo una parte de la ciudad: Nob Hill, desde donde se dominaba la bahía. Tardaremos cosa de un mes en construirlo; no hay prisa. Por cierto, anoche pasaron esa secuencia de Detroit.

Lindblom parecía aliviado. A decir verdad, como jefe maquetista podía quedar tranquilo. Los hombres con ideas ciertamente no abundaban, pero lo que es los maquetistas... ésos formaban un gremio cerrado en donde ni siquiera Brose y sus agentes podían penetrar. Eran como los antiguos constructores de vitrales en Francia: si desaparecieran, se perdería con ellos el secreto de su arte.

-¿Quieres oír mi último discurso?

-No, gracias -dijo Lindblom con ironía.

-Lo he escrito a mano -prosiguió Adams fingiendo modestia-. Mandé al infierno aquel condenado aparato: al fin acabaría por hablar como él.

-Oye -le interrumpió Lindblom, hablando con repentina seriedad-. He oído un rumor. Dejarás de escribir discursos y te pondrán a trabajar en un proyecto especial. No me preguntes cuál es; mi informante no me lo dijo. -Y añadió-: Era un agente de Foote.

-¡Hum...!

Adams trató de mantener la calma, de mostrarse flemático. Pero interiormente se sentía intranquilo. Era indudable, puesto que aquello iba a tener prioridad sobre su trabajo normal, que la orden había partido de las oficinas de Brose. Ni éste ni sus proyectos especiales le hacían mucha gracia. Aunque, ¡vaya usted a saber... !

-Es algo que te gustará, sin duda -prosiguió Lindblom-. Tiene que ver con la arqueología.

Adams sonrió e hizo un chiste malo:

-Ya sé. Los misiles soviéticos destruirán Cartago.

-Sí, y tendrás que programar a Héctor, a Príamo y a toda esa gente. Tendrás que releer a Sófocles para ponerte al día.

-Amigos míos -dijo Adams con voz solemne, haciendo una parodia burlona-, tengo graves noticias para vosotros, pero venceremos. El nuevo proyectil balístico intercontinental soviético A-3, con ojiva de cobalto, ha sembrado de sal común radiactiva una zona de ochenta kilómetros cuadrados alrededor de Cartago, pero esto sólo significa que... -se interrumpió-. ¿Qué producía Cartago, en materia de artículos fabricados en serie? ¿Ánforas? De todos modos, aquello era trabajo de Lindblom. La exhibición de alfarería, captada por el sistema de lentes múltiples de las cámaras de televisión que manejaba Eisenbludt en sus colosales e intrincados estudios de Moscú, abarrotados de *atrezzo* de todas clases, sería algo soberbia-. Esto, mis queridos amigos, es todo cuanto queda, pero el General Holt me comunica que nuestro propio ataque, mediante nuestra novísima arma ofensiva verdaderamente terrorífica, el Polifemo X-B que dispara guisantes, ha diezmado toda la flota de guerra ateniense, y con la ayuda de los dioses venceremos...

-¿Sabes una cosa? -observó Lindblom en tono reflexivo, o así sonaba su voz en el diminuto altavoz del video instalado en el volador-, creo que lo vas a pasar mal si uno de los agentes de Brose está interceptando esta conversación.

Abajo, un anchuroso río que parecía una cinta de plata líquida serpenteaba de norte a sur, y Joseph Adams se acercó a la ventanilla para contemplar el Mississippi y admirar su belleza. Aquello no era obra de los equipos de reconstrucción; el río que brillaba herido por los rayos del sol matinal estaba así desde la Creación. El mundo primigenio no necesitaba ser reconstruido ni manipulado, porque siempre había estado ahí. Aquel panorama, como el del Pacífico, siempre le intimidaba, porque significaba que había algo más fuerte que el hombre; algo que había conseguido sobrevivir.

-Pues que se entere -dijo Adams con energía; sacaba renovadas fuerzas de la serpenteante línea de plata que contemplaba... fuerzas suficientes para cortar la comunicación de video. Por si acaso Brose estaba a la escucha.

Y entonces, más allá del Mississippi, vio un grupo de sólidas estructuras de obra humana, y éstas también le causaron una extraña sensación. Era una obra digna de Ozymandias los majestuosos edificios erigidos por aquel activo constructor, Louis Runcible. La había levantado con su gigantesco ejército de hormigas mecánicas que, en su marcha, no destruían con sus mandíbulas sino que levantaban, con múltiples brazos de metal, una titánica estructura cupular que albergaba campos de juego infantiles, piscinas, mesas de ping-pong y tablas para el juego de los dardos.

Vosotros conoceréis la verdad, pensó Adams, y ella os hará esclavos. O como habría dicho Yancy: «Norteamericanos todos: tengo ante mí un documento tan sagrado e importante que voy a pediros que... » y así sucesivamente. Entonces se sintió cansado, a pesar de que ni siquiera había llegado al 580 de la Quinta Avenida en Nueva York y a la Agencia, ni había comenzado su jornada de trabajo. Cuando se hallaba a solas en su mansión del Pacífico sentía insinuarse la espesa niebla de la soledad, que aumentaba día y noche amenazando con

ahogarle. Allí, mientras sobrevolaba las zonas reconstruidas y las que aún no lo habían sido pero pronto lo serían -y, por supuesto, los lugares aún «calientes» que aparecían como calveros de vez en cuando-, experimentó también aquella desazón y aquella vergüenza. Le abrasaba un sentimiento de culpabilidad, no porque el reconstruir fuese malo, sino... porque todo era malo, y él sabía perfectamente lo que era *todo*, y quién era el causante.

Ojalá quedase un último misil en órbita, se dijo. Entonces podríamos accionar uno de aquellos antiguos botones que en otros tiempos los militares tenían a su disposición, y el misil caería como una flecha sobre Ginebra. Y sobre Stanton Brose.

Desde luego, pensó Adams, algún día quizá programaré el retorizador y no con un discurso, ni siquiera con un buen discurso como el que tengo aquí al lado y que finalmente conseguí pergeñar anoche, sino con una sencilla y elemental declaración acerca de lo que pasa en realidad. Luego lo pasaré a audio y a videotape. Y como estos automáticos no admiten retoques, a menos que aparezca Eisenbludt... pero ni siquiera él, técnicamente, podría tocar la banda sonora.

Y entonces se produciría el pandemónium.

Aunque sería interesante verlo, murmuró Adams. Desde una distancia prudente, naturalmente.

Programaría al Megavac 6-V. Y todas aquellas divertidas ruedecitas que el aparato tenía dentro se pondrían a girar, y de su boca saldría el discurso ligeramente transformado; sus sencillas palabras recibirían aquel fino acabado corroborador destinado a dar verosimilitud a lo que, de lo contrario -llamemos a las cosas por su nombre, pensó con sarcasmo-, no sería más que una narración *increíblemente* desnuda y poco convincente. Lo que entraba en el Megavac 6-V como simple *logos* emergía para ser captado por las lentes y micrófonos de la TV en forma de declaración, de la que nadie que se hallase en su cabal juicio podría dudar... especialmente después de permanecer encapsulado bajo la superficie durante quince años. Aunque... sería una paradoja, porque el pontífice sería el propio Yancy; como decía la antigua paradoja, «Todo cuanto digo es mentira», lo cual no haría más que aumentar la confusión y envolver su desmedrada y escurridiza sustancia en un sólido y apretado nudo de marinero.

¿Y qué se conseguiría? Porque, después de todo, Ginebra le haría trizas... y «esto no nos divierte», remedó Joseph Adams para sus adentros la voz que él, como todos los demás hombres de Yance, había asimilado desde hacía tanto tiempo. El superego, como lo llamaban los intelectuales de anteguerra: o antes que ellos, la fe y la razón, o cualquier otra frase rústica y medieval.

La conciencia.

Stanton Brose, atrincherado en su *Festung*, en su castillo de Ginebra como un antiguo alquimista tocado con su cucurucho, como un corrompido y putrefacto pálido pez blanco de los mares, como suele decirse: brillante pero hediondo, resplandeciente, un bacalao muerto de ojos nebulosos como por el glaucoma... ¿Acaso Brose tenía efectivamente tal aspecto?

Hasta entonces, Joseph Adams solamente había visto a Brose en carne y hueso dos veces en su vida. Brose era un vejestorio. Debía tener ochenta y dos años. Pero no era uno de esos viejos chupados, flacos como palos, con colgantes pellejos de carne ahumada y reseca. A sus ochenta y dos años, Brose pesaba una tonelada al menos; andaba como un pato, bamboleándose, soltando saliva y mucosidades por boca y nariz... pero su corazón seguía latiendo porque, por supuesto, era un corazón artiforg, lo mismo que su bazo y otros varios órganos de su cuerpo.

Pero el verdadero Brose seguía presente porque su cerebro no era artiforg. No existían cerebros artiforgs; fabricarlos -construir cerebros artificiales cuando aún existía aquella empresa, la Arti-Gan Corporation de Phoenix, mucho antes de la guerra- habría sido meterse en lo que a Adams solía llamar el negocio de la «auténtica plata de imitación»... expresión que aplicaba a una nueva pero importantísima actividad que había surgido en el panorama de

la naturaleza y que había dado lugar a una innumerable y heterogénea descendencia: el universo de las falsificaciones auténticas.

Y aquel universo, pensó, en el que a primera vista parecía posible penetrar por la puerta de entrada para recorrerlo y salir al exterior por la puerta de salida en menos de dos minutos... aquel universo, como los almacenes de maquetas y decorados que tenía Eisenbludt en sus estudios cinematográficos de Moscú, no tenía fin, era una serie interminable de habitaciones; la puerta de salida de una de ellas era la puerta de entrada de la siguiente.

Y entonces, si Verne Lindblom estaba en lo cierto, si la gente de la sociedad particular de información de Londres, Webster Foote Limited, estaba también en lo cierto, se habría abierto una nueva puerta de entrada, empujada por la mano temblorosa y senil que se alargaba desde Ginebra... En la mente de Adams la metáfora fue definiéndose hasta hacerse visible y terrorífica: le parecía sentir la puerta frente a él, palpar las tinieblas que ocultaba... una habitación desprovista de luz, en la que pronto habría de entrar para afrontar sabe Dios qué tarea; que no sería una pesadilla, no, como las negras e informes nieblas exteriores e interiores, sino...

Demasiado claro. Expuesto meticulosamente, en palabras concretas y sin la menor ambigüedad, en un memorándum de aquel condenado y monstruoso pozo de Ginebra. El General Holt, y hasta el Mariscal Harenzany, que a fin de cuentas era un oficial del Ejército Rojo y bajo ningún aspecto un Bunthorne dedicado a olfatear un girasol, atendían a razones algunas veces. Pero aquel viejo corpachón tambaleante, baboso y de ojos saltones, atiborrado de artiforgs -Brose se había incorporado vorazmente un artiforg tras otro, procedente de la reserva mundial cada vez más escasa y reducida-, aquella masa no tenía oídos.

Literalmente. Hacía años que había perdido los órganos de la audición, y Brose no quiso que le pusieran un artiforg auditivo: *prefería* no escuchar.

Cuando Brose revisaba las bandas sonoras con los discursos de Yancy, no los oía, por supuesto; lo horrible del caso, o así se lo parecía a Adams, era que aquel obeso organismo medio muerto captaba la banda sonora por medio de electrodos hábilmente implantados, en realidad injertados hacía años en la sección correspondiente de su viejo cerebro... el único órgano que aún pertenecía originalmente a Brose, pues lo demás era sólo una serie de piezas de plástico de la Arti-Gan Corporation, complejas e infalibles (antes de la guerra aquella empresa garantizaba orgullosamente sus productos por toda la vida; y en la industria de los artiforgs, el significado de la palabra «por toda la vida», es decir, si ese término se aplicaba a la vida del objeto o de su propietario, era algo deliciosamente evidente); recambios infalibles que los hombres inferiores, los hombres de Yance en su conjunto, tenían derecho a poseer, nominal y oficialmente... pues legalmente, mientras siguieran almacenados en los grandes depósitos subterráneos emplazados bajo Estes Park, los artiforgs pertenecían a los hombres de Yance y no únicamente a Brose.

Pero en la realidad las cosas eran muy distintas. Porque si fallaba un riñón... como le ocurrió a Shelby Lane, cuya finca de Oregon había visitado Adams con frecuencia, no hubo ningún riñón artiforg disponible, cuando todo el mundo sabía que aún quedaban tres en el almacén. Acostado en su lecho del gran dormitorio de su lujosa mansión, rodeado por su séquito de preocupados robots, Lane no se mostró muy convencido por los argumentos de Brose, quien había embargado los tres riñones artiforg mediante una triquiñuela jurídica. En efecto, se apoderó de aquellos órganos incautándose de ellos, y prohibió su uso arguyendo una complicada prioridad sobre ellos... El pobre Lane llevó el asunto al Consejo de Reconstrucción, reunido en sesión perpetua en Ciudad de México para sentenciar los pleitos sobre lindes que surgían entre los terratenientes. Este consejo estaba formado por robots de todos los modelos; Lane no perdió su pleito, pero tampoco lo ganó, pues falleció antes de que se dictase sentencia. En cambio... Brose seguía viviendo, con la seguridad de que aún podía sufrir otras tres insuficiencias renales y sobrevivir. Y todos los que se atreviesen a recurrir

ante el Consejo de Reconstrucción morirían antes de ver concluido el farragoso pleito, como le ocurrió a Lane. Y la demanda expiraría con el demandante.

«El viejo asqueroso», pensó Adams. Y entonces surgieron frente a él los rascacielos de la ciudad de Nueva York, los vertiginosos edificios de la posguerra, las rampas, los túneles, los voladores que se cernían como moscas sobre la fruta y que, como el suyo, conducían a los hombres de Yance a sus oficinas para empezar la jornada del lunes.

Poco después se detenía sobre el altísimo edificio que dominaba a los demás y que correspondía al número 580 de la Quinta Avenida: la Agencia.

La Agencia ocupaba, evidentemente, toda la ciudad; los edificios a ambos lados formaban parte de la maquinaria lo mismo que aquel *onfalos* central. Pero en éste se hallaba su despacho particular; allí se atrincheraba contra los competidores de su propia clase. Tenía un empleo muy importante... y en la cartera que acababa de recoger con expectación se guardaba, como él muy bien sabía, material clasificado al más alto nivel.

Quizá tuviese razón Lindblom; tal vez los rusos se disponían a bombardear Cartago.

Descendió por la rampa que desembocaba en la pista de aterrizaje de la terraza, pulsó el botón de alta velocidad, y cayó como un plomo hacia la planta donde estaba su despacho.

Cuando entró en él, con la cartera en la mano, tropezó de manos a boca y sin previo aviso con una montaña de goma que parpadeaba y hacía guiños, moviendo sus pseudópodos como aletas de foca y atisbándole mientras la boca, que era una mera rendija, se plegaba en una sonrisa de contento ante su asombro, satisfecho al comprobar el efecto que causaba su aspecto físico y el hecho de ser él quien era.

-Señor Adams, quiero tener unas palabras con usted.

El monstruoso ser que había conseguido empotrarse en la butaca frente a su escritorio era Stanton Brose.

6

-Con mucho gusto, señor Brose -replicó Joseph Adams. Sintió debajo de la lengua la reacción de sus glándulas salivales. Mientras se volvía de espaldas para dejar la cartera, se sorprendió ante aquellas náuseas somáticas, causadas por la impresión que le produjo la inesperada presencia de Brose en su propio despacho. No estaba asustado ni intimidado, ni siquiera furioso porque Brose hubiese conseguido entrar, pese a las complicadas cerraduras, para apoltronarse en su butaca... Nada de eso importaba ya; la repugnancia que experimentaba su cuerpo disipó cualquier otro tipo de reacción.

-Le concedo unos momentos para que se serene, señor Adams.

Aquella voz, aguda y fina, parecía un alambre manejado por un malévolo espíritu neumático.

-Gracias -repuso Adams.

-Perdón. Como usted sabe, no puedo oírle: necesito ver el movimiento de sus labios.

«Mis labios», pensó Adams. Y se volvió.

-Discúlpeme un momento -dijo-. Mi volador ha tenido una avería.

Recordó entonces que había dejado a sus cuatro fieles compañeros, los robots veteranos de su séquito, en el volador aparcado.

-¿Me permite usted...? -empezó a decir, pero Brose le atajó, no con descortesía pero sí como si no diese importancia a sus palabras.

-Ha surgido un proyecto nuevo de cierta importancia -dijo Brose con su voz chillona y delgada-. Le corresponde a usted redactar la parte escrita del mismo. Consiste en lo siguiente... -Brose hizo una pausa y luego sacó un enorme y sucio pañuelo, con el que se secó la boca como si moldease la carne de su cara y ésta fuese blanda como pasta dentífrica y quisiera darle otra forma-. En este proyecto no se autorizarán documentos escritos ni

comunicaciones por ningún canal; no debe quedar ninguna constancia de él. Solamente habrá órdenes orales cara a cara entre quienes deban llevarlo a término, que seremos yo, usted y Lindblom, el constructor de los artefactos.

Vaya, pensó Adams, lleno de íntimo gozo. Webster Foote Limited, la agencia de detectives de Londres, una empresa privada cuyas actividades abarcaban todo el planeta, ya había olfateado y descubierto lo que se tramaba; pese a sus medidas de seguridad, evidentemente propias de un psicópata, Brose había perdido la partida antes de empezar. Nada podía complacer más a Adams; notó que sus náuseas se aliviaban y encendió un cigarrillo, poniéndose a pasear por la estancia mientras hacia breves gestos afirmativos, mostrando así su disposición a cooperar en aquella empresa secreta de carácter vital.

-Sí, señor -dijo.

-Supongo que conoce a Louis Runcible.

-El de la constructora, ¿no? -dijo Adams.

-Míreme a la cara, Adams.

Mientras obedecía esta orden, Joseph Adams dijo:

-Precisamente esta mañana he sobrevolado uno de sus núcleos de edificación, sus mazmorras.

-Verá -dijo Brose-, ellos eligieron subir, y no era posible que se uniesen a nosotros; como podían sernos de utilidad, no quedaba otra opción sino construirles esas hileras de pequeños apartamentos. Al menos tienen comprobadores chinos. Y es más fácil construir piezas que efectuar el montaje de robots completos.

-Lo que pasa -dijo Adams- es que hay cinco mil kilómetros de terreno cubierto de hierba entre mi casa y Nueva York, y todos los días tengo que sobrevolarlo dos veces. A veces no dejo de extrañarme al recordar qué aspecto tenía aquello en los días anteriores a la guerra, antes de que los indujeran a meterse bajo tierra en esos tanques.

-Si no lo hubieran hecho, Adams, ahora estarían muertos.

-Sí -repuso Adams con lentitud-, ya sé que estarían muertos; estarían reducidos a cenizas, que los robots emplearían para hacer mortero. Lo que pasa es que a veces me acuerdo de la Nacional 66.

-¿Qué es eso, Adams?

-Una carretera que unía las ciudades.

-¡Una autopista!

-No, señor. Sólo era una carretera; pero dejemos eso.

Y sintió un cansancio tan tremendo que durante una décima de segundo pensó que había sufrido un paro cardíaco o cualquier otro trastorno físico grave; con mucha precaución, dejó de dar chupadas al pitillo y se sentó en la butaca para visitantes que había frente a su mesa, parpadeando, respirando con dificultad y preguntándose qué le había pasado.

-Efectivamente -prosiguió, cuando se sintió mejor-. Conozco a Runcible; ahora estará tomando el sol en Ciudad del Cabo. Sé que hace verdaderos esfuerzos por atender adecuadamente a los habitantes de los tanques que suben a la superficie; sus apartamentos están dotados de calefacción eléctrica, cocinas automáticas, alfombrado de piel sintética de pared a pared, televisión tridimensional, etcétera. Y cada grupo de diez viviendas cuenta con un robot para la limpieza y otros trabajos... ¿De qué se trata, señor Brose?

Esperó la respuesta jadeando de miedo.

Brose respondió:

-Recientemente se ha enfriado una zona caliente al sur de Utah, cerca de donde se encontraba Saint-George... el nombre aún figura en los mapas. En fin, cerca de la frontera con Arizona. Es una región de colinas de piedra rojiza. Los Geigers de Runcible señalaron el descenso de la radiactividad antes que nadie, y ahora él reclama esas tierras; lo de siempre. -Brose hizo un gesto de desprecio, aunque resignado-. Dentro de pocos días piensa enviar allí sus bulldozers automáticos y empezar a terraplenar la zona para levantar allí un nuevo

conglomerado de apartamentos... Como usted sabe, posee todo ese poderoso y primitivo equipo pesado para obras de construcción, que transporta de un lugar a otro del mundo.

-Esa maquinaria es la mejor -observó Adams- para levantar esa clase de edificaciones. Los apartamentos se construyen en un santiamén.

-Pues verá usted -dijo Brose-. Nosotros necesitamos esa zona.

«Embustero», pensó Adams. Se levantó y, volviéndose de espaldas a Brose, exclamó en voz alta:

-¡Embustero!

-No puedo oírle.

Volviéndose hacia él, Adams dijo:

-Aquello es sólo roca. ¿A quién se le ocurriría edificar allí una residencia? ¡Santo Dios, algunos de nosotros tenemos fincas de más de un millón de hectáreas!

Y se quedó mirando fijamente a Brose, pensando que no podía ser verdad. Runcible fue el primero en llegar porque a nadie le interesaba aquélla región como para molestarse en averiguar sus índices de radiactividad; nadie contrató a Webster Foote para que los investigadores técnicos de dicha empresa informasen sobre la importancia de aquel lugar caliente. Runcible lo obtuvo porque no interesaba a nadie. «Así que no trates de engañarme», se dijo. Y entonces sintió odio hacia Brose; la náusea se le había pasado, sustituida por una emoción auténtica.

Sin duda Brose leyó algo de esto en la cara de Adams.

-Sí, confieso que esas tierras no valen nada -admitió Brose-, con guerra o sin ella.

-Si quiere que yo me encargue de los textos -dijo Adams, y casi le sacó de quicio verse enfrentado a Brose, cara a cara-, será mejor que me diga la verdad. Lo cierto es que no me encuentro muy bien. He pasado toda la noche en vela, escribiendo un discurso... a mano. Y la niebla me molestaba. No puedo soportar la niebla; he cometido un error al instalar mi residencia en la costa del Pacífico, al sur de San Francisco. Debí establecerme en San Diego.

Brose replicó:

-Muy bien, se lo diré. Tiene usted razón: esas extensiones yermas en la antigua frontera de Utah con Arizona no nos interesan en absoluto... no interesarían a ningún hombre de Yance. Pero mire esto.

Agitó sus brazos semejantes a pseudópodos hasta que consiguió sacar un paquete de algún escondrijo de su inmensa persona; extendió los documentos sobre la mesa como si fuesen un rollo de muestra para empapelar.

Adams vio unos dibujos meticulosamente realizados, verdaderamente magníficos. Le parecía contemplar un rollo de seda oriental con pinturas de... ¿del futuro? Fijándose más, vio que los objetos representados no eran... naturales. Extraños cañones llenos de botones y manecillas absurdamente colocados, aparatos electrónicos que, como intuyó por experiencia, no servían para nada.

-No lo entiendo -dijo.

-Representa unos artefactos -le explicó Brose- que el señor Lindblom construirá; para su gran talento de artesano, esto no representará dificultad alguna.

-Pero ¿para qué sirven?

Y de pronto, Adams comprendió. Eran falsas armas secretas. Y no solamente eso; a medida que las gordas manos de Brose fueron desplegando los planos, vio más cosas en ellos.

Cráneos. Algunos eran de *Homo Sapiens*. Otros no.

-Todo eso -dijo Brose- tiene que construirlo Lindblom. Pero antes tenemos que consultar con usted. Porque, con anterioridad a su descubrimiento...

-¿Su descubrimiento?

-Estos objetos, fabricados por Lindblom en los estudios moscovitas de Eisenbludt, serán enterrados en los solares que Runcible se propone terraplenar para erigir sus nuevos bloques de apartamentos. No obstante, previamente debe quedar documentado que estas cosas tienen

un incalculable valor arqueológico. Esto se hará por medio de una serie de artículos en la publicación científica de anteguerra *Natural World* que, como usted sabe, antiguamente era lectura obligada de todos los hombres cultos del planeta...

Se abrió la puerta del despacho, y Verne Lindblom entró con ademán desconfiado.

-Me dijeron que viniera -dijo a Brose; luego dirigió una mirada de reojo a Adams, sin añadir nada más. No obstante, ambos se entendieron perfectamente: no convenía mencionar la conversación por video que había tenido lugar hacía media hora.

Dirigiéndose a Lindblom, Brose dijo:

-Esos son los planos a escala de los artefactos que usted construirá para ser enterrados al sur de Utah, y en el estrato geológico adecuado. -Dio media vuelta a los planos para que Lindblom los viese; Verne les lanzó una rápida ojeada, con aire muy profesional-. Existe el factor tiempo, pero estoy seguro de que podrá tenerlos a punto cuando los necesitemos. No es necesario que los desentierre la primera excavadora, sino que aparezcan casi al terminar las labores de terraplenado y cuando vayan a comenzar las obras.

Lindblom dijo:

-¿Cuenta usted con alguien entre los obreros de Runcible que pueda señalar su presencia en caso necesario? De lo contrario, corremos el riesgo de que pasen desapercibidos.

A Adams le pareció que su amigo entendía perfectamente lo que se estaba tramando; alguien debió explicárselo antes. En cambio, él estaba desconcertado. Pero decidió seguir el juego y se puso a examinar con atención aquellos perfectos dibujos, que eran obra de un auténtico profesional.

-Por supuesto -comentó Brose-. Tenemos un ingeniero, que se llama Robert... -intentó recordar; su cerebro de ochentón sufría un lapsus-. Hig -dijo al fin-, Bob Hig. Si nadie más los descubre, él lo hará. Conque manos a la obra, Lindblom. Eisenbludt ya ha recibido órdenes de poner a su disposición todas las herramientas, los estudios y la ayuda que pueda necesitar. Pero no sabe para qué, y vamos a guardar este secreto entre el menor número de personas posibles, por toda la duración del proyecto.

-Hig los encontrará -dijo Lindblom- y advertirá a Runcible. Entre tanto... -miró a Adams- tú escribirás esa serie de artículos, para la revista de antes de la guerra *Natural World*, sobre esos extraordinarios hallazgos arqueológicos. Y tales artículos tendrán que ir firmados, ni que decir tiene, por algún arqueólogo de fama mundial.

-Ya entiendo -dijo Adams, y esta vez lo entendía verdaderamente. Los artículos escritos por él se editarían en aquella revista con fechas antiguas, y los números serían sometidos a un proceso de envejecimiento artificial para que parecieran ejemplares auténticos de antes de la guerra; basándose en aquellos artículos y en el informe científico que sería universalmente aceptado, el Gobierno de Estes Park reclamaría la propiedad del hallazgo, dado su incalculable valor arqueológico. El asunto pasaría entonces al Consejo de Reconstrucción en Ciudad de México, el más alto tribunal del mundo, cuyas decisiones eran acatadas tanto por la Wes-Dem como por el Pac-Peop y todos los hombres de Yance en todo el mundo... incluyendo desde luego al constructor Louis Runcible, por rico y poderoso que fuese. Basándose en aquellas falsificaciones que se pretendía hacer pasar por piezas antiquísimas, el Consejo dictaría sentencia favorable al Gobierno de Estes Park, porque la presencia de tan valiosísimos restos en aquellas tierras harían que éstas pasaran a ser automáticamente propiedad del Estado.

Pero... a Brose aquellas tierras le importaban un comino. Sencillamente, no las necesitaba para nada. Algo raro había en todo aquello.

-Usted no lo entiende -dijo Brose al ver su expresión-. Dígaselo, Lindblom.

Verne Lindblom obedeció:

-La sucesión de los acontecimientos será ésta: Hig, o cualquier otro miembro del equipo de Runcible que esté supervisando el trabajo de los robots y de las grandes excavaciones

automáticas, descubrirá la presencia de los artefactos y se lo comunicará a Runcible. Y sin tener en cuenta su valor, y saltándose a la torera las leyes de los Estados Unidos...

-¡Ah, claro! -exclamó Adams. Runcible sabría perfectamente que, si comunicaba el hallazgo al Gobierno de Estes Park, aquellos artefactos iban a costarle la pérdida del solar-. Ocultará el descubrimiento -dijo Adams.

-Naturalmente -asintió Brose con satisfacción-. Hemos encargado a Frau Morgen, del Instituto de Investigación Psiquiátrica Aplicada de Berlín, un análisis confidencial del perfil psíquico de ese hombre, con toda clase de datos. Y se muestra de acuerdo con nuestros propios psiquiatras. Sí, señores: él es un hombre de negocios... lo único que anhela es riqueza y poderío. ¿Qué le importan unos cuantos artefactos antiguos, por más que su valor sea incalculable, abandonados por una expedición extraterrestre que aterrizó al sur de Utah hace seiscientos años? Me refiero a esos cráneos que no son de *Homo Sapiens*. En sus artículos Adams tendrá que insertar una reproducción de este dibujo. Además, hará constar la hipótesis de que llegaron a nuestro planeta unos extraterrestres y, basándose en los huesos y artefactos descubiertos, intentará una reconstrucción de los mismos y supondrá que tuvieron una escaramuza con un grupo de guerreros indios, y que los extraterrestres fueron derrotados y por eso no colonizaron la Tierra... Expóngalo todo como una mera hipótesis, pues las pruebas reunidas hace treinta años, o sea, cuando se escribieron esos artículos, distarían mucho de ser completas. Sin embargo, se habría confiado en lograr nuevos hallazgos. Y ahí los tenemos.

-Por tanto -dijo Adams-, habrá aparecido una buena colección de armas y huesos que servirán para confirmar la veracidad de una hipótesis emitida hace treinta años, lo cual es importantísimo desde el punto de vista científico.

Se acercó a la ventana y fingió mirar al exterior. El constructor Louis Runcible, cuando conociera el hallazgo, haría una deducción equivocada... sospecharía que los habían puesto en sus tierras para obligarle a renunciar a ellas, y entonces resolvería ocultar los restos y continuar sus obras, pero...

Impulsado por su amor a la ciencia, que era superior a su lealtad hacia su «jefe», y rebelándose frente a la codicia de éste, Robert Hig informaría «a regañadientes» al Gobierno de Estes Park sobre el hallazgo de las preciosas reliquias.

Lo cual convertiría a Runcible en un delincuente. Porque habría contravenido la ley aplicada una y otra vez cuando los robots empleados por los hombres de Yance en sus propiedades particulares emprendían excavaciones en busca de reliquias de preguerra con valor artístico o tecnológico. Todo cuanto encontraban los robots pertenecía a sus dueños, salvo cuando se tratase de descubrimientos de primera magnitud arqueológica. Y tal salvedad haría incurrir en delito a Runcible.

Y la llegada de una especie extraterrestre a la Tierra seiscientos años atrás para librar un encarnizado combate con un grupo de guerreros indios y emprender luego la retirada, dejando unos cuantos muertos en el campo... aquello representaría un caso *nolo contendere* para Runcible ante el Consejo de Reconstrucción en Ciudad de México; ni los mejores abogados de la Tierra podrían salvarle.

Porque Runcible no sólo perdería sus tierras, sino que le caería una condena de cárcel de cuarenta a cincuenta años, según la fuerza de los argumentos esgrimidos ante el Consejo por el fiscal al servicio del Gobierno de Estes Park. Y el Decreto sobre Reliquias Preciosas -tal era el nombre de la ley- había sido aplicado varias veces a diversos hombres de Yance, en casos de descubrimientos de importancia que se quiso ocultar y que luego alguien denunció. El Consejo haría caer sobre Runcible todo el rigor de la ley, y lo hundiría; el imperio económico que había levantado, sus bloques de apartamentos sembrados por todo el mundo, todo ello revertiría al dominio público: así decía la cláusula punitiva del Decreto citado, la cláusula que convertía a aquella ley en un arma terrible. La persona condenada de acuerdo con dicha ley no sólo era castigada con una severa pena de prisión... sino que perdía sus bienes *in loto*.

Ahora Adams lo veía todo con claridad meridiana; comprendía en qué tenían que consistir sus artículos para los falsos números de *Natural World*, antedatados en treinta años.

Pero había una cosa que se le escapaba; algo que dejaba embotada su mente y le hacía escuchar como en sueños el diálogo entre Brose y Lindblom, quienes parecían estar perfectamente al cabo de la calle en todo... En cambio, él no acababa de entenderlo.

¿Por qué el Gobierno de Estes Park quería la ruina de Runcible? ¿Qué delito había cometido aquel hombre?... o mejor dicho, ¿qué amenaza representaba para ellos?

Louis Runcible, constructor de viviendas para los ex habitantes de los tanques que, tras salir a la superficie, donde esperaban encontrar una terrible guerra, descubriesen que las hostilidades habían cesado hacía años y que la superficie del planeta era un inmenso parque sembrado de villas y suntuosas moradas de los privilegiados... ¿Por qué, se preguntó Adams, hay que sacrificar a este hombre, si salta a la vista que está realizando una función esencial? No sólo para los que emergen de las entrañas de la tierra y necesitan alojamiento, sino también para nosotros, los hombres de Yance. Porque... no nos llamemos a engaño, pues todos lo sabemos: los infelices que viven en los apartamentos de Runcible son prisioneros, y esos bloques de viviendas son como reservas... o, si se prefiere una expresión más moderna, Campos de Concentración. Preferibles a los hormigueros subterráneos, pero prisiones al fin y al cabo, de donde no pueden salir ni por un momento, ni siquiera legalmente. Y cuando un par de ellos o un grupo consiguen escapar, tienen que enfrentarse al ejército del General Holt aquí en la Wes-Dem, o a las fuerzas del Mariscal Harenzany en el Pac-Peop; todas ellas formadas por curtidos robots veteranos que nunca dejan de capturarlos para devolverlos a sus piscinas, a sus televisiones tridimensionales y a sus apartamentos con alfombras sintéticas de pared a pared.

En voz alta manifestó:

-Lindblom, te hablo de espaldas a Brose para que él no pueda oírme, aunque tú sí puedes. Procura volverte también de espaldas a él sin llamar la atención; no des un paso hacia mí... vuélvete tan sólo hasta mirarme. Y entonces, por el amor de Dios, dime qué hay en el fondo de todo esto.

Al cabo de un momento, Lindblom se volvió disimuladamente y dijo:

-¿En el fondo de qué, Joe?

-¿Por qué quieren hundir a Runcible?

Lindblom le contestó con otra pregunta:

-Pero ¿acaso no lo sabes?

Desde su butaca, Brose dijo:

-No se vuelvan de espaldas; hagan el favor de volverse hacia mí para que podamos seguir discutiendo este proyecto.

-No, dímelo -suplicó Adams con voz ronca, mirando por la ventana del despacho a los demás edificios de la Agencia.

-Creen que Runcible se dedica sistemáticamente a dar el soplo a un tanque tras otro -repuso Lindblom-. Quiero decir que se enteran de que la guerra ha terminado. Lo cierto es que alguien lo hace. Lo sabemos con toda seguridad. Webster Foote y sus detectives lo averiguaron durante unos interrogatorios rutinarios a un grupo de personas que salieron de un tanque hace un mes o cosa así.

Brose se quejó, en tono de creciente. suspicacia:

-Oigan, ¿qué pasa? Me parece que ustedes dos están conversando.

Adams se apartó de la ventana y se volvió para enfrentarse con Brose: Lindblom se volvió también hacia el monstruoso engendro empotrado en la butaca.

-No estábamos conversando -dijo Adams-, sino reflexionando.

El rostro de Lindblom no mostraba ninguna expresión. Parecía ausente, vacío, pétreo. Le habían encargado una tarea y se proponía cumplirla. Con su actitud parecía recomendar a Adams que hiciera lo propio.

Pero... supuesto que el traidor no fuese Runcible, sino otro...

Entonces, todo aquel proyecto, los artefactos simulados, los artículos en *Natural World*, la «revelación» del hallazgo, el juicio ante el Consejo de Reconstrucción, la destrucción del imperio económico de Runcible y el encarcelamiento de éste:

Serían inútiles.

Joseph Adams se echó a temblar. Porque, a diferencia de Brose, a diferencia de Verne Lindblom y probablemente también de Robert Hig y de cualquier otro de quienes estaban al tanto del proyecto... él tenía el terrible presentimiento de que todos se equivocaban.

Aunque su presentimiento no conseguiría detener el proyecto.

En absoluto.

Volviéndose de nuevo de espaldas a Brose, Adams dijo:

-Lindblom, pueden estar equivocados. Puede que el culpable no sea Runcible.

No obtuvo respuesta. Lindblom no podía contestar porque en aquellos momentos estaba de cara a Brose, quien se acababa de levantar y se dirigía con paso vacilante, apoyándose en una muleta de magnesio, hacia la puerta del despacho, mascullando algo entre dientes.

-Te juro que escribiré los artículos -dijo Adams, mirando fijamente hacia la ventana- pero si no es él, le pondré sobre aviso.

Se volvió entonces hacia Lindblom para ver cuál era su reacción.

Aunque le había oído, Lindblom no mostró reacción alguna.

Su reacción se produciría tarde o temprano; y Joseph Adams conocía a aquel hombre, que era su amigo íntimo. Había trabajado tantos años con él, que le tenía plena y absoluta confianza.

Sería una reacción muy fuerte. Después de intensas reflexiones, Verne Lindblom probablemente se mostraría de acuerdo con él, y seguramente le ayudaría a encontrar un medio de advertir a Runcible sin dejar una pista que los agentes de Brose pudieran seguir: los agentes de Brose y los detectives particulares de Foote que colaboraban con ellos. Por otra parte...

Tenía que enfrentarse con el hecho; se enfrentaba con él ya.

Ante todo Verne Lindblom era un hombre de Yance. Esto se anteponía a cualquier otra consideración.

Su reacción podía ser la de denunciar a Adams.

A los pocos minutos, los agentes de Brose se presentarían en la mansión de Joseph Adams y lo liquidarían.

Así de sencillo.

Y en aquel instante no había modo de saber qué partido tomaría su viejo amigo Lindblom; Adams no contaba con los servicios de una organización internacional dedicada al análisis de los perfiles psiquiátricos, como la que tenía a su disposición Brose.

No quedaba más remedio que esperar y rezar.

Pero la oración, pensó con ironía, dejó de practicarse hacía más de veinte años, incluso *antes* de la guerra.

El técnico de la agencia privada de detectives Webster Foote Limited, agazapado en su estrecho búnker, habló a través de su audioreceptor en comunicación con la central de Londres:

-Señor, he grabado una conversación entre dos personas.

-¿Sobre el mismo asunto que comentamos? -preguntó la voz lejana del propio Webster Foote.

-Evidentemente.

-Muy bien. Ya sabe usted quién es el contacto de Louis Runcible; procure que se entere.

-Siento decirle que esto...

-Transmítalo de todos modos. Hacemos lo que podemos, con los medios de que disponemos.

La lejana voz de Webster Foote tenía un tono autoritario; aquella frase, viniendo de él, era un juicio y al mismo tiempo una orden.

-Sí, señor Foote. Lo haré lo antes posible.

-Muy bien -asintió Webster Foote-. Lo antes posible.

Y cortó la comunicación desde Londres.

El técnico de Webster Foote Limited se volvió inmediatamente hacia sus baterías de aparatos de detección y grabación, que funcionaban económicamente con muy poca energía sin dejar de dar un rendimiento satisfactorio. Examinó las cintas visuales y gráficas que corrían incesantemente, para asegurarse de que durante el audiocontacto con sus superiores no se le había escapado nada. No era momento de pasarse algo por alto.

No se le había escapado nada.

7

Y mientras todo esto ocurría, el soberbio discurso escrito a mano permanecía intacto en la cartera de Joseph Adams.

Lindblom seguía en pie, encendiendo un cigarrillo con mano temblorosa y procurando no dejarse envolver, por el momento, en ulteriores discusiones: ya estaba harto; seguía allí sólo porque se sentía demasiado agotado para irse.

-De ti depende -dijo Adams mientras acudía a su escritorio para abrir la cartera y sacar de ella su discurso- que me detengan o no.

-Ya lo sé -murmuró Lindblom.

Luego, junto a la puerta, Adams agregó:

-Voy a procesar esto, luego lo haré pasar a cinta y que se vaya al diablo. Pero... eso que llamamos un nuevo proyecto, consistente en falsificar aparatos extraterrestres a fin de poder encarcelar a un hombre que consagra su vida a proporcionar alojamiento decente a...

-Los nazis -le interrumpió Lindblom- no contaban con órdenes escritas acerca de la Solución Final, o sea, el Genocidio de los Judíos. Todo se hizo por vía oral. En comunicación de superior a subordinado, todo de palabra. Tenlo muy en cuenta.

-Vamos a tomar una taza de café -dijo Adams.

Lindblom se encogió de hombros.

-Vete al diablo. *Ellos* han decidido que sea Runcible: ¿quiénes somos nosotros para llevarles la contraria? Dime... nómbrame a otro que tenga interés en decirles la verdad a los inquilinos de los tanques.

-Ojalá pudiera hacerlo -repuso Adams, observando el desconcierto de Lindblom-. Podría ser uno cualquiera de los miles de ex habitantes de los tanques, que ahora viven en los apartamentos Runcible. Bastaría con que uno de ellos consiguiera escapar, burlando la persecución de los agentes de Brose o de Foote, y regresara a su antiguo tanque-hormiguero. De allí, la voz podía correrse a un tanque vecino, de éste a otro y...

-Si -asintió Lindblom, recobrando su aplomo-. Desde luego. ¿Por qué no? ¿Pero tú crees que sus antiguos compañeros iban a permitirle que se reintegrase a la vida en el tanque? ¿No creerían que tendría radioactividad? O... ¿qué nombre inventamos para llamarle?... Sí, el mal de la bolsa. Lo matarían al primer vistazo, porque ellos creen a pies juntillas las informaciones que les damos por televisión todos los días de la semana y dos veces los sábados por la noche, por si acaso. Lo considerarían algo así como una bomba viviente. Y luego, hay más cosas que tú no sabes. Deberías gastarte un poco de dinero, de vez en cuando, en la agencia Foote; así te enterarías de bastantes interioridades. Los moradores de los tanques a quienes fueron reveladas las condiciones reales de aquí arriba... no recibieron tal

información de alguien a quien ellos conocieran; no fue uno de sus ex compañeros que consiguió regresar.

-Bueno, el tipo en cuestión quizá no pudo volver a su propio tanque, sino que fue a parar a otro...

-Lo supieron -dijo Lindblom- por su propio canal.

De momento Adams no lo entendió, y se quedó mirando estúpidamente a Lindblom.

-Te lo voy a explicar -dijo Lindblom-. Por su propia televisión. Durante un minuto, y muy débil, pero suficientemente claro.

-Santo Dios -exclamó Adams, poniéndose a reflexionar. Hay millones de ellos allá abajo, se dijo. ¿Qué pasaría si alguien interviniese el canal principal, el único canal central que, desde los estudios de Estes Park, transmite para *todos* los tanques? ¿Qué significaría abrir de pronto la tierra y conceder la libertad a millones de seres humanos, que llevaban quince años prisioneros bajo la superficie, creyendo que ésta era un desierto radioactivo, con misiles, bacterias, ruinas y ejércitos en guerra?... Ello asestaría un golpe de muerte al sistema de lujosas residencias, y el extenso jardín que él sobrevolaba dos veces al día volvería a convertirse en una nación civilizada con gran densidad de población que, si bien no alcanzaría las cifras anteriores a la guerra, no le andaría muy allá. Volverían a utilizarse las carreteras. Y surgirían ciudades.

Y por último estallaría una nueva guerra.

Así era la lógica implacable de las cosas. Las masas lanzaron a sus dirigentes a la guerra, tanto en el bloque occidental como en el oriental. Pero cuando las masas fueron quitadas de en medio y metidas bajo tierra, enchiqueradas en tanques antisépticos, las minorías dirigentes del Este y del Oeste tuvieron las manos libres para firmar un acuerdo de paz... si bien, en cierto sentido, no fueron ellos en absoluto, no fue Brose ni el General Holt, Comandante Supremo de los Ejércitos Occidentales, ni tampoco el Mariscal Harenzany, jerarca máximo entre los militares soviéticos. Pero el hecho de que tanto éste como aquél supieran cuándo era momento de utilizar los misiles (y los habrían utilizado) y cuándo era momento de suspender las hostilidades... fue bien cierto; de lo contrario, a no ser por su responsabilidad conjunta, la paz no habría sido posible. Pero la colaboración de los dos grandes jefes militares ocultaba algo más, algo que para Adams era tan extraño como real y, en cierto sentido, hondamente inquietante.

El Consejo de Reconstrucción de Ciudad de México-Amecameca, formado por robots, había contribuido a la tarea de imponer la paz en el planeta. Y seguía siendo una de las más altas instituciones como tribunal supremo de justicia. El hombre había construido un arma capaz de pensar por sí misma y, tras un tiempo de reflexión, después de dos años de tremendas destrucciones, con los robots enzarzados en titánica lucha, dos enormes ejércitos artificiales de ambos continentes... en los que figuraban los modelos más avanzados de robots, construidos pensando en aprovechar sus cerebros analíticos para que fuesen capaces de planear tácticas y una estrategia definida... aquellos tipos más avanzados, los modelos X, XI y XII, llegaron a la conclusión de que la mejor estrategia era la misma que los fenicios ya habían descubierto hacía cinco mil años. Se resumía, pensó Adams, en *El Mikado*. Si el hecho de *decir* simplemente que un hombre había sido ejecutado bastaba para dar satisfacción a todos, ¿por qué no limitarse a decirlo, en vez de hacerlo? El problema era así de sencillo para los robots más perfeccionados. No eran creaciones de Gilbert y Sullivan, ni las palabras de aquél estaban en sus cerebros artificiales; el libreto de la popular opereta no fue programado en su cerebro como dato operacional. Pero llegaron a la misma conclusión... y, además, la pusieron en práctica, junto con el Mariscal Harenzany y el General en jefe Holt.

Adams prolongó sus pensamientos en voz alta:

-Pero no vieron las ventajas.

-¿Cómo dices? -murmuró Lindblom, aún deprimido y sin deseos de enzarzarse en nuevas discusiones; parecía muy cansado.

-Lo que el Consejo de Reconstrucción no vio -prosiguió Adams- ni tampoco puede ver ahora, porque la libido no forma parte de sus sistemas mentales y de percepción, es que la máxima que dice «por qué ejecutar a alguien...».

-Anda, cállate de una vez -le interrumpió Lindblom; luego giró sobre sus talones y abandonó el despacho de Joseph Adams, dejándolo solo allí, en pie, con su discurso en la mano y una idea en su cerebro, doblemente frustrado.

No podía culpar a Lindblom por la agitación que demostraba. Se trataba de una característica común a todos los hombres de Yance: todos eran egoístas; habían hecho del mundo su coto de caza particular a expensas de millones de semejantes suyos encerrados en los tanques; aquello era una canallada, ellos lo sabían y les atenazaba un sentimiento de culpabilidad... aunque este sentimiento no era lo bastante fuerte como para que se rebelasen contra Brose y liberasen a sus semejantes encerrados bajo tierra, pero sí para convertir sus noches en una enloquecedora agonía de soledad y vacío interior, que les arrastraba al insomnio o al suicidio. Y sabían que si alguien podía enmendar el crimen de lesa humanidad cometido, el robo de todo un planeta a sus legítimos propietarios, ese alguien era Louis Runcible. Ellos se beneficiaban manteniendo encerrados a los habitantes de los tanques, y él con hacerlos subir a la superficie; la camarilla formada por los hombres de Yance veía en Runcible a un antagonista, pero un antagonista a quien todos ellos, en su fuero interno, daban moralmente la razón. No era un sentimiento invencible, o al menos no lo era para Joe Adams, mientras permanecía solo en su despacho, arrugando su magnífico discurso aún pendiente de ser procesado, pasado a cinta y luego castrado por la oficina de Brose. Aquel discurso no decía la verdad, pero tampoco era un refrito de tópicos, mentiras, bromuros y eufemismos...

Por no recordar otros ingredientes más siniestros que Adams había advertido en discursos preparados por sus colegas de Yance; al fin y al cabo, él no era más que un redactor de discursos entre otros muchos.

Llevándose su nuevo discurso, del que se sentía tan orgulloso -al menos él lo valoraba enormemente, a falta de opinión discrepante- salió también de su despacho y, tomando el ascensor expreso, bajó a la planta donde se hallaba instalado el viegavac d-v; en realidad era más de una planta, porque el conjunto de aquel organismo cibernético había ido siendo ampliado al correr del tiempo, y las reformas le habían agregado secciones enteras que ocupaban a veces toda una planta. Megavac 6-V era enorme, pero en cambio, el teclado seguía siendo el mismo.

Dos matones uniformados, elegidos por el propio Brose pero que, curiosamente, tenían un aspecto más bien afeminado y facciones finas, pese al cometido a que se les destinaba, lo vieron salir del ascensor. Lo conocían y sabían que su presencia en la planta de programación de Megavac 6-V estaba justificada por su trabajo.

Se acercó al tablero de Megavac 6-V y vio que funcionaba. Otro hombre de Yance, desconocido para él, pulsaba las teclas como un pianista virtuoso en el movimiento final de una pieza de Franz Listz, con dobles octavas y todo; sólo le faltaba golpear las teclas con el puño.

El hombre de Yance tenía ante sí, colocada en un atril, una redacción escrita, y Adams no pudo evitar la tentación de acercarse para echarle una ojeada.

El hombre de Yance dejó de teclear inmediatamente.

-Perdón -le dijo Adams.

-Enséñeme su autorización.

El hombre de Yance, que era un tipo muy moreno, juvenil y delgado, con aspecto de mexicano, alargó la mano con gesto perentorio.

Con un suspiro, Adams sacó de su cartera el oficio de Ginebra, sellado por la oficina de Brose, que le autorizaba a emplear el Megavac 6-V para procesar su discurso; el documento mostraba, además, un número de código. El individuo delgado y moreno comparó el sello del

discurso con el que figuraba en el oficio, pareció darse por satisfecho, y devolvió ambos documentos a Adams.

-Aún tengo para cuarenta minutos -dijo el joven, continuando su trabajo-. Váyase a dar una vuelta por ahí y déjeme en paz.

Hablaba en tono indiferente, sin dar pie a familiaridades.

Adams observó:

-Me gusta su estilo.

Había leído con rapidez la hoja puesta en el atril. Era una buena redacción, cosa poco frecuente.

El hombre de Yance dejó nuevamente de teclear.

-Conque es usted Adams.

Y le alargó por segunda vez la mano, pero esta vez para estrechar la suya; después del saludo, la atmósfera perdió gran parte de su tensión anterior. Pero seguía flotando en el ambiente la rivalidad tácita que surgía entre todos los hombres de Yance cuando se encontraban, ya fuese fuera de la Agencia, en sus propias moradas o en sus lugares de trabajo. Aquella rivalidad les envenenaba a todos; en cambio Adams disfrutaba con ella... de no haber sido por el acicate de la emulación, se habría hundido moralmente hacía tiempo.

-Ha hecho usted algunas cosas muy buenas; he estudiado los videotapes finales.

Mirándole atentamente con sus penetrantes y relucientes ojos negros, muy hundidos en sus órbitas, el joven de aspecto mexicano le dijo:

-En cambio, yo sé que gran parte de su trabajo ha sido rechazado en Ginebra. O así me lo han dicho.

-Verá -repuso Adams, flemático-, en nuestro trabajo, lo que hacemos o bien va a la papelera o recibe los mayores ditirambos; no hay términos medios.

-¿Qué se apuesta a que sí?

El joven había hablado de un modo incisivo, desafiante, que desconcertó a Adams.

Con precaución, pues a fin de cuentas ambos competían por la misma meta, Adams dijo:

-Supongo que se referirá usted a un discurso aguado e insípido...

-Voy a enseñarle una cosa.

El joven moreno se levantó y accionó el circuito principal, para que el Megavac empezara a proceder lo que había recibido hasta entonces.

Ambos, Adams y el joven moreno, se dirigieron a ver el simulacro.

Allí estaba, sentado. Con su expresión solemne, ante su gran mesa de roble, con la bandera estrellada a sus espaldas. En Moscú se sentaba otro simulacro idéntico, emitido por un sosías del Megavac 6-V, con la bandera de la Unión Soviética a su lado; por lo demás todo, desde el traje hasta el cabello gris, pasando por las facciones enérgicas, paternales, maduras pero de expresión enérgica, realzadas por una firme barbilla... era el mismo simulacro a uno y otro lado, pues ambos fueron construidos simultáneamente en Alemania y dotados de circuitos electrónicos por los mejores técnicos de Yance. Les acompañaba a todas horas una brigada de mantenimiento, compuesta por hombres que vigilaban con ojos expertos la aparición del menor fallo, del más mínimo titubeo, de todo cuanto pudiera perjudicar a la calidad que se había tratado de conseguir, a la apariencia de una libre y desenvuelta autenticidad. Aquel simulacro, para quien escribían todos los hombres de Yance, exigía el mayor realismo, el mayor parecido con el ser vivo al que imitaba.

Una avería aquí, pensó Adams, muy serio, por pequeña que fuese, equivaldría a una catástrofe. Como aquella vez que su mano izquierda, al esconderse...

Una enorme bombilla roja de alarma se encendió en la pared y sonó una sirena; una docena de operarios se materializaron para inspeccionar el simulacro.

Sería catastrófico... como aquella vez que la mano izquierda extendida empezó a mostrar espasmos como los del mal de Parkinson. Aquel temblor, debido a la avería de un motor neural... si las cintas hubieran sido difundidas por el canal de televisión, habría sido

interpretado como síntoma de un insidioso ataque de senilidad; así lo habrían entendido, probablemente, los habitantes de los tanques. Se está haciendo viejo, habrían murmurado; sentados todos en su sala comunal, bajo la vigilante mirada de sus comisarios políticos. Mira cómo le tiemblan las manos. Ahora está acusando la tensión. Acordaos de Roosevelt: la tensión de la guerra acabó por matarle, como acabará con el Protector. Y entonces, ¿qué haremos?

Pero aquella escena no fue transmitida, por supuesto; los tanques jamás recibieron aquella secuencia. El simulacro fue abierto de arriba abajo, sometido a una minuciosa revisión, a toda clase de pruebas y comprobaciones, hasta que se descubrió que se había quemado un componente miniaturizado: éste había sido el culpable... y, como se descubrió que la causa fue que alguien había escupido en él, un operario de un taller instalado en los apartamentos Runcible fue apartado de su trabajo con el menor escándalo posible y seguramente eliminado... sin que nadie supiera por qué ni cómo... ya que, ante todo, el operario ignoraba el destino final de la pequeña pieza, bobina o diodo que salió de sus manos.

El simulacro empezó a moverse. Joseph Adams cerró los ojos en su rincón, fuera del radio de acción de las cámaras, escondido allí con el joven, pero ya muy experto hombre de Yance, autor de las palabras que iban a ser pronunciadas. Puede que el simulacro se vuelva loco... esta absurda idea cruzó por la mente de Adams... y un día se pondrá a contar chistes obscenos. O como aquellos discos del siglo pasado: se pondrá a repetir una y otra vez la misma palabra...

-Norteamericanos todos -dijo el simulacro con su voz firme, familiar y algo ronca, pero perfectamente controlada.

Para su capote, Joseph Adams dijo: «Sí, señor Yancy. Sí, señor».

8

Joseph Adams escuchó la parte terminada del discurso, hasta donde el joven moreno de Yance había dejado de introducir texto en el Megavac; luego, cuando el simulacro regresó a su anterior rigidez y las cámaras, con perfecta sincronización, interrumpieron la toma, se volvió al autor que estaba su lado y le dijo:

-Me descubro ante usted. Es un gran discurso.

Casi se había dejado prender por las palabras pronunciadas por el simulacro del Protector Talbot Yancy; habían sido dichas con entonación absolutamente exacta, acompañándolas de los gestos adecuados a medida que de sus labios artificiales salía el texto corregido y mejorado por el Megavac 6-V, a partir de la versión original que había recibido. Aunque podía ver con sus propios ojos el Megavac 6-V, si bien su funcionamiento era invisible, sentía la fascinación del texto que la gigantesca computadora comunicaba al simulacro. En realidad, notaba contemplar la auténtica energía que animaba al muñeco completamente artificial sentado a la mesa de roble con la bandera de las barras y estrellas a su espalda. Era algo que casi ponía los pelos de punta, se dijo.

Pero un buen discurso es siempre un buen discurso, quienquiera que sea el que lo pronuncia. Cuando un niño de la escuela recita a Tom Paine, eso no disminuye el valor del texto; con la ventaja, en el caso presente, de que el recitador no se equivocaba, ni tartamudeaba ni pronunciaba mal las palabras.

El Megavac y el ejército de técnicos que lo atendían ya cuidaban que eso no ocurriese.

«Y nosotros también -pensó-. Sabemos perfectamente lo que hacemos».

-¿Y tú quién eres? -preguntó de pronto al extraño e inteligente joven de Yance, decidiéndose a tutearlo.

-Dave no sé qué más. No me acuerdo -repuso el joven, que estaba sumido casi en un trance místico, después de que el simulacro dejó de funcionar.

-¿Qué dices? ¿Que no te acuerdas de tu nombre?

Estupefacto, Adams esperó a que el joven prosiguiese, y entonces comprendió que aquello no era más que una manera elíptica de darle a entender algo, a saber: que el joven moreno era relativamente nuevo en Yance, y que aún no estaba plenamente integrado en la jerarquía.

-Lantano -dijo Adams-. Claro, tú eres David Lantano, el que vive en la zona caliente cerca de Cheyenne.

-El mismo que viste y calza.

-Ahora ya no me extraña tu color moreno.

Adams comprendió que el tono de su tez se debía a las quemaduras de la radiación. El joven, impaciente por adquirir tierras donde levantar su propiedad, las había ocupado demasiado pronto; eso confirmaba todos los rumores que circulaban en las horas ociosas del atardecer entre la minoría de los elegidos: ocupó su residencia antes de lo debido, y ello había provocado agudos sufrimientos físicos al joven David Lantano.

Pero Lantano dijo:

-Hay que tomarse las cosas con filosofía. Aún estoy vivo.

-Pero con ese aspecto... ¿no habrá resultado afectada tu médula ósea?

-Los análisis que me han hecho indican que la producción de glóbulos rojos no ha resultado excesivamente afectada. Creo que conseguiré recuperarme. Y mis tierras van perdiendo radiactividad cada día que pasa. Lo peor ya queda atrás. -Con una torva sonrisa, Lantano añadió-: ¿Por qué no vienes un día a visitarme, Adams? Mis robots han trabajado día y noche; tengo la villa ya casi terminada.

A lo que Adams contestó:

-No iría a la zona radiactiva de Cheyenne ni por un montón de billetes de diez kilómetros de alto. Ese discurso tuyo demuestra que tu colaboración puede ser muy valiosa... ¿por qué, pues, arriesgar tu salud, e incluso tu vida? Podrías quedarte aquí, en un apartamento de la Agencia, hasta que...

-Hasta que -le interrumpió Lantano-, la zona caliente de Cheyenne esté lo suficientemente fría dentro de diez o de quince años... para que alguien se me adelante entonces y se quede con ella.

Dicho en otras palabras, él significaba con eso que no tenía otra alternativa sino instalarse en aquellas tierras prematuramente. Ya lo habían intentado con anterioridad otros hombres de Yance en su misma posición. Y muy a menudo, aquellas inversiones prematuras, aquellas instalaciones apresuradas y ansiosas en zonas con un índice todavía elevado de radioactividad, terminaban con la muerte de sus imprudentes compradores. Y no era una muerte piadosamente rápida, sino una lenta y terrible destrucción que a veces duraban años.

Al mirar al joven moreno -en realidad, gravemente quemado-, Adams pensó en su propia suerte. Él estaba ya bien establecido en una villa construida hacía tiempo, con bien cuidadas plantaciones a su alrededor, lo que le proporcionaba un verdadero parque natural. Había penetrado en la zona caliente de la costa occidental, al sur de San Francisco, pero cuando ya no era peligrosa, según informe de los agentes de Foote. Ello le costó una fuerte suma, pero el resultado valía la pena. Bastaba con ver el caso de Lantano.

Cuando se hubiera acabado la hermosa villa de éste, su gran palacio de piedra edificado con materiales recuperados de las ruinas y con el hormigón que había quedado de la ciudad de Cheyenne, para entonces ya habría muerto.

Y su muerte, según las leyes establecidas por el Consejo de Reconstrucción, dejaría las tierras de nuevo a la disposición del mejor postor; una nube de hombres de Yance se precipitaría sobre la propiedad para disputársela. Ultima y patética ironía, a los ojos de Adams: la lujosa villa del joven, construida a un precio tan elevado -el de su propia vida- pasaría a manos de alguien que ni siquiera tendría que hacer obras ni dirigir los trabajos de un equipo de robots día tras día...

-Pero supongo -dijo Adams- que dejas Cheyenne tanto tiempo como lo autoriza la ley.

Según las leyes territoriales promulgadas por el Consejo de Reconstrucción, los propietarios tenían que pasar doce de cada veinticuatro horas en sus nuevas moradas.

-Vengo aquí a trabajar, como ves, y como estoy haciendo ahora. -Con estas palabras Lantano regresó ante el teclado de Megavac 6-V, seguido de Adams-. Como tú dices, Adams; tengo una misión que cumplir. Y espero vivir lo suficiente para realizarla.

Lantano volvió a sentarse ante el teclado y se puso a mirar su original.

-Bien, pero veo que al menos no se han mermado tus facultades intelectuales -observó Adams.

-Gracias -le contestó Lantano, con una sonrisa.

Durante una hora Joseph Adams permaneció en pie junto a Lantano mientras éste pasaba su discurso al Megavac 6-V. Al leerlo todo y después, cuando el texto pasó del Megavac al simulacro, al oírlo pronunciado por la digna y paternal figura de sienes plateadas que encarnaba a Talbot Yancy, experimentó un abrumador sentimiento de desprecio hacia su propio discurso. ¡Cómo contrastaba con aquél!

Lo que había guardado en su cartera era un ejercicio propio de un principiante. Le dieron ganas de irse sin que nadie le viese, de desaparecer.

¿De dónde sacaba aquellas ideas un joven, casi un mozalbete, quemado por la radiación y que recién empezaba a trabajar con Yance?, se preguntó Adams. Y aquella enorme facilidad para expresarlas. Y aquel conocimiento exacto de lo que haría el Megavac con el texto... y de cómo saldría de la máquina para pasar a los labios del simulacro sentado ante las cámaras. ¿No se necesitaban años para aprender todo eso? El al menos los necesitó. Empezó por escribir una frase y, después de examinarla, tratar de saber aproximadamente -es decir, con precisión suficiente- cómo sería, cómo *sonaría* en la etapa final de procesamiento. O sea, dicho de otro modo, lo que las pantallas de televisión comunicarían a los millones de seres humanos que vivían bajo tierra, que veían y creían, que eran engañados una y otra vez por los pomposos textos que les preparaban.

Textos completamente huecos, desprovistos de sustancia, pensó Adams. Aunque no era exactamente así; por ejemplo, tal definición no se aplicaba al discurso redactado por el joven Dave Lantano. Aquel texto reforzaba la ilusión esencial; en realidad, tuvo que admitir Adams a regañadientes, la fingida realidad de Yancy incluso quedaba sublimada. Pero...

-Tu alocución -le dijo a Lantano- no sólo está inteligentemente construida, sino que contiene sabiduría auténtica. Es como un discurso de Cicerón.

Recordó con orgullo que él había tomado como ejemplo de su obra autores antiguos tan eminentes como Cicerón y Séneca, los discursos de las obras históricas de Shakespeare, y por último los de Tom Paine.

Mientras volvía a meter las hojas de su discurso en su cartera, David Lantano dijo con tono serio:

-Agradezco ese comentario, Adams; significa mucho, especialmente viniendo de ti.

-¿Y por qué precisamente de mí?

-Porque -repuso Lantano, pensativo-, yo sé que, a pesar de tus limitaciones... -dirigió una rápida y penetrante mirada a Adams-, a pesar de tus limitaciones, pones sinceridad en tu trabajo. Creo que me entiendes, ¿no? Hay defectos, como la excesiva facilidad y una retórica huera, que tú has evitado escrupulosamente. Te observo desde hace varios años y he visto la diferencia que hay entre tú y los demás. Brose también se ha dado cuenta de esa diferencia, y aunque arroja al cesto gran parte de lo que escribes y no suele darte coba, te respeta. No tiene más remedio que respetarte.

-Hombre... -comentó Adams.

-¿Acaso te ha asustado, Adams, ver tus mejores producciones rechazadas en Ginebra? ¿Sabes que han ido a parar al cesto después de llegar tan lejos? ¿Te produce esto frustración, o bien... ? -David Lantano lo miró atentamente, con ojos escrutadores-. Sí, ya veo que te asusta.

Tras una pausa, Adams repuso:

-Debo confesar que no las tengo todas conmigo. Pero cuando tengo miedo es de noche, cuando no estoy aquí en la Agencia sino en mi villa, a solas con mis robots. No tengo miedo mientras estoy escribiendo, o entregando mi texto al Megavac u observando al simulacro... no es aquí donde tengo miedo. -Hizo un ademán vago-. Aquí siempre hay algo que hacer. Pero... cuando estoy solo, entonces el miedo me domina.

Guardó silencio, sorprendiéndose al ver que había confiado sus más íntimos sentimientos a aquel joven desconocido. Normalmente, uno tenía buen cuidado de no hablar demasiado de sí mismo a otros colegas de Yance; cualquier información de carácter personal podía volverse contra uno mismo, en aquella competencia incesante por ser el único que escribiese discursos para Yancy, en cierto modo, una manera de ser *el propio Yancy.*

-Aquí en la Agencia de Nueva York -dijo Dave Lantano con voz sombría-, aunque todos nos hagamos la competencia, en el fondo formamos un grupo, una entidad. Lo que los cristianos llamaban una congregación... con término altamente significativo y especial. Pero luego, cuando dan las seis de la tarde, cada uno de nosotros sale y monta en su volador. Cruza luego una campiña desierta hasta un castillo habitado por servidores de metal que se mueven y que hablan pero que son... -se encogió de hombros-. Son fríos, Adams; los robots, incluso los modelos más avanzados que constituyen el Consejo, *son fríos*. Llévate un par de ellos, todos los robots de tu séquito que puedas meter en tu volador, y vete de visita todas las noches.

-Ya sé que es precisamente lo que hacen los más listos de entre los hombres de Yance -repuso Adams-. Nunca están en su casa. Yo lo he intentado. He llegado a mi mansión para volver a salir inmediatamente después de cenar. -Pensó en Colleen y en su vecino Lane, cuando vivía-. Tengo una amiguita -dijo con desenvoltura-; es también de Yance; nos hacemos visitas y hablamos. Pero el gran ventanal delantero de la biblioteca de mi mansión...

-Sería mejor que no contemplases demasiado esa costa rocosa siempre cubierta de niebla -le observó David Lantano-. Esos ciento cincuenta kilómetros de costa al sur de San Francisco son una de las regiones más tétricas de la Tierra.

Parpadeando, Adams se preguntó cómo era posible que Lantano hubiese adivinado tan exactamente lo que él quería decir y el temor que le inspiraba la niebla; era como si Lantano hubiera leído sus más íntimos pensamientos.

-Me gustaría ver tu discurso ahora -dijo Lantano-. Teniendo en cuenta que tú has estudiado el mío a fondo... porque ya sé, Adams, que lo has estudiado a fondo.

Y dirigió una mirada penetrante hacia la cartera que Adams tenía en la mano.

Pero éste negó con la cabeza. No podía enseñarle su discurso, después de aquella enérgica declaración que acababa de oír de labios del simulacro.

El texto preparado por David Lantano, que el Protector simulado había recitado de una manera tan efectista, versaba sobre la penuria de primeras materias. Tocaba el meollo mismo del principal problema que agobiaba a los habitantes de los tanques... al menos, por lo que se desprendía de leer los informes que los comisarios políticos enviaban al Gobierno de Estes Park, informes que luego eran distribuidos a todos los hombres de Yance y especialmente a los redactores de discursos. Era la única información que tenían sobre las reacciones del público que escuchaba sus textos.

Sería interesante conocer los informes de los comisarios políticos acerca de las reacciones que iba a provocar el discurso escrito por Lantano. Aún tendría que pasar un mes como mínimo, pero Adams tomó buena nota de ello, así como del código que designaba oficialmente al discurso. Se prometió estar atento a los informes que llegasen de todos los hormigueros humanos del planeta... Al menos, los del bloque occidental; posiblemente, si la reacción era positiva, las autoridades soviéticas pedirían una copia de la cinta de Megavac 6-V que contenía el discurso, y la entregarían a su propio Megavac de Moscú para programar con ella su propio simulacro... Por otra parte, Brose podía reclamar para Ginebra, si quería, la

cinta original, no la copia, y declararla oficialmente material didáctico de primera clase. Los hombres de Yance de todo el mundo tendrían que inspirarse obligatoriamente en ella para redactar sus futuros textos. El discurso de Lantano, si era tan bueno como a Adams le había parecido, podía convertirse en una de aquellas raras declaraciones «eternas» que pasaban a ser pilares fundamentales de la política. ¡Qué honor! ¡Y para un hombre tan joven!

-¿Cómo puedes afrontar esa cuestión? -preguntó Adams al joven moreno recién reclutado por la Organización Yance, y que ni siquiera tenía una residencia terminada, y que por las noches vivía en una mortífera zona radioactiva donde se quemaba, enfermaba y se dejaba jirones de su vida sin que ello le impidiera escribir con mano maestra-. ¿Cómo puedes aludir tan claramente al hecho de que los habitantes de los tanques están siendo *sistemáticamente privados de sus derechos?* Es eso lo que tú has tenido el valor de decir en tu discurso.

Recordó las palabras exactas de Lantano, a medida que las iba pronunciando con tono enérgico el simulacro de Yancy: «Lo que vosotros tenéis -dijo a los habitantes de los tanques Talbot Yancy, el Protector sintético e inexistente en realidad (es decir, lo que les diría dentro de quince días, cuando la cinta hubiese sido escuchada en Ginebra, donde sin duda le pondrían el visto bueno)-, no es bastante. Vuestras vidas son incompletas, en el sentido que dio Rousseau a esta palabra cuando dijo que el hombre había nacido libre, pero que vivía encadenado en todas partes». Sólo que aquí, en la época que les había tocado vivir, había señalado el discurso, ellos habían nacido en la superficie de un mundo y ahora esa superficie, con su aire, su sol, sus montañas, sus mares, sus ríos, sus colores y sus matices, y hasta con sus olores, les había sido arrebatada, viéndose obligados a vivir en una especie de submarinos o de latas de conserva (era una metáfora), hacinados en cubículos, alumbrados con luz artificial, respirando un aire viciado que pasaba una y otra vez por sistemas depuradores, escuchando la música grabada obligatoria y sentados todo el día ante la cadena de montaje para fabricar robots destinados a un fin que... pero al llegar aquí Lantano tuvo que interrumpirse. No podía decirles: A un fin que vosotros no sabéis. Para que cada uno de los que vivimos aquí arriba pueda aumentar el número de sus servidores, el séquito que nos acompaña, que nos sigue, que realiza excavaciones para nosotros, que construye, desbroza y almacena... habéis hecho de nosotros unos señores feudales que viven en sus castillos, y vosotros sois los nibelungos, los enanos que trabajan para nosotros en las entrañas de la Tierra. ¿Y qué os damos a cambio? «Discursos». No, el texto de Lantano no decía exactamente eso: habría sido censurado. Pero admitía una verdad: la de que los habitantes de los tanques tenían derecho a algo que no poseían; eran víctimas de unos expoliadores. Millones de seres humanos habían sido expoliados, y no recibían compensación por el expolio, ni moral ni legalmente.

-Norteamericanos todos -había dicho gravemente el simulacro de Talbot Yancy con su voz firme, estoica, castrense, propia de un jefe o de un padre (Adams nunca olvidaría aquel momento del discurso)-: existe una antigua idea cristiana, que sin duda conocéis, que nos dice que la vida en la Tierra o, en vuestro caso, debajo de ella, es un simple tránsito, un episodio entre una vida anterior y la vida eterna y superior que seguirá a la actual. Antaño un rey pagano de las Islas Británicas se convirtió al cristianismo cuando oyó que comparaban su vida al breve vuelo de un ave nocturna, que entró por una ventana en la cálida sala de armas de su castillo, brillantemente iluminada, para cruzar fugazmente sobre los que allí se movían y hablaban con animación, como una imagen tangible de la vida que le traía el consuelo de hallarse en un lugar habitado. Mas, prosiguiendo su vuelo, el ave salió del salón brillantemente iluminado por otra ventana, y se alejó del castillo para entrar de nuevo en las vacías tinieblas interminables de la noche que todo lo cubría. Y nunca volvió a ver el salón cálido e iluminado, lleno de vida y algazara. Y... -al llegar aquí, el simulado Yancy, con toda su altiva dignidad, con el peso y la autoridad de sus palabras escuchadas por millones de seres humanos en centenares de tanques hundidos bajo la tierra de todo el mundo, dijo-: Mis queridos conciudadanos que vivís en los refugios subterráneos, vosotros ni siquiera habéis

tenido ese momento de luz. No podéis recordar, esperar ni disfrutar ese breve vuelo a través del salón iluminado. Por breve que fuese, teníais derecho a él. Sin embargo, a causa de la terrible locura que se desencadenó hace quince años, por culpa de esas tinieblas infernales, estáis condenados. Día a día, expiáis la locura que os expulsó de la superficie, lo mismo que los látigos de las furias arrojaron del Edén a nuestros primeros padres, al principio de los tiempos. Y esto no es justo. Aún no sé cómo, pero algún día, os lo aseguro, dejaréis de estar marginados. La alienación de vuestra realidad, la privación de la vida a la que tenéis derecho... con la rapidez que según se dice acompañará a la primera nota de la última trompeta, esta terrible calamidad, esta injusticia será abolida. *Cuando esto llegue, no ocurrirá de modo gradual*. Os arrojará a todos, os expulsará, aunque os resistáis, a vuestra antigua tierra, que os está esperando en la superficie, esperando que la reclaméis. Norteamericanos todos, vuestra petición no ha sido desoída y la tendremos en cuenta; nosotros guardamos para vosotros lo que os pertenece, y os lo guardamos provisionalmente tan sólo. Pero todo cuanto está aquí arriba desaparecerá a vuestro regreso. E incluso desaparecerá el mismo recuerdo de los que estamos aquí arriba ahora. -Y el simulacro de Yancy terminó con estas palabras-: Y vosotros no podréis ni siquiera maldecirnos, porque ni siquiera recordaréis nuestra existencia.

Dios mío, pensó Adams. ¡Y este hombre quiere ver mi discurso!

Al observar la reticencia que demostraba Adams a entregárselo, David Lantano le dijo con voz tranquila:

-Como decía, te he observado, Adams. No hace falta que te hagas el modesto.

-No es eso -repuso Adams-. Como sabes, lo máximo que yo he tratado de hacer, y reconozco que no estaba mal, aun no siendo suficiente... lo que yo trataba de hacer era calmar sus dudas. Es decir, en cuanto al sentido de la situación en que se encuentran. Pero tú... santo cielo, lo que tú haces no es decirles sencillamente que deben vivir allí abajo, sino que esto es una maldición, una injusticia y un mal temporal. Hay una enorme diferencia entre utilizar a Yancy como yo hago, para convencerles de que es mejor que sigan ahí porque aquí en la superficie la vida es aún peor, por estar la Tierra infestada de gérmenes, radioactividad y muerte, y lo que tú has hecho; tú le haces una promesa solemne, has adquirido un compromiso con ellos, les has dado tu palabra... la palabra de Yancy, diciéndoles que algún día todo encontrará su justificación.

-Bien -musitó Lantano mansamente-, la Biblia dice: «Es Dios quien justificará». O algo parecido; no recuerdo las palabras exactas.

Parecía cansado, más cansado aún que Lindblom; todos los de su clase estaban cansados. Qué gran peso, pensó Adams, es llevar la vida tan lujosa que llevamos. Como nadie nos hace sufrir, hemos elegido presentarnos voluntarios. Esto fue lo que vio en la cara de Lantano, como lo había visto en la de Verne Lindblom, o un estado de ánimo parecido. Pero no en la de Brose, se dijo de pronto. El hombre dotado de mayor poder y responsabilidad es el que se siente menos abrumado de todos nosotros... si es que su corazón abriga algún sentimiento.

No era extraño que todos temblasen; no era extraño que sus noches fuesen malas. Todos ellos servían -y lo sabían perfectamente- a un amo perverso.

9

Con su discurso aún, al parecer eternamente, en su cartera, sin habérselo mostrado a David Lantano ni haberlo procesado a través del Megavac 6-V, Joseph Adams tomó la transportadora horizontal rápida para trasladarse del edificio de la Quinta Avenida 580 al titánico depósito de materiales de consulta de la Agencia. Eran en realidad los archivos oficiales que albergaban todos los datos del conocimiento humano anteriores a la guerra, conservados y fijados a perpetuidad y por supuesto instantáneamente disponibles para cualquier miembro de la minoría privilegiada de la que él formaba parte.

Y ahora necesitaba con urgencia efectuar una consulta.

Al llegar a la gran estación central se puso en la cola, y cuando se encontró frente al combinado compuesto por un robot modelo XXXV y un Megavac 2-B que hacía las veces de mónada dirigente del laberíntico organismo formado por bobina tras bobina de microcinta (veintiséis tomos de enciclopedia reducidos al tamaño de un yo-yo, con la forma, el diámetro y el peso de éste), dijo en tono que a él le pareció bastante plañidero:

-Ejem... estoy un poco confuso. No busco ninguna fuente particular de información, como por ejemplo el *De Rerum Natura* de Lucrecio, las *Cartas Provinciales* de Pascal o *El Castillo* de Kafka...

Estas obras habían sido consultadas por él anteriormente, y habían moldeado su espíritu junto con el perenne John Donne y los no menos sempiternos Cicerón, Séneca y Shakespeare, sin mencionar otras grandes figuras.

-Su llave de identidad, por favor -dijo la mónada dirigente de los archivos.

Introdujo su llave en la ranura; quedó allí registrada y la mónada, tras consultar su banco de memoria, recordó todas las fuentes que él había consultado en el pasado, y en qué orden: así tenía una imagen completa de todos sus conocimientos. Desde el punto de vista de los archivos, ahora la mónada tenía un conocimiento ilimitado acerca de él, y en consecuencia podía identificar -o así lo esperaba Adams- el punto siguiente en la evolución de su vida mental, como entidad orgánica y en constante crecimiento que era: el desarrollo histórico de Adams como un ser dotado de razón y conocimiento.

El no tenía ni la más remota idea de cuál iba a ser el punto siguiente de la curva; el texto de David Lantano le hizo sentir que el mundo se hundía bajo sus pies, y a la sazón estaba completamente aturdido y desorientado... Su carrera profesional se hallaba en crisis, quizá por última y crítica vez. Se enfrentaba, al menos en potencia, con lo que más temían cuantos escribían discursos para el simulacro de Talbot Yancy: el colapso de sus facultades. Que se agotase su capacidad de programar el Megavac, o de programar lo que fuese.

La mónada dirigente de los archivos oficiales de la Agencia emitió unos cuantos chasquidos, como si hiciera castañetear unos dientes electrónicos, y luego dijo:

-Señor Adams, no se alarme por lo que voy a decirle.

-Muy bien -dijo él, completamente alarmado. Tras él hacían cola con impaciencia otros colegas suyos de Yance-: Dígame lo que es.

La mónada dirigente repuso:

-Con el mayor respeto, le remito a la fuente de información número uno. Los dos Documentales de 1982, en ambas versiones, A y B; no tome esto como una crítica, pero haga el favor de dirigirse al mostrador que tiene a su derecha, y allí recibirá las bobinas con la obra original de Gottlieb Fischer.

El fondo, el sostén, y la estructura, la configuración misma del mundo de Joseph Adams, se desmoronaron con estrépito en su interior. Y mientras se dirigía al mostrador de su derecha en busca de las bobinas, murió íntimamente, y en medio de grandes dolores, al sentirse falto del ritmo metabólico fundamental de su existencia.

Porque si resultaba que aún no había entendido los dos Documentales hechos en 1982 por Gottlieb Fischer, entonces no había entendido nada.

Era preciso tener en cuenta que todo el entramado de Yancy, lo que el simulacro era y cómo había sido creado... lo que justificaba la existencia de todos ellos, aquella colmena de hombres de Yance entre quienes figuraba él mismo, Verne Lindblom, Lantano e incluso el horrible y poderoso viejo Brose... todo aquello descansaba y se basaba en los Documentales A y B. El primero se hizo para la Wes-Dem; el segundo fue producido para el Pac-Peop. Era el verdadero ABC del Sistema.

Le hacían regresar al principio, a varios años atrás, al comienzo mismo de su carrera profesional como hombre de Yance. Y si aquello podía ocurrirle a él, eso significaba que la

construcción entera podía cuartearse; sintió que el mundo que él conocía vacilaba bajo sus pies.

10

Después de recibir las bobinas, se dirigió completamente aturdido a una mesa vacía provista de un visor, tomó asiento y entonces se dio cuenta de que había olvidado su cartera en alguno de los lugares por los que acababa de pasar; se había desplazado sin ella; dicho de otro modo, había perdido para siempre y deliberadamente aquel discurso escrito a mano de la noche anterior, que le había costado un parto tan doloroso.

Aquello demostraba su tesis. Estaba en un verdadero aprieto.

¿Cuál de los dos Documentales -se preguntó- debo soportar primero?

A decir verdad, no lo sabía. Por último escogió al azar uno de ellos: resultó ser el Documental A. Al fin y al cabo, pensó, él era un hombre de Yance, un occidental. El Documental A, que fue el primero de los dos que realizó Gottlieb Fischer, siempre le había atraído más que el segundo. Porque si podía decirse que ambos encerraban alguna verdad, ésta se hallaba quizás en la versión que tenía entre las manos. Enterrada, desde luego, bajo un montón de falsificaciones y patrañas tan enormes, que resultaba una excepción... y era el detalle que convertía a ambos Documentales en la fuente primordial y venerada de todos los hombres de Yance.

Por lo que se refería a decir «mentiras como puños», Gottlieb Fischer los había dejado tamañitos a todos. Ni actualmente ni en el futuro, nadie se atrevería a decir con seriedad las monstruosas mentiras que dijo Fischer en aquellos días inocentes y maravillosos, el productor cinematográfico de la República Federal Alemana, Gottlieb Fischer (quien había heredado la UFA, la antigua compañía cinematográfica del Tercer Reich que en los años treinta del siglo anterior colaboraba tan íntimamente con los servicios del doctor Goebbels... aquella fábrica verdaderamente soberbia de convincentes imágenes visuales), empezó de la manera más espectacular; aunque, por supuesto, Fischer contaba con grandes recursos. Ambas organizaciones militares, la del Este y la del Oeste, le prestaron ayuda económica y técnica... así como los fabulosos documentales bélicos de la Segunda Guerra Mundial, que cada bloque guardaba en sus filmotecas secretas.

Los dos Documentales gemelos, programados para ser estrenados simultáneamente, trataban de la Segunda Guerra Mundial, que para muchas personas de 1982 aún era un hecho perfectamente recordado, pues terminó treinta y tantos años antes del estreno mundial de ambos Documentales. Un soldado de veinte años en 1945 sería un hombre de cincuenta y siete años cuando, sentado ante su televisor en su casa de Boise, Idaho, contemplase el primer episodio (de una serie de veinticinco) del Documental A.

Cuando Joseph Adams volvió su vista a la moviola pensó que era increíble que los telespectadores hubiesen olvidado hasta tal punto la realidad, como para no darse cuenta de que era pura mentira lo que veían en la pequeña pantalla.

Ante sus ojos apareció la diminuta, iluminada y clara imagen de Adolfo Hitler, dirigiendo la palabra a los serviles lacayos que componían el *Reichstag* a finales de los años treinta. El Führer estaba de un talante sardónico, jovial, excitado y burlón. Aquella famosa escena que todos los hombres de Yance se sabían de memoria, recogía el momento en que Hitler respondía a la petición del presidente estadounidense Roosevelt, de que garantizase las fronteras de una docena de pequeñas naciones europeas. Adolfo Hitler iba enumerando una por una las naciones que figuraban en la lista, mientras alzaba paulatinamente la voz, y al nombrar a cada una de ellas sus corifeos vitoreaban con frenesí a su líder, que cada vez mostraba un tono más arrogante. La ironía que encerraba todo ello... el Führer, dominado por un júbilo colosal ante aquella absurda lista (más tarde había de invadir sistemáticamente casi

todas las naciones enumeradas), las aclamaciones de la servil asamblea... Joseph Adams escuchaba y observaba, notando en su interior un eco de aquellos alaridos, una alegría sardónica idéntica a la de Hitler... y al mismo tiempo sentía un asombro sencillo, casi infantil, ante el hecho de que tal escena pudiera haber ocurrido en realidad. Y así era. Aquel fragmento perteneciente al primer capítulo del Documental A, era auténtico, por manicomial que esto pareciese, considerando su carácter fantástico.

¡Ah!, pero en seguida salía a relucir la maestría del productor berlinés de 1982. La escena del Reichstag terminaba en un fundido encadenado con otra escena: una multitud de alemanes hambrientos, de miradas vidriosas, durante la Depresión de la República de Weimar, en los días anteriores a Hitler. Desempleo. Bancarrota. Gentes arruinadas. Una nación derrotada, sin futuro.

El comentario de la banda sonora, debido a la voz suave pero firme del excelente actor contratado por Gottlieb Fischer -se llamaba Alex Sourberry o algo parecido- empezó a alzarse, a imponer su presencia auditiva como interpretación de lo visual. Y lo visual ahora, consistía en una escena marítima. La Royal Navy inglesa, manteniendo el bloqueo en el año siguiente al fin de la primera guerra mundial; para reducir por hambre, fría y deliberadamente, para ahogar a una nación que ya se había rendido hacía tiempo... y que a la sazón se encontraba totalmente inerme y desvalida.

Adams desconectó la moviola, se recostó en su asiento y encendió un cigarrillo.

¿Hacía falta, realmente, la voz firme y bien entonada de Alexander Sourberry para saber cuál era el mensaje contenido en la Documental A? ¿Tendría que visionar los veinticinco capítulos, de una hora de duración cada uno y luego, una vez terminado este calvario, repetir la experiencia con la versión B, igualmente larga e intrincada? Adams conocía su mensaje. El mismo que daba Alex Sourberry para la versión A, lo daba para la versión B un actor alemán, de la misma categoría que aquél y oriundo de la República Democrática Alemana. Él conocía perfectamente *ambos* mensajes... porque, lo mismo que habían dos versiones distintas, existían dos mensajes distintos.

Cuando Adams detuvo la moviola para tomarse un respiro que a decir verdad necesitaba, Sourberry se disponía a demostrar un hecho notable: la relación existente entre dos escenas históricas separadas por un lapso de más de veinte años: el bloqueo marítimo de 1919, y los Campos de Concentración poblados por famélicos esqueletos vivientes vestidos a rayas, del año 1945.

Fueron los ingleses los verdaderos autores de Buchenwald, según la nueva versión de la historia ideada por Gottlieb Fischer. No los alemanes. Los alemanes fueron las *víctimas*, tanto en 1943 como en 1919. Una escena posterior de la Documental A mostraba a los berlineses de 1944 buscando ortigas en los bosques circundantes de Berlín, para hacer sopa con ellas. Los alemanes se morían de hambre; todo el continente europeo, toda la gente pasaba hambre dentro y fuera de los Campos de Concentración. Por culpa de los ingleses.

Esto quedaba clarísimo a medida que el tema iba siendo desarrollado a lo largo de veinticinco capítulos expertamente ensamblados. Aquella era la historia «definitiva» de la Segunda Guerra Mundial..., al menos para los pueblos de las democracias occidentales.

«¿Por qué tengo que aguantar esa película?», se preguntó Adams, mientras descansaba fumando un pitillo y temblando de cansancio muscular y mental. Ya sé lo que quiere demostrar: que Hitler era un individuo neurótico, arrogante, depresivo e inestable. Esto naturalmente era verdad, pero el film mentía porque lo presentaba como si hubiese sido pura y simplemente un genio. Como Beethoven. Y a Beethoven le admiramos todos; hay que saber perdonar a los grandes genios sus excentricidades, Y, justo era reconocerlo, en sus últimos tiempos Hitler se vio sometido a tal presión, que se hundió en la paranoia... debido a la incapacidad de Inglaterra para entender, para adivinar, cuál era el enorme y verdadero peligro: la Rusia de Stalin.

Las peculiaridades del carácter de Hitler (al fin y al cabo, aquel hombre se vio sometido a una considerable y prolongada tensión durante la guerra de 1914-18 y el período de depresión de la República de Weimar, igual que todos los alemanes), engañaron a los flemáticos anglosajones haciéndoles creer que Hitler era «peligroso». En realidad -capítulo tras capítulo, Alex Sourberry iba destilando ese mensaje- los telespectadores occidentales descubrirían que Inglaterra, Francia, Alemania y los Estados Unidos debieron aliarse contra las auténticas fuerzas del mal, personificadas en Josef Stalin, con sus planes de megalómano para la conquista del mundo... como demostraban las acciones de la URSS en el período de la posguerra... período en que incluso Churchill se vio obligado a admitir que el verdadero enemigo era la Rusia Soviética.

...Y lo había sido siempre. Sin embargo, la propaganda comunista y los quintacolumnistas de las democracias occidentales, engañaron no sólo al pueblo, sino a los gobiernos... incluso a Roosevelt y a Churchill, y el engaño perduró hasta la época de la posguerra. Ejemplos de ello, entre otros, eran Alger Hiss... o los Rosenberg, que robaron el secreto de la bomba atómica y los entregaron a la Unión Soviética.

Otro ejemplo era la escena inicial del cuarto episodio de la versión A. Bobinando película, Joseph Adams la detuvo en aquel episodio y miró a la moviola, aquella bola de cristal de la tecnología moderna que mostraba, no el futuro, sino el pasado. Y...

Ni siquiera el verdadero pasado, sino el fraude que entonces apareció ante su vista.

El aparato mostró una secuencia cinematográfica, narrada por el imperturbable Alex Sourberry con su sonsonete hábil y untuoso. Una escena de importancia vital para la moraleja que debía desprenderse de la versión A, de acuerdo con los planes de Gottlieb Fischer respaldados por los militares de la Wes-Dem. Dicho en otras palabras, ahí estaba la razón de ser de las veinticinco horas largas que totalizaban los capítulos de la versión A.

La escena mostraba unos diminutos personajes que no eran sino varios jefes de Estado reunidos: Roosevelt, Churchill y Stalin. Era la fatídica conferencia de Yalta.

Allí estaban juntos los tres dirigentes mundiales, para que los fotografiasen; era aquel un momento histórico de una magnitud inconcebible. Y nadie podría olvidarlo jamás, porque fue allí -decía la suave voz de Sourberry- donde se tomó la importante decisión. Todos podían verlo con sus propios ojos.

¿Qué decisión? La cultivada voz del actor profesional susurró a los oídos de Joseph Adams:

«En este lugar y en este instante se selló el acuerdo que había de decidir la suerte futura de la humanidad y de generaciones aún no nacidas».

-¡Muy bien! -exclamó Adams en voz alta, dando un susto al inofensivo hombre de Yance que manejaba otra moviola a su lado.

-Perdone -dijo Adams disculpándose, y luego pensó, sin manifestar esta vez su pensamiento en voz alta: «Vamos, Fischer. Veamos lo que te traes entre manos. No te limites a decírnoslo: enséñanoslo. Da la cara o cállate. Demuestra la tesis fundamental de este interminable Documental o vete al cuerno».

Y sabía, por haberla visto ya tantas veces, que el realizador de la película iba a demostrarlo.

-Joe -dijo a su lado una voz femenina, sobresaltándolo y sacándolo de su tensa atención. Se incorporó en el asiento, miró y reconoció a Colleen.

-Espera -dijo a su amiga-. No digas nada. Sólo un segundo.

Y volvió a fijar su vista en la diminuta pantalla, con miedo y fervor. Como un pobre habitante de los tanques, se dijo, que en su terror claustrofóbico cree que ha contraído el mal del encogimiento hediondo, la enfermedad que con su hedor anuncia el hálito de muerte. Pero Joseph Adams sabía que él no creía en tales cosas, ni en lo que estaba viendo. Y en su interior el espanto creció a tal punto que se hizo insoportable, y a pesar de todo él siguió mirando, mientras en sus oídos resonaba el susurro de Alexander Sourberry. Hasta que Joseph Adams

pensó: «¿Así es como sienten los de abajo? ¿Cuándo captan la sugerencia, la esencia de lo que verdaderamente están viendo? De que estamos dándoles nuestra adaptación de esto...». Y se quedó petrificado.

Sourberry seguía cuchicheando: «Un leal agente de los servicios secretos norteamericanos tomó estas notables secuencias con una cámara de teleobjetivo camuflada en forma de gemelo de camisa; por eso las escenas que aquí vemos aparecen un poco borrosas».

Y dos figuras un poco borrosas, como Sourberry había dicho, aparecieron paseando por un baluarte. Eran Roosevelt y... Josef Stalin, éste de pie y Roosevelt en una silla de ruedas, con una manta sobre las piernas y empujado por un criado de librea.

«Un equipo microfónico especial de gran radio de acción que el leal agente secreto controlaba, le permitió captar...».

Muy bien, pensó Joseph Adams. Estupendo. Una cámara del tamaño de un botón... ¿quién podía recordar en 1982 que aún no existían en 1944 aparatos tan miniaturizados para el espionaje? Por eso, todos se lo tragaban sin rechistar... y nadie protestaba cuando les pasaban aquella horrible escena por televisión a todos los ciudadanos del bloque occidental. Nadie escribía al Gobierno de Washington para decir: «Muy señores míos: En relación con la cámara que llevaban en un "gemelo" el "leal agente secreto" de Yalta, siento decirles que...». No, tal cosa no ocurrió; de haber ocurrido, la carta en cuestión habría desaparecido... y quizá también la persona que la hubiera escrito.

-¿Qué episodio estás viendo, Joe? -le preguntó Colleen.

El volvió a recostarse en su asiento y detuvo la cinta.

-La gran escena donde Franklin Delano Roosevelt y Stalin se ponen de acuerdo para traicionar a las democracias occidentales.

-¡Ah, sí! -asintió ella, tomando asiento a su lado-. Esa toma borrosa, captada desde lejos. ¿Quién podría olvidarla? Nos la han machacado tantas veces...

-Tú ya sabes, por supuesto -dijo él-, cuál es el fallo que hay en ella.

-Nos lo enseñaron en clase. Lo decía el propio Brose que, como además fue discípulo de Fischer...

-Hoy en día -prosiguió Adams- nadie comete errores de ese calibre, al preparar un texto. Hemos aprendido mucho; somos más expertos. ¿Quieres verlo y oírlo?

-No; gracias. Francamente, me importa un rábano.

Adams repuso:

-A mí tampoco me importa. Pero me fascina; me fascina porque consiguió pasar y ser creída.

Acercó de nuevo los ojos a la pantallita y puso en marcha la cinta.

La banda sonora reproducía la voz de las dos figuras borrosas. Un fuerte zumbido de fondo -prueba de la gran distancia a que actuaba el micrófono oculto empleado por el «leal agente secreto»- hacía que resultase un poco difícil entender lo que hablaban. Difícil, pero no imposible.

En la versión A, Roosevelt y Stalin hablaban en inglés: el primero con su cultivado acento de Harvard, el segundo con su tosco y gutural acento eslavo, que a veces parecía el gruñido de un oso.

Así resultaba que se entendía mejor a Roosevelt. Y lo que éste decía era importantísimo, pues estaba admitiendo con toda franqueza, ya que ignoraba la existencia del «micrófono oculto», que él, Franklin Delano Roosevelt, Presidente de los Estados Unidos, era... un agente comunista, sometido a la disciplina del Partido. Estaba traicionando a los Estados Unidos por orden de su jefe, Josef Stalin, y éste le decía: «Sí, camarada. Comprenderás cuáles son nuestras necesidades; quedamos de acuerdo en que tú retendrás a los ejércitos aliados en el Oeste para que nuestro Ejército Rojo pueda penetrar profundamente en la Europa Central, hasta el mismo Berlín, para establecer el predominio soviético por lo menos hasta...» y

entonces la voz gutural del jerarca comunista se hacía ininteligible, porque los dos dirigentes políticos quedaban fuera del alcance del aparato.

Desconectando de nuevo la moviola, Joseph Adams dijo a Colleen:

-A pesar de ese único defecto, Gottlieb hizo aquí una obra maestra. El actor que representaba a Roosevelt era un sosías perfecto, y el que encarnó a Stalin...

-Pero no olvides el fallo -le recordó Colleen.

-Sí.

Era un fallo garrafal, el peor que había cometido Fischer; en realidad, el único verdaderamente grave entre todas las escenas falsas que componían la versión A.

Josef Dugashvili, alias «Stalin», no sabía inglés. Y como no hablaba Stalin ese idioma, aquella escena nunca pudo tener lugar. La escena capital de toda la serie, la que acababa de ver entonces, era un fraude... y una vez demostrado que lo era, demostraba que todo el «Documental» era asimismo un fraude. Un fraude deliberado, cuidadosamente preparado, construido con el propósito de exonerar a Alemania y demostrar que no fue culpable de los actos realizados ni de las decisiones adoptadas en la Segunda Guerra Mundial. Porque en 1982, Alemania volvía a ser una potencia mundial y, lo que era más importante, un miembro principal de la comunidad de naciones que se autotitulaban «las Democracias Occidentales» o, más sencillamente, con la abreviatura inglesa de Wes-Dem, pues la ONU se desintegró durante la Guerra Iberoamericana de 1977, dejando en un vacío de poder que los alemanes se apresuraron a llenar.

-Estoy harto -dijo Adams a Colleen, mientras sacaba otro cigarrillo con mano temblorosa. Y pensar, se dijo, que lo que ahora somos deriva de un trucaje tan burdo como el de esa escena... Stalin hablando en un lenguaje que ignoraba.

Tras una pausa, Colleen dijo:

-En realidad, a Fischer le habría sido fácil...

-Lo habría arreglado fácilmente, en efecto. Bastaba con hacer figurar a un intérprete en segundo plano, no se necesitaba más. Pero Fischer era un artista... le gustó la idea de ponerlos hablando *téte-á-téte*, sin intermediarios; consideró que así el efecto dramático sería mayor.

Y Fischer tuvo razón, puesto que el «Documental» fue aceptado por todos como históricamente correcto, como un documento que probaba la «traición» de Yalta y reivindicaba al «incomprendido» Adolfo Hitler, que únicamente trataba de salvar a las democracias occidentales de las garras del comunismo... incluso se justificaban así los Campos de Concentración nazis. Y esto se consiguió únicamente encadenando unos cuantos fotogramas de buques de guerra británicos y de hambrientos reclusos de concentración, con unas cuantas escenas totalmente falsas que jamás ocurrieron, y con metraje auténtico de los archivos militares de las democracias de Occidente... más la voz suave que lo explicaba todo. Suave... pero firme.

Un buen trabajo.

-No comprendo -dijo entonces Colleen- por qué eso te molesta tanto. ¿Quizá porque el error es tan patente? No lo era entonces; en 1982 nadie recordaba que Stalin desconocía...

-¿No sabías -la interrumpió Adams, hablando lenta y cuidadosamente- cuál es el correspondiente fraude central de la versión B? ¿No has dado nunca con él? Porque yo opino que ni siquiera Brose ha sabido verla en la versión B, como lo vio en la versión A.

Ella reflexionó antes de decir:

-Vamos a ver. En la versión B, hecha para el mundo comunista de 1982... -siguió reflexionando, con el ceño fruncido, antes de proseguir-: Hace mucho tiempo que no he visto ningún capítulo de la versión B, pero...

Adams prosiguió:

-Empecemos con la hipótesis fundamental de la versión B. A saber, que la URSS y el Japón se proponen salvar la civilización mundial. Inglaterra y los Estados Unidos están aliados en secreto con los nazis, con Hitler; lo llevaron al poder con la única finalidad de

atacar a las naciones orientales, de preservar el *statu quo* frente a las nuevas naciones que se alzaban en Oriente. Esto ya lo sabemos. En la Segunda Guerra Mundial, Inglaterra y los Estados Unidos solamente fingieron luchar contra Alemania; la auténtica guerra por tierra la hizo Rusia en el frente oriental; el desembarco de Normandía -¿cómo lo llamaron... el Segundo Frente?- no tuvo lugar sino *después* de que Alemania fuese derrotada por Rusia; los Estados Unidos e Inglaterra ansiaban lanzarse como buitres sobre los despojos...

-Despojos -añadió Colleen- que pertenecían por derecho propio a la URSS -asintió con la cabeza-. Pero... ¿dónde cometió Fischer un error técnico en la versión B? La idea es verosímil, lo mismo que la idea A; y las filmaciones del Ejército Rojo en Stalingrado, que aparecen en la B, son auténticas...

-Sí, todo es real. Auténtico y debidamente convincente. La guerra se ganó efectivamente en Stalingrado. Pero... -apretó el puño, arrugando el cigarrillo; luego lo depositó con cuidado en un cenicero vecino-: No pienso pasar la B -dijo-, aunque me lo indicó la mónada maestra. Eso quiere decir que me equivoco; que he dejado de progresar, lo cual significa que seré alcanzado, superado y éste será mi fin. Lo supe anoche, antes de que tú te fueses. Lo supe de nuevo hoy al escuchar el discurso de Dave Lantano y comprender que era mucho mejor que cuanto yo era capaz de hacer... o seré capaz de hacer jamás. Y él es un chico de diecinueve años... de veinte a lo sumo.

-David tiene veintitrés años -precisó Colleen.

Adams levantó la vista para mirarla y dijo:

-Vaya, ¿conque le conocías?

-Entra y sale de la Agencia; le gusta volver a ese terreno caliente que adquirió para dirigir a sus robots y ver si construyen la villa tal como él desea... En mi opinión, está impaciente por verla tal como esté, porque teme no vivir lo suficiente para verla terminada. Me gusta, aunque admito que es un tipo muy extraño y enigmático; pudiera decirse que es como un recluso: viene aquí, entrega su discurso al Megavac, se queda un rato, habla poco, muy poco, con algunos, y después vuelve a irse. Pero ¿cuál es el error de la versión B, la versión del Pac-Peop, que tú conoces y que nadie, ni siquiera Brose, ha conseguido advertir en todos estos años?

Adams repuso:

-Está en la escena donde Hitler emprende uno de sus vuelos secretos a Washington para conferenciar con Roosevelt durante la guerra.

-¡Ah, sí! Fischer sacó esa idea de la aventura de Rudolf Hess...

-Es la importante entrevista secreta entre Roosevelt y Hitler en mayo de 1942. En ella Roosevelt, acompañado de Lord Louis Mountbatten, o sea, el príncipe Batten von Battenberg, representante de Inglaterra, informa a Hitler de que los Aliados aplazarán el desembarco en Normandía durante un año como mínimo, para que Alemania pueda llevar todos sus ejércitos al frente del Este y derrotar a Rusia. Y le dice también que las rutas de todos los convoyes de abastecimientos que transporten material de guerra a los puertos del norte de Rusia, serán comunicadas puntualmente al almirante Canaris, jefe de los Servicios de Información germanos, a fin de que los submarinos nazis puedan hundirlos durante la travesía del Atlántico. Recordarás las borrosas tomas hechas con teleobjetivo por aun camarada del Partido infiltrado entre el personal de la «Casa Blanca», donde aparecen Hitler y Roosevelt juntos en un sofá: Roosevelt le asegura a Hitler que no tiene por qué preocuparse; que los bombardeos aliados se harán de noche a fin de errar los objetivos, y que toda la información procedente de Rusia sobre planes militares, movimientos de tropas soviéticas y otros datos de interés será conocida por Berlín a las veinticuatro horas de llegar dicha información a Inglaterra y los Estados Unidos vía España.

-Ambos hablan en alemán -dijo Colleen-. ¿Es eso?

-No -replicó él, colérico.

-¿En ruso, pues, para que el público a que va destinado pueda entenderlo? Hace tanto tiempo que la vi.

Adams dijo con aspereza:

-El error técnico aparece durante la llegada de Hitler a la base secreta de la Fuerza Aérea de los Estados Unidos en las cercanías de Washington D.C. Es increíble que nadie haya reparado en ello. En primer lugar, durante la Segunda Guerra Mundial no existió ninguna Fuerza Aérea de los Estados Unidos.

Ella le miró asombrada.

-La Aviación aún no estaba constituida como un arma independiente, y recibía el nombre de Cuerpo Aéreo -prosiguió Adams-. Pero este es un fallo de poca monta; pudo deslizarse un error de traducción al redactar el comentario... no es nada. Ahora, mira.

Sacó rápidamente la cinta de la moviola, la reemplazó por la cinta de la versión B y, mirando fijamente la pequeña pantalla, hizo pasar la cinta con destreza hasta llegar a la escena del capítulo dieciséis que estaba buscando; entonces se recostó en su silla e indicó a Colleen que mirase con atención.

Durante unos momentos la joven miró en silencio.

-Ahora llega su reactor -murmuró-. Va a tornar tierra a altas horas de la noche en la... Sí, tienes razón; el comentarista ha dicho «una base de la Fuerza Aérea de los Estados Unidos», y recuerdo vagamente...

Adams la interrumpió con brusquedad:

-Has dicho su *reactor*, ¿no?

Cuando la cinta se detuvo, Colleen le miró.

-Según esta película -dijo Adams-, Hitler aterriza secretamente en Norteamérica en mayo de 1942, en un reactor Boeing 707. Esos aparatos no aparecieron en escena hasta muy mediada la década de los sesenta. El único avión a reacción que existía en tiempos de la Segunda Guerra Mundial era un caza de fabricación alemana, que ni siquiera llegó a entrar en combate.

-¡Oh, santo cielo! -dijo Colleen, boquiabierta.

-Pero la triquiñuela dio el resultado apetecido -continuó Adams-. El público de las democracias populares creyó a pies juntillas en la veracidad de la cinta... ten en cuenta que en 1982 estaban ya todos tan acostumbrados a los reactores, que olvidaron que en 1942 sólo existían esos aparatos llamados...

Se interrumpió, al no poder recordar el nombre.

-Aeroplanos de hélice -dijo Colleen.

-Me parece que empiezo a entender -dijo Adams- el porqué de que la mónada maestra de los archivos me haya remitido de nuevo a esta fuente originaria de información. Quiso que volviese a ver la obra de Gottlieb Fischer, el primer hombre de Yance; en realidad, el inventor del imaginario Talbot Yancy. Pero que, por desgracia, no vivió lo suficiente para ver al simulacro en acción... y siendo utilizado por los dos grandes bloques en que se divide el mundo. La mónada quería que viese -prosiguió- que mis dudas sobre la calidad de mi obra son infundadas. En realidad, excesivas, porque nuestra obra, nuestro esfuerzo histórico colectivo se halla *malogrado* desde su mismo comienzo, empezando por esos dos Documentales. Cuando tú y yo nos proponemos trucar algo, tú y yo y todos nosotros corremos el riesgo de cometer algún error, tarde o temprano.

-Sí -asintió ella-. Somos seres humanos, y como tales, imperfectos.

-Pero lo extraño -dijo Adams- es que David Lantano no me ha producido esa sensación. Me inspiró temor, y ahora sé por qué. Porque él es diferente. Es perfecto, o podría serlo. No como nosotros. ¿Y qué le hace ser así? No parece un ser humano.

-Sabe Dios qué será -dijo Colleen, con nerviosismo.

-No digas eso -la reprendió él-. Por un motivo que desconozco, no me gusta mencionar a Dios en relación con David Lantano.

Quizá sea, pensó, porque este hombre está tan cerca de las fuerzas de la muerte, al vivir en aquella zona radiactiva, bajo los efectos cotidianos de los rayos gamma. Y se diría que, aunque estos rayos lo están matando, al mismo tiempo le infunden una especie de poder psíquico.

Aquello le hacía darse cuenta de su propia caducidad, de la fragilidad del equilibrio de fuerzas que, a nivel bioquímico, hacen posible la existencia del ser humano.

Pero David Lantano había conseguido vivir en medio de aquellas fuerzas, e incluso beneficiarse de ellas. ¿Cómo lo había conseguido? Lantano, se dijo, tiene acceso a recursos que están fuera de nuestro alcance; únicamente me gustaría saber cómo lo consigue, y también me gustaría ser como él.

Volviéndose a Colleen, dijo:

-Como ya he averiguado lo que podían enseñarme estos dos Documentales de Fischer hechos en 1982, creo que mi trabajo ha terminado. -Con estas palabras se levantó y recogió los videotapes-. Esto es lo que he averiguado. Esta mañana oí un discurso hecho por un nuevo hombre de Yance de veintitrés años, que me asustó, y luego pasé estas dos versiones del Documental de Fischer, y ahora voy a decirte lo que he averiguado.

Ella esperaba con expectación y una paciencia muy femenina y maternal.

-Ni siquiera Fischer -prosiguió Adams-, que fue el más grande de todos nosotros, podría haber competido con David Lantano.

Esto era desde luego lo que había averiguado. Pero, y al menos de momento, no estaba muy seguro de lo que significaba.

No obstante, tenía un presentimiento. Cualquier día él y los hombres de Yance en su conjunto, incluyendo en ellos al propio Brose, lo descubrirían.

11

Un aparatito muy sensible pero robusto que llevaba sujeto a su escafandra, cuyo funcionamiento se basaba en un principio parecido al del sonar, como una versión terrestre del aparato empleado por los submarinos, avisó a Nicholas Saint-James, mientras seguía trabajando con la diminuta pala portátil, de que se hallaba a menos de un metro de la superficie.

Interrumpió su trabajo, tratando de sobreponerse a su emoción y tranquilizarse, porque pensaba que dentro de unos quince minutos saldría a flor de tierra, donde correría grave peligro de ser apresado.

Le hacía poquísima gracia lo de saber por instinto que muy pronto iba a convertirse en una presa a la que darían caza.

Seres artificiales y complicados, con miles de perfectos componentes miniaturizados, con sistemas de autonomía y reciclaje, con sensores de recepción, con fuentes de energía prácticamente inagotables y, lo que era peor, con tropismos que incluían esa cualidad esencial de la vida: el factor llamado *calor*.

El hecho escueto era éste: que al estar vivo, necesariamente sería descubierto; esto era la realidad en la superficie de la tierra, y él tenía que prepararse para afrontarla. Desde ahora no podría pensar en otra cosa sino en huir y ocultarse. No podía luchar; le sería imposible vencer. Tendría que escapar o morir. Y la evasión comenzaría tan pronto como emergiese a la superficie. En la sofocante oscuridad del estrecho túnel, mientras respiraba el aire embotellado y se agarraba como un insecto a las clavijas en las paredes, pensó que quizá ya era demasiado tarde.

Quizá había sido detectado ya, incluso antes de salir afuera. Las vibraciones de su pequeña pala portátil, recalentada y casi rota, podían traicionarle. O su respiración. O... siempre volvía a lo mismo, a la grotesca dificultad principal que era la base misma de la vida... o su calor

Librodot

corporal habría activado una mina autónoma (las había visto por televisión). Tal vez la mina ya se había desprendido en el lugar donde fue enterrada para hacerla invisible... y se estaría arrastrando sobre las ruinas que cubrían la superficie de la tierra como restos de una orgía nocturna gigantesca, aberrante, en la que todos quedaron ahítos y tumbados por el suelo. Se arrastraría hasta coincidir con él y localizarlo en el lugar, en el punto exacto por donde surgiría.

La perfección absoluta, pensó, la sincronización perfecta de espacio y tiempo, la coincidencia de coordenadas entre él y la mina. Entre su propio recorrido y la trayectoria de la mina.

Sabía que estaba allí. A decir verdad, lo supo tan pronto como penetró en el túnel para ser encerrado inmediatamente en él desde abajo.

Condenados activistas -masculló-, aquí os quisiera ver yo ahora, a todos los del comité.

La mascarilla de oxígeno ahogaba sus palabras, que apenas llegaban a sus propios oídos; las notaba como una vibración que le llegaba a través de sus huesos faciales. «Ojalá me hubiera detenido Dale Nunes», pensó. «Cómo iba yo a saber que tendría tanto miedo».

Pensó que aquél debía ser el mecanismo que desencadenaba la paranoia psicótica. La aguda y desagradable sensación de estar siendo observado. Llegó a la conclusión de que era la sensación de estar siendo observado. Llegó a la conclusión de que era la sensación más fea que nunca había conocido; en ella, incluso el miedo carecía de importancia; el factor dominante, lo que llegaba a hacerse insoportable, era la sensación de llamar la atención.

Puso en marcha la pala automática; con un chirrido, ésta se puso de nuevo a excavar; sobre su cabeza la tierra y la roca se pulverizaban, se quemaban para convertirse en energía o en lo que fuese... un producto de desecho como una fina ceniza salía por la parte posterior del aparato... esto era todo. El metabolismo metabólico de la excavadora había digerido lo demás, y gracias a esto el túnel no quedaba lleno de escombros bajo sus pies.

En consecuencia... podía regresar.

Pero no regresó. Siguió avanzando.

El diminuto altavoz del intercomunicador que le unía con los miembros del comité reunidos en el tanque Tom Mix, habló:

-Oiga, presidente Saint-James: ¿está usted bien? Llevamos una hora sin recibir noticias de usted.

El respondió:

-Lo único que tengo que decir es que... -y se calló; ¿qué necesidad había de decirlo? Ya les había dicho antes lo que pensaba de ellos y no era necesario repetírselo. Sin embargo... soy su presidente electo, se dijo, y los presidentes electos, aunque lo sean de un tanque subterráneo nada más, no pronuncian palabrotas oficialmente. Siguió cavando. El intercomunicador permaneció silencioso; su mensaje había llegado allá abajo, y todos lo habían comprendido.

Diez minutos después, una luz brilló sobre su cabeza; una masa de tierra, raíces y piedras cayó sobre su rostro, y aunque la máscara, la visera y en realidad todo el casco le protegía, él se encogió momentáneamente asustado. ¡La luz del sol! Era horrible, grisácea y tan fuerte, que suscitó en él una inmediata aversión. Trepó ayudándose con las manos crispadas, y tratando de herirla como si fuese un ojo, un ojo perpetuamente abierto. La luz del sol. El ciclo nictemeral otra vez, después de quince años. Si fuese capaz de rezar, pensó, lo haría. Rezaría pensando que la vista de aquella antiquísima deidad, el sol, no era anuncio de muerte; que viviría lo suficiente para ver de nuevo aquel ritmo de día y noche, y no sólo su abrasadora y mortal presencia.

-He salido a la superficie -dijo por el intercomunicador.

No hubo respuesta. Quizá se había agotado la batería... pero la luz frontal de su casco seguía brillando, aunque ahora empequeñecida en comparación con la luminosidad que lo bañaba todo. Furioso, sacudió el intercomunicador; de pronto le pareció más importante

reanudar el contacto con el tanque que continuar con su misión... Dios mío, pensó, estoy aislado de mi mujer, de mi hermano y de mi pueblo...

Su deseo de regresar obedecía al pánico, que le hacía agitarse como un escarabajo: se puso a arrojar tierra y piedras hacia la superficie, mientras más tierra y más piedras caían por el túnel... por último salió, arrastrándose y agarrándose a la tierra llana de la superficie horizontal, ilimitada. Y quedó tendido, pegándose al suelo con todas las partes de su cuerpo como si quisiera imprimir en él su forma. «Dejaré una impresión -pensó alocadamente-. Una huella del tamaño de un ser humano, que nunca se borrará, aunque yo desaparezca».

Abrió los ojos y miró hacia el norte... era fácil saber dónde estaba el norte; se lo indicaban las rocas y la hierba, las matas parduscas y resecas, de un aspecto macilento, de hierba enferma que crecía debajo de él y a su alrededor; el campo polar lo atraía todo, hacía que todas las formas de vida mirasen hacia él... y luego alzó los ojos y le sorprendió ver que el cielo no era azul, sino gris. Será a causa del polvo, pensó. Del polvo originado por la guerra; las partículas continúan en suspensión. Se sintió decepcionado.

Dirigió su atención al suelo. Algo vivo se movía sobre su mano: era un ser quitinoso que le causó admiración; lo recordaba por haberlo visto en otros tiempos. La hormiga sujetaba una pequeña partícula blanca entre sus mandíbulas y él la vio alejarse; las hormigas no eran muy inteligentes como especie, pero al menos habían logrado sobrevivir. Y... se habían quedado allá arriba; quince años atrás no huyeron. Afrontaron el *Dies Irae*, el Día de la Ira, y aún seguían allí. Prueba de ello era aquel ejemplar, aquel representante de la especie; en ella no contemplaba a una hormiga, sino a todas las hormigas, eternamente, como si hubieran perdurado fuera del tiempo.

Por su altavoz se oyó entonces:

-Presidente Saint-James, ¿ha conseguido salir?

La voz que surgía del minúsculo aparato denotaba una gran excitación.

-Sí, ya he salido.

-Por favor, cuéntenos lo que ve.

-En primer lugar -dijo- veo un cielo gris a causa de las partículas en suspensión. Es algo más bien decepcionante.

-¡Sí, es una pena!

Sus oyentes estarían apiñados en torno al altavoz.

Nicholas prosiguió:

-No puedo ver gran cosa. A mi derecha quedan las ruinas de Cheyenne; veo un par de edificios que aún están en pie, pero lo demás parece en ruinas. Estas quedan muy lejos, hacia el horizonte. Más cerca veo unos grandes peñascos. -En realidad esperaba algo peor; estaba desconcertado. Porque a lo lejos vio algo que le parecieron árboles-. Según la televisión -dijo-, aquí debía hallarse la gran base militar situada junto a la frontera de Nebraska; tal como habíamos planeado, me encaminaré hacia el nordeste y espero que...

-No olvide -le interrumpió el altavoz en tono excitado que según los rumores que circulan, los traficantes del mercado negro se refugian en las ruinas de las ciudades, en sótanos y en antiguos refugios antiatómicos. Por lo tanto, si le parece peligroso dirigirse hacia el nordeste, vaya directamente al norte, hacia las ruinas de Cheyenne, y vea si allí puede establecer contacto con alguien. Sin duda, en una gran ciudad como ésa debía haber gran cantidad de sótanos; en ellos habrán encontrado refugio y protección algunos de esos individuos. Y recuerde que esa gente sabe cómo esquivar a los robots; lo han aprendido por experiencia. ¿Oiga? ¿Me oye?

Nicholas contestó:

-Sí, le oigo. Muy bien, yo...

-Y lleve consigo esa caja con laminillas metálicas radiactivas para despistar a las máquinas de matar termotrópicas, ¿no es eso? Y los perdigones para las máquinas que persiguen el

metal... vaya esparciéndolos por el suelo a medida que camina. ¡Ja, ja! Como Pulgarcito... pero, a diferencia de éste, usted quiere que se coman las migas de pan.

El se levantó cansadamente y se quedó de pie, tambaleándose.

Y entonces lo detectaron. El los oyó moverse; activados por su cambio de posición, fueron hacia él. Se volvió empuñando la ridícula arma que habían fabricado los técnicos del taller. El primer robot se levantó en el aire como si estuviera lleno de helio y flotara ingrávido; el rayo de la pistola de láser de fabricación casera pasó por debajo de él sin alcanzarlo. El robot era un veterano, y descendió en espiral para atacarle por la espalda mientras el otro, agachado como un ciempiés y acercándose a enorme velocidad, alargó algo que Nicholas no pudo distinguir; no disparaba contra él, trataba de aturdirlo. Nicholas retrocedió, disparando por segunda vez la ridícula pistola de láser. Vio saltar por los aires una parte de la anatomía del robot, y entonces el otro, el que estaba a su espalda, lo sujetó fuertemente. Es el fin, pensó; sin dejar de atenazarlo, el robot lo arrastró haciéndolo rebotar sobre las rocas y las hierbas. Fue como si hubiera sido enganchado por un vehículo que no quisiera detenerse. Trató de desasirse de la tenaza que le sujetaba por la ropa y los hombros. Evidentemente, el robot sabía que él se encontraba inerme; ni siquiera podía volverse.

Entonces entendió el porqué de lo que hacía.

El robot que le había sujetado por detrás lo estaba apartando del túnel a toda prisa, y el otro, aun averiado, se las arreglaba para cerrar la boca del túnel. Enfocaba un rayo contra el suelo, y la tierra, las piedras y las hierbas hervían y se vaporizaban; entre nubes de vapor, la entrada quedó por último oculta, cegada y cerrada. De pronto el robot dejó de arrastrarlo. Se detuvo, le obligó a ponerse de pie, le arrancó el intercomunicador y lo aplastó con su extremidad inferior. Luego, sistemáticamente, le despojó de todo cuanto llevaba: la pistola, el casco, la mascarilla, la botella de oxígeno, el traje de astronauta... todo lo hizo tiras y añicos hasta que, satisfecho de su labor, se detuvo.

-¿Sois robots soviéticos? -le preguntó Nicholas, jadeante.

Evidentemente lo eran. Ningún robot de la Wes-Dem habría actuado de aquel modo...

Y entonces vio en el pecho del robot, no unas letras en alfabeto cirílico, no unas frases en ruso, sino en inglés. Unas palabras claramente pintadas, hechas sin duda con una plantilla y un pincel... pero no en uno de los tanques; aquel rótulo fue pintado posteriormente, cuando el robot fue enviado a la superficie desde los talleres subterráneos. Incluso era posible que aquel robot hubiera sido construido en el Tom Mix, pero aquello quedaba atrás, todo había cambiado, porque el rótulo pintado en su pecho rezaba:

PROPIEDAD DE DAVID LANTANO
AGENCIA IDENT 3-567-587-1
SI SE DEVUELVE NO SE HARÁN PREGUNTAS
SIEMPRE QUE SU ESTADO SEA BUENO O EXCELENTE

12

Mientras Nicholas contemplaba estupefacto el incomprensible rótulo que el robot ostentaba en su pecho, éste dijo:

-Le pedimos mil disculpas, señor, por la forma imperdonable en que le hemos tratado, pero nos era preciso apartarle del túnel y al mismo tiempo taponarlo, a ser posible. Quizá usted pueda informarnos directamente, lo que nos ahorraría tener que emplear otros aparatos de detección. ¿Hay otras personas de su tanque preparándose para subir a la superficie, o realizando ya el ascenso detrás de usted?

A lo que Nicholas respondió con voz ronca:

-No.

-Comprendo -dijo el robot, asintiendo como si se diese por satisfecho-. Ahora vamos a hacerle otra pregunta. ¿Por qué razón ha excavado ese túnel vertical, desobedeciendo las leyes establecidas e incurriendo en las graves penas previstas?

Su compañero, o sea, el robot que había resultado parcialmente dañado, agregó:

-Dicho en otras palabras, señor: ¿tendría la amabilidad de decirnos qué hace aquí?

Tras pensarlo unos segundos, Nicholas tartamudeó:

-Pues... pues yo... vine en busca de... de algo.

-¿Tendría la bondad de decirnos en qué consiste ese «algo»? -le preguntó el robot intacto.

Nicholas ignoraba si debía contestar o no; todo cuanto le rodeaba, el mundo que se extendía a su alrededor y aquellos individuos, metálicos pero corteses, que le interrogaban respetuosamente pero con firmeza, le desconcertaban y le hacían sentirse completamente desorientado.

-Tómese el tiempo que necesite -le dijo el robot intacto para recuperar su compostura-. No obstante, insistimos en que debe responder -avanzó entonces hacia él, empuñando un aparato en su extremidad superior derecha-. Me gustaría someterle a una lectura poligráfica de sus declaraciones; dicho de otro modo, señor, a una medición con un sistema detector independiente de la veracidad de sus respuestas. No pretendemos ofenderle, señor; se trata de una comprobación rutinaria.

Antes de comprender lo que ocurría, ya tenía el detector de mentiras ceñido a la muñeca.

-Veamos, señor -prosiguió el robot intacto-. ¿Qué descripción de las condiciones imperantes aquí en la superficie de la tierra ha dado usted a sus compañeros del tanque por medio del sistema de intercomunicación que acabamos de inutilizar? Por favor, sírvase darnos el mayor número de detalles sobre esta cuestión.

El respondió con voz entrecortada:

-Yo... yo... no sé.

El robot dañado habló entonces, dirigiéndose a su compañero:

-No es necesario preguntarle eso: yo estaba lo bastante cerca y he grabado la conversación.

-Pues haz el favor de pasarla -le dijo el robot intacto.

Con gran disgusto y consternación de Nicholas, inmediatamente surgió por el altavoz del robot averiado la grabación del diálogo que él había sostenido con sus compañeros de tanque. La grabación salía por la boca del robot apagada, chillona pero clara, como si el robot estuviera parodiándole, en una farsa horrenda: «Presidente Saint-James, ¿ha conseguido salir?».

Y luego oyó su propia voz, ligeramente acelerada, que respondía:

«Sí, ya he salido».

«Por favor, cuéntenos lo que ve».

«En primer lugar, veo un cielo gris a causa de...».

Tuvo que esperar allí, de pie junto a los dos robots, oyendo de nuevo toda la conversación; y durante todo el tiempo no dejó de preguntarse: «Pero ¿qué pasa aquí?».

Cuando hubo terminado la grabación, ambos robots conferenciaron.

-No les ha dicho nada importante -dictaminó el robot intacto.

-Estoy de acuerdo contigo -repuso el robot dañado, inclinando la cabeza-. Pregúntale otra vez si sus compañeros piensan subir.

Ambas cabezas de metal se volvieron hacia Nicholas, para mirarle con intensidad:

-Señor Saint-James: ¿le seguirán a usted, ahora o luego?

-No -contestó él con voz ronca.

-El polígrafo -observó el robot dañado- confirma que dice la verdad. Ahora díganos otra vez, señor Saint-James, qué se proponía usted al ascender por ese túnel hasta la superficie. Insisto respetuosamente, señor, en que nos lo diga: debe declarar qué hace aquí.

-No -repuso él:

El robot dañado dijo entonces a su compañero:

-Ponte en contacto con el señor Lantano y pregúntale si tenemos que matar al señor Saint-James o bien entregarlo a la organización Runcible, o a los psiquiatras de Berlín. Tu transmisor funciona; el mío ha sido destruido por el arma del señor Saint-James.

Tras una pausa, el robot intacto dijo:

-El señor Lantano no está en la villa; los robots del servicio doméstico y los obreros dicen que se ha ido a la Agencia de Nueva York.

-¿Puedes establecer contacto con él allí?

Hubo una pausa interminable. Por último, el robot intacto dijo:

-Han establecido contacto con la Agencia por videolínea. El señor Lantano estaba allí, trabajando en el Megavac, pero ya ha salido y en la Agencia nadie sabe cuándo volverá; no les dejó ningún mensaje. -Y agregó-: Tendremos que decidir nosotros.

-No estoy de acuerdo -repuso el robot dañado-. En ausencia del señor Lantano debemos establecer contacto con el hombre de Yance más próximo, y confiar en su juicio, no en el nuestro. Por medio de la videolínea de la villa quizá podamos llamar a la mansión del señor Arthur Tauber, que como sabes está hacia el este. Y si no es posible hablar con él, entonces tendrá que ser alguno de la Agencia de Nueva York; lo importante es que el señor Saint-James no haya dicho nada a ningún miembro de su tanque acerca de las condiciones de la superficie. Por consiguiente, su muerte sería considerada por ellos como un efecto de la guerra. Esta sería para ellos una explicación satisfactoria.

-Lo que acabas de decir no carece de lógica -repuso el robot intacto-. En ese caso, creo que deberíamos matarlo sin más dilación y sin molestar al señor Arthur Tauber, que sin duda debe de estar en la Agencia. Y así, cuando nosotros...

-De acuerdo.

El robot dañado sacó un aparato tubular y Nicholas comprendió que iban a matarle sin mayor discusión: el coloquio entre ambos robots durante todo el tiempo -no podía dejar de pensar: «Nosotros mismos los hicimos, en nuestros talleres; son obra de nuestras propias manos»- había terminado y la decisión ya estaba tomada.

Nicholas dijo entonces:

-¡Alto!

Los dos robots, programados para ser educados y corteses, esperaron aplazando el momento de matarlo.

-Decidme una cosa -añadió-: ¿Por qué, si pertenecéis a la Wes-Dem y no al Pac-Peop, pues sé que sois de la Wes-Dem; veo la marca sobre ambos... por qué, repito, queréis matarme?

Apelando a los sistemas extraordinariamente perceptivos, a la red neural que les permitía razonar como hombres, a su capacidad cefálica altamente organizada -ambos eran del tipo VI-, les dijo:

-Subí a la superficie en busca de un páncreas artiforg, para poder cumplir nuestro cupo de material de guerra. Un artiforg, ¿comprendéis? Para nuestro mecánico jefe. Para la producción bélica.

«Aunque -pensó- no veo señales de guerra. Únicamente veo las ruinas, los restos de una guerra pretérita... ruinas antiguas. -El paisaje que le rodeaba mostraba la pátina de los años, y a lo lejos se divisaba una hilera de árboles. Y éstos parecían jóvenes, fuertes y sanos-. Eso sólo significa una cosa. *Que la guerra ha terminado*. O bien ganó uno de los bandos, o la lucha ha cesado por la razón que sea y estos robots no pertenecen a la Wes-Dem, no forman parte de un ejército gubernamental, sino que son propiedad del individuo cuyo nombre aparece escrito en ellos, David Lantano. Y él es quien les da órdenes... cuando consiguen localizarlo. Pero como de momento no saben dónde está, el resultado es que yo tengo que morir».

-El polígrafo -señaló el robot dañado- indica una gran tensión en el señor Saint-James. Quizá sería humanitario informarle de que...

Librodot

Dejó de hablar, porque había sido desintegrado; en el lugar que ocupaba quedó sólo un montón de fragmentos inconexos, un rimero que se desmoronó rápidamente. El robot intacto giró sobre sus talones, describió un círculo completo, como un gigantesco trompo metálico; como veterano experto, buscó el origen de la fuerza que había aniquilado a su compañero, pero mientras lo estaba haciendo el rayo mortífero y concentrado lo alcanzó y cesó de girar. Cayó hecho pedazos que se desparramaron por el suelo y Nicholas se halló solo, sin ver alma viviente ni nada que hablase o pensase, ni siquiera seres mecánicos artificiales. Un silencio total y absoluto reemplazó ala actividad de los dos robots que se disponían a darle muerte, y él no pudo por menos de alegrarse y de experimentar un intensísimo alivio al verlos destruidos, aunque no comprendía lo que había pasado. Miró en todas direcciones, como había hecho el robot intacto, y lo mismo que éste no vio nada sino las peñas, los hierbajos y, a lo lejos, las ruinas de Cheyenne.

-¡Eh! -gritó con voz estentórea, y se puso a caminar de un lado a otro, buscando a su benefactor, y mirando al suelo como si aquél pudiera tener el tamaño de una mosca o un escarabajo, de algo insignificante que casi pudiera pisar. Pero nada encontró. Y el silencio no se rompía.

Hasta que retumbó en el espacio una voz amplificada por un megáfono:

-Vaya a Cheyenne.

Él dio un brinco y se volvió; el hombre que había hablado estaba escondido detrás de una roca. ¿Por qué?

-En Cheyenne -dijo aquella voz retumbante- encontrará usted a los antiguos habitantes de los tanques, que ascendieron con anterioridad. No son del suyo, por supuesto, pero le acogerán bien. Le franquearán la entrada a los profundos sótanos donde apenas se dejan sentir los efectos de la radiactividad, y estará a salvo hasta que decida lo que desea hacer.

-Lo que yo necesito es un artiforg -dijo él, tercamente, como un disco rayado; no podía pensar en otra cosa-. Nuestro mecánico jefe...

-Lo comprendo -dijo la voz retumbante, amplificada por el megáfono-. Pero le repito mi consejo: vaya usted a Cheyenne. A pie tardará varias horas, y esta zona está contaminada; es peligroso permanecer mucho tiempo en ella. ¡Vaya, pues, a refugiarse en los sótanos de Cheyenne!

-¿No quiere decirme quién es usted?

-¿Para qué necesita saberlo?

Nicholas repuso:

-Yo no «necesito saberlo». Pero me gustaría. Estaría más tranquilo si le viera -hizo una pausa-. Por favor, se lo ruego -añadió.

Tras unos momentos durante los cuales el desconocido debatió en su interior, sin duda, el partido a tomar, una figura se mostró saliendo de detrás de un peñasco... tan cerca estaba que Nicholas dio un salto: el refuerzo mecánico de la voz había sido un truco técnico para impedir la localización exacta del origen del sonido... y, efectivamente, le había dado una impresión totalmente falsa no sólo a él, sino incluso al robot.

La figura que apareció ante él era...

¡Talbot Yancy!

13

De pie al otro lado de la mesa, Verne Lindblom dijo:

-Creo que con esto será suficiente.

Indicó las diversas armas simuladas y los huesos y cráneos cuidadosamente envueltos en plástico. Todos pertenecían a dos variedades distintas, terrestres y extraterrestres, ahora separadas, pero que pronto se confundirían en el subsuelo de Utah.

Joseph Adams quedó impresionado. Aquel gran artesano que era Lindblom lo había fabricado todo en un tiempo récord. El mismo Stanton Brose, que se acercó en su silla de ruedas especial, se mostraba sorprendido. Y, por supuesto, inmensamente complacido.

La otra persona que se hallaba presente no manifestaba reacción alguna: no le estaba permitido. Por ello permanecía discretamente a un lado. Adams se preguntaba quién podría ser hasta que comprendió, con cierta repugnancia, que sin duda era el agente de Brose infiltrado en el equipo de Runcible: aquél era Robert Hig, el que encontraría uno o más de uno de aquellos objetos, iniciando así el proceso de su descubrimiento.

-Ni siquiera he tenido tiempo de hacer el borrador de mis artículos -dijo Adams-. Y ustedes ya tienen aquí todos los objetos terminados.

A decir verdad, sólo había empezado la primera página del artículo primero; le costaría varios días terminar la serie de tres artículos, para entregarlos entonces a los talleres de la Agencia, donde serían impresos con la tipografía de la antigua revista, combinándolos con otros artículos científicos de treinta años atrás, éstos probablemente auténticos, publicados en números de *Natural World* anteriores a la guerra.

-No se preocupe -le dijo el vetusto amasijo de grasa que desbordaba de la silla de ruedas y que se llamaba Stanton Brose-. No tendremos que exhibir los números de *Natural World* hasta que nuestros asesores jurídicos denuncien a Runcible ante el Consejo de Reconstrucción, y para esto se necesitará tiempo. Hágalos tan pronto pueda, pero para enterrar los artefactos no necesitamos esperar a tener sus artículos, Adams. -Y añadió innecesariamente-: Gracias a Dios.

-Le voy a explicar cómo lo hemos planeado todo -dijo Lindblom a Adams-, Unos agentes de Foote al servicio de Runcible advierten a éste, o le advertirán en breve, que se está tramando algo. Poco más o menos, la verdad. Pero los agentes de Foote no lo sabrán todo, a menos que uno de los cuatro presentes en esta habitación sea un agente de Webster Foote, lo cual me parece improbable. Al fin y al cabo, sólo nosotros conocemos todos los detalles.

-Hay otra persona -le corrigió Brose-. La chica que hizo los dibujos originales, y sobre todo los cráneos de los extraterrestres, que son perfectamente verosímiles. Hacían falta unos conocimientos antropológicos y anatómicos fabulosos para diseñar estos especímenes; ella supo exactamente qué alteraciones del *Homo Sapiens* tenía que prever... arcos superciliares más gruesos, molares no diferenciados, ausencia de incisivos, falta de mentón, pero un ángulo frontal mucho mayor, a fin de indicar un cerebro altamente organizado de un volumen muy superior a los mil quinientos centímetros cúbicos; en otras palabras, una especie mucho más avanzada que la nuestra en su evolución. Y lo mismo se aplica a estos huesos -señaló a los huesos de la pierna-. Ningún aficionado sería capaz de dibujar una tibia y un peroné como ella lo hizo.

-¿Qué puede pasar con esa chica? -preguntó Adams-. ¿No hay peligro de que comunique algo de esto al propio Runcible o a los agentes de Webster Foote? («Como yo mismo podría hacer aún -pensó-. Y tú, Verne Lindblom, lo sabes muy bien»).

Brose contestó, lacónico:

-Ha muerto.

Reinó un súbito silencio.

-Yo me voy; no cuenten conmigo para esto -dijo Lindblom, dando media vuelta y dirigiéndose como un sonámbulo hacia la puerta.

De repente, surgieron de la nada dos agentes de Brose con brillantes botas de vaquero y rostros impasibles y pálidos, cerrándole el paso. Santo cielo, ¿de dónde habían salido? Adams se sintió abrumado; en realidad, habían estado en la habitación todo el tiempo, pero sin duda a causa de algún arte de brujería tecnológica, habían conseguido pasar totalmente desapercibidos. Estaban chamullados, pensó; un método muy antiguo empleado en espionaje... se confundían con el papel de las paredes.

Brose dijo entonces:

-Nadie la mató; falleció de un ataque cardiaco. Trabajaba demasiado; por desgracia, fue a causa de la fecha de entrega que le habíamos fijado. Es una pena, porque era una chica muy valiosa; basta ver la calidad de su trabajo.

E indicó con su índice, parecido a una fláccida salchicha, las fotocopias de sus dibujos originales.

Con cierto titubeo, Lindblom empezó a decir:

-Yo...

-Es la pura verdad -le atajó Brose-. Si quiere puede ver el certificado de defunción de Arlene Davidson; tenía su mansión en Nueva Jersey. Usted la conocía, ¿no?

-Sí, puede ser cierto -dijo Lindblom al fin, dirigiéndose exclusivamente a Adams-. Es cierto que Arlene tenía hipertrofia de corazón y que los médicos le prohibieron trabajar demasiado. Pero ellos... -y dirigió una furiosa mirada a Brose, que dejó a éste impertérrito-, ellos la obligaron a trabajar tanto que se mató. Querían todo ese material a plazo fijo. -Y siguió diciendo a Adams-: Es lo mismo que hacen con nosotros. Yo ya hice lo que me encargaron; trabajo muy deprisa cuando hace falta. Pero, ¿y usted? ¿No le va a costar también la vida esos tres artículos?

A lo que Adams replicó:

-No tema; no me mataré escribiéndolos.

«Yo no tengo hipertrofia de corazón -se dijo-; de niño no padecí fiebre reumática como la pobre Arlene. Pero aunque la hubiese padecido, ellos procurarían exprimirme como hicieron con Arlene, aunque pudiera serme fatal como dijo Verne. Sólo se preocuparían de que muriese *después* de entregar el trabajo».

Se sintió débil, impotente y triste. «Nuestra fábrica de falsificaciones -pensó- exige mucho de nosotros; puede que seamos una minoría privilegiada, pero no estamos mano sobre mano. Hasta el propio Brose tiene que mostrarse incansable. Y esto pese a su edad».

-¿Por qué no se le dio un corazón artiforg a Arlene? -preguntó de pronto Robert Hig, con gran sorpresa de todos. Aunque hablaba con cierta timidez, ello no disminuía el interés de su pregunta.

-No quedan corazones -masculló Brose, contrariado por la intervención de Hig.

-Tenía entendido que quedaban dos por lo menos... -prosiguió Hig, pero Brose le interrumpió con brusquedad.

-No hay *ningún corazón* disponible -le corrigió.

«Dicho de otro modo -pensó Adams-, eso quiere decir que están en aquel almacén subterráneo de Colorado. Pero son para ti, viejo y babeante saco de grasa, que ya estás medio podrido; necesitas todos los corazones artiforg que quedan para mantener en funcionamiento esa carroña ambulante. Es una lástima que desconozcamos los procesos de fabricación de aquel único constructor de antes de la guerra, que fabricaba bajo patente... es una verdadera lástima que no podamos producir un corazón tras otro en los talleres de la Agencia, o enviar un pedido a uno de los mayores tanques subterráneos, para que nos sirvan una remesa de ellos».

»Desde luego -pensó- nosotros podríamos fabricar aquí un corazón. Pero... sería un corazón falsificado: tendría el mismo aspecto que un corazón artificial, latiría lo mismo... pero después de trasplantarlo quirúrgicamente, sería tan inútil como todo lo que aquí fabricamos. Y al paciente sólo le quedarían unas horas de vida».

»Nuestros productos -pensó con semblante grave- sólo sirven durante un tiempo ínfimo. ¡Esto habla mucho en favor de nosotros, y de nuestra eficacia! ¡Vive Dios!».

Su tristeza aumentó; la infinita y terrible niebla interior pareció invadir su cerebro mientras permanecía en aquel salón de la Agencia con su colega Verne Lindblom que, además de ser un hombre de Yance como él, era también su amigo, y con su jefe Stanton Brose, y con aquel cero a la izquierda de Robert Hig que, ante la sorpresa general, había formulado la única pregunta sensata. Se descubría ante él, pensó Adams. Se descubría por haber tenido el valor

de formularla. Nunca se sabe, se dijo; no se puede menospreciar a nadie, por gris y servil que parezca.

Muy serio y a regañadientes, Lindblom volvió junto a la mesa donde estaban las falsificaciones. Habló en voz baja y lenta, maquinalmente, en tono apagado:

-Sin embargo, Joe, tengamos presente que Runcible efectuará inmediatamente una datación radiocarbónica de estos objetos. Eso quiere decir que no basta con que parezcan tener seiscientos años de antigüedad, sino que *deberían* ser antiguos de verdad.

-Como comprenderá -dijo Brose a Adams-, no podíamos limitarnos a encargar unos artefactos flamantes y nuevecitos. Lo mismo que los artículos que usted escribirá para esa revista, tienen que ser viejos. Y salta a la vista que no lo son.

Porque la edad, pensó Adams mientras escuchaba a Brose, no puede falsificarse; Runcible descubriría la trampa. Eso quiere decir que los rumores que circulan son ciertos. Volviéndose a Brose, dijo:

-Entonces, ¿son ciertos esos rumores que circulan acerca de una máquina del tiempo? Los he oído muchas veces, pero no sabía a qué atenerme.

-Sí, la máquina llevará esos objetos al pasado -contestó Brose-. Puede trasladar cosas al pasado, pero no hacerlas regresar; funciona en una sola dirección. ¿Sabe usted por qué es así, Verne? -dijo, mirando de soslayo a Lindblom.

-No -repuso el interpelado quien, volviéndose a Joseph Adams, le explicó:

-Es un arma inventada durante la guerra por una empresa relativamente pequeña de Chicago. Un misil soviético destruyó la fábrica con todo su personal. El resultado es que tenemos la máquina del tiempo pero desconocemos en qué principio se basa su funcionamiento y, por tanto, no podemos reproducirla. -Pero lo importante es que funciona -comentó Brose-. Es capaz de transportar objetos muy pequeños al pasado; introduciremos en la máquina estos objetos, cráneos, huesos, todo lo que está en esta mesa, uno a uno; tal operación se realizará de madrugada en las tierras que tiene Runcible al sur de Utah... y será asesorada por geólogos para indicarnos a qué profundidad debemos depositar los objetos. Una brigada de robots excavaría el terreno donde los geólogos indiquen. Esta parte del plan tiene que ser muy exacta, porque si quedaran demasiado enterrados, los bulldozers automáticos de Runcible no los encontrarían. ¿Se dan ustedes cuenta?

-Sí -repuso Adams, pensando: Mira que destinar un invento como éste a semejante uso. Podríamos enviar al pasado datos científicos, obras de valor inapreciable para las civilizaciones antiguas... fórmulas de medicamentos... podríamos prestar una gran ayuda a los pueblos del pasado; bastaría facilitarles algunos libros de consulta traducidos al latín, al griego o al inglés antiguo... podríamos evitar guerras, proporcionar medicinas que cortarían de raíz las grandes epidemias de la Edad Media. Podríamos comunicarnos con Oppenheimer y Teller, persuadiéndoles de no inventar la bomba atómica ni la de hidrógeno... bastarían para ello algunas secuencias cinematográficas de la guerra que acabamos de pasar. Pero no; tiene que ser para esto, para preparar un fraude, para que Stanton Brose consiga más poder. Y en su origen, el invento en cuestión aún se empleó para cosas mucho peores. Era un arma de guerra.

Somos una raza maldita, se dijo Adams. El Génesis tenía razón: estamos marcados por un estigma indeleble. Porque sólo una raza maldita, marcada por el pecado original, haría de sus descubrimientos el empleo que nosotros hacemos.

-En realidad -dijo Verne Lindblom, inclinándose para tomar en sus manos una de las extrañas armas «extraterrestres» alineadas sobre la mesa-, basándome en lo que sabía de la máquina del tiempo como arma (aquella pequeña empresa de Chicago la llamaba un Distribuidor Metabólico Inverso o algo parecido), lo tuve en cuenta al proyectar estos objetos -tendió a Adams un aparato en forma de tubo-. El Distribuidor Metabólico Inverso no llegó a ser utilizado en la guerra -dijo-, por lo que no sabemos cómo habría funcionado. Pero, de todos modos, yo necesitaba un modelo para...

-No puedo ver el movimiento de sus labios -se quejó Brose; haciendo girar rápidamente su silla automóvil, se situó de manera que pudiese ver la cara de Lindblom.

Este siguió hablando:

-Estaba explicando a Adams que necesitaba un modelo para las armas «extraterrestres»; como es natural, no podía limitarme a dar un aspecto extraño a nuestras conocidas armas de la Tercera Guerra Mundial, porque los expertos de Runcible encontrarían en ellas suficientes piezas normales como para descubrir el parecido. Dicho en otras palabras...

-Sí -dijo Brose, asintiendo-. Desde luego, resultaría una extraña coincidencia que los «extraterrestres» que invadieron la Tierra hace seis siglos hubieran empleado precisamente armas semejantes a las de nuestra última guerra... diferentes únicamente, como señala Verne, en su aspecto exterior, diseñado por Arlene.

-Tuve que dar a esas armas una contextura que resultase novedosa para nosotros -dijo Verne Lindblom-. Y como no disponía de tiempo para inventarlas, me puse a buscar en los archivos de la Agencia que tienen los planos de los prototipos más adelantados, que no llegaron a ser utilizados -miró de reojo a Brose-. El señor Brose me dio toda clase de facilidades para acceder a esos archivos. De no ser así, no habría podido consultarlos.

Los Archivos de Armas Avanzadas de la Agencia eran una de las muchas secciones de Nueva York que Brose había confiscado, como había confiscado los artiforgs del depósito subterráneo de Colorado. Todas las imitaciones estaban a la disposición de los hombres de Yance. Pero en cuanto a los artículos auténticos... ésos se los reservaba Brose para sí. O como en este caso eran excepcionalmente accesibles a un pequeño equipo empleado bajo su dirección inmediata en un proyecto secreto. Los demás hombres de Yance se quedaban completamente *in albis*.

-Conque son armas auténticas -dijo Adams, contemplando absorto y casi intimidado los extraños artefactos. *Hasta ahí había llegado la falsificación*-. Así, yo podría coger una de ellas y...

-Claro que, sí -dijo Brose con torva sonrisa-. Podría usted matarme. Coja la que quiera, apúnteme con ella o, si está harto de verme, pruébela con su amigo.

Verne Lindblom observó:

-Esos modelos no funcionan, Joe. Y después de pasar seis siglos enterrados en el subsuelo de Utah... -sonrió, mirando a Joseph Adams-. Si pudiera conseguir hacerlos funcionar, podría ser el dueño del mundo.

-Así es, en efecto -dijo Brose, con una carcajada-. Y ahora usted estaría trabajando para Verne, y no para mí. Tuvimos que recurrir al... ¿cómo lo llamaban?... sí, al Distribuidor Metabólico Inverso, cuyo prototipo se guardaba en el archivo de armas avanzadas. Lo que dio a Verne una buena oportunidad de abrirlo y escudriñar en su interior, -se corrigió inmediatamente-. No, nada de eso: se le prohibió ver el aparato por dentro, ¿no es cierto, Verne? Tengo cada fallo de memoria...

Estólidamente, Verne replicó:

-Se me permitió examinarlo, pero sin tocar nada.

-Comprendo que eso moleste a un artesano como Verne -dijo Brose a Adams-. Tener que limitarse a mirar; con lo que a él le gusta tocar las cosas con sus dedos -soltó una risita-. Debió usted pasar un mal rato, Verne, al contemplar esos prototipos supermodernos de armas que nunca llegaron a fabricarse, que jamás salieron de las cadenas de montaje de nuestras fábricas ni de las soviéticas. Bien, algún día mi cerebro dejará de funcionar... por la arteriosclerosis o cualquier otro fallo, por un derrame o un tumor, y entonces usted podrá ser el primero de todos los hombres de Yance y ocupar mi puesto. Entonces nada le impedirá visitar la sección de prototipos avanzados del archivo de armamentos, y pasarse todo el día, si quiere, acariciándolos y tocándolos con los dedos.

Guardando una respetuosa distancia, Robert Hig intervino para decir:

-Me gustaría verificar algunos extremos, señor Brose. Veamos: yo encuentro uno o dos de esos objetos, completamente oxidados y casi destruidos, por supuesto. ¿Debo identificarlos como de origen extraterrestre, cuando se los enseñe al señor Runcible?...

-Usted le dirá -repuso Brose con aspereza- que, por ser usted ingeniero, ha conocido que esos objetos no fueron fabricados aquí en la Tierra. Los amerindios del año 1425 no podían fabricarlos... vamos, eso es evidente. No hace falta que respalde su informe a Runcible con datos científicos o de ingeniería; basta con que le muestre las armas y le diga que se han encontrado en una estratificación que tiene seiscientos años y luego añada: mire eso... ¿son acaso puntas de flechas de sílex? ¿Son recipientes de arcilla sin cocer o piedras de moler grano toscamente labradas? Basta con que añada eso y luego regresen inmediatamente junto a las excavadoras, para que desentierren más cosas, especialmente los cráneos que no pertenecen al *Homo Sapiens*.

-Sí, señor Brose -respondió Robert Hig, inclinando la cabeza en señal de obediencia.

Brose continuó:

-Daría algo por ver la cara de Louis Runcible cuando le enseñe usted estos hallazgos.

Sus ojos enrojecidos estaban lacrimosos de excitación.

-Pues la verá -le apuntó Lindblom-. Recuerde que Hig llevará una de esas cámaras disimuladas en un botón de la camisa, que incluso graba el sonido. Así, cuando comience el pleito, podremos demostrar que Runcible no ignoraba el hallazgo ni su valor científico -su voz tenía un ligero tono de desprecio... de desprecio hacia un viejo cerebro incapaz de recordar todos los hechos, puesto que había olvidado aquella parte verdaderamente esencial del proyecto. Dirigiéndose a Joseph Adams, Lindblom prosiguió-: Ya conoces esas cámaras miniaturizadas. Gottlieb Fischer siempre las empleaba en sus Documentales; así es como obtuvo todas sus «tomas borrosas» hechas por espías profesionales.

-¡Ah, sí! -dijo Adams, sombrío-. Las conozco, en efecto.

¿Cómo podía olvidar la existencia de aquella famosa cámara disimulada en un botón? La que fue empleada alrededor de 1943 según Fischer, pensó con acritud.

-¿Están ustedes seguros -dijo- de no haber hecho demasiado valiosos esos hallazgos? ¿No sería peligroso excederse dándoles tanto valor científico que ni siquiera Runcible... ?

-Según los psiquiatras berlineses -le interrumpió Brose-, cuanto más elevado sea el valor científico, más temerá perder sus tierras. Y en consecuencia, procurará ocultar su hallazgo por todos los medios.

-Se habrá tomado usted mucho trabajo para nada -comentó Adams- en caso de que se hayan equivocado sus psiquiatras berlineses.

Ojalá sea así, dijo para su interior. Ojalá Runcible opte por actuar con corrección, proclamando inmediatamente su hallazgo a los cuatro vientos, en vez de entregarse atado de pies y manos a sus enemigos como consecuencia de su propia debilidad, su temor y su codicia.

Pero sospechaba que los psiquiatras berlineses habían acertado.

A menos que alguien -sabe Dios quién podía ser- acudiese en ayuda de Louis Runcible, el hombre estaba perdido.

14

A la luz del sol que se filtraba a través de la celosía y la enredadera que trepaba desde el patio de su villa en Ciudad del Cabo, Louis Runcible estaba tendido en una hamaca, escuchando el informe que le presentaba el agente de Foote, el anónimo mensajero enviado por la agencia policíaca internacional de carácter privado que tenía su sede en Londres bajo el nombre de Webster Foote Limited.

-El lunes por la mañana -decía el hombre de Foote, leyendo en su informe-, nuestros aparatos de escucha captaron una conversación por video entre dos hombres de Yance: Joseph Adams, que pertenece a la Redacción, y Verne Lindblom, de la sección de Construcción, es decir, que realizan modelos para Eisenbludt, aunque últimamente Brose lo ha destinado a la Agencia de Nueva York.

-¿Y se me ha mencionado en esa conversación?

-No -repuso el hombre de Foote.

-¿Entonces, se puede saber por qué... ?

-Nosotros creemos, es decir, el señor Foote cree que le interesa conocer estos datos. Permítame que le haga un breve resumen.

Sombríamente, Runcible dijo:

-Bueno, pues hágalo.

Sí, pensó, ya sé que quieren cazarme. Espero saber algo más que eso a cambio de lo que pago a esa agencia de detectives. No hace falta que Webster Foote me diga que tengo enemigos.

El agente dijo entonces:

-Adams y Lindblom comentaban el próximo proyecto visual que Eisenbludt filmará en sus estudios de Moscú: será nada menos que la destrucción de San Francisco. Adams mencionó también un nuevo discurso que él había escrito para ser procesado por el Megavac y luego programado para el simulacro. «Lo he escrito a mano», dijo.

-¿Y para eso les pago yo a ustedes?...

-Un momento, por favor, señor Runcible -dijo el agente de Foote, flemático y glacial como buen inglés-. Ahora voy a citarle a usted las palabras exactas que dijo Lindblom, tal como fueron grabadas por nuestros aparatos de escucha. «He oído un rumor... », Se dirigía, por supuesto, a su amigo. «Dejarás de escribir discursos y te pondrás a trabajar en un proyecto especial. No me preguntes cuál es; mi informante no me lo dijo. Era un agente de Foote».

El inglés se calló después de pronunciar estas palabras.

-¿Y después, qué?

-Después -continuó el agente de Foote- se pusieron a hablar de arqueología.

-Vaya.

-Bromearon acerca de la destrucción de la antigua Cartago y de la flota de guerra ateniense. Fue una conversación divertida, aunque sin importancia. Sin embargo, permítame que le haga una observación. Lo que dijo Lindblom no era verdad. Ningún agente de Foote le informó sobre un «proyecto especial». Sin duda se lo dijo así a Adams para evitar que éste le pidiera más detalles. Evidentemente, su fuente de información estaba dentro de la misma Agencia de Nueva York. No obstante...

-No obstante -le interrumpió Runcible- nosotros sabemos que ha comenzado un proyecto especial en el que participan un redactor y uno de los maquetistas de Eisenbludt, y sabemos también que este proyecto es secreto, incluso para los demás miembros de la Agencia.

-Exacto. Así lo indica el hecho de que Lindblom no se atreviera a...

-¿Qué opina de esto Webster Foote? -preguntó Runcible-. ¿Qué puede estar ocurriendo?

-Desde esa conversación por videófono, sostenida el lunes, el maquetista Verne Lindblom ha estado trabajando sin descanso; incluso ha dormido en la Agencia o en los estudios moscovitas de Eisenbludt, sin tiempo siquiera de regresar a su finca para descansar. En primer lugar, esta semana no ha pasado por el Megavac ningún discurso de Adams. Dicho de otro modo, antes de que pudiese procesar el discurso que él...

-¿Y eso es todo lo que habéis averiguado? -le atajó Runcible-. ¿Nada más que eso?

-Sabemos algo más, que puede ser interesante. Brose abandonó Ginebra varias veces para dirigirse en volador ultrarrápido a la Agencia, donde ha celebrado al menos una reunión con Adams y Lindblom, si no fueron dos, y posiblemente ha hablado también con alguna otra persona; para ser sincero, no estamos seguros de eso último. Como le digo, el señor Foote

cree que este «proyecto especial» tiene algo que ver con usted. Como sabe, el señor Foote confía mucho en sus premoniciones parapsicológicas, que no son muy intensas pero le han sido siempre de gran ayuda. Sin duda no ignora usted que él posee una facultad paranormal que le permite prever los acontecimientos futuros. Sin embargo, en este caso parece que no prevé nada con, claridad. Con todo, quiero destacar este punto: infórmele usted, me dijo, de que haga el favor de comunicarnos cualquier anormalidad que ocurra en sus empresas. No importa que sea una cosa insignificante en apariencia. En tal caso, antes de hacer nada póngase inmediatamente en contacto con el señor Foote; para serle franco, el señor Foote está muy preocupado por usted, a nivel extrasensorial.

Sin ocultar su contrariedad, Runcible dijo:

-Habría preferido que la preocupación de Webster se hubiese reflejado en un mayor volumen de datos.

Con un filosófico gesto de disculpa, el agente británico dijo:

-Sin duda el señor Foote piensa igual. -Se puso entonces a rebuscar entre sus papeles, como si tratara de encontrar algo más-. ¡Ah, sí! Otra cosa que no parece tener relación con eso, pero es interesante. Se trata de una mujer que trabajaba para la Organización Yance y se llamaba Arlene Davidson. Tenía su finca en Nueva Jersey y era la dibujante número uno de la Agencia. Murió de un infarto de miocardio el pasado fin de semana. Exactamente el sábado, a hora muy avanzada de la noche.

-¿Y no intentaron ponerle un corazón artiforg?

-No, señor.

-¡Maldito bicho! -masculló Runcible, refiriéndose a Brose. ¡Cómo lo odiaba!... No era posible odiarlo ya más.

-Todo el mundo sabía que la Davidson sufría del corazón -comentó el hombre de Foote-. Lo tenía hipertrofiado desde la infancia, a pausa de unas fiebres reumáticas.

-Dicho de otro modo...

-Quizá tuvo que realizar un trabajo agotador a plazo fijo, y se mató trabajando. Pero eso es una simple conjetura. Lo que sí resulta insólito es que Brose haya realizado en poco tiempo tantos viajes de Ginebra a Nueva York; tenga usted en cuenta que al fin y al cabo es un hombre de ochenta años. Ese «proyecto especial»...

-Sí -asintió Runcible-. Debe de ser algo importante -volvió a reflexionar un momento, y añadió-: Brose, desde luego, se ha infiltrado a fondo en mi empresa.

-Exacto.

-Pero ni yo ni ustedes sabemos.

-Nunca hemos podido identificar al agente o agentes de Brose infiltrados en su organización. Lo siento, pero es así.

Esta vez su disgusto no era fingido. ¡Qué tanto se habría apuntado Webster Foote Limited desenmascarando a los agentes de Brose que figuraban en la nómina de Runcible!

-Lo que ahora me preocupa -murmuró Runcible- es Utah.

-¿Cómo dice usted?

-Estoy a punto de dar a mis excavadoras automáticas y mis brigadas de robots orden de comenzar una obra cerca de la antigua ciudad de Saint George.

Esto era un hecho sobradamente conocido.

-El señor Foote ya lo sabe, pero no me ha indicado nada al respecto.

Incorporándose para volverse y ponerse en pie, Louis Runcible dijo:

-Creo que no vale la pena esperar. Les ordenaré que empiecen a terraplenar la zona. Y esperemos que todo vaya bien.

-Sí, señor -asintió el agente de Foote.

-Será un complejo capaz de albergar a cincuenta mil personas -dijo Runcible.

-Desde luego, será muy grande.

-Que vivirán donde deben, bajo la luz del sol, y no en una guarida de topos.

Sin dejar de hojear sus documentos, tratando de hallar algo útil, pero por desgracia sin conseguirlo, el anónimo agente de Foote dijo:

-Le deseo buena suerte. Quizá la próxima vez...

Y se preguntó si Runcible podría recibir ya ningún otro informe. El decepcionante resumen que acababa de presentarle (admitía que era decepcionante) tal vez fuese el último, si las intuiciones extrasensoriales de su jefe, Webster Foote, eran acertadas.

Y por lo general resultaban serlo siempre.

15

De entre las polvorientas ruinas que antaño fueron altivos edificios y amplias calles que formaban la intrincada y sólida estructura de una gran ciudad, cuatro hombres se alzaron para cerrar el paso a Nicholas Saint-James.

-¿Cómo es que no te ha interceptado ningún robot? -dijo el primero de ellos, barbudo y harapiento como sus compañeros, pero evidentemente en buen estado de salud, lo mismo que ellos.

Agotado, exhausto, Nicholas permaneció en pie algunos momentos antes de sentarse sobre un sillar roto. Buscó inútilmente un cigarrillo en el bolsillo de su chaqueta -el paquete le había sido arrebatado por el robot- y luego dijo:

-Dos trataron de hacerlo cuando salí a la superficie. Sin duda localizaron las vibraciones de mi excavadora.

-En efecto, no se les escapa nada -asintió el que parecía ser el jefe del grupo-. Captan inmediatamente las vibraciones de cualquier máquina. Y también las señales de radio, si por ejemplo tú...

-Sí. Llevaba un intercomunicador para hablar con los de abajo. Grabaron toda la conversación.

-¿Y por qué te soltaron?

-No me soltaron; fueron destruidos -repuso Nicholas.

-Comprendo; tus amigos del tanque subieron después y se los cargaron. Es lo mismo que hicimos nosotros; subimos cinco, y ellos capturaron al primero que salió. No lo mataron; se disponían a llevárselo a uno de esos... tú no sabes de qué se trata. A un bloque de apartamentos de Runcible. Sí, a una de esas prisiones -dirigió una penetrante mirada a Nicholas-, Pero nosotros los atacamos por detrás. Por desgracia, murió el primero de nosotros, aunque lo que ocurrió fue que resultó alcanzado por nuestros disparos contra los robots. Creo que fue culpa nuestra en realidad. -Tras una pausa, el hombre dijo-: Me llamo Jack Blair.

Otro de los hombres barbudos terció.

-¿De qué tanque vienes?

-De Tom Mix -contestó Nicholas.

-¿Está muy cerca de aquí?

-A cuatro horas de marcha.

Guardó silencio. Ellos tampoco parecían saber qué decir; la situación se estaba haciendo embarazosa. Todos miraban al suelo hasta que por último Nicholas dijo:

-Los dos robots que me capturaron fueron destruidos por Talbot Yancy.

Los hombres barbudos le miraron fijamente y sin pestañear.

-Digo la verdad -siguió Nicholas-. Sé que cuesta creerlo, pero le vi. No quería descubrirse, pero yo le obligué a hacerlo. Pude verle muy bien, y desde cerca. Seguro que era él -los cuatro barbudos que le rodeaban seguían mirándolo sin pestañear-. Era imposible no reconocerle -dijo entonces Nicholas-. Llevo quince años viéndolo en la televisión tres, cuatro y hasta cinco noches por semana.

-Pero... la cuestión es que Talbot Yancy no existe.

Uno de sus compañeros intervino para explicar:

-No es más que un simulacro, un muñeco, ¿sabes?

-¿Cómo dices? -exclamó Nicholas, e inmediatamente lo comprendió todo; en un relámpago su mente vio la enormidad del fraude. Era un engaño tan fenomenal, que no había palabras para describirlo. Desde luego, desafiaba toda descripción; era inútil que aquellos hombres tratasen de explicárselo y comprendió que él mismo tendría que acostumbrarse a la idea poco a poco.

Jack Blair dijo:

-Lo que veíais en vuestra pantalla de televisión todas las noches allá abajo en... ¿cómo has dicho... el Tom Mix?... allá abajo en vuestro tanque, lo que vosotros llamáis el Protector «Yancy», no es más que un robot.

-Ni siquiera eso -le corrigió uno de los barbudos-. Ni siquiera es independiente; no es más que un muñeco sentado detrás de un escritorio.

-Pero que habla -dijo Nicholas, con tono reposado-. Que dice frases grandilocuentes. No lo digo por llevaros la contraria. Lo digo únicamente porque no lo entiendo.

-Habla -dijo Jack Blair- porque está programado por una enorme computadora llamada Megavac 6-V, o algo parecido.

-¿Y quién programa a la computadora? -preguntó Nicholas. Toda la conversación se desarrollaba a ritmo lento, como en sueños, o domo si hablasen debajo del agua; como si un gran peso los oprimiese a todos-. Supongo que alguien -agregó- tiene que redactar esos discursos; la computadora no puede hacerlo...

-Llenen un equipo de expertos redactores -repuso Jack Blair-. Les llaman hombres de Yance. Los hay encargados de redactar los discursos que luego son procesados por el Megavac 6-V, el cual corrige el texto y añade la entonación y los gestos adecuados, para que el muñeco los pronuncie. El resultado es asombrosamente auténtico. Todo esto se pasa a una cinta, que es revisada en Ginebra por el jefazo de los hombres de Yance, el mandamás que lo dirige todo y que es un tipo repugnante llamado Brose. Y cuando éste da su aprobación a la cinta, la transmiten por el cable coaxial a todos los tanques de la Wes-Dem.

Otro de los barbudos intervino para decir:

-En Rusia hay otro.

Dijo Nicholas:

-Pero la guerra...

-Terminó hace años repuso Jack Blair.

Asintiendo con la cabeza, Nicholas musitó:

-Comprendo.

-Ambos bloques utilizan los mismos estudios cinematográficos de Moscú -le explicó Blair-. También comparten la Agencia de Nueva York. Un realizador comunista de mucho talento, llamado Eisenbludt, prepara en el plató las escenas de destrucción que vosotros veis en los televisores de los tanques. Generalmente -se trata de maquetas hechas a escala- reducida. En algunas ocasiones, sin embargo, se ruedan a tamaño natural. Como cuando muestran a robots luchando, por ejemplo. Es un tipo extraordinario. Quiero decir que sus películas son muy realistas y convincentes; a veces, cuando funciona el televisor que tenemos aquí, nosotros también podemos verlas. Consiguió engañarnos cuando vivíamos allá abajo. Eisenbludt y todos los hombres de Yance han conseguido tener engañados a todo el mundo, salvo a los que hemos escapado de los tanques. Como tú, por ejemplo.

A lo que Nicholas dijo:

-Pero yo no subí porque hubiese adivinado el engaño -para su capote, se dijo: Carol empezaba a adivinarlo; Carol tenía razón. Ella es más lista que yo. No se dejó engañar-. ¿Y todo el mundo es como esto? -Señalo con un ademán las ruinas de Cheyenne que les rodeaban-. ¿Todo está radioactivo y convertido en un montón de ruinas?

-¡Ah, no! Nada de eso -contestó vivamente Blair-. Aquí estamos, en una zona radioactiva, caliente, cama las llaman; ahora ya no quedan muchas. El resto del mundo es un parque. Han convertido el planeta en un inmenso parque donde ellos edifican sus espléndidas residencias; me refiero a los hombres de Yance, que viven como señores feudales, rodeados por sus séquitos de robots. Es algo muy interesante. -Y añadió en voz más baja-: Pero no es justo. Al menos, a mí no me lo parece.

Sus compañeros asintieron enérgicamente. Estaban de acuerdo con sus palabras: aquello no era justo. De eso no había duda. Nicholas les preguntó entonces:

-Y vosotros, ¿cómo vivís? ¿De dónde sacáis la comida? -Y luego se le ocurrió otra cosa-: ¿Supongo que no seréis los únicos... que habrá otros como vosotros?

-Nuestro grupo está formado por doscientos antiguos habitantes de los tanques -repuso Blair-. Todos vivimos aquí, en las ruinas de Cheyenne. Deberíamos estar en esas prisiones, en los enormes bloques de viviendas que construye ese tipo que ya te mencioné, llamado Runcible. No está mal; es mejor que vivir en los tanques... quiero decir que en ellos no se siente uno como en una ratonera. Pero nosotros queremos... -hizo un ademán vago-. No sé explicarlo.

-Queremos ir y venir a nuestro antojo -terció uno de los barbudos-. Aunque en realidad no podemos hacerlo viviendo como vivimos. No podemos arriesgarnos a salir de la zona de Cheyenne, porque los robots nos apresarían.

-Y ¿por qué no vienen aquí a buscarlos? -le preguntó Nicholas.

-Ya lo hacen -repuso Blair- pero la verdad es que... no ponen mucho empeño en ello, ¿entiendes? Se limitan a cubrir el expediente. Pues resulta que esto forma parte de una nueva residencia en construcción; la villa propiamente dicha aún no está terminada, y el terreno todavía es muy radioactivo. Sin embargo, ya ha venido a ocuparlo un hombre de Yance, a pesar de que esto es muy peligroso. Se propone quedarse aquí si la radiación no lo mata antes; entonces esto quedará de su propiedad y él será el dóminus.

Nicholas dijo:

-David Lantano.

-El mismo -Blair le dirigió una mirada de asombro-. ¿Cómo lo sabías?

-Los dos robots que quisieron detenerme llevaban su nombre en el pecho -repuso Nicholas.

-¿Y se proponían matarte?

Nicholas asintió.

Los cuatro barbudos cambiaron unas miradas de aprensión y desconcierto.

-¿Estaba Lantano en su villa? ¿Lo autorizó?

-No -repuso Nicholas-. Ellos intentaron ponerse en contacto con él, sin conseguirlo. Entonces decidieron por su cuenta.

-Son unas máquinas estúpidas -dijo Blair, lanzando una maldición-. Lantano no se lo habría permitido: estoy seguro de ello. Le habría causado un gran disgusto. Pero esos robots han sido construidos para matar: quiero decir que muchos de ellos son veteranos de guerra, o sea, que tienen el reflejo condicionado de destruir la vida; a menos que su dueño les ordene lo contrario. Tú has tenido suerte, desde luego, al salvar el pellejo. Habría sido una muerte horrible... con sólo pensarlo me estremezco.

Uno de sus compañeros intervino para decir:

-No tiene sentido lo que ha dicho sobre Yancy.

-Pues yo le vi -insistió Nicholas-. Era él, sin duda alguna.

Jack Blair dijo, citando un texto desconocido:

-«He visto a Dios. ¿Dudáis de ello? ¿Os atrevéis a dudar de ello?» ¿Qué arma empleaba ese sujeto que te salvó? ¿Una pistola láser?

-No. Los robots fueron pulverizados, desintegrados -trató de hacerles comprender lo violenta y repentina que había sido la destrucción de los dos robots-. Quedaron reducidos a

polvo -dijo-. A un montón de herrumbre, como limaduras de hierro. ¿Tiene algún sentido esto?

-Indudablemente, se trata de un arma avanzadísima de los hombres de Yance -dijo Blair, haciendo lentos gestos afirmativos con la cabeza-. Esto significa que fue un hombre de Yance quien te salvó la vida; los antiguos habitantes de los tanques no poseen esa clase de armas. Ni siquiera sé cómo se llama, pero supongo que será un excedente de guerra... Sobraron muchas armas de la última guerra y, a veces, dos hombres de Yance cuyas propiedades son colindantes se pelean por la línea de demarcación entre sus respectivos latifundios. Y entonces corren a la sección de armas no secretas que tiene la Agencia en Nueva York (ahí es donde se preparan los discursos), para regresar volando a sus propiedades en sus pequeñas máquinas aéreas. Y entonces hacen luchar a sus respectivos séquitos de robots: es algo realmente divertido... se atacan con saña, disparando como locos, y el resultado es que destruyen o estropean una o dos docenas de robots, y a veces incluso perece en la refriega uno de ellos, un hombre de Yance. Y luego los robots averiados son enviados al tanque más próximo para que los reparen en los talleres. Y se pasan la vida requisando los robots nuevecitos que se fabrican allá abajo, para aumentar sus pequeños ejércitos particulares.

Uno de los barbudos observó:

-Algunos hombres de Yance tienen en sus propiedades hasta dos mil robots. Un verdadero ejército.

-Brose, por ejemplo -agregó Blair-, se dice que tiene diez u once mil, aunque oficialmente *todos* los robots de la Wes-Dem dependen de la autoridad militar del General Holt: él puede movilizarlos, anular las órdenes de cualquier hombre de Yance, de cualquier dóminus de una propiedad, y reunir a todos los robots. Con la única excepción de los de Brose -se puso a hablar en voz baja-. Nadie puede dar órdenes a Brose. Brose está por encima de todos. Por ejemplo, él es el único que tiene acceso al archivo de armamentos donde se guardan los modelos avanzados, los que nunca llegaron a ser utilizados, los prototipos verdaderamente terribles, capaces de aniquilar todo el planeta. Por suerte, la guerra se detuvo a tiempo. Si dura un mes más... no queda nada.

E hizo un expresivo ademán.

-¿Tiene alguien un pitillo? -preguntó Nicholas.

Los cuatro barbudos se consultaron con la mirada y luego, como a regañadientes, uno de ellos le tendió una cajetilla de Lucky Strike. Nicholas sacó sólo un cigarrillo, y les devolvió el precioso paquete.

-Andamos escasos de todo -dijo Blair en tono de disculpa, mientras daba fuego a Nicholas-. Ese nuevo dóminus que está empezando a construir su morada aquí, ese David Lantano, no es mala persona en el fondo. Mantiene a sus robots apartados, como te he dicho, cuando se encuentra en su propiedad, para que no nos capturen y traten de conducirnos a esos bloques de apartamentos; en cierto modo, cuida de nosotros. Hasta nos da comida -Blair guardó silencio unos momentos; a Nicholas su expresión le pareció inescrutable-. Y tabaco. Sí, la verdad es que trata de ayudarnos. Y también nos da píldoras; nos trae personalmente unas píldoras antirradiación que contribuyen a restablecer el número de hematíes o algo parecido. Nos las trae él en persona. Quiero decir que no puede hacerlo de otro modo.

-Pero está enfermo -terció otro barbudo-. Tiene terribles quemaduras. Lo que pasa es que la ley le obliga a ocupar su terreno radioactivo doce horas cada veinticuatro. No puede refugiarse en sótanos como hacemos nosotros; nos pasamos la vida en ellos... sólo, subimos cuando nos dimos cuenta de tu presencia -dirigiéndose a Blair, añadió con nerviosismo-: En realidad, sería mejor que regresáramos al refugio lo antes posible. Ya hemos estado, demasiado expuestos a la radiación por hoy -señaló a Nicholas-. Sobre todo él; ha estado cuatro horas, caminando por la superficie.

-¿Permitiréis que os acompañe? -les preguntó Nicholas-. ¿Debo entender que podré vivir con vosotros en el refugio?

-Claro que sí, hombre -dijo Blair con un gesto afirmativo-. Así se formó nuestra colonia. ¿O acaso creías que íbamos a cebarte con cajas destempladas? ¿Por qué habríamos de hacerlo? -parecía verdaderamente enfadado-. Para que te matara por ahí cualquier robot, o... -Se interrumpió-. Vaya, sí que seríamos caritativos. Eres bienvenido y puedes quedarte con nosotros todo el tiempo que quieras. Luego, cuando ya te hayas hecho una composición de lugar, si deseas entregarte puedes irte a uno de esos bloques. En ellos hay miles de ex habitantes de los tanques... Eso tendrás que decidirlo tú, pero no te precipites. Ambiéntate primero.

Echó a andar por un sendero que discurría entre los montones de ruinas, una especie de camino de cabras; Nicholas y los demás le siguieron en fila india..

-A veces se necesitan semanas -dijo Blair, volviendo la cabeza- para serenarse y olvidar; lo que le hacen tragar a uno por la tele durante años -haciendo una pausa y deteniéndose para volverse, añadió con vehemencia-: intelectualmente es fácil de entender, pero emocionalmente no podrás asimilarlo así de pronto; es demasiado gordo. Yancy no existe ni existió jamás... *jamás*, amigo Saint Nicholas...

-No -le corrigió Nicholas-. Nicholas Saint-James.

-Te repito que Yancy no ha existido nunca. Hubo una guerra, eso sí, por lo menos al principio; basta con que mires a tu alrededor -e indicó en amplio ademán los kilómetros de ruinas que los rodeaban, y que había sido la antigua ciudad de Cheyenne-. Pero Yancy fue creado por Stanton Brose, basándose en una idea de un productor cinematográfico de la Alemania del Oeste que vivió el siglo pasado. Probablemente habrás oído hablar de él, aunque murió antes de que tú nacieras, pero han pasado muchas veces su Documental, *Victoria en el Oeste*, un serial televisivo de veinticinco capítulos sobre la Segunda Guerra Mundial. Recuerdo haberlo visto de niño.

-Gottlieb Fischer -musitó Nicholas-. Naturalmente.

Había visto aquel gran clásico no sólo una, sino varias veces. Se le consideraba tan genial como *El Angel Azul*, *Calma en el Frente Occidental* y *El Hombre Aturdido*.

-¿Y Gottlieb Fischer fue el creador de Yancy? -añadió; mientras seguía a los cuatro hombres, inquieto y preocupado, pero sobre todo perplejo-. Pero, ¿por qué?

-Para gobernar -contestó Blair sin detenerse; los cuatro andaban aprisa, ansiosos por regresar a lo que llamaban su refugio, un sótano profundo no contaminado por las bombas de hidrógeno que habían aniquilado aquella ciudad.

-Para gobernar -repitió Nicholas-. Ya entiendo. Aunque, como sin duda recordarás, Fischer desapareció en el curso de aquel malhadado viaje a Venus: quiso ser uno de los primeros exploradores del espacio, participó en la expedición y así fue como...

-Sí, lo recuerdo -le interrumpió Nicholas. El suceso fue publicado en grandes titulares por la prensa de la época: la trágica muerte de Gottlieb Fischer, desaparecido en plena madurez. Los propergoles de su astronave se incendiaron durante la reentrada... Fischer murió antes de cumplir los cuarenta años, y no hubo más Documentales ni películas de una categoría comparable a *Victoria en el Oeste*. Después sólo se produjeron películas anodinas, exceptuando los interesantes films experimentales hechos poco antes de la guerra por un ruso, un productor soviético cuya obra fue prohibida por las democracias occidentales... ¿cómo se llamaba?

Mientras apretaba el paso detrás de los cuatro barbudos, que andaban a toda prisa, Nicholas recordó el nombre de aquel productor: era Eisenbludt. El que según acababa de decir Blair trucaba todas las escenas de guerra destinadas a los habitantes de los tanques, tanto para la Wes-Dem como para el Pac-Peop, dando «confirmación» visual a las mentiras que decía Yancy en sus discursos. Conque por fin el pueblo de la Wes-Dem había podido ver películas de Eisenbludt.

Evidentemente, las hostilidades entre el Este y el Oeste habían cesado. Eisenbludt había dejado de ser un productor cinematográfico «enemigo», como lo era cuando Nicholas Saint-

James, su mujer Rita y su hermano menor Stu fueron obligados, prácticamente a punta de pistola, a descender al Tom Mix para lo que creyeron entonces que iba a durar un año a lo sumo... o, como predecían los más pesimistas, dos años.

Y habían sido quince. Y de aquellos quince...

-Dime, cuándo terminó exactamente la guerra -preguntó Nicholas a Blair-. ¿Cuántos años hace que acabó?

-Te dolerá saberlo -contestó el interpelado.

-Me da igual. Tú dímelo.

Blair asintió con la cabeza:

-Pues terminó hace trece años. La guerra sólo duró dos años aquí en la Tierra, después del primer año de guerra en Marte. Así es que... os han estado engañando durante trece años, amigo Nicholas, o como te llames. Lo siento, he vuelto a olvidar tu nombre. Te llamaré Nick. ¿Te parece bien que te llame Nick?

-Estupendo -murmuró Nicholas, pensando en Carol, en Rita, en el viejo Maury Souza, en su hermano Stu y en todos los demás: Jorgenson, Flanders y Haller, Giller y Christenson, Peterson y Grandy y Martino y tantos otros e incluso Dale Nunes; sí, incluso el comisario político del Tom Mix. ¿Sabría Nunes la verdad? Si Nunes la conoce, se dijo Nicholas, juro y afirmo que le mataré... le mataré con mis propias manos; y nada ni nadie me detendrá. Pero esto era imposible, porque el comisario Nunes estaba encerrado allí con todos ellos. Aunque... no durante todo aquel tiempo. Sólo desde...

Sí, Nunes lo sabía. Hacía sólo unos años que había bajado al tanque, enviado por el «Gobierno de Estes Park», o sea, por Yancy.

-Escuche, señor James -le dijo uno de los barbudos-. Quiero hacerle una pregunta: si usted no sabía la verdad, entonces, ¿por qué subió? Quiero decir que usted esperaba encontrar la guerra, y por la televisión les decían, lo recuerdo perfectamente, que morirían tan pronto como fuesen descubiertos...

-De hecho, es lo que estuvo a punto de ocurrirle -comentó Blair.

A causa del mal de la bolsa y la peste del encogimiento, enfermedades inexistentes. Esa fue otra de las patrañas que inventó esa gente, esas dos epidemias causadas por bacterias.

Aunque aquel terrible gas neural que inventaron, mejor dicho, lo inventó la New Jersey Chemical Corporation o como demonios se llamase, ese sí que existió en realidad, aunque celebro decir que un misil soviético pulverizó esa empresa, con todos cuantos trabajaban en ella. Pero aquí mismo el terreno es radioactivo, aunque el resto de la superficie...

-Subí -le interrumpió Nicholas- en busca de un páncreas artificial. Quiero comprar un artiforg en el mercado negro.

-Ya no hay -objetó Blair.

Nicholas dijo:

-Estoy dispuesto a...

-¡Es que ya no quedan! ¡En ninguna parte! Ni siquiera los hombres de Yance pueden adquirirlos. Brose los tiene requisados; los embargó mediante trucos legales. -Blair se volvió con el rostro congestionado de cólera; se agitaba como un títere movido por unos dedos ocultos en su interior-. Son todos para Brose, que tiene ochenta y dos u ochenta y tres años y el cuerpo lleno de artiforgs. Todo él es artificial, salvo el cerebro. Como desapareció la compañía, ahora nadie es capaz de fabricarlos; hemos degenerado a causa de la guerra. Algunos hombres de Yance intentaron fabricarlos, pero una vez injertados dejaban de funcionar al cabo de un mes o así. Se necesitan técnicas especializadísimas que dependen de eso que llaman instrumental «muy avanzado», ¿sabes?, herramientas delicadas y qué sé yo... Con eso quiero decir que la guerra, mientras duró, fue *de verdad*; no lo olvides. Los hombres de Yance viven en sus lujosas residencias y vosotros, los desgraciados de allá abajo, fabricáis robots para ellos, mientras ellos se dedican a recorrer el país en sus pequeños aparatos

voladores. La Agencia de Nueva York prepara discurso tras discurso, y el Megavac 6-V no descansa... Todo esto es muy triste.

Calló y siguió caminando en silencio.

Nicholas repitió con obstinación:

-Tengo que conseguir ese páncreas.

-Eso es imposible -le dijo Blair-. Quítate esa idea de la cabeza.

-Entonces -dijo Nicholas- he de volver al Tom Mix para decirles lo que pasa. Así ellos podrán subir, sin pensar más en los cupos ni en la amenaza de que les destruyan el tanque.

-Desde luego, pueden subir para seguir siendo prisioneros en la superficie. Naturalmente, eso siempre es mejor; estamos de acuerdo. Runcible ha empezado a construir un nuevo complejo de apartamentos al sur de Utah; estamos muy enterados de las últimas noticias porque David Lantano nos regaló un receptor de radio a toda banda; sólo es audio; no video, pero con él captamos, no las emisiones destinadas a los tanques, sino las comunicaciones entre los mismos hombres de Yance; de noche, como se sienten muy solos en sus propiedades, se dedican a charlar por los codos unos con otros por medio de la radio. Imagínate: muchos de esos tipos viven completamente solos en haciendas de miles de hectáreas, con la única compañía de sus robots.

-Pero ¿acaso no tienen familias -preguntó Nicholas- ni hijos?

-Casi todos ellos son estériles -contestó Blair-. Recuerda que estaban en la superficie durante la guerra. Casi todos eran alumnos de la Academia del Arma Aérea de Estes Park. Y sobrevivieron; esos jóvenes cadetes de Aviación eran la *élite* del ejército. Pero... no pueden reproducirse. En cierto modo, es el altísimo precio que tuvieron que pagar por lo qué poseen, por haber estado protegidos en aquella enorme fortaleza de las Montañas Rocosas, a prueba de bombas.

-Nosotros también tuvimos que pagar -objetó Nicholas- Fíjate en qué hemos recibido a cambio.

-Espera un poco -le dijo Blair-. Ten paciencia y piénsalo bien antes de regresar a tu tanque para decirles la verdad, porque teniendo en cuenta cómo funciona el sistema de aquí arriba...

-Estarían mejor -terció con desafío uno de sus compañeros barbudos-. Parece que se te ha olvidado lo que es la vida allí abajo; te estás haciendo cazurro como el viejo Brose. Runcible se ocupa de darles bienestar; es un magnífico constructor que les ha puesto ping-pong, piscinas y suelos de moqueta de pared a pared, hechos de unta curiosa imitación de plástico...

-¿Entonces por qué te quedas aquí, escondido entre ruinas, en vez de ir a chapotear en la piscina de una de esas maravillas arquitectónicas? -preguntó Blair.

El interpelado gruñó e hizo un ademán vago.

-Es que... no sé, me gusta ser libre.

Nadie hizo el menor comentario; no fue necesario.

Pero había otro tema que sí parecía requerir más comentarios, y fue el mismo Blair quien lo sacó a colación. Volviéndose a Nicholas, le espetó:

-La verdad es que no lo entiendo, Nick. ¿Cómo pudo Talbot Yancy salvarte, si Talbot Yancy no existe?

Nicholas dio la callada por respuesta. Se sentía demasiado cansado para hablar.

Y, por otra parte, tampoco lo sabía.

16

La primera y gigantesca excavadora automática tosió como un viejo asmático. Y cuando hundió su monstruosa pala en la tierra, levantando su cola de escorpión, recogió una enorme cantidad de tierra, para luego levantarla y echarla a un lado, al interior de un convertidor ya dispuesto al efecto, asimismo autónomo y que funcionaba sincronizadamente, sin necesitar

vigilancia de ningún operario humano. En aquella máquina la tierra se transformaba en energía, y dicha energía, era transportada por cable a una enorme metabatería instalada a medio kilómetro, donde quedaba almacenada con un mínimo de pérdidas. La metabatería, inventada poco antes de la guerra, podía almacenar cantidades de energía que, expresadas en ergios, representaban billones de unidades. Y, lo que era más importante: podía almacenarla durante décadas.

La metabatería proporcionaba electricidad para alimentar las viviendas ya terminadas de los bloques de apartamentos; era la fuente de toda la iluminación, calefacción, refrigeración y aire acondicionado.

En algunos años Runcible había creado una empresa perfecta y de una eficiencia extraordinaria, donde nada se desperdiciaba.

Pero los verdaderos beneficios, pensaba Robert Hig mientras esperaba cerca de la excavadora automática o, para ser exactos, cerca de la primera, pues eran doce las que habían empezado a trabajar simultáneamente, procedían en último término de los propios ocupantes de los apartamentos. Porque éstos, al igual que antes trabajaban bajo tierra en sus tanques, fabricando robots destinados a aumentar los séquitos personales, los ejércitos privados de los latifundistas, ahora trabajaban para Runcible.

En efecto, la planta baja de cada edificio estaba formada por talleres donde se fabricaban las piezas de los robots. Dichas piezas se hacían a mano, pues la complicada organización del antiguo sistema de fábricas automáticas había sido destruida por la guerra. Los que llevaban una existencia subterránea en los tanques lo ignoraban, por supuesto; como ignoraban de dónde procedían aquellas remesas de piezas. Porque decírselo habría equivalido a hacerles saber que en la superficie vivían seres humanos, y esto sí que era imposible.

Todo estriba, se dijo Hig, en procurar que no lo sepan, porque si se enteran y suben en masa a la superficie tendremos otra guerra.

Al menos, así se lo habían enseñado. Y él no ponía en duda tal afirmación; a fin de cuentas, no era un hombre de Yance, sino sólo un empleado de la Agencia, o sea, de Brose. Algún día, si tenía suerte y cumplía, Brose propondría su candidatura y se le autorizarla legalmente a buscar un terreno radioactivo donde edificar su residencia... suponiendo que para entonces aún quedasen terrenos radioactivos.

«Como resultado de este trabajo, de este importantísimo proyecto especial de la Agencia, quizá seré ascendido a hombre de Yance -pensó Hig-. Y entonces podré pagar a esos detectives particulares de Webster Foote para que examinen con sus contadores Geiger las zonas calientes que aún quedan, y podré empezar la larga espera que ha iniciado ya David Lantano. Si él lo consiguió, también puedo hacerlo yo... porque a ése, ¿quién le conocía?»

-¿Qué le parece esto, señor Hig? -le gritó un obrero humano, señalando a todas las excavadoras que iban sacando gigantescas paladas de tierra para arrojarlas a los convertidores.

-¡Muy bien! -le respondió Hig, haciendo bocina con las manos.

Se acercó aún más á la excavadora, para examinar la tierra rojiza, dura y compacta que iba quedando al descubierto. Las excavadoras tenían que ahondar hasta cinco metros, creando una depresión plana de tres kilómetros cuadrados de superficie. No se trataba de ninguna obra fuera de lo común, pues la maquinaria de Runcible ya había acometido otras empresas parecidas; en principio el problema consistía en terraplenar por igual. Aquí y allá se veían brigadas de topógrafos, formadas por robots muy perfeccionados, que determinaban el futuro plano horizontal mediante taquímetros montados sobre trípodes. La excavación, pues, no requeriría mucho tiempo; no era como aquello no era nada en comparación.

Los artefactos enterrados tenían que aparecer pronto, o de lo contrario ya no serían encontrados. La labor de terraplenado quedaría terminada en menos de dos días.

«Confío en que no se hayan equivocado -se dijo Hig-, y que no hayan enterrado esos condenados artefactos a demasiada profundidad. Porque de, ser así ya podemos despedirnos del proyecto especial; habremos fracasado tan pronto como se vierta la primera carga de

hormigón y se alcen los primeros pilares de acero; en realidad, cuando se instalen los primeros encofrados de plástico destinado a contener el hormigón. Los moldes ya estaban llegando por vía aérea desde la obra donde habían sido empleados por última vez».

Se dijo entonces para su capote: «Más vale que esté preparado para frenar las excavadoras y detener la recogida de tierra y todo ese jaleo, pues los objetos pueden aparecer en cualquier momento. Y cuando los vea... tendré que anunciarlo a los cuatro vientos».

Se puso en tensión. Porque, en la dura superficie pardusca, bajo el nivel de las raíces de árboles muertos, veía algo, un objeto oscuro y sucio, que habría pasado desapercibido a quien no hubiera estado atento como él. Los robots no se fijarían en aquello, ni las excavadoras; ni siquiera los demás ingenieros humanos lo advertirían... todos estaban enfrascados en sus respectivos trabajos.

Como él en el suyo. Aguzó la vista. ¿Era un simple pedrusco, o el primero de los... ?

Lo era: un arma oxidada y ennegrecida; aunque le costaba creerlo, era la misma que había visto nueva y rutilante, acabada de salir de las expertas manos de Lindblom la noche anterior.

¡Qué cambio había producido en ella el paso de seis siglos! Hig sintió una momentánea y terrible desconfianza frente a lo que le decían sus sentidos... Aquello *no podía* ser lo que había fabricado Lindblom, lo que él mismo había estado viendo sobre la mesa con Adams y Brose. Estaba casi irreconocible... Se acercó, entornando los párpados para no ser deslumbrado por el sol. ¿Un arma o una simple piedra? Hig hizo una seña hacia la excavadora más cercana, que se retiró automáticamente dejando despejada la zona. Bajando a la zanja, Hig se acercó al objeto oscuro e informe, medio hundido en la tierra, y se arrodilló para examinarlo.

-¡Eh! -gritó, mirando a su alrededor y tratando de atraer la atención de algún ser humano... no sólo de excavadoras y robots. Sí, allí estaba, Dick Patterson, otro ser humano, un ingeniero empleado de Runcible, como él.

-¡Eh, Patterson! -gritó Hig. E inmediatamente se dio cuenta, consternado, de que el objeto no era uno de los que habían dispuesto; acababa de precipitarse. ¡Santo cielo! ¡Qué plancha se había tirado!

Patterson se acercó para preguntarle:

-¿Qué pasa?

-Nada.

Furioso, Hig salió de la zanja e indicó a la excavadora que reanudase su trabajo; la enorme máquina se puso de nuevo en funcionamiento con gran estrépito y el objeto negro, que era una piedra, desapareció bajo las orugas del armatoste.

Diez minutos después la excavadora descubrió un objeto blanco y de aspecto metálico, que brillaba al sol de la mañana. Esta vez no había duda: el primer artefacto había salido a la luz al alcanzar los tres metros de profundidad.

-¡Eh, Patterson! -volvió a gritar Hig. Pero esta vez Patterson no se encontraba al alcance de su voz. Hig cogió un walkie-talkie y se dispuso a transmitir una llamada general. Pero luego cambió de idea. Más vale no cantar victoria demasiado pronto, pensó. Conque hizo como antes: indicó a la excavadora que se apartase -ésta pareció obedecerle a regañadientes, pues se retiró chirriando, como si protestase- pero esta vez, cuando llegó en dos zancadas junto al objeto, vio con tremenda excitación que ahora había acertado: a sus pies, profundamente empotrada en la tierra, estaba una pistola de forma extraña. La pala de la excavadora había rozado su superficie, limpiándola de corrosión y haciendo brillar el duro metal del arma.

«Adiós, señor Runcible -se dijo Hig con júbilo-. Ahora voy a ser un hombre de Yance -su intuición le decía que esto era casi seguro- y tú, Runcible, darás con tus huesos en la cárcel; tú que te has dedicado a construir cárceles para los demás». Hizo una nueva seña a la excavadora, para indicarle esta vez que se detuviera por completo, y acto seguido regresó corriendo para coger el walkie-talkie, con intención de emitir la clave que detendría todas las operaciones... y haría que acudiesen al lugar todos los ingenieros y buena parte de los robots para saber qué ocurría.

Con movimiento furtivo, activó la cámara en miniatura disimulada en el botón de su camisa, con lo que puso en marcha al mismo tiempo la grabadora de audio. Runcible no estaba allí, pero en el último momento Brose había decidido que quería tener toda la escena filmada y grabada, desde el mismo instante en que Hig diese cuenta del hallazgo.

Se inclinó para recoger el walkie-talkie.

Un rayo láser le atravesó, agujereando el lado derecho de su cráneo y su cerebro, saliendo por eh otro lado de su cuero cabelludo. Cayó pesadamente al suelo; el walkie-talkie se desprendió de sus manos, haciéndose añicos. Quedó allí tendido, muerto.

La excavadora automática detenida por él esperaba pacientemente la señal de reanudar el trabajo. Por último, ésta llegó emitida por otro ingeniero humano que estaba al lado opuesto de la obra; la máquina, con un gruñido de agradecimiento, se puso a funcionar de nuevo.

El pequeño y brillante objeto metálico medio enterrado en la zanja a tres metros de profundidad, y que había quedado expuesto brevemente al sol después de seiscientos años, volvió a desaparecer bajo las orugas.

Y en seguida la pala lo recogió con un montón de tierra para arrojarlo al convertidor.

Y éste transformó inmediatamente la intrincada red de cables y los componentes miniaturizados en pura energía, junto con la tierra y las rocas.

Y las obras continuaron con gran estrépito.

17

En su oficina de Londres, Webster Foote estudiaba con una lupa de joyero -los objetos antiguos les fascinaban- la cinta cinematográfica que estaba pasando, impresionada por el satélite espía 65, propiedad de Webster Foote Limited de Londres durante su órbita 456.765 sobre el hemisferio noroccidental.

-Aquí -le señaló su experto en fotografía, Jeremy Cencio.

-Muy bien, muchacho.

Webster Foote detuvo el paso de la cinta; ajustó un microscopio de 1.200 aumentos sobre el fotograma indicado, graduó manualmente primero el enfoque general y luego el de precisión. Como tenía un ligero astigmatismo en su ojo derecho, miró con el izquierdo, y vio en la película lo que Cencio le indicaba.

Dijo su ayudante:

-Ésta es aproximadamente la región donde confluyen las fronteras de Colorado, Nebraska y Wyoming, al sur de lo que en un tiempo fue Cheyenne, una gran ciudad de los Estados Unidos antes de la guerra.

-¡Ah, vaya!

-¿Quiere usted que anime este segmento?

A lo que Webster Foote contestó:

-Sí, hágalo, por favor. Y proyéctelo.

Un momento después, cuando se apagaron las luces de la oficina, apareció en la pared un cuadrado luminoso constituido por la proyección del segmento de película. Cencio puso en marcha el proyector que convertía la foto fija en una secuencia animada de varios minutos.

Aumentada por el microscopio de 1.200 aumentos interpuesto entre la película y el proyector, pudo distinguirse una escena tomada desde arriba, por supuesto. En ella aparecían un hombre y dos robots.

Mientras la observaba con atención, Webster Foote vio qué uno de los robots se disponía a matar al hombre; el movimiento de su extremidad manual derecha hacia el arma que él, como profesional, sabía que transportaba en un lugar preciso de su anatomía metálica, era inconfundible. El hombre estaba a punto de ser aniquilado.

Y entonces el robot se convirtió en una columna de polvo, y su compañero giró frenéticamente en un movimiento circular, con todos sus circuitos activados al máximo mientras trataba de localizar la fuente del rayo desintegrador... hasta que de pronto él también se convirtió en una nube de motitas que flotaban en el aire y que el viento arrastró.

-Esto es todo -dijo Cencio, encendiendo las luces de la habitación.

-Esa zona corresponde al sector donde está radicada la propiedad de... -Foote consultó una de las guías de la policía-. De un tal David Lantano. Aunque todavía no es una residencia; la están construyendo. Se trabaja en ella desde hace menos de un año, por lo que jurídicamente se sigue considerando una zona radiactiva. Pero está bajo la jurisdicción de ese Lantano.

-Hay que suponer, pues, que esos robots eran suyos.

-Sí -asintió Foote, pensativo-. Voy a pedirte, muchacho, que repases los segmentos contiguos con la lente de 400 aumentos hasta que encuentres el origen del rayo desintegrador que convirtió en humo a esos dos robots. Quiero saber quién...

El videocomunicador de su despacho emitió una nota suave; era su secretaria, la señorita Grey, y los tres destellos luminosos que acompañaron a la señal acústica significaban que la llamada era urgente.

-Perdón -dijo Foote, volviéndose a la pantalla grande del video, a la que Grey pasaría la llamada.

Apareció en ella el rostro enérgico de Louis Runcible, algo mofletudo y sonrosado, con sus anticuados lentes sin montura... y su cabeza algo más calva desde la última vez que Foote le había visto; un poco menos de su fino cabello blanco cubría su cráneo de oreja a oreja.

-El agente que tengo en mi obra y que trabaja para usted, me dijo que le avisara inmediatamente si ocurría algo insólito en mi empresa -empezó Runcible.

-¡Dígame! -exclamó Foote, inclinándose con ansiedad hacia la pantalla al tiempo que ponía en marcha la grabadora audiovisual, para cerciorarse de que aquella llamada quedaría debidamente registrada-. Vamos, Louis, cuénteme lo que ha pasado.

-Uno de mis ingenieros ha sido asesinado por un rayo láser que le atravesó la cabeza, mientras estaba en la obra que hemos comenzado al sur de Utah. Eso quiere decir que usted acertó con su percepción extrasensorial: hay alguien que quiere cazarme.

En la pantalla, Runcible parecía más indignado que asustado, lo que era natural conociendo su temple.

-¿Puede usted continuar la obra sin este hombre? -le preguntó Foote.

-Desde luego que sí. El movimiento de tierras no se ha interrumpido. Lo encontramos aproximadamente una hora después de que lo mataran; nadie se dio cuenta de ello, pues todos estaban muy ocupados. Se llamaba Hig, Bob Hig. No era uno de mis mejores hombres, pero tampoco de los peores.

-Sigan trabajando, pues -repuso Foote-. Desde luego, enviaremos a uno de nuestros agentes para que examine el cadáver de Hig; estará ahí antes de media hora, pues lo enviaré de una de nuestras sucursales. Y a partir de ahora, permanezca en contacto permanente conmigo. Este puede ser el primero de una serie de actos encadenados. Ellos han empezado a actuar.

No fue necesario que especificase quiénes eran «ellos»; tanto él como Runcible lo sabían perfectamente.

Concluida la conversación, Foote reanudó el examen de la película tomada por el satélite.

-¿Ha conseguido localizar el origen del rayo desintegrador? -preguntó a Cencio, preguntándose si habría alguna relación entre la muerte del ingeniero de Runcible y la desintegración de aquellos dos robots. Siempre le había gustado relacionar hechos dispares en apariencia; trataba de hallar el factor común que le ofreciese una imagen completa. Pero en cuánto a la relación que pudiera haber entre aquellos dos acontecimientos, ni siquiera sus facultades paranormales le proporcionaban el menor atisbo. A su debido tiempo, quizá...

-Por ahora, no ha habido suerte -comentó Cencio.

Librodot

-¿Querrán intimidar a Runcible para que detenga la obra de Utah? -dijo Foote, pensando en voz alta; y prosiguió: Porque así no lo conseguirán; Louis es capaz de perder ingeniero tras ingeniero y continuar impertérrito su trabajo. Dios mío, con las armas que tienen en la Agencia, especialmente esos prototipos avanzados a los que Brose tiene acceso... podrían borrar del mapa la obra entera, con todos los hombres, robots y maquinaria que trabajan en ella. Y no limitarse a un ingeniero... por importante que sea.

Aquello no tenía sentido.

-¿No tiene usted ninguna intuición? -le preguntó Cencio-. ¿Ninguna precognición psiónica?

-Sí, la tengo -repuso Webster Foote-. En efecto, tenía un extraño presentimiento que fue concretándose en su mente hasta convertirse en una auténtica revelación paranormal-. Dos robots fueron desintegrados -dijo-. Luego, un miembro de la brigada de Runcible en Utah resultó con la cabeza atravesada por un rayo láser, al instante de iniciar los trabajos de terraplenado... Preveo...

Se interrumpió. Otra muerte, musitó entre dientes. Y no tardará en producirse. Consultó su antiguo reloj de bolsillo.

-Recibió el rayo láser en el occipucio. Fue un asesinato. La próxima víctima será un hombre de Yance.

-¿Un hombre de Yance... asesinado? -dijo Cencio, mirándole fijamente.

-Y muy pronto -dijo Foote-. Si no lo han matado ya.

-Nos llamarán, entonces.

-Naturalmente -repuso Foote-. Y esta vez no será Runcible quien llame sino Brose. Porque... -Y sus facultades extrasensoriales le permitieron afirmarlo-. Será alguien a quien Brose necesitaba mucho; esto lo alterará enormemente... nos llamará totalmente descompuesto.

-Esperemos a ver qué pasa -dijo Cencio, con escepticismo-, y veremos si tiene razón.

-Sé que no me equivoco por lo que va a ocurrir -repuso Foote-. Falta saber... cuándo ocurrirá.

Sus facultades no le permitían adivinar con exactitud las fechas, y él así lo admitía; podían ser días o semanas, pero el plazo no sería muy largo.

-Supongamos -dijo Foote, pensativo-, que el asesinato del tal Hig no estuviese dirigido contra Runcible. No le afecta demasiado; eso puede significar que el blanco no fuese él.

«Supongamos -pensó- que aun siendo Hig un empleado al servicio de Runcible, el ataque estuviese dirigido contra el propio Stanton Brose».

¿Sería efectivamente así?

-¿Te cae bien Brose? -preguntó a su experto en fotografía, encargado de estudiar todos los datos enviados por los satélites-espía.

-No tengo opinión formada al respecto -respondió Cencio.

A lo que Foote dijo:

-Pues yo sí. Brose no me gusta. No movería ni mi meñique izquierdo para ayudarle. Si pudiera evitarlo, claro.

Pero, ¿cómo podía evitarlo? A través del General Holt y el Mariscal Harenzany, Brose controlaba un ejército de robots veteranos, más los Archivos de Armas Avanzadas de la Agencia. Brose podía eliminarle, podía eliminar a la Webster Foote Limited de Londres cuando se le antojase.

Pero quizá había alguien más, alguien que no temía a Brose.

-Sólo sabremos sí tal persona existe -dijo Foote- cuando sea asesinado un hombre de Yance a quien Brose tenga en gran aprecio.

Esto era lo que ocurriría, le decía su intuición parapsicológica.

-De un nuevo tipo -respondió Foote-. De una especie que aún no conocemos.

Lo cual, por lo que él sabía, era imposible.

«Me estaré aquí sentado a mi mesa -dijo Foote para sus adentros- esperando y confiando recibir una llamada por video de ese viejo obeso y horrendo que parece una araña y se llama Stanton Brose. El cual me dirá en tono lúgubre que ha sido eliminado un importantísimo hombre de Yance de su círculo más inmediato, y no de una manera tosca y bárbara, sino al contrario con un estilo altamente sofisticado, como ahora está de moda decir. Y cuando se produzca esa llamada, yo dejaré mi despacho durante quince días».

Empezó a contar los minutos de la espera. Su antiguo reloj de bolsillo señalaba las nueve de la mañana, hora de Londres. Y entonces se concedió una pequeña satisfacción, para celebrar el acontecimiento: con el índice y el pulgar tomó un pellizco, del excelente rapé de la señora Cluny, y lo aspiró por cada uno de sus dos orificios nasales.

En el corredor público de la planta principal de la Agencia neoyorquina, después de mirar a uno y otro lado y cerciorarse de que no había nadie a la vista, Joseph Adams se introdujo rápidamente en una cabina de videófono. Cerró la puerta y metió en la ranura una moneda metálica.

-Con Ciudad del Cabo, por favor. Quiero hablar con la villa de Louis Runcible.

Le agitaba un temblor tan violento, que apenas podía sostener el receptor de audio junto al oído.

-Siete dólares por los primeros... -dijo el operador, que era un robot muy rápido y eficiente.

-Muy bien.

Adams se apresuró a introducir una moneda de cinco dólares y dos de uno en la ranura y luego, cuando se estableció la conexión, cubrió con su pañuelo la pantallita, con un impulsivo movimiento, apresurado pero eficaz; había bloqueado así la porción visual de la transmisión, dejando sólo la auditiva.

Se oyó una voz femenina:

-Al habla la señorita Lombart, secretaria del señor Runcible. ¿Con quién tengo el gusto de hablar?

Joseph Adams contestó con voz ronca que no tuvo que alterar deliberadamente para hacerla irreconocible:

-Tengo un recado urgentísimo de carácter estrictamente personal.

-¿Quién habla, por favor? Diga usted...

-Imposible -murmuró Joseph Adams-. Puede que la línea esté intervenida. Puede que...

-¿Qué desea, señor? ¿No podría decirme de qué se trata? No se recibe señal visual en absoluto. ¿No podría volver a llamar por otro canal?

-Adiós -dijo Joseph Adams atemorizado, pensando que no podía correr aquel riesgo.

-Espere, señor. Le pongo con el señor Runcible en un momento...

Adams colgó el receptor.

Sin dejar de temblar, retiró el pañuelo, se puso en pie y salió de la cabina pública. Bueno, casi lo había conseguido. Nadie podría afirmar que no lo había intentado. Estuvo a punto de hacerlo.

¿Y si le pusiera un cable? ¿O una carta especial certificada, sin firma, hecha con letras recortadas de periódicos?

«No puede ser -se dijo-; no me atrevo. Lo siento mucho, Louis Runcible; los vínculos que me atan son demasiado fuertes. Mis cadenas son demasiado antiguas y apretadas. Son ya una parte de mí mismo; viven aquí, en mi interior. Las llevaré toda mí vida de ahora en adelante».

Caminó sin prisa, sintiendo como si le envolviera una película opaca; le pareció flotar cuando se alejó por el corredor, de regreso a su despacho como si nada hubiera ocurrido.

En realidad, nada había sucedido. Era una amarga verdad; nada, nada en absoluto.

Ello quería decir que las cosas seguirían por sí mismas: fuerzas que él no entendía, sustanciales pero remotas, ocultas, que se agitaban como mariposas en el mismo umbral de su percepción; formas que aleteaban cruzando el firmamento de su vida sin dejar rastro ni

sensación. Se sintió ciego, asustado y desvalido. Pero seguía caminando, porque esto era lo natural. Y no le quedaba otra cosa que hacer.

Y mientras avanzaba, aquello se movió. Se agitó; lo sintió rodar hacia delante, avanzando de un modo inexorable, en línea recta.

18

La máquina avanzaba sobre sus ruedas de goma a través del césped cuidadosamente cortado, abandonado momentáneamente a la sazón porque era de noche y los robots jardineros estaban recogidos e inmóviles en sus cobertizos. No hacía el menor ruido y se orientaba por el eco de las señales de radar que emitía con frecuencia distinta de todas las normalmente utilizadas. Las señales empezaron a llegar en una sucesión que indicaba a la máquina que el gran edificio de piedra -tropismo de la primera fase de su viaje homeostático, dividido en numerosas secciones- quedaba cada vez más cerca, como estaba previsto, y empezó a reducir la marcha hasta chocar por último silenciosamente contra la pared de la casa, donde se detuvo un momento mientras la etapa siguiente de su programa, con el giro de una leva, se colocaba en posición.

Con un «clic», empezó la fase segunda.

Por medio de ventosas insertadas sobre los rígidos radios de un árbol central giratorio accionado por un motor, la máquina trepó sobre la superficie vertical hasta llegar al alféizar de una ventana.

Entrar en el edificio a través de la ventana no planteada la menor dificultad, pese a que aquélla estaba cerrada con llave y su estructura era de aluminio. La máquina, sencillamente, sometió el cristal a los efectos de un súbito e intensísimo calor... el cristal se fundió, goteando como miel y dejando un amplio agujero redondo en el mismísimo centro, adonde se había dirigido el rayo calórico. Sin la menor dificultad, la máquina se desvió de la vertical para salvar el bastidor de aluminio...

Y, momentáneamente posada sobre éste, realizó la cuarta fase de su programa total: sobre aquel metal más bien blando aplicó una presión equivalente a un peso de cien kilos. El bastidor cedió y se dobló, quedando deformado. Satisfecha; la máquina ascendió de nuevo verticalmente por medio de sus ventosas hasta llegar al techo de la habitación.

Transcurrió un intervalo de tiempo durante el cual la máquina permaneció inmóvil al menos a juzgar por su aspecto externo. Pero en su interior se conectaban y desconectaban interruptores y relés. Por último, una cinta con película de óxido de hierro se desenrolló ante una cabeza de grabación; a través de un sistema de audio, una corriente pasó de un transformador a un altavoz y la máquina dijo de pronto en voz baja pero bien audible: «¡Maldita sea!» Una vez usada, la cinta cayó dentro de un depósito de latón de la máquina, donde se autodestruyó.

La máquina, rodando de nuevo sobre sus pequeñas ruedas de caucho, se puso en movimiento, orientándose otra vez como un murciélago por medio de sus ondas de radar. A su derecha halló una mesa baja. La máquina se detuvo ante ella y en su interior volvieron a conectarse y desconectarse interruptores y relés. Y entonces la máquina alargó un pseudópodo, cuyo extremo se apoyó con fuerza sobre el borde de la mesa, como, si alguien hubiera tratado involuntariamente de aliviarse de un peso excesivo, tomándose un breve descanso antes de continuar. Y esto fue lo que hizo entonces, cuidadosamente. Porque su tropismo final, o sea, el hombre, ya no estaba lejos. El hombre dormía en la habitación contigua; la máquina había detectado el sonido de su respiración y el calor que emitía su cuerpo. Atraída por ambos tropismos en sincronización, la máquina se volvió hacia aquel lado.

Librodot

Al pasar frente a la puerta de un armario se detuvo, emitió un chasquido y luego un impulso eléctrico que correspondía a la onda alfa de un cerebro humano... en realidad, de un cerebro humano bien determinado.

El aparato grabador oculto en el interior del armario recibió la señal y la depositó de manera indeleble dentro de una caja cerrada con llave y oculta en lo más profundo de la pared, en un lugar inaccesible para quien no dispusiera de una perforadora o de la llave adecuada. Sin embargo, la máquina no conocía estos detalles, y de haberlos conocido no le habrían importado; estos detalles no le concernían.

Siguió avanzando sobre sus ruedas de goma.

Al transponer la puerta abierta y penetrar en el dormitorio se detuvo, se irguió sobre sus ruedas traseras y extendió un pseudópodo que con la mayor destreza, aunque perdiendo en ello varios segundos, introdujo un trocito de tejido de fibra artificial entre los adornos de bronce de la puerta. Hecho esto siguió avanzando, deteniéndose sólo una vez para soltar tres cabellos y un trocito de cuero cabelludo reseco. Pero esto no afectó en modo alguno al doble tropismo que la conducía hacia el hombre que dormía apaciblemente en la cama.

Al llegar junto a ésta se inmovilizó totalmente. Comenzaba entonces la parte más complicada de su programa, por medio de una rápida secuencia de maniobras en sus interruptores. La carcasa que formaba el cuerpo de la máquina cambió totalmente de forma mientras un lento calor cuidadosamente regulado ablandaba el plástico; la máquina se volvió larga y delgada y, después de adquirir esta nueva forma, retrocedió sobre sus ruedas traseras, sobre las que volvió a erguirse. El efecto que producía de está guisa, si alguien la hubiera visto, habría sido de lo más cómico. La máquina se balanceaba como una serpiente, procurando mantener el equilibrio. Estuvo a punto de caerse primero a un lado y después hacia el otro, porque al adquirir una forma tan alta y alargada, su base de sustentación era insuficiente. No obstante, estaba demasiado atareada para reparar en el problema de sus oscilaciones laterales; el circuito maestro que la controlaba, el reloj, como lo llamaban los técnicos que la construyeron durante la guerra, se centraba en algo más importante que un equilibrio vertical.

Una vez completada su actividad móvil y deambulatoria, la máquina trataba de localizar exactamente el corazón que latía en el pecho del hombre dormido, guiada por los dobles tropismos del calor y el ritmo respiratorio, que se reforzaban mutuamente.

Tras varios minutos consiguió su propósito; apuntó al punto escogido, que era el corazón humano, su sistema de percepción; los sensores estetoscopios lo centraron perfectamente, y en seguida se inició la fase siguiente. La máquina no podía titubear después de haber localizado el corazón del durmiente: tenía que actuar ahora o nunca.

Abriendo una compuerta superior, disparó un dardo autopropulsado con punta de cianuro. Desplazándose a bajísima velocidad, para poder efectuar correcciones de su trayectoria en la última fracción de segundo, el dardo descendió desde la máquina erguida, se desvió ligeramente cuando las señales emitidas desde ésta le indicaron que era necesaria una pequeña variación de rumbo... y por último la aguja del dardo se clavó en el pecho del hombre dormido.

Al instante, el dardo inyectó su carga de veneno.

El hombre murió sin llegar a despertar:

Al mismo tiempo, una cinta complicada, pero extraordinariamente delgada, como un alambre de oro, que rodeaba la garganta del hombre y contenía varios transistores y diodos que emitían ondas detectoras, lanzó una serie de señales que al instante fueron captadas por un aparato más voluminoso, oculto en la parte inferior del lecho. Dicho aparato, activado por la señal del collar, emitida tan pronto como cesaron la circulación sanguínea y el pulso, lanzó al instante sus propias señales.

Sonó una estentórea sirena que hizo retemblar la habitación. En todos los puntos de la residencia se pusieron en actividad inmediata los robots, acudiendo a toda velocidad hacia el

Librodot

dormitorio del primer piso. Otra señal activó una llamada automática cifrada a todos los robots estacionados en el exterior del edificio. Abandonando su inmovilidad, éstos convergieron velozmente hacia la casa, para formar una barrera al pie de la pared donde se abría la ventana del dormitorio.

La señal de alarma del hombre muerto había activado los cincuenta robots de diferentes modelos que constituían su séquito. Cada uno de ellos, guiado por los impulsos del aparato de alarma escondido debajo de la cama, confluyó por tropismo tanatoico hacia el teatro del crimen.

Después de lanzar el dardo, la máquina registró la detención de los latidos cardíacos; entonces volvió a calentar su propio chasis, se encogió y recobró su anterior forma cuadrada. Cumplida su misión, empezó a alejarse del lecho.

Entonces, las diminutas antenas de su superficie anterior captaron las señales de radio emitidas por el aparato atornillado debajo de la cama. Y entonces comprendió que no teñía escapatoria.

Del exterior, desde la ventana con el orificio de entrada practicado por fusión del cristal, le llegó la voz de un robot del tipo VI, enormemente amplificada por un altoparlante, que decía:

-Sabemos que está usted ahí. No intente escapar. La policía ya ha sido avisada; haga el favor de quedarse donde está.

La máquina se alejó sobre sus ruedecitas de la cama donde yacía el muerto; detectó la presencia de los robots apostados frente a la puerta del dormitorio, que aguardaban en el corredor, y de los robots situados al pie de la ventana. Había robots en todas partes, desplegados con la mayor precisión. La máquina entonces volvió a entrar en la sala contigua al dormitorio, la primera que había cruzado. Se detuvo allí como si se le hubiese olvidado algo, y dejó caer una gota de sangre sobre la alfombra. Luego giró sobre sí misma, se dirigió a un lado, luego a otro, y finalmente todos los interruptores accionados por el *reloj* se cerraron cuando el circuito principal aceptó lo irremisible de la situación: todas las salidas estaban vigiladas y no le quedaba ninguna escapatoria. Entonces se puso en marcha la fase final de su programa, prevista para casos de emergencia.

Una vez más, la caja de plástico que albergaba los componentes de la máquina se calentó, se ablandó y adquirió una nueva forma. Esta vez fue la de un vulgarísimo... televisor portátil, con su asa, su pantalla e incluso la antena en forma de V.

Bajo esta forma, la máquina quedó completamente inerte; todas las partes activas de su anatomía electrónica quedaron definitivamente desactivadas.

Ya nada quedaba por hacer; aquello era el fin. Una oscilación neurótica entre dos impulsos opuestos -el tropismo de huida y el tropismo de camuflaje- había sido resuelta en favor de este último; en la penumbra de la habitación, la máquina presentaba el aspecto exterior de un televisor corriente, según el plan de quienes la construyeron durante la guerra para situaciones de emergencia como aquélla... cuando, debido a una reacción defensiva demasiado rápida por parte de los atacados, una vez cumplida su misión mortífera la máquina no pudiese escapar según estaba previsto.

La máquina permaneció allí en la semioscuridad, mientras al pie de la ventana forzada el robot modelo VI lanzaba una y otra vez su mensaje. En el vestíbulo, frente a la puerta del dormitorio, la apretada falange de robots montaba guardia, dispuestos a impedir la huida de cualquier persona o cosa que intentara abandonar el escenario del crimen.

Allí esperaron... hasta una hora después, cuando Webster Foote, tras identificarse como funcionario de la policía, se abrió paso entre el grupo de robots que montaban guardia ante el dormitorio y entró en éste.

19

Librodot

Había sido avisado por una frenética llamada del viejo Stanton Brose, que parecía medio loco; la imagen de Brose se agitaba histéricamente en la pantalla, con espasmódicos movimientos de un pseudo-Parkinson sólo posibles en una anatomía neurológicamente dañada, al borde de la senilidad.

-¡Webster! ¡Han matado a uno de mis hombres, al mejor!

Brose hablaba completamente descompuesto, casi llorando. Los movimientos espasmódicos de sus miembros fascinaban a Foote, quien le miraba fijamente, mientras se decía: «Tenía razón. Mi premonición fue acertada, y poco ha tardado en ocurrir».

-Por supuesto, señor Brose. Iré personalmente -aguardó con la pluma en ristre-. Dígame el nombre de ese hombre de Yance y la ubicación de su residencia.

Brose tartamudeó:

-Verne Lindblom. Ahora mismo no recuerdo dónde tenía su residencia. Acaban de llamarme: su alarma de muerte funcionó tan pronto como lo asesinaron. Eso quiere decir que sus robots han atrapado al asesino; aún está allí, en su villa... los robots vigilan puertas y ventanas, por lo que si va usted allí en seguida, lo apresará. Y este no es el primer asesinato, sino el segundo.

-¿Ah, sí? -murmuró Foote, sorprendido de que Brose ya estuviera enterado de la muerte del ingeniero de Runcible.

-Sí, el primero fue... -Brose no terminó la frase y Foote vio que su rostro se estiraba y se encogía como si la carne macilenta se encogiese e hinchase alternativamente-. Los agentes que tengo entre el personal de Runcible me pasaron la información -prosiguió, esta vez ya más dueño de sí mismo.

-¡Vaya!

-¿Es eso todo cuanto tiene que decir? Verne Lindblom era... -Brose dio un bufido; luego se sonó la nariz y se limpió los ojos y la boca con sus dedos fláccidos y húmedos-. Ahora óigame bien, Foote; préstenle atención. Enviará usted a California un comando compuesto por sus mejores hombres, a la mansión de Joseph Adams, para evitar que éste sea el próximo de la lista.

-Pero ¿por qué Adams?

Foote ya lo sabía, pero quería oír la respuesta de Brose. Los colaboradores del proyecto especial, cuya existencia conocía, aun ignorando su naturaleza, estaban siendo eliminados uno a uno. Brose lo había comprendido lo mismo que Foote. Con su anticuada estilográfica, Foote hizo la siguiente anotación: *Com. para C. de A. Ahora*.

-No me pregunte usted el porqué -contestó con su voz cascada-. Limítese a hacer lo que le ordeno.

Con envarada corrección británica, Foote repuso:

-Lo haré inmediatamente. Iré personalmente a la mansión de Lindblom y enviaré a mi mejor comando para proteger a Adams. A partir de ahora lo protegeremos constantemente, a menos que haya sido ya aniquilado, naturalmente. Supongo que, al igual que Lindblom...

-Todos ellos llevan aparatos de alarma -le interrumpió Brose con voz chillona-. Eso significa que Adams aún está vivo, pero no lo estará mucho tiempo si no van ustedes allí en seguida. Los hombres de mi organización ya no cuentan con protección suficiente. Cuando acabó la guerra todos nos sentíamos seguros; ya sé que los robots han tenido alguna que otra escaramuza por cuestiones de lindes, pero esto es muy distinto... esto es una guerra... ¡la guerra ha empezado de nuevo!

Webster Foote asintió cortésmente, cortó la comunicación y acto seguido llamó a la sucursal de Los Angeles para que enviaran inmediatamente un comando de cuatro hombres. Luego subió a la azotea del edificio de su empresa, seguido por dos de sus robots especialmente adiestrados, portadores de pesadas maletas que contenían equipo de detección.

En la azotea le esperaba un viejo volador pesado de gran velocidad, que durante la guerra pasada había pertenecido al Ejército. El mismo Foote había puesto en marcha los motores

desde su despacho por mando a distancia. Él y sus dos robots subieron al aparato, y poco después iniciaban la travesía del Atlántico.

Foote estableció contacto por videófono con la Agencia de Yance en Nueva York, donde le facilitaron la ubicación exacta de la mansión de Lindblom, que estaba en Pennsylvania. Llamó también por videófono a su propio cuartel general de Londres, solicitando que le mostrasen directamente en pantalla el expediente de Verne Lindblom, hombre de Yance, para poder examinarlo y refrescar su memoria. No cabía la menor duda: Lindblom no era solamente un maquetista y constructor, uno de tantos, sino el primer maquetista y constructor de la Organización Yance. Los estudios moscovitas de Eisenbludt habían sido puestos a su entera disposición... Esto Foote ya lo había averiguado cuando la primera investigación sobre el «proyecto especial» del que Lindblom había sido parte vital. Investigación que no había arrojado ningún dato útil, pensó contrariado al anticipar la próxima muerte de Joseph Adams, confirmaban que los asesinatos de Hig y de Lindblom obedecían a la participación de ambos hombres en el proyecto especial. Foote lo comprendía claramente, y veía el hilo que de Hig pasaba a Lindblom y que sin duda seguiría hasta Adams... y que antes, se dijo, pasó por Arlene Davidson, quien sin duda pereció el sábado anterior víctima de un atentado con todas las apariencias de muerte natural. En todo caso, Brose había admitido que las víctimas de la serie de asesinatos habían tomado parte en el proyecto especial de la Agencia, en el proyecto de Brose. Lo cual significaba que Hig, evidentemente, era el agente a sueldo de Brose infiltrado en la organización de Runcible. En consecuencia, la premonición de Foote había resultado acertada: la muerte de Hig no apuntaba contra Runcible por inspiración de Brose sino que, como venía a confirmar la muerte de Lindblom, ambas tenían por objetivo último al propio Brose, al jefe supremo de los hombres de Yance. Todo aquello dejaba de ser una simple conjetura para pasar a formar parte de la historia real.

Con todo, Foote aún ignoraba en qué consistía ser -o mejor dicho, había consistido- el famoso proyecto especial. Porque a la sazón el proyecto quedaba abortado. Era evidente que no comprendía a un gran número de iniciados; quizás Adams fuese el último superviviente, a excepción del propio Brose, por supuesto.

Esto llamó poderosamente la atención a la mentalidad profesional de Foote: Adams, separado del proyecto y actualmente custodiado por los comandos de Foote, tal vez se vería impulsado, bajo la tensión de las circunstancias, a confesar a uno de los agentes de Foote todo cuanto supiera sobre el proyecto especial... que sin duda, en opinión de Foote, iba dirigido contra Runcible. Runcible debió ser la víctima propiciatoria pero... las cosas no salieron como estaba previsto. Sus excavadoras continuaban trabajando en el sur de Utah; Runcible no había cancelado la obra. Pero no podía decirse lo mismo de Brose, cuyos proyectos habían sufrido un gran revés.

En realidad, Foote no recordaba haber visto nunca a Brose ni a nadie tan fuera de sí. Foote pensó entonces que aquel proyecto especial debió ser una empresa de importancia crítica. ¿Era lícito pensar que apuntaba a la eliminación pura y simple de Louis Runcible? Dicho de otro modo, ¿se estaría presenciando el primer acto de la lucha final entre Brose y el fabuloso imperio del constructor de apartamentos? El primer acto... suspendido al instante.

«Dios mío -pensó luego Foote-. Mi representante, cuando habló con Louis Runcible, y yo mismo, después de sostener con él una conversación por videófono, no sacamos la impresión de que estuviese preparando medidas tan precisas y eficaces para protegerse. Louis Runcible parecía completamente desprevenido y despreocupado en cuanto a los preparativos que se hacían para tenderle una trampa... ¿Cómo era posible que hubiera reaccionado tan contundentemente, y en plazo tan breve?»

Además, Runcible no había comprendido lo que significaba la muerte de su empleado Robert Hig; aquello quedó de manifiesto durante su conversación por videófono.

«Por tanto -se dijo Foote-, es posible e incluso probable que en los casos de Hig, Lindblom y Arlene Davidson, ninguno de ellos fuera eliminado por instigación de Runcible, y ni siquiera con su conocimiento».

Se están tomando medidas para garantizar la seguridad de Louis Runcible, pero no es él quien las toma. Tal fue la conclusión a que llegó Foote.

Un tercer hombre que ha pasado desapercibido para mí, para Runcible y para Brose -el tercer hombre por excelencia-, ha entrado en la liza y lucha por hacerse con el poder.

«Yo me contento con tener lo que poseo -se dijo-. Porque si hubiera empezado a mostrar ambiciones, como Brose con su proyecto especial, también podría haber sido blanco del agresor desconocido... *que demuestra una precisión extraordinaria en sus ataques».*

20

Al cabo de una hora, el aparato de Webster Foote se posó en la azotea de la mansión del hombre de Yance asesinado. Poco después, seguido por los dos robots especializados que transportaban las pesadas maletas con el equipo de detección.

Foote bajó al vestíbulo del piso superior de la villa, cubierto por una mullida alfombra. Ante él apareció un impresionante espectáculo: una falange de robots armados hasta los dientes, montando la guardia ante una puerta cerrada. Tras ella yacía el cadáver de su dóminus, el señor de la hacienda. Y si el robot tipo VI que los mandaba estaba en lo cierto el robot qué aún montaba guardia fuera, entre las tinieblas nocturnas el asesino había quedado atrapado en la habitación, en el mismo lugar del crimen.

Ello se debía al instantáneo funcionamiento de la alarma de muerte, se dijo Foote. La historia ha demostrado de forma trágica que nadie, ni siquiera los más encumbrados, están a salvo de los asesinos. Pero la disuasión es posible cuando *la captura del asesino* sea ineluctable. Al instante de morir Verne Lindblom, la maquinaria destinada a cercar y aprehender a su asesino se puso en marcha y, por tanto, cabía suponer que cuando él, Webster Foote, abriese la puerta del dormitorio, no sólo encontraría a un cadáver (confiaba hallarlo intacto), como había indicado el robot tipo VI, sino también un asesino profesional armado, dispuesto a vender muy cara su vida.

Foote se detuvo ante el grupo de robots que, cual perros fieles, esperaban y vigilaban en un silencio lleno de dignidad. Volviéndose hacia sus propios robots, les pidió un arma. Estos dejaron en el suelo las pesadas maletas y las abrieron, aguardando luego instrucciones más detalladas.

-Dadme un proyector de gases nerviosos efímeros para paralizar temporalmente -resolvió Foote-. Dudo que el individuo ahí encerrado lleve consigo una botella de oxígeno con mascarilla.

Uno de sus dos robots le entregó obedientemente un largo y fino cilindro de mecanismo complicadísimo.

-Gracias -le dijo Foote y, pasando entre el grupo de silenciosos robots de Lindblom, se acercó a la puerta cerrada del dormitorio.

Aplicó la punta del cilindro a la superficie de madera de la puerta -evidentemente, ésta había sido amorosamente rescatada de una antigua mansión, lo cual le hizo pensar un momento en la vanidad de las cosas, en el *memento homo quia pulvis eris* y otras ideas melancólicas por el estilo-, y acto seguido apretó el gatillo.

La punta del cilindro empezó a girar a gran velocidad, perforando en un segundo la sólida madera de la puerta, hasta asomar por el lado opuesto y sellando al mismo tiempo el orificio con masilla plástica, para que ni una partícula de gas pudiera afectar al dueño del arma. Luego, obedeciendo a su propia programación, lanzó una frágil esfera llena de gas al interior de la habitación. La esferita cayó en el suelo de la habitación a oscuras, y ningún poder de la

Tierra habría podido impedir que se rompiese; el significativo ruido fue escuchado perfectamente por Webster Foote, que inmediatamente sacó su reloj de bolsillo y se dispuso a esperar. El gas permanecería activo durante cinco minutos y después, por una reacción de sus propios componentes, se convertiría en un gas inocuo. Transcurrido ese plazo, se podía penetrar en la habitación con toda seguridad.

Pasaron los cinco minutos.

-Ahora, señor -le dijo uno de sus robots.

Webster Foote retiró el cilindro, se lo devolvió al más cercano a los dos robots y éste lo depositó de nuevo en la maleta. Sin embargo, no había que descartar la remota posibilidad de que el asesino estuviese preparado para contrarrestar aquella arma con un producto neutralizador. Por tanto, Foote escogió de entre las armas de la maleta una pistola de rayos, como arma ofensiva; luego, tras maduras reflexiones, como siempre hacía cuando su vida estaba en juego, pidió un abrigo protector de plástico, feo pero eficaz, que desplegó para cubrirse con él ayudado por uno de sus robots. Quedó totalmente protegido por el abrigo, provisto también de mascarilla y que sólo dejaba al descubierto sus tobillos, sus calcetines de lana inglesa y sus zapatos marca «Oxford» de manufactura londinense. Entonces, empuñando la pistola de rayos, volvió a pasar entre los robots de Lindblom y acto seguido... abrió la puerta del dormitorio.

-Luz -ordenó al instante. La habitación estaba a oscuras; no había tiempo para buscar a tientas el interruptor.

Uno de sus robots, soberbiamente entrenado, lanzó sin titubear a la habitación una bengala para interiores. La bengala se encendió despidiendo una cálida y tranquilizadora luz amarilla que iluminaba claramente cada objeto sin deslumbrar. Allí estaba la cama; en ella, debajo de las sábanas, estaba Verse Lindblom muerto, con los ojos cerrados y expresión apacible, como si no se hubiese enterado de nada, como ignorando el hecho de su muerte indolora e instantánea. Porque esto era evidente para Foote: la posición relajada del cadáver, en decúbito supino, indicaba que para acabar con él se había elegido uno de los segurísimos instrumentos a base de cianuro, tantas veces utilizado en el pasado. Probablemente fue un dardo homeostático lanzado directamente al cerebro, al corazón o a los ganglios superiores de la columna vertebral. Al menos, el hombre había muerto sin sufrir, se dijo Foote, mirando a su alrededor. Esperaba encontrar un hombre completamente desvalido, incapaz de moverse ni hablar, retorciéndose en paroxismos provocados por reflejos arrítmicos de la actividad neurológica, por completo incapaz de defenderse o huir.

Pero en el dormitorio no había nadie sino el muerto. El difunto, con su semblante apacible, cubierto por sus sábanas, estaba solo en la habitación... estaba solo con Webster Foote: no había allí nadie más. Y cuando Foote se encaminó cautelosamente a la pieza contigua, por cuya ventana había entrado en la casa el asesino, tampoco vio a nadie. Avanzaba seguido por sus dos robots; ni él ni ellos vieron a nadie allí e inmediatamente se pusieron a abrir otras puertas. Daban a un cuarto de baño con estupendas baldosas en imitación de mosaico; y había también dos armarios.

-Consiguió escapar -dijo Foote en voz alta.

Sus dos robots nada dijeron; no había comentario que hacer.

Regresando junto a la falange de los robots de Lindblom que vigilaban la puerta del dormitorio, Foote les dijo:

-Digan al robot tipo VI que vigila fuera que han llegado demasiado tarde.

-Sí, señor Foote -respondió el robot jefe del grupo, cumpliendo la orden.

-Mi compañero del tipo VI -le informó a continuación con su graciosa voz metálica- me responde que eso es imposible. El asesino del señor Lindblom debe estar en el dormitorio o en una habitación contigua; otra cosa es imposible.

-Quizá sea así según vuestra lógica de robots -le contestó Foote-. Pero los hechos empíricos indican lo contrario. -Volviéndose hacia sus dos robots, les ordenó-: Registradlo

todo. Suponiendo que el asesino haya sido un ser humano y no un robot, hay que prestar atención especial a la presencia de huellas orgánicas. Depósitos dérmicos, cabellos...

Uno de los robots de Lindblom del tipo más perfeccionado le observó:

-Señor Foote, en la pared hay un receptor empotrado de ondas cerebrales. Si usted lo desea, podemos facilitarle la llave.

-Bien -dijo Foote-. Me llevaré las grabaciones.

-También hay una grabadora de sonido, de funcionamiento automático.

-Estupendo.

Eso, si el asesino había sido un ser humano que hubiese dicho algo y pasado cerca de los sensores del aparato receptor de ondas cerebrales. Pensativo, Webster Foote volvió a entrar en el dormitorio y luego pasó a la pieza contigua, para examinar la ventana por donde había entrado el presunto asesino.

En el suelo vio un televisor portátil.

Se inclinó y lo cogió por el asa, despreciando la posibilidad de estropear eventuales huellas dactilares; era improbable que el asesino se hubiese molestado en transportarlo de un lado a otro.

Aquel aparato de televisión pesaba demasiado para ser portátil. Foote lo levantó con dificultad. En voz alta, exclamó:

-¡Ya lo tenemos!

Desde dentro de un armario, donde trataba de abrir la caja que contenía la grabación de ondas cerebrales, uno de los robots de Lindblom dijo:

-¿Cómo dice usted, señor?

Foote contestó:

-Este es el asesino. Este televisor.

-Señor -observó el robot de Lindblom, con algo parecido a una risita-, un televisor portátil no es un instrumento capaz de producirle la muerte a un ser humano...

-¿Quieres ocuparte tú -le dijo Foote- de encontrar al asesino de tu amo? ¿O prefieres que lo haga yo?

-Por supuesto, señor Foote, usted es quien debe hacerlo.

-Gracias -repuso Webster Foote con acritud. Y se preguntó cómo podrían abrir aquel objeto camuflado bajo la forma de un televisor portátil. Porque si su hipótesis era correcta, resultaría dificilísimo abrirlo, pues había sido construido para resistir cualquier tipo de inspección hostil.

Tuvo entonces una tétrica premonición. Iba a costar días y hasta semanas averiguar lo que contenía aquel «televisor portátil», que resistiría los mejores esfuerzos de sus técnicos más escogidos.

En sus manos tenía el instrumentó de muerte. Sólo que iba a resultar condenadamente difícil el poder demostrarlo.

21

Las huellas, la pista, comenzaban en el torcido marco de aluminio de la ventana, cuyo vidrio había sido fundido. Los dos robots de Webster Foote se acercaron a la ventana para fotografiar y analizar hasta qué punto exactamente había sido torcido el metal, medir su deformación y calcular la presión, en kilos por centímetro cuadrado, capaz de deformar de tal modo el metal.

Los robots de Foote, a fuer de máquinas perfectas y eficientes, recogían minuciosamente todos los datos. Pero él no sentía nada, miraba sin ver; parecía no importarle todo aquello, ni interesarle la investigación.

-Una mancha de sangre, señor Foote -le comunicó uno de los robots.

-Bien -dijo él con indiferencia.

A continuación el robot de Lindblom, que por fin había logrado abrir la caja empotrada en la pared del armario, le pasó otra información:

-El receptor de ondas cerebrales ha recogido y ha grabado con carácter permanente la presencia de...

-Un hombre -añadió Foote-. Que pasó frente a él y emitió ondas cerebrales del tipo alfa.

-La grabadora de sonido, por su parte, contiene...

-El hombre habló -dijo Foote-. Vino aquí para matar a su víctima dormida, y, sin embargo, habló lo bastante alto como para grabar su voz en la cinta magnetofónica.

-Y no sólo habló con voz fuerte -comentó el robot- sino bien clara, además. ¿Quiere que rebobine para hacerle oír ahora mismo esta parte de la cinta?

-No hace falta. Más adelante.

Uno de sus propios robots exclamó con un tono triunfal en su voz aguda y metálica:

-¡Tres cabellos humanos, que no son de la víctima!

-Seguid buscando -dijo Foote. Encontrarían más huellas que permitirían identificar al asesino, se dijo. Ya tenemos sus ondas cerebrales, cuyo trazado es personalísimo; su voz característica; conocemos su peso, tenemos cabellos de su cabeza, una gota de sangre... aunque resulta bastante raro que de repente y sin causa alguna dejase caer una gota en el centro mismo de la habitación: sólo una, y nada más.

Al cabo de unos minutos se descubrió un trozo de tela compuesto de fibras artificiales. Y luego, en una mesa baja, unas huellas dactilares que no pertenecían a la víctima.

-No hace falta que sigáis buscando -dijo Foote a sus dos robots.

-Pero, señor -repuso uno de ellos-, quizá podríamos encontrar también...

-No hay más -dijo Foote-. Es todo lo que produce el Gestalt-macher modelo standar 2004 de la Eisenwerke: voz, huellas dactilares, cabellos, gotas de sangre, muestras de tejido, indicación del peso corporal y ondas cerebrales del tipo alfa características de un sujeto determinado... es todo y más que suficiente, Con estos datos, cualquier computadora medianamente informada daría una tarjeta de identificación: *tenemos siete factores indicadores*. En realidad, seis de ellos son innecesarios. Bastaban las ondas cerebrales... o en su defecto, las huellas dactilares.

Era lo que le disgustaba de aquel invento de la Alemania Occidental desarrollado durante la guerra: que se pasaba de la raya. El noventa por ciento de sus circuitos y de sus actividades eran innecesarios... en cuyo caso, al convertirse en televisor portátil habría tenido el peso adecuado. Pero la mentalidad alemana era así: les gustaba la *Gestalt*, la imagen completa de todo.

Ahora, en poder de aquella serie de huellas y de datos sembrados por el Gestalt-macher, sólo quedaba la cuestión de saber a qué computadora que poseyese el catálogo de la población consultaría. A decir verdad, podía escoger entre tres, y cada una de ellas poseía un enorme banco de memoria, una eficientísima biblioteca con índices combinados; correspondientes, por extraña coincidencia, al número exacto de referencias características que sus robots habían recogido durante las dos últimas horas en aquellas habitaciones.

Podía ir a Moscú. La colosal BB-7 probablemente le facilitaría la tarjeta de referencia donde constaban aquellas siete características, aquella Gestalt. O podía acudir a la 109-A3, que estaba en Estes Park. Y también le sería útil la Megavac 6-V de la Agencia Yance en Nueva York; podía utilizarla, pese a ser relativamente pequeña y especializada, pues su memoria sólo guardaba fichas de hombres de Yance pasados y presentes, pero Foote adivinaba que la Gestalt recogida conduciría a la identificación de un hombre de Yance, y no a uno de los individuos que con millones de otros compañeros habitaban los tanques subterráneos; no iba a ser necesario consultar las tarjetas de identificación de éstos. ¿Por qué no acudir pues, al Megavac 6-V?

Librodot

A Webster Foote se le ocurrió enseguida una excelente razón para no hacerlo. Su cliente Stanton Brose, recibiría inmediata notificación de los datos resultantes en su *Festung* de Ginebra; obtendría primero una copia de los datos entregados a la computadora, y luego otra de la ficha que ésta hubiere producido.

Y podía interesar a las partes afectadas que Brose no recibiese aquella información.

En consecuencia, tendría que ir a la enorme BB-7 de Moscú, que era la computadora más alejada del control de Brose.

Cuando Foote y sus dos robots, cargados de nuevo con sus pesadas maletas, regresaron al volador, se preguntó para sus adentros cuál sería la ficha que entregaría la computadora... para poner en movimiento los engranajes de la justicia, al menos teóricamente. ¿Qué miembro de la organización de Yance sería el denunciado por la Gestalt-macher, según la programación recibida? Dejó cuidadosamente el falso televisor en el asiento contiguo, notando otra vez su excesivo peso... detalle que no podía camuflarse y que lo había delatado... El maravilloso aparato podía imitar cualquier objeto que tuviera más o menos su mismo volumen, pero le era imposible anular los efectos de la gravedad terrestre.

Tenía ya una idea de cuál sería la ficha que aparecería en la computadora. Pero iba a ser interesante comprobar personalmente aquella nueva premonición paranormal.

Tres horas más tarde, después de descabezar un reparador sueñecito mientras su volador efectuaba el viaje por medio de su piloto automático, Webster Foote llegó a Moscú.

A sus pies se extendían las instalaciones, tan gigantescas como aparentemente caóticas, que albergaban los estudios cinematográficos de Eisenbludt. Con el interés que siempre le había inspirado aquella inmensa fábrica de falsificaciones, Foote miró hacia abajo, observando que desde su última visita a Moscú los estudios habían sido ampliados. Habían surgido varios edificios nuevos construidos por robots aprovechando ruinas, y probablemente llenos ya de industriosa actividad consistente en representar la destrucción simulada de ciudades... Según creía recordar, la próxima ciudad, que figuraba en la lista de la Agencia era San Francisco, y ya se veían los decorados con el puente, la bahía y las colinas... una hermosa y variada escena que sería puesta a punto por un ejército de artesanos.

Y más allá, donde antaño se alzaba la fortaleza del Kremlin antes de que el misil autodirigido «Reino Unido», enviado por los Estados Unidos durante la Tercera Guerra Mundial, hubiese destruido hasta la última partícula de su viejo ladrillo rojo se extendía la villa del Mariscal Harenzany, que por su tamaño era la segunda propiedad privada de la Tierra.

La más extensa, por supuesto, era la de Brose, en Ginebra. Y con todo aquel amplio parque con sus altivos edificios centrales, verdaderos palacios dignos de un hombre tan poderoso, era verdaderamente impresionante. La residencia de Harenzany no era negra y siniestra como la de Brose, que evocaba la presencia de un buitre maléfico cerniéndose en las alturas con sus viejas y correosas alas desplegadas. Como su colega de la Wes-Dem, el Mariscal era ante todo un soldado, no un comisario político sibarita *ex mero motu*. No era más que un gran vividor, amigo de francachelas, un hombre que amaba la vida.

Pero también, como el General Holt y pese a su dominio nominal sobre un ejército de robots veteranos, estaba bajo el yugo de Brose.

Cuando su volador tomó tierra, Foote se hizo la siguiente pregunta: «¿Cómo consigue realmente mantener su poder ese sujeto monstruoso y anormal de ochenta y dos años, medio senil, astuto y marrullero, y que pesa más de cien kilos? ¿Acaso tiene en Ginebra algún artilugio electrónico, un instrumento de seguridad que en caso de crisis le antepone a Holt y a Harenzany en el mando de todos los robots del planeta? ¿O se trata de algo más secreto y complicado?»

Podría ser, se dijo por último, lo que los cristianos llamaban la «sucesión apostólica». El proceso sería el siguiente, y habría que razonarlo así: antes de la Tercera Guerra Mundial, el

Librodot

poder estaba en manos de las oligarquías militares del Pac-Peop y de la Wes-Dem; todos los gobiernos formados por elementos civiles eran puras reliquias de la época de la Sociedad de Naciones. Y aquellas dos oligarquías gemelas pero rivales gobernaban a través de un semidiós: la fábrica de falsificaciones de Gottlieb Fischer. Gobernaban gracias a la cínica perfección con que éste manipulaba todos los medios de información. Pero ellos, los militares, no sabían con exactitud *cómo* manipular esos medios. Sólo Fischer lo sabía. La guerra estalló pero pronto ambas oligarquías establecieron un pacto. Para entonces Fischer ya había muerto, pero dejó un aventajado discípulo: Stanton Brose.

Pero además de esto parecía haber otra cosa. ¿Un carisma, tal vez? ¿Aquella aura mágica que poseyeron los grandes caudillos de la historia como Gandhi, César, Inocencio III, Wallenstein, Lutero y Roosevelt? O tal vez fuese simplemente que *Brose era Brose*. Gobernaba desde que terminó la guerra; el semidiós lo había conseguido esta vez, había conseguido usurpar la autoridad suprema. Pero incluso antes de esto ya era poderoso; había heredado -al pie de la letra, ante los tribunales- los estudios e instrumentos que fueron de Fischer. La fábrica de trucos *sine qua non*.

Qué rara fue la muerte de Fischer, tan repentina y trágica, en las profundidades del espacio...

«Ojalá -se dijo Foote-, tuviese yo aquella máquina del tiempo a la que tiene acceso Brose gracias a los Archivos de Armas Avanzadas. Enviaría un paquete de instrumentos de detección para conseguir grabaciones audiovisuales... Seguiría por medios electrónicos la pista de Brose y Fischer en aquellos días, desde 1982 en adelante; sobre todo pondría un aparato espía que controlase a Gottlieb Fischer hasta el momento de su muerte para saber que ocurrió exactamente cuando su nave, al posarse en Venus, trató de encender sus retrocohetes... con el resultado de que explotó».

Cuando se disponía a abandonar el volador llamó su atención una campanada argentina del videófono instalado en la nave aérea. Era una llamada para él desde su cuartel general de Londres; probablemente de Cencio, que había quedado al frente de la empresa durante su ausencia.

Volviendo sobre sus pasos, Foote conectó el videófono:

-Dime, muchacho.

En la pantalla apareció en miniatura el rostro de Cencio, que dijo:

-He conseguido localizar el sector de donde partió aquel rayo desintegrador.

-¿Qué rayo desintegrador?

-El que destruyó a aquellos dos robots del hombre de Yance, David Lantano. ¿No lo recuerda usted?

-Ahora sí. Vamos, cuéntame. ¿Quién o qué disparó ese rayo? Supongo que era un hombre de Yance pero, ¿cuál de ellos?

Cencio contestó:

-Naturalmente la toma se hizo desde la vertical, por lo que cuesta mucho distinguir la figura. Pero...

Y guardó silencio.

-¡Vamos, hombre, dilo! -exclamó Foote-. Estoy a punto de visitar al Mariscal Harenzany y...

-El hombre que disparó el rayo desintegrador -le espetó Cencio- según la película tomada por nuestro satélite, fue Talbot Yancy -se interrumpió. Viendo que Foote no decía nada, prosiguió-: Quiero decir que *parece* Yancy.

-¿Se le parece mucho?

-Es idéntico. Hemos aumentado el fotograma hasta tamaño natural. Es exactamente lo que usted, quiero decir *ellos*, ven en las pantallas de sus televisores. No hay confusión posible.

«¡Y tengo que entrar en el despacho de Harenzany -pensó Foote- después de recibir esta información!»

-Muy bien, muchacho -dijo-. Muchas gracias. A propósito, que Dios te bendiga por el acertadísimo momento psicológico en que me has facilitado esa información. Es cuando más la necesitaba.

Cortó la comunicación y tras un breve titubeo se alejó de su volador, a bordo del cual quedaron sus dos robots completamente inertes.

«Fue Yancy quien lo hizo -murmuró entre dientes-. Fue él quien mató a Arlene Davidson, luego a Bob Hig, después a Verne Lindblom y ahora matará a Joseph Adams para terminar probablemente con el propio Brose y posiblemente conmigo también, de propina».

«Un muñeco asegurado con tuercas a una mesa de roble y programado por Megavac 6-V. Lo que no le impidió apostarse tras un peñasco en la zona radioactiva de Cheyenne para disparar un rayo desintegrador contra dos robots veteranos. Para salvar la vida de quien sin duda no era sino otro pobre recluso que se abrió camino hasta la superficie para respirar una bocanada de aire fresco y ver el sol un rato. Un ex recluso a la sazón, oculto entre las ruinas de Cheyenne con otros como él, viviendo y esperando sólo Dios sabe qué. Y luego aquel muñeco, aquel simulacro llamado Talbot Yancy, regresaba a su mesa de roble, atornillaba de nuevo sus tuercas sin que nadie en la Agencia se diera cuenta, para continuar su existencia programada por la computadora y reducida a pronunciar discursos». Aceptando resignado la aparente locura de todo aquello, Webster Foote continuó hacia la salida de la plataforma de aterrizaje, en dirección al despacho del Mariscal Harenzany.

Media hora después, llevando en su bolsillo un extenso documento en toda regla que le autorizaba a utilizar los servicios de la computadora, documento que le había sido entregado por uno de los funcionarios de Harenzany, se detuvo ante la inmensa computadora soviética B B-7. Con ayuda de los amables y correctos técnicos rusos, introdujo los siete datos falsos que su equipo de robots había descubierto, la pista de huellas de camuflaje dejada por el Gestalt-macher.

La imponente BB-7 empezó a procesar los datos, a recorrer su catálogo humano. Como Foote ya esperaba, una sola tarjeta perforada salió por fin por la ranura y fue depositada en el cestillo de alambre.

Recogió la tarjeta y leyó el nombre mecanografiado en ella.

Su premonición había sido acertada. Después de dar las gracias a los amables técnicos rusos, subió por una rampa hasta donde había dejado aparcado a su volador.

La tarjeta rezaba: BROSE STANTON.

Exactamente lo que él esperaba.

Si la máquina, el Gestalt-macher que ahora descansaba a su lado convertida en un televisor portátil, hubiese conseguido escapar, de no haber poseído Lindblom una alarma, las pruebas reunidas serían jurídicamente hablando definitivas y apuntarían en una sola dirección. Quedaría demostrado más allá de cualquier duda razonable que Stanton Brose, el hombre que había contratado a Foote para que investigase el crimen, era precisamente el asesino. Pero desde luego no había sido Brose; el objeto que Foote tenía a su lado lo demostraba.

A menos que él se equivocase. ¿Y si aquello no fuese un Gestalt-macher? No lo sabría con seguridad, no podría *demostrarlo* hasta que consiguiese abrir la máquina para ver lo que contenía.

Y entre tanto, mientras él y sus técnicos se esforzasen en larga y dura lucha por abrir la máquina, Brose lo atosigaría incesantemente por el videófono, preguntándole qué indicaban las huellas y las pistas encontradas en la villa de Lindblom. ¿Hacia quién señalaban?

Foote se dijo con acre ironía: «A usted mismo, señor Brose». Le parecía verse ya diciéndoselo: «Usted es el asesino, y por ello abomino de usted y haré que le detengan y le juzguen ante el Consejo de Reconstrucción».

La idea era verdaderamente cómica.

Librodot

Sin embargo, no le daba risa. Ni eso ni el pensar en el problema que representaría el abrir aquel condenado objeto que tenía a su lado. Era de plástico rígido, inatacable a los taladros ordinarios e insensible a los efectos del calor más intenso...

Y durante todo este tiempo, en el fondo de su cerebro había un pensamiento: ¿existe un Talbot Yancy? ¿Y si existe, cómo se explica su existencia?

No lo entendía en absoluto.

Y, sin embargo, su profesión le exigía ser capaz de hallar el sentido de un hecho tan disparatado. ¿Quién sino él podía hacerlo?

Entre tanto no diré nada a Brose, resolvió Foote. O le diré sólo una parte insignificante de lo que sé.

Su intuición, sus facultades paranormales, seguían vigentes; no beneficiaría a nadie -y menos a él- decirle a Stanton Brose cómo estaban las cosas en este momento.

Porque Brose, y esta era la causa de su inquietud personal podría saber muy bien lo que significaban *y obrar en consecuencia*.

22

El barbudo Jack Blair dijo en tono afligido a Nicholas:

-Lo siento, Nick, pero no tenemos ni un mal camastro que ofrecerte. Al menos, por ahora. Conque tendrás que dormir en el santo suelo.

Estaban todos reunidos en la semipenumbra de lo que habían sido sótanos de cemento de la oficina central de una compañía de seguros. La compañía había dejado de existir hacía muchos años, junto con la poderosa estructura de acero y hormigón que la albergaba; los sótanos habían subsistido, en cambio. Y aquellos hombres sentían por ellos gran aprecio.

A su alrededor y en todas partes Nicholas vio a otros ex-moradores de los tanques, que ahora vivían hasta cierto punto en la superficie. Pero aún seguían completa y sensiblemente privados de todo; desprovistos de lo suyo, en el sentido físico más literal.

-Esto no es exactamente -comentó Blair, al ver su expresión- lo que se llama heredar la Tierra. Quizá no hayamos sido suficientemente mansos de corazón.

-Al contrario, creo que hemos sido demasiado mansos -replicó Nicholas.

-Veo que empiezas a sentir el mismo odio que nosotros -le dijo Blair con sorna-. Nuestro mismo deseo de hacerles pagar lo que hicieron. Es una idea magnífica. Pero, ¿cómo? Si se te ocurre un medio, dínoslo a todos nosotros. Mientras tanto... -miró a su alrededor con ojos escrutadores-. Lo más urgente ahora, es encontrar una cama para ti. Lantano nos dio...

-Me gustaría ver a ese Lantano -le interrumpió Nicholas-, a ese extraordinario hombre de Yance que parece tener algunos genes de persona decente.

Y a través de él, pensó, quizá logre obtener el artiforg.

A lo que repuso Blair:

-Pronto le conocerás, muy pronto. Suele aparecer por aquí aproximadamente a esta hora. Lo reconocerás porque está muy moreno como consecuencia de las quemaduras que le ha producido la radiación. -Levantó la mirada y dijo en voz baja-: Mira, aquí está.

El hombre que acababa de entrar en el refugio no venía solo; le seguía una fila de robots inclinados bajo sus cargas, que eran diversos artículos y víveres para los ex moradores de los tanques que vivían entre las ruinas. Efectivamente, era muy moreno: su tez brillaba con un tono rojo oscuro. Pero inmediatamente Nicholas se dio cuenta de que aquel color no le venía de las quemaduras de la radiación.

Y mientras Lantano avanzaba por el sótano, entre los jergones, inclinándose hacia los que estaban tendidos en ellos, salvando de una zancada las pilas de bártulos miserables y distribuyendo sonrisas, Nicholas pensó: «Santo Dios, cuando apareció en la entrada parecía un viejo arrugado y reseco; en cambio ahora, más de cerca, Lantano parece un hombre de

media edad; el aura de vejez habrá sido una ilusión causada por la apariencia enjuta de ese hombre y su manera envarada de caminar; anda como si estuviera delicado o temiese lesionarse».

Acercándose a él, Nicholas le saludó con estas palabras:

-Oiga, señor Lantano.

El hombre seguido por su séquito de robots, entregados ya a la tarea de abrir los paquetes y distribuir su contenido, se detuvo para mirar a Nicholas.

-¿Diga? -repuso, con una leve y cansada sonrisa.

Blair tiró a Nicholas de la manga.

-No le entretengas mucho tiempo: recuerda que está enfermo de la radiación. Tiene que volver a su villa para descansar -dirigiéndose al hombre moreno, Blair agregó-: ¿No es así, señor Lantano?

El hombre moreno asintió sin dejar de mirar a Nicholas.

-Sí, señor Blair. Estoy enfermo. Si no lo estuviera, vendría a visitarles más a menudo.

Lantano se volvió entonces para cerciorarse de que sus robots distribuían los artículos con la mayor rapidez y eficiencia posibles, dejando de prestar atención a Nicholas.

-El estaba oprimido y despreciado -murmuró Nicholas.

Lantano se volvió al instante para dirigirle una penetrante mirada; sus ojos, negros y muy hundidos en sus cuencas, parecían arder con demasiada energía, como si la fuente que los alimentaba generase una tensión excesiva... las llamas parecían consumir el mismo órgano de la visión a través del cual se manifestaban, y Nicholas sintió temor.

-Sí, amigo. ¿Qué me había pedido? ¿Una cama para dormir?

-Eso mismo -contestó Blair con vehemencia-. Nos faltan camas de campaña, señor Lantano; necesitaríamos diez más para no tener que preocuparnos, porque casi todos los días llega más gente, como este Nick Saint-James aquí presente. Cada vez son más los que vienen.

-Quizás eso se deba -observó Lantano- a que el engaño ya no puede mantenerse por más tiempo. Quizá se cometen errores. Por ejemplo, una débil señal de video que interfiere la emisión... ¿es por eso que salió usted, Nick?

-No -contestó Nicholas-. He subido en busca de un páncreas. Tengo veinte mil dólares para pagarlo.

Rebuscó los restos de su chaqueta, destrozada por el robot. Pero su cartera había desaparecido. Debió caérsele cuando el robot lo agarró, o cuando se lo llevó a rastras, o durante las horas de marcha... era imposible saberlo. Se quedó allí en pie, sin nada que ofrecer y sin saber qué hacer ni qué decir; se limitó a mirar a Lantano en silencio.

Al cabo de un rato, Lantano dijo:

-De todos modos, no habría podido conseguírselo, Nick.

Hablaba en voz baja, pero compasiva. ¡Y sus ojos! Seguían ardiendo. Seguían dominados por una llama que no era meramente vital, sino arquetípica... iba más allá del individuo, del simple animal-hombre. Sacaba su energía de una fuente desconocida; Nicholas no sabía cuál pudiera ser, ni lo entendía; era algo insólito para él.

-Como te decía -le observó Blair- ese Brose los tiene todos...

Lantano continuó:

-No ha citado las palabras exactas. «Él fue despreciado y rechazado por los hombres». Así es la frase. ¿Se refería a mí? -señaló a su séquito de robots, que ya habían terminado la distribución de los víveres-. No me van tan mal las cosas, Nick; poseo cuarenta robots, que no está mal para empezar. Sobre todo si se tiene en cuenta que jurídicamente esto se considera aún una zona radioactiva y no una residencia.

-Pero su color -dijo Nicholas-. Y su piel...

-¡Por Dios, hombre! -masculló Blair, agarrándolo y apartándolo de Lantano. Luego, en voz baja y colérica, susurró al oído de Nicholas-: ¿Qué te propones? ¿Quieres que se enfade? El

ya sabe que está quemado, pero ten en cuenta que viene aquí todos los días para que sigamos vivos. Y ahora tú vas y le dices que...

-No está quemado -repuso Nicholas, y se dijo a sí mismo: «Este hombre es un indio; un cherokee de pura raza. Basta ver su nariz. Y para explicar su color lo ha atribuido a quemaduras de radiación. ¿Por qué? ¿Acaso hay una ley que le prohiba ser... cómo era ese hombre... sí, hombre de Yance... formar parte de la minoría gobernante? Quizá los privilegios estaban reservados a los blancos, como en los antiguos tiempos, cuando aún existían prejuicios raciales».

Lantano dijo entonces:

-Señor Saint-James... permite que te tutee y te llame Nick a secas... Siento que hayas tenido un encuentro tan violento con mi séquito, esta misma mañana. Los dos robots que te atacaron eran tan agresivos porque... -hablaba con voz tranquila; se le notaba tranquilo y nada molesto por las palabras de Nicholas... en realidad, no se mostraba susceptible por el color de su piel; Blair estaba completamente equivocado...- los dueños de otras propiedades limítrofes con la mía, desean adquirirla -prosiguió Lantano-. Entonces envían sus robots aquí armados de contadores Geiger, confiando en que haya demasiada radiación. Esperan que ésta me mate y entonces esta zona revertirá al dominio público.

Plegó sus labios con lúgubre sonrisa.

-¿Es verdaderamente demasiado radioactiva? -le preguntó Nicholas-. ¿Qué índice de radiactividad les dan sus contadores Geiger?

-No llegan a enterarse porque ninguno de sus robots regresa para contárselo. Mis propios compañeros metálicos los destruyen; el índice de radiactividad de esta zona sólo es asunto mío. Pero... comprenderás que a causa de ello mis robots son muy peligrosos. Trata de entenderlo, Nick; tuve que elegirlos entre antiguos veteranos de guerra; necesitaba su dureza, su adiestramiento y su habilidad. Los hombres de Yance (supongo que ahora ya sabes qué significa este término) prefieren los robots nuevos, flamantes e impecables que se fabrican abajo. Pero yo tengo que resolver un problema especialísimo: el de mi propia defensa.

Su voz, cautivadoramente melódica, parecía casi un canto medio susurrado; hablaba tan bajo, que Nicholas tenía que esforzarse para oír lo que decía. Era como si Lantano se convirtiese en un ser irreal, como si estuviera a punto de desvanecerse.

Y cuando miró al rostro del hombre moreno halló de nuevo en él las arrugas de la edad. Esta vez, junto con las arrugas, distinguió unos rasgos familiares. Era como si, al envejecer, Lantano se hubiese convertido en otro.

-Nick -le dijo Lantano con voz queda-, ¿qué decías del color de mi piel?

Nicholas guardó silencio, sin responder.

-Vamos, puedes decirlo -le alentó Lantano.

-Eres un...

Escrutó a Lantano con intensidad y entonces, en vez de un hombre viejo, vio a... un joven. Un hombre lozano, más joven que él mismo; no aparentaba tener más de diecinueve o veinte años. Debe ser cosa de la radiación, pensó Nicholas; lo está consumiendo vivo hasta los tuétanos. Marchita, calcifica y acelera la destrucción de las membranas celulares, del tejido orgánico; sí, está enfermo...

Blair tenía razón.

Y, sin embargo, el hombre parecía reponerse visiblemente.

Era como si oscilase: pasaba de la degeneración, del sometimiento a la radioactividad que padecía doce horas diarias, a la vida... luego, como si ésta lo devorase, se apartaba del abismo; se recargaba de nuevo.

El tiempo serpenteaba a su alrededor, hurgándole con dedos invisibles y manipulando insidiosamente el metabolismo de su cuerpo. Pero... sin vencerlo jamás totalmente. Sin ganar nunca, en realidad.

-«Bienaventurados los pacíficos» -citó Nicholas: Luego guardó silencio. No podía continuar. No podía decir lo que sabía, ni que su antigua afición, su interés hacia los indios norteamericanos, su arte y su cultura, le permitía entender lo que los demás hombres que le rodeaban no habían entendido ni podían entender. Se habían dejado engañar por sus fobias contra la radiación, desarrolladas cuando aún se hallaban abajo en los tanques, y que a la sazón no habían hecho más que aumentar, ocultando a sus ojos lo que para él era evidente.

Y con todo, seguía intrigado, pues saltaba a la vista que Lantano había fomentado entre ellos aquella imagen de sí mismo, aquella imagen de hombre enfermo y quemado. Aunque... efectivamente, parecía herido. Tal vez no en su piel, sino más profundamente. Por lo que, en el fondo, aquellos hombres no se equivocaban.

-¿Por qué son bienaventurados los pacíficos? -le preguntó Lantano.

Aquella pregunta dejó cortado a Nicholas. Y precisamente era él quien lo había dicho.

La frase le salió sin pensarla; se formó en su mente al contemplar a Lantano; como cuando, un momento antes, otra observación extemporánea había acudido de modo espontáneo a su mente consciente: la que se refería al hombre despreciado y rechazado. Y aquel hombre fue... bien, en su fuero interno sabía perfectamente quién fue aquel hombre, aunque casi todos los habitantes del Tom Mix sólo asistían a los servicios dominicales por pura fórmula. Sin embargo, para él era verdad; había tenido fe. Había creído. Lo mismo que había creído también -aunque la palabra *temido* sería más exacta- que algún día necesitarían saber cómo sobrevivieron los indios pieles rojas, porque acaso ellos mismos también se verían en la necesidad de tallar puntas de flecha de sílex y curtir pieles de animales.

-Ven a mi villa -le dijo Lantano-. Tengo ya terminadas varias habitaciones; puedo vivir allí confortablemente mientras las brigadas de hombres metálicos transportan con estrépito bloques de hormigón y losas que antaño formaron parte de bancos, autopistas y grandes edificios, y...

Nicholas le interrumpió:

-¿Podría quedarme a vivir allí, y no en este sótano?

Tras una pausa, Lantano repuso:

-Por supuesto. Atenderás a que mi mujer y mis hijos estén a salvo de ataques de los robots de mis cuatro vecinos mientras yo estoy en la Agencia; podrás dirigir mi pequeña fuerza de policía, destinada a mi defensa personal.

Se volvió e hizo una seña a su séquito; los robots empezaron a salir del sótano en fila india.

-Vaya -comentó Blair con envidia-, veo que has picado alto.

-Lo siento -contestó Nicholas. No sabía por qué le intimidaba Lantano ni por qué deseaba irse a vivir con él. Es un misterio, pensó; hay un enigma alrededor de este hombre que tan pronto parece viejo como de mediana edad y por último, cuando se acerca, parece como un hombre joven. ¿Tiene mujer e hijos? Entonces, no puede ser tan joven como ahora aparenta. Lo cierto era que David Lantano, que salía del sótano precediéndole, se movía como un joven de veinte años, en la plena lozanía de la juventud. No parecía cargar con las responsabilidades de una mujer e hijos; del matrimonio, en una palabra.

El tiempo, pensó Nicholas, es como una fuerza que a todos nos obliga a seguirle en su misma dirección, con total poder por su parte y ninguno por la nuestra. Para él es como si estuviera repartido; cede a ese poder y, sin embargo, simultánea o quizás alternativamente, lo captura y lo domina y luego sigue adelante hacia su propia meta.

Siguió a Lantano y a su hilera de robots, hasta salir del refugio a la luz grisácea de un día oscuro.

-Hay puestas de sol maravillosas -dijo Lantano, deteniéndose para mirar hacia atrás-, que compensan la suciedad de la atmósfera diurna. ¿Tuviste ocasión de ver Los Angeles en un día de *smog*?

-Nunca he vivido en la costa occidental -repuso Nicholas. Y luego pensó: «Pero el smog desapareció de Los Angeles hacia 1980; yo ni siquiera había nacido entonces Lantano» -le preguntó a continuación-, *¿cuántos años tienes?*

El hombre que le precedía dio la callada por respuesta.

Algo pasó lentamente por el cielo, a gran altura y de oeste a este.

-Un satélite artificial -dijo Nicholas con excitación-. Santo Dios, llevaba años sin ver ninguno.

-Es un satélite-espía -precisó Lantano-, que está tomando fotografías; ha reingresado en la atmósfera para obtener una imagen más clara. Me pregunto por qué. ¿Qué hay aquí que pueda interesar a nadie? ¿Lo habrán contratado unos propietarios rurales? ¿Personas a quienes les gustaría verme muerto? ¿Tengo aspecto de muerto, Nick? -y se detuvo-. Contéstame. ¿Estoy aquí, Nick, *o estoy muerto*? ¿Tú qué opinas? ¿Es la carne lo que se aferra?...

Guardó silencio, se volvió y reanudó su marcha.

Pese a la fatiga de cuatro horas de caminata desde el túnel hasta Cheyenne, Nicholas consiguió no quedarse rezagado. Sin embargo, mientras le seguía renqueando confiaba en que la villa no estuviese demasiado lejos.

-¿Nunca has visto una mansión señorial, verdad? -le preguntó Lantano.

-Ni siquiera he visto una simple mansión, señorial o no -repuso Nicholas.

-Entonces, te llevaré con el volador a visitar algunas de ellas -dijo Lantano-. Te gustará la vista desde el aire; te parecerá que es un parque... no verás ni carreteras ni ciudades. Es un hermoso paisaje, aunque por desgracia despoblado. Todos los mamíferos han muerto. Han desaparecido para siempre y ya no volverán.

Siguieron su camino. El satélite que había cruzado sobre sus cabezas estaba a punto de desaparecer tras la línea del horizonte, difuminada por una neblina gris que, pensó Nicholas, tardaría muchas generaciones en desaparecer.

23

Inclinándose sobre aquel tramo de película, Cencio, con la lupa de relojero encajada en su ojo derecho, dijo:

-Dos hombres y diez robots. Caminando entre las ruinas de Cheyenne hacia la villa de Lantano. ¿Quiere una ampliación?

-Sí -repuso Webster Foote sin vacilar. Había valido la pena ordenar a su satélite un breve reingreso en la atmósfera; eso les permitiría obtener una imagen mucho más clara.

Las luces de la habitación se apagaron y apareció un cuadrado blanco en la pared. Luego el cuadrado se modificó cuando el fragmento de película fue introducido en el proyector que al mismo tiempo lo aumentaba 1.200 veces. El animador, aquel aparatito tan útil, se puso a funcionar y las doce figuras empezaron a moverse.

-Es el mismo hombre que estaba con los dos robots destruidos -observó Cencio-. Pero el que está con él no es Lantano, ya que Lantano es un joven de poco más de veinte años. En cambio, quien le acompaña es un hombre maduro. Voy a buscar su expediente para mostrárselo.

Salió de la habitación. Webster Foote siguió mirando el episodio animado: las doce figuras en movimiento, que caminaban en fila india, el fugado del tanque, que evidentemente estaba muy cansado, y el hombre que le acompañaba, que ciertamente era David Lantano. Sin embargo, como había observado Cencio, parecía un hombre de edad. Extraño, se dijo Webster Foote. Sin duda se debe a la radiación. Lo está matando, y así es como se manifiesta el proceso: como un envejecimiento prematuro. Lantano haría muy bien en abandonar esa propiedad antes de que sea demasiado tarde, antes de alcanzar el umbral crítico.

Librodot

-¿Ve usted? -dijo Cencio, entrando con el expediente de Lantano bajo el brazo. Dio las luces de la habitación y desconectó el proyector-. Nacido en 2002; por tanto, tiene veintitrés años. Entonces, ¿cómo es posible que ese hombre de ahí?... -Apagó de nuevo las luces de la habitación-. Ese no es David Lantano.

-¿Entonces quién es? ¿Su padre?

-Según los datos que figuran en el expediente, su padre falleció antes de la guerra. -Con una lámpara de mano, Cencio examinó los datos que la empresa había reunido acerca del hombre de Yance David Lantano-. ¡Qué interesante! Resulta que Lantano vivía en un tanque. Un buen día salió de entre las ruinas de San Francisco para pedir asilo en uno de los apartamentos de Runcible. Fue enviado al Instituto Psiquiátrico Waffen de Berlín para la inspección de rutina. Frau Morgen descubrió que era un superdotado y recomendó que lo admitieran en la Agencia para un período de prueba. Empezó a escribir discursos y no ha dejado de hacerlo hasta ahora. Dice que sus discursos son extraordinariamente buenos.

-El hombre que acabamos de ver en la pantalla -dijo Webster Foote- es él; lo que pasa es que la radiación lo está matando. Su impaciencia por tener una mansión le costará la vida, y con él la Agencia perderá a uno de sus mejores redactores.

-Tiene mujer y dos hijos. Eso significa que no es estéril. Los cuatro salieron juntos de las ruinas de San Francisco. Conmovedor, ese retrato de familia.

-Probablemente le seguirán todos a la tumba antes de que termine el año. Pon en marcha el proyector, muchacho.

El solícito Cencio conectó de nuevo el animador. El cansado fugitivo del tanque seguía cerrando la marcha. Los dos hombres desaparecieron unos momentos entre las ruinas de un gran edificio semiderruido; luego volvieron a salir a la luz del día, seguidos por la hilera de robots.

De pronto Webster Foote exclamó, inclinándose hacia delante:

-¡Santo cielo! Para el proyector.

Cencio detuvo de nuevo la acción de la escena; las figuras quedaron inmovilizadas.

-¿No puedes conseguir un aumento mayor de Lantano, sólo de él? -le preguntó Foote.

Cencio maniobró con gran destreza el juego de lentes de aumento, ajustando el enfoque general y luego el de precisión. El primero de los dos seres humanos, el de tez más morena, creció en tamaño hasta ocupar toda la pantalla. Lo que se vio era un joven lozano y vigoroso.

Cencio y Webster Foote lo contemplaron en silencio, desconcertados y nerviosos.

-Bueno, muchacho -dijo por último Foote-. Después de esto, la teoría de los daños causados por la radiación se va a paseo.

-El que estamos viendo debe ser su aspecto normal, el que corresponde a su edad cronológica.

Foote observó, pensativo:

-En los Archivos de Armas Avanzadas de la Agencia de Nueva York hay una máquina para viajar por el tiempo que fue modificada hasta convertirla en un dispositivo para depositar objetos en el pasado. Sólo Brose tiene acceso a ella. Lo que ahora estamos viendo permite suponer que Lantano ha conseguido disponer del arma original, o bien de la adaptación que hizo la Agencia. Creo que sería muy aconsejable tener a Lantano vigilado constantemente por un monitor de video, a poco que esto sea posible. ¿Podríamos instalar uno en un robot de su servicio doméstico? Comprendo que es arriesgado, pero si él lo descubre no podrá hacer otra cosa sino destruirlo; no podrá demostrar quién lo implantó en su robot. Y sólo necesitamos algunas tomas más.

El proyector, entre tanto, había pasado la secuencia hasta el final; incapaz de seguir adelante, emitió un zumbido, mientras las figuras volvían a inmovilizarse en la pantalla. Cencio encendió las luces y ambos empezaron a pasear por la habitación, para estirar las piernas y reflexionar.

-¿Para qué quiere usted esas tomas suplementarias? -preguntó Cencio.

-Para ver hasta qué grado de vejez llega en sus variaciones -repuso Foote.

-Quizá lo hemos visto ya.

-O quizá no. ¿Sabes una cosa? -dijo Foote, atendiendo súbitamente a su intuición extrasensorial, que se manifestaba de forma arrolladora... nunca la había notado con tal intensidad-. Ese hombre no es blanco... es un negro, un indio o algo parecido.

-Pero si ya no quedan indios -observó Cencio-. Acuérdese de aquel artículo que circuló poco antes de la guerra: el programa para colonizar Marte a base de minorías étnicas los incluyó prácticamente a todos ellos, murieron durante el primer año, cuando la guerra estaba limitada a Marte; y en cuanto a los que se quedaron aquí en la Tierra...

-Pues bien, éste aún sigue aquí -dijo Foote-. No hay que darle vueltas. No hace falta que sean veinte indios; con uno que haya pasado desapercibido basta.

Uno de los técnicos del laboratorio llamó respetuosamente a la puerta del despacho:

-Señor Foote, le traigo un informe sobre ese televisor portátil que nos ha pedido que abramos.

Foote respondió, zumbón:

-Ya me imagino lo que va a decirme: que han conseguido abrirlo y es un modelo de serie de antes de la guerra, un televisor portátil de color Philco tridimensional, con...

-No podemos abrirlo.

-¿Por qué no prueban con esos fragmentos de rexeroide?

El rexeroide, un material procedente de Júpiter, generalmente podía atravesarlo todo. Y en sus laboratorios de Londres guardaba unos fragmentos de la preciosa sustancia para ocasiones como aquélla.

-Resulta que la caja del objeto, señor, es precisamente de rexeroide; la broca que tenemos de ese material penetra medio centímetro y después... se queda completamente roma y ya no taladra. Eso significa que hemos estropeado una broca de rexeroide. Hemos pedido otras, pero tienen que enviárnoslas de la Luna; allí es donde está el depósito más cercano a ese material. Ningún hombre de Yance lo tiene, ni siquiera Eisenbludt en Moscú. Y si lo tienen, no querrán prestárnoslo; ya sabe usted cuánta rivalidad hay entre los hombres de Yance. Temerían que de prestársela...

-Ahórrese el discurso -le atajó Foote- y sigan probando. De todos modos, luego iré a echar una mirada a esa caja; no se trata de una aleación... sino de un plástico.

-Entonces, será un plástico que desconocemos.

Foote repuso:

-Es un arma avanzada que indudablemente procede de los archivos secretos de la Agencia, de donde alguien la ha sacado no sabemos cómo. Sea como fuere, fue inventada a finales de la guerra y no llegó a emplearse. ¿Acaso no reconoce usted la experta mano de los alemanes en una obra como ésta? Es un Gestalt-macher; puedo asegurarlo -se señaló la frente con el índice-. Me lo dice esta circunvalación extra de mi lóbulo frontal. *No necesito pruebas*. Cuando consiga abrirlo, lo verá: tiene eyectores que emiten sangre, cabellos, palabras, ondas cerebrales, trozos de tela e incluso imprimen huellas dactilares. -Y, además, pensó, un dardo homotrópico y homeostático con punta de cianuro. Esto era lo más importante de la máquina-. Supongo que habrán probado también el calor.

-No excesivo. Alrededor de unos doscientos cuarenta grados; temíamos que si aumentábamos más la temperatura...

-Prueben hasta trescientos cincuenta, y avísenme si empieza a fundirse.

-Muy bien, señor.

El técnico del laboratorio abandonó la habitación.

Foote dijo entonces a Cencio:

-No lo abrirán nunca. No es de rexeroide; es un termoplástico, uno de esos extraordinarios termoplásticos alemanes que sólo se funden a una temperatura exacta, ni medio grado más ni medio grado menos; por encima y por debajo de esa temperatura se templa aún más que el

rexeroide. Hay que conocer la temperatura exacta; en su interior tiene un reóstato que funde la carcasa cuando se necesita que ésta cambie de forma. Si no se cansan de probar, acaso lo consigan.

-Pero si calientan demasiado la caja -observó Cencio-, reducirán a cenizas lo que ésta contiene.

Esto era cierto. Los técnicos alemanes también habían tenido en cuenta ese detalle; el mecanismo estaba construido de tal manera que cualquier intervención ajena, como la acción del calor, taladros y sondas de cualquier clase, activaba un circuito de autodestrucción. Y la máquina ni siquiera estallaba de manera visible; sus mecanismos simplemente se desintegraban. Aunque ellos siguieran esforzándose por penetrar en su interior, si lo conseguían no encontrarían más que un montón de piezas fundidas e irreconocibles.

Esas armas creadas al final de la guerra, pensó Foote, son verdaderamente diabólicas. Sobrepasan demasiado nuestra capacidad. Aterra imaginar lo que los técnicos habrían inventado si la guerra hubiese durado un año más. Si las factorías automáticas no hubieran sido destruidas junto con todos los talleres laboratorios y campos de pruebas de la superficie... como aquella única empresa que fabricaba los artiforgs...

El intercomunicador zumbó y la señorita Grey dijo:

-Señor, el hombre de Yance David Lantano espera hablar con usted. ¿Le paso?

Foote miró de soslayo a Cencio.

-Ha visto el reingreso del satélite y sabe que lo filmamos con todo detalle. Va a preguntarnos por qué.

Pensó rápidamente algo que decir para justificarse. ¿El fugitivo del tanque? Bien; era un motivo aceptable porque según la ley, Lantano debía entregar a los psiquiatras de Berlín cualquier fugitivo de los tanques que apareciese en los terrenos de su propiedad. Habló entonces por el intercomunicador:

-Póngame con el señor Lantano, señorita Grey.

El rostro de David Lantano apareció en la gran pantalla y Webster Foote vio, fascinado, que estaba en la fase juvenil de su ciclo u oscilación cronológica; en cualquier caso, la imagen que tenía ante sí era la que debía ser, la de un joven de veintitrés años.

-Hasta ahora no había tenido el placer de conocerle -dijo Foote cortésmente (a los hombres de Yance, en general, les gustaba esta deferencia)-. Pero conozco los discursos que usted ha redactado, por supuesto. Extraordinarios.

Lantano le dijo sin rodeos.

-Queremos un artiforg. Un páncreas.

-¡Santo cielo!

-Usted puede localizarlo. Busque donde haya uno. Le pagaremos espléndidamente.

-No quedan.

Foote se puso a pensar entonces: «¿Por qué? ¿Quién lo necesita? ¿Tú mismo? ¿O es que tu amigo subió a por él? Probablemente sea esto último, y tú te muestras caritativo o al menos quieres parecerlo».

-Imposible, señor Lantano -agregó, y de pronto se le ocurrió una idea-. Permítame visitarle en su villa para robarle unos minutos de su precioso tiempo. Tengo algunos mapas, son mapas de Estado Mayor de la última guerra, que indican zonas no excavadas donde posiblemente existan artiforgs almacenados. Se trataba de hospitales de la Aviación de los Estados Unidos situados en lugares remotos, como Alaska y el norte del Canadá. Entre los dos, quizá...

-Muy bien -asintió Lantano-. Le espero a las nueve de la noche en mi residencia. A las nueve según mi hora local, naturalmente, que para usted serán...

-Sé hacer los cálculos horarios -repuso Foote-. Seré puntual. Estoy seguro de que usted sabrá sacar buen partido de esos mapas con su extraordinario talento. Puede enviar a sus propios robots si lo desea, o si no nuestra empresa puede...

-Esta noche a las nueve según mi reloj, pues -dijo Lantano, cortando la comunicación.

-¿A qué quiere ir? -preguntó Cencio a Foote tras una pausa.

A lo que Foote repuso:

-A implantar el monitor de video permanente.

-Por supuesto -dijo Cencio, ruborizándose.

-Vuelve a pasar esa secuencia de Lantano como hombre de mediana edad -le ordenó Foote, pensativo-. Y pare al llegar donde parece más viejo. Hace un momento observé algo en él a través de la pantalla...

Mientras instalaba de nuevo el equipo de aumento, la película, el animador y el proyector, Cencio preguntó:

-¿Qué ha observado usted?

-Pues me ha parecido -dijo Foote- como si al envejecer Lantano empezase a parecerse a alguien. No sabría decir a quién, pero se trata de alguien muy conocido.

Incluso cuando vio al joven Lantano por la gran pantalla del videófono, experimentó de nuevo aquella sensación de una imagen familiar.

Un momento después, en la habitación a oscuras, observaba con atención un fotograma de Lantano como hombre de mediana edad, pero visto desde arriba; el ángulo volvía a ser pésimo, como siempre ocurría cuando la cámara fotográfica estaba sobre la vertical del sujeto, cosa inevitable tratándose de un satélite. Pero de todos modos pudo ver lo que deseaba, ya que de pronto Lantano y el fugitivo del tanque se detuvieron un momento para mirar hacia arriba cuando el satélite pasó sobre ellos.

-Ya sé a quién me recuerda -dijo Cencio de pronto-. ¡A Talbot Yancy!

-Con la sola diferencia de que el hombre que estamos viendo es moreno -observó Foote.

-Pero si se aplicase aquella crema que salió durante la guerra para blanquear la piel...

-No, Yancy es mucho más viejo. Cuando logremos una buena imagen de Lantano a los sesenta y cinco años, no a los cincuenta, entonces quizá tengamos algo que valga la pena.

Y cuando yo haya conseguido entrar en su villa, pensó Foote para sus adentros, tendremos la instalación necesaria para obtener esa imagen. Y será esta misma noche, dentro de pocas horas.

¿Qué o quién será ese Lantano?, se preguntó a continuación.

No obtuvo respuesta.

Al menos... de momento.

Pero los años le habían enseñado a ser paciente. Era un profesional; implantaría en la villa de Lantano un monitor de video que tarde o temprano le facilitaría alguna información útil, hasta que un día no demasiado lejano surgiría el hecho clave que lo explicaría todo: las muertes de Davidson, Hig y Lindblom, la destrucción de los dos robots, el peculiar envejecimiento de Lantano... y el hecho aún más extraño de que, cuando éste envejecía, se iba pareciendo más y más a un muñeco de plástico y metal atornillado a una mesa de roble en la ciudad de Nueva York... ¡Ah!, pensó Foote, y también explicaría aquel fragmento de película, tan extraño e inexplicable de momento, que mostraba el rayo desintegrador pulverizando a los dos robots. Ellos habían creído que era alguien *parecido* a Talbot Yancy.

Pero era David Lantano en un extremo de su oscilación cronológica; *estaba visto ya*. El hecho clave ya había surgido.

Pensó: «Has cometido un error capital, Brose. Has perdido tu monopolio sobre el archivo de armas avanzadas. Alguien se ha apoderado de la máquina para viajar por el tiempo y la está empleando para destruirte. ¿Cómo la conseguiría? Pero eso no importa; lo que importa es que la tiene».

-¡Gottlieb Fischer! -exclamó entonces en voz alta-. El fue el creador de Talbot Yancy; por tanto la crisis hay que buscarla en el pasado.

Y quien posea la facultad de viajar por el tiempo tendrá acceso a aquel pasado, se dijo. Hay una relación, una conexión, entre David Lantano, sea quien sea, y Gottlieb Fischer; relación que se remonta desde 1982 ó 1984 hasta la muerte de Fischer, y probablemente desde poco

antes de que Fischer empezase su obra sobre el Principio de Yancy, su versión del *Principio del Führer:* su nueva solución al problema de quién debe conducir a los hombres. Puesto que, si éstos son demasiado ciegos para gobernarse a sí mismos, ¿cómo se puede confiar en ellos para que gobiernen a los demás? La respuesta a esta pregunta es *der Führer*, como sabe todo alemán, y Gottlieb Fischer era alemán. Brose le robó entonces la idea a Fischer, como todos sabemos, dando realidad a la misma: el simulacro, uno en Moscú y otro en Nueva York, atornillado a la mesa de roble y programado por la computadora, que procesa discursos escritos por redactores escogidos... todo esto puede atribuirse legítimamente a Stanton Brose, pero lo que nosotros no sabíamos es que Gottlieb Fischer plagió a su vez la idea, el concepto original de otro.

Hacia 1982 el productor cinematográfico germano *vio a Talbot Yancy*. Y sacó a su Führer, no de su propio genio creador y artístico, sino de la simple observación. ¿Y a quién veía con más frecuencia Gottlieb Fischer en 1982? Pues a actores. A cientos de actores. Seleccionados para representar papeles en sus dos grandes Documentales trucados... actores seleccionados especialmente por su parecido con grandes dirigentes políticos o por su habilidad en representar a caudillos de multitudes. En una palabra, actores que poseían *carisma*, magnetismo personal.

Se volvió a Cencio para decirle lentamente y en tono pensativo, mientras se tiraba del labio inferior:

-Creo que si repasamos cuidadosamente las versiones A y B, las dos grandes obras de ficción de Fischer, tarde o temprano encontraremos un Talbot Yancy en una de las escenas trucadas. Por supuesto, maquillado y representando a otro personaje.

En el papel de Stalin, pensó, o de Roosevelt. Cualquiera de ellos podía ser. Los Documentales no especificaban el reparto de actores; no constaba en ellos quién representó los papeles de determinados dirigentes mundiales; necesitamos ese reparto, aunque no haya existido nunca. Buen cuidado se tuvo en no hacerlo.

Cencio observó:

-Como usted sabe, tenemos nuestras propias copias de ambas versiones.

-Pues bien, repásalas cuidadosamente y separa las escenas trucadas de los fragmentos compuestos a base de auténticos documentales de guerra...

Cencio emitió una risita irónica:

-Dios mío, asístenos -cerró los ojos y se columpió en su silla-. Francamente, ¿quién es capaz de hacer tal cosa? Nadie lo sabía entonces, lo sabe ahora ni lo sabrá...

En efecto, tenía razón. Era la principal dificultad.

-Muy bien -dijo Foote-. Da lo mismo... tú ponte a pasar la película de todos modos. Hasta que te parezca ver la figura del Protector. Será uno de los grandes dirigentes carismáticos, uno de los cuatro grandes; no será Molotov ni Chamberlain, conque no hará falta que te fijes en éstos.

Santo Dios, pensó, ¿y si resulta que es el «Hitler» que toma tierra en el reactor Boeing 707 en Washington para celebrar conversaciones secretas con Roosevelt? ¿Será ése el que gobierna los millones de habitantes de los tanques hoy en día, el actor que Gottlieb Fischer consideró adecuado para personificar a Adolfo Hitler?

Aunque cabía la posibilidad de que fuera un papel secundario, que hubiese encarnado a cualquier General, incluso a un soldado norteamericano anónimo en el frente.

-Necesitaré semanas -dijo Cencio, que sin duda había pensado lo mismo-. ¿Cree usted que disponemos de tanto tiempo? Si entre tanto van liquidando gente...

-Joseph Adams está bien protegido -repuso Foote-. Y en cuanto a Brose... qué se le va a hacer si lo liquidan; eso significará más poder para su enemigo oculto.

...Su enemigo oculto, que evidentemente y sin duda alguna es David Lantano. Pero eso nos devuelve a la pregunta inicial: ¿quién o qué es David Lantano?

Como quiera que fuese, ya tenía una respuesta parcial a esa pregunta... una respuesta al menos *ad hoc*. Pero aún faltaba comprobarla. David Lantano, en extrema vejez de su oscilación biológica, fue contratado por Gottlieb Fischer para representar un papel -o al menos fue entrevistado- en una de las dos versiones de los Documentales hechos en 1982; tal era su hipótesis. Y ahora había que verificarla.

Y el siguiente paso iba a ser muy difícil. El paso que seguiría a la identificación positiva de Yancy, es decir, de David Lantano en uno de los Documentales de 1982 o en ambos.

El paso siguiente, perfectamente adaptado a las posibilidades de Webster Foote Limited de Londres, consistía en penetrar sigilosamente y sin ser detectados, provistos de instrumentos muy especializados, en la villa de David Lantano mientras éste se encontrase en la Agencia de Nueva York. Y disponer durante unos momentos del aparato para viajar por el tiempo que utilizaba Lantano.

Sería muy difícil, y Foote lo sabía. Pero disponemos de los aparatos para localizarlo, se dijo; hemos realizado esta clase de trabajos desde 2014. Pero esta vez la operación no es para un cliente, sino para nosotros mismos.

Porque, se dijo, ahora son nuestras propias vidas las que están involuntariamente en juego; han demostrado ser ya el objetivo final de los jugadores en este peligroso juego.

-Una empresa jurídica -dijo en voz alta-, Apostadores, Tramposos, Mentirosos, Farsantes y Regateadores, Sociedad Anónima. Esa firma nos puede representar ante el Consejo de Reconstrucción cuando presentemos nuestra demanda contra Brose.

-¿Y en qué se basará tal demanda?

-Pues se basará -respondió Foote con voz tranquila- en el hecho de que el auténtico gobernante mundial electo es el Protector Talbot Yancy, como sabe hasta el último habitante de los tanques y como ha declarado el Gobierno de Estes Park durante quince años seguidos. Y este hombre existe en realidad. Por consiguiente... Brose está usurpando un poder que no le pertenece.

Puesto que el poder legítimo, se dijo, pertenece a Yancy, como no se han cansado de repetir tanto el Pac-Peop como la Wes-Dem.

Y creo que Yancy se ha decidido al fin a solicitar la convalidación de su poder legítimo, se dijo Foote. Al fin se ha decidido.

24

El muchachito moreno dijo con timidez:

-Me llamo Timmy.

Su hermanita, que estaba a su lado, sonrió y dijo en un susurro:

-Y yo me llamo Dora.

-Hola, Timmy y Dora -les saludó Nicholas. Volviéndose hacia la señora Lantano, que aguardaba a un lado, le comentó-: Tiene unos hijos muy guapos.

El ver a la esposa de David Lantano le hizo recordar a la suya, Rita, que aún seguía allá abajo, llevando la condenada vida de los hormigueros humanos. Una vida que tenía todas las trazas de eternizarse, porque incluso las personas decentes de la superficie, los hombres como David Lantano y, si había entendido bien, Louis Runcible, el magnate de la construcción, ni siquiera aquellos hombres tenían esperanzas ni nada que ofrecer a los que vivían en los tanques. Excepto agradables e higiénicas prisiones en la superficie, como en el caso de Runcible, a cambio de las prisiones más oscuras y abarrotadas del subsuelo. Y en cuanto a Lantano...

«Sus robots me habrían matado -se dijo Nicholas-. A no ser porque apareció en escena Talbot Yancy provisto de un arma terrible».

Se volvió hacia Lantano para decirle:

Librodot

-¿Cómo podéis decir que Yancy es un fraude? Blair lo dice; todos lo dicen, incluso tú.

Con gesto enigmático, Lantano contestó:

-Todos los dirigentes que gobiernan...

-Esto es diferente -dijo Nicholas-, y creo que tú lo sabes. Aquí no se trata de contraponer al hombre y su imagen pública; el caso no se ha presentado nunca en la historia, que yo sepa: la posibilidad de que tal persona no exista. Sin embargo, yo le vi. Me salvó la vida.

«He subido a la superficie -se dijo-, para descubrir dos cosas: que Talbot Yancy no existe, contra lo que siempre habíamos creído, y... que sí existe; que tiene realidad suficiente como para destruir a dos robots profesionales y veteranos que, si nadie los hubiera detenido, me habrían matado sin contemplaciones. Matar a un hombre es para ellos un acto perfectamente natural; es parte de su cometido. Quizás una parte importantísima».

-Todos los dirigentes mundiales tuvieron *algún* aspecto ficticio como parte de su personalidad pública -observó Lantano-. Especialmente durante el siglo pasado. Y en la época romana, por supuesto. ¿Cómo era en realidad Nerón, por ejemplo? Lo ignoramos. *Ellos* no lo sabían. Y lo mismo puede decirse de Claudio. ¿Fue un idiota o un gran hombre, incluso un santo? Lo mismo podríamos decir de los profetas, los religiosos...

-No quieres contestar a mi pregunta -dijo Nicholas.

Desde el largo diván de hierro forjado tapizado en espuma de goma donde estaba sentada con los dos niños, Isabella Lantano dijo:

-Tiene usted razón, señor Saint-James; no le contestará, aunque lo sabe.

La mirada de sus enormes ojos, potente y penetrante, se fijó entonces en su marido. Cambió con David Lantano una significativa mirada, en silencio; Nicholas, sintiéndose excluido, se puso en pie y empezó a pasear por el salón de techo alto cruzado por vigas. Caminaba al azar, sintiéndose tremendamente desvalido.

-Bebe algo -le dijo Lantano-. Hay Tequila. Trajimos una buena provisión de Ciudad de México. Abecameca. -Y agregó-: Por aquel tiempo fui a hablar ante el Consejo de Reconstrucción para comprobar, con gran satisfacción por mi parte, su profunda falta de interés frente a todo.

-¿Qué es ese Consejo? -le preguntó Nicholas.

-El Tribunal Supremo de este mundo, que es nuestro único mundo.

-¿Y qué esperabas obtener de ellos? -insistió Nicholas-. ¿Una decisión, una sentencia acaso?

Después de un largo intervalo Lantano dijo, con laconismo:

-Un veredicto sobre una cuestión del todo teórica: sobre cuál era la situación jurídica del Protector respecto a la Agencia y también frente al General Holt y el Mariscal Harenzany. Y asimismo... -se interrumpió cuando entró en el salón uno de sus robots del servicio doméstico para acercársele con deferencia-, respecto a Stanton Brose -añadió-. ¿Qué hay? -preguntó al robot.

-Dóminus, hay un hombre de Yance en la periferia de la zona vigilada -articuló el robot respetuosamente-. Trae consigo su séquito personal, compuesto por treinta robots. Parece muy agitado y ha pedido una entrevista con usted. Además le acompaña un grupo de seres humanos llamados comandos de Foote, que protegen su persona contra peligros reales o imaginarios, según órdenes que ha recibido de Ginebra según declara. Parece muy asustado y dice que han matado a su mejor amigo y que él «será el siguiente». Estas fueron sus palabras tal como las registré, señor Lantano. Me dijo: «A menos que Lantano (olvidó el tratamiento adecuado en su agitación), a menos que Lantano me ayude, yo seré el siguiente». ¿Quiere que le franqueemos la entrada?

Volviéndose a Nicholas, Lantano comentó:

-Es un hombre de Yance del norte de California llamado Joseph Adams. Un admirador de ciertos aspectos de mi obra. -Tras reflexionar un momento, dijo al robot-: Dile que pase y se

siente. Pero adviértele que a las nueve tengo una reunión de negocios -consultó su reloj-. Ya son casi las nueve; que comprenda que le concedo muy poco tiempo.

Cuando el robot salió, Lantano le dijo a Nicholas:

-Ese sujeto es digno de cierta consideración. Acaso te parezca interesante al menos. Su trabajo le provoca conflictos íntimos. Pero... -Lantano hizo un gesto tajante; el asunto ya estaba zanjado para él-. Va tirando. Durante sus dudas y después de ellas. Las tiene pero... va tirando.

La voz de Lantano se apagó y de nuevo, de manera súbita, apareció el rostro viejo y arrugado, aún más viejo que antes. Aquel no era el rostro de un hombre maduro; era el que había vislumbrado Nicholas cuando Lantano entró en el sótano de Cheyenne, aunque entonces lo vio sólo fugazmente. Era como una ilusión creada por las llamas de la chimenea. Con todo, supo y comprendió que era real, y cuando dirigió la mirada a la mujer y a los dos hijos de Lantano, los tres le causaron una impresión parecida. Por el rabillo del ojo vio como si también se desvaneciesen... sólo que en los dos niños fue más como un crecimiento, un aumento de madurez y vigor; súbita y temporalmente le parecieron adultos. Y luego aquello pasó también.

Pero él lo había visto. Había visto a los niños como... adolescentes, y a la señora Lantano con los cabellos grises y dando cabezadas, amodorrada por una somnolencia intemporal; la hibernación, que era una conservación de facultades anteriores, la abandonaba.

-Aquí vienen -dijo Isabella Lantano.

Un grupo de robots penetró en el salón caminando con gran estrépito, y se detuvo; rodeaban a cuatro seres humanos, que se deslizaron entre ellos para salir fuera de la muralla protectora, mirando a su alrededor con aspecto cauteloso y profesional. Y luego apareció tras ellos un hombre asustado y solitario. Era Joseph Adams, se dijo Nicholas; Joseph Adams, que temblaba de aprensión, como si estuviera interiormente vacío y fuese ya víctima de una fuerza que le empapaba como un líquido, que se infiltraba por todas partes para inocular la muerte.

-Gracias -dijo Adams en voz ronca a Lantano-. Me quedaré poco tiempo. Yo era buen amigo de Verne Lindblom; trabajábamos juntos. Su muerte... me preocupa más que mi propia seguridad. -Señaló con un ademán al grupo de robots y luego a los comandos humanos que lo protegían y que formaban su doble escudo-. Lo peor ha sido la impresión de su muerte. Ya sabe que yo llevo una vida muy solitaria. -Se sentó tembloroso junto al fuego, no muy lejos de Lantano; miró a Isabella y a los dos niños, y luego a Nicholas, con expresión ausente y azorada-. Fui a su casa de Pennsylvania. Sus robots me conocen, porque él y yo solíamos jugar al ajedrez casi todas las noches. Al ver que era yo, me dejaron entrar.

-¿Y qué encontró usted? -le preguntó Lantano en tono extrañamente áspero; a Nicholas le sorprendió la animosidad que denotaba su voz.

Entonces Adams agregó:

-El robot tipo VI que mandaba a los demás... tomó la iniciativa de permitirme consultar los registros del grabador de ondas cerebrales instalado en la pared. El asesino tiene una onda de tipo alfa clarísima. La introduje en el Megavac 6-V para saber a quién pertenecía; esa computadora tiene las fichas de todos los hombres de Yance.

Su voz temblaba, lo mismo que sus manos.

-¿Y qué ficha salió? -le preguntó Lantano secamente.

Tras una pausa, Adams contestó:

-La de Stanton Brose. Por consiguiente, deduzco que debió de ser Brose quien lo mató, quien mató a mi mejor amigo.

-Por lo que ahora se ha quedado usted sin su mejor amigo, consiguiendo a cambio un enemigo -observó Lantano.

-Sí, supongo que yo soy el siguiente en la lista de Brose. Me matará como mató a Arlene Davidson, luego a Hig y luego a Verne. Sin esos hombres de Foote -indicó a sus cuatro guardaespaldas- ya estaría muerto.

Pensativo, Lantano inclinó afirmativamente la cabeza y dijo:

-Es muy probable.

Lo decía como si estuviera seguro.

-He venido aquí -prosiguió Adams- para pedirle que me ayude. Por lo que he podido ver... nadie posee su talento. Brose le necesita; sin nuevos hombres de Yance, jóvenes y brillantes como usted, tarde o temprano la Agencia cometería algún error... el propio Brose cada vez está más senil, a medida que se deteriora su cerebro; un día u otro dejará pasar una cinta que contenga un error garrafal. Algo así como los que contienen los dos Documentales de Fischer: la llegada del Boeing 707 o José Stalin hablando en inglés... supongo que usted ya los conoce.

-Sí -repuso Lantano-. Los conozco. Pero hay más. Sin embargo, aún no han sido descubiertos. Ambas versiones están adulteradas por pequeños e insidiosos detalles. Así que soy esencial para Brose, ¿eh?

Y miró a Adams, esperando que éste prosiguiese.

-Dígale usted -articuló Adams con dificultad, como si le costara respirar- que, si me matan, usted no querrá seguir ayudando con su talento a la Agencia.

-¿Y por qué habría de hacer eso?

-Porque -contestó Adams- algún día le tocará a usted, si se permite a Brose continuar eliminándonos impunemente.

-¿Por qué cree que Brose eliminó a su amigo Lindblom?

-Porque debió pensar que el proyecto especial... -Adams se interrumpió y luego guardó silencio, dudando acerca de lo que debía decir.

-Todos ustedes cumplieron su misión -dijo Lantano-. Y a medida que iban terminando, eran eliminados. Arlene Davidson, después de ultimar sus perfectísimos croquis, que en realidad no eran croquis, sino soberbios dibujos realistas, perfectos en todos los detalles. Hig, tan pronto como hubo localizado los artefactos en las excavaciones de Utah. Lindblom, después de terminar dichos artefactos y enviarlos al pasado. Y usted será eliminado cuando termine de escribir sus tres artículos para *Natural World*. ¿Los ha terminado ya?

Y le dirigió una penetrante mirada.

-Sí -contestó Adams, con un gesto afirmativo-. Precisamente hoy acabo de entregarlos a la Agencia para ser procesados. Luego los imprimirán en ediciones antiguas de esa revista, falsas naturalmente pero con todo el aspecto de ser viejas; por lo visto usted ya lo sabe. Pero... -devolvió a Lantano su penetrante mirada-, mataron a Hig demasiado pronto, sin darle tiempo a llamar la atención de Runcible sobre su hallazgo, pese a que tenía en marcha su cámara y su grabadora. Hay otros agentes de Brose infiltrados entre los hombres de Runcible y éstos, lo mismo que la cámara, comunican que Runcible no sabe nada; podemos estar seguros de que ignora totalmente la presencia de esas piezas arqueológicas en su terreno. Por lo que... -bajó la voz hasta convertirla en un confuso murmullo-. Eso quiere decir que algo fue mal.

-Sí -asintió Lantano-, algo fue mal en el momento crítico. Tiene usted razón; mataron a Hig demasiado pronto. Casi fue cuestión de décimas de segundo. Pero le diré algo más. Su amigo Lindblom fue asesinado por un invento de guerra alemán llamado Gestalt-macher, que realiza dos misiones completamente distintas: primero, da muerte a su víctima instantáneamente y sin dolor, lo que hace el acto éticamente aceptable para la mentalidad alemana. Y luego deja una serie de...

-Pistas -le interrumpió Adams-. Ya lo sabía; habíamos oído hablar de ello. Sabemos que esa máquina existe en los Archivos de Armas Avanzadas a los que, naturalmente, tan sólo Brose tiene acceso. Entonces, eso quiere decir que las ondas cerebrales del tipo alfa que el aparato registrador de Verne captó... -guardó silencio, gesticulando con las manos- eran falsas. Fueron dejadas allí deliberadamente por el Gestalt-macher. Todas las pistas eran falsas. Esa es precisamente su misión, dar pistas erróneas e indicaciones equivocadas. ¿Acaso las demás pistas... ?

-Todas apuntaban a Brose como el culpable. Webster Foote, que estará aquí dentro de pocos minutos, fue con los siete datos recogidos a la computadora de Moscú, que le dio también la ficha de Brose, lo mismo que hizo la Megavac 6-V basándose en el único dato que usted le proporcionó. Pero con esto bastaba.

-Eso quiere decir -comentó Adams con voz ronca- que no fue Brose quien mató a Verne, sino otro que no sólo quería ver muerto a Lindblom, sino, además, hacernos creer que el asesino fue Brose. Un enemigo de Brose.

Hablaba con rostro descompuesto y Nicholas, al verle, comprendió que el mundo de aquel hombre se había desmoronado; le faltaba una base intelectual e ideológica en que apoyarse; psicológicamente hablando, flotaba perdido en un océano gris e ilimitado.

Lantano, sin embargo, no pareció muy conmovido por el desaliento y la desesperación de Adams, pues le dijo con aspereza:

-Pero el Gestalt-macher quedó inmovilizado en el teatro del crimen porque los robots de Lindblom, que estaban muy alertas, le impidieron escapar. La persona que programó la máquina y que la envió provista de esas pistas, sabía que Lindblom llevaba un aparato de alarma. *¿Acaso no llevan una de esas armas todos los hombres de Yance?* Usted la lleva.

Señaló con el índice al cuello de Adams, y Nicholas vio brillar en su garganta un fino hilillo dorado, un collar compuesto de algún metal raro.

-Sí... eso es verdad -murmuró Adams, tan desconcertado que casi no podía encontrar palabras.

-Por ello Brose se las arregló para demostrar sin ningún género de dudas que no era él quien había enviado la máquina. Como las pistas sembradas le acusaban a él, y se considera axiomático que las huellas depositadas por un Gestalt-macher son falsas, entonces Foote, que por su profesión estaba obligado a conocer este hecho, deduciría que el asesino se había propuesto acusar a Brose, y, por consiguiente, Brose era inocente -hizo una pausa para tomar aliento-. Sin embargo, no es inocente. Fue Brose quien programó la máquina para que le acusase a él; así la policía le creería inocente.

Adams dijo:

-La verdad, no lo entiendo -meneó la cabeza-. Es que no lo entiendo, Lantano. Por favor, no me lo repita... le he oído muy bien. No me he perdido ni una sola de sus palabras. Pero es que me parece demasiado...

-Demasiado retorcido, en efecto -asintió Lantano-. Una máquina que mata y que esparce también pruebas falsas; sólo que en este caso las pruebas falsas son auténticas. Tenemos aquí, Adams, *el no va más de la falsificación*, la última etapa en la evolución de una empresa creada con el único y exclusivo propósito de fabricar fraudes que resulten convincentes. ¡Vaya!, ahí llega Foote.

Lantano se levantó y se volvió hacia la puerta. Esta se abrió y dio paso a un solo individuo, sin séquito de robots ni guardaespaldas humanos, observó Nicholas. El recién llegado llevaba bajo el brazo una cartera de cuero sin asa.

-Ah, Adams -dijo Foote-. Me alegro de verle todavía con vida.

David Lantano hizo las presentaciones con talante sombrío y mostrando un extraño cansancio; por primera vez pareció reparar en la presencia de Nicholas ante el afligido y asustado Joseph Adams.

-Lo siento, Adams -le dijo Lantano-, pero mi entrevista con el señor Foote es confidencial. Tendrá usted que irse.

Con voz temblorosa, Adams le preguntó:

-Pero ¿me ayudará usted o no? -se levantó pero no hizo gesto de irse. Y sus guardianes humanos y mecánicos permanecieron inmóviles, atentos a lo que sucedía-. Necesito ayuda, Lantano. No tengo dónde esconderme; terminará por matarme porque dispone de esas armas avanzadas. Sólo Dios sabe lo que habrá en esos archivos...

Dirigió entonces una mirada de súplica y de terror a Nicholas, buscando quien quisiera escucharle.

Dijo entonces Nicholas:

-Yo sé un lugar donde no podrían encontrarle.

Estaba dando vueltas a aquella idea desde hacía varios minutos, cuando se percató de lo grave que era la situación de Adams.

-¿Qué lugar es ése? -preguntó Adams con ansiedad.

-Un tanque subterráneo.

Adams le miró con expresión demasiado vacua y confusa para saber cuál era su pensamiento.

-En mi propio tanque -dijo Nicholas, evitando deliberadamente decir su nombre en presencia de tantas personas-. No me costará localizar de nuevo el túnel vertical. Como de todos modos quiero regresar, con el artiforg que vine a buscar o sin él, usted podría acompañarme.

Foote terció para decir:

-¡Ah! Conque ese artiforg, ese páncreas es para usted. -Se sentó y descorrió la cremallera de su cartera-. ¿Es para alguien de su tanque? ¿Para una persona muy apreciada, para una anciana y querida tía suya? Los artiforgs, como sin duda ya le habrá explicado el señor Lantano...

-Tengo que seguir buscándolo -repuso Nicholas-. No hay más remedio.

25

Cuando abrió su cartera de cuero, Webster Foote dejó caer al suelo deliberadamente un mazo de papeles; cuando se agachó para recogerlos, vio su ocasión y la aprovechó. Mientras con la mano izquierda recogía los documentos que había dejado caer, con la derecha introdujo entre los cojines del diván donde se sentaba -en el lugar que previamente había escogido- un diminuto transmisor audiovisual, que no solamente captaba y almacenaba datos, sino que los transmitía en seguida al agente de Foote de la sucursal más próxima.

Dirigiéndose a Foote, el agobiado Joseph Adams dijo:

-De modo que usted facilitó las pistas halladas a la computadora de Moscú y ésta le dio la ficha de Brose. Esto quiere decir que a sus ojos Brose es inocente, puesto que las pruebas son falsas y fueron dejadas por un Gestalt-macher, el cual fue enviado por alguien que tiene enemistad no sólo a Brose, sino que se la tenía también a Lindblom.

Foote le miró de soslayo, preguntándose cómo podría saber tanto, y se limitó a contestar con un monosílabo:

-Hum...

-Es verdad -dijo Adams con voz ronca-. Lo sé porque yo también suministré la grabación de las ondas alfa al Megavac 6-V y éste me dio la misma ficha. Pero David Lantano -e indicó con la cabeza al moreno hombre de Yance- arguye que Brose pudo programar la máquina sabiendo que ésta sería capturada. Y en efecto, usted la capturó.

-Verá -dijo Foote con precaución-, tenemos un objeto, es cierto, pero aún no hemos logrado abrirlo; el condenado artefacto resiste a todos nuestros esfuerzos. Suponemos, en efecto, que es una máquina alemana inventada durante la guerra, pero ahora ha adoptado su forma de camuflaje.

No había motivos para ocultarlo, tal como estaban las cosas; no obstante, y puesto que tanto Joseph Adams como David Lantano lo sabían, ahora no tendría más remedio que decírselo a Brose. Y cuanto antes, mejor, pensó Foote. Brose debe recibir esta noticia *de mí* y no de ellos. Lo mejor que puedo hacer es irme de aquí cuanto antes para subir de nuevo a mi volador, donde podré comunicarme por vía satélite con Ginebra. Porque si Brose se entera por

ellos y no por mí, mi prestigio sufrirá un golpe del que ya no se repondrá, y eso no puedo permitirlo.

Se sentía agraviado y en una posición muy embarazosa.

«¿Significa eso -se preguntó- que caí en una trampa o, para ser más exactos, en una *doble* trampa? El crimen fue cometido por ese televisor portátil, pero quien lo envió realmente fue Brose, programándolo para que lo acusara a él. Y pensar que yo, con mis facultades extrasensoriales, no fui capaz de adivinarlo...».

«Ha sido Lantano -se dijo-; esta idea es suya. Maquiavélica. Este hombre es un superdotado peligrosísimo».

Un receptor subdérmico injertado de modo invisible debajo de su oído entró de pronto en funcionamiento:

-Captamos claramente la señal audiovisual, señor. Ha instalado el emisor espléndidamente. A partir de ahora, sabremos todo cuanto ocurre en esa habitación.

Sumido todavía en sus pensamientos, Foote desenrolló con aire pensativo sus mapas militares, donde estaban indicados los depósitos esenciales para el Ejército, que tenían carácter muy secreto... clasificados, como se decía en la antigua jerga. Los había puesto a su disposición el General Holt, por intermedio de la Agencia, para una misión anterior encargada por Brose. Los mapas auténticos fueron devueltos, pero él se quedó con unas fotocopias. Los estudió sin demasiada atención, dispuesto a iniciar la tediosa conversación de relleno con Lantano... y de pronto, sin la menor advertencia previa, sus facultades extrasensoriales se despertaron, inundando su mente con un presentimiento, y fijó su mirada en un punto del mapa principal, en una zona situada cerca de la costa atlántica de Carolina del Norte. Allí estaba indicada la presencia de tres depósitos de armas del Ejército, unos almacenes subterráneos saqueados desde hacía largo tiempo por los robots de Brose, que se habían llevado todo cuanto contenían de valor. Así lo indicaban las leyendas. Pero...

La distribución de los arsenales indicaba que habían sido establecidos para abastecer a unidades tácticas blindadas de gran movilidad, destinadas probablemente, o al menos así se previó, a destruir los robots soviéticos desembarcados por los gigantescos submarinos transoceánicos que en la década de 1990 fueron convertidos por la URSS en transportes de tropas. Y en aquellos días era corriente la distribución cuatripartita de dichos arsenales: tres de ellos se dedicaban a contener armas, carburante y piezas de recambio para los tanques pesados de rexeroide que tenían los Estados Unidos, capaces de resistir el impacto directo de un cohete tierra-tierra con cabeza atómica. Esos tres depósitos eran los que habían sido excavados. Pero en el mapa no se indicaba el cuarto depósito subterráneo, que, sin embargo, debió hallarse a unos ochenta kilómetros a retaguardia; ese depósito habría contenido las reservas médicas destinadas al personal de las unidades defensivas, muy móviles y mecanizadas, que repostaban en los tres arsenales más cercanos a la costa.

Con ayuda de un lápiz y una regla unió mediante líneas rectas los tres arsenales antedichos. Luego, con la misma regla, trazó otra línea para definir el punto hipotético que transformaría el triángulo así obtenido en un cuadrado.

Dentro de cinco horas, pensó Foote, podré tener una brigada de robots cavando en este punto; se empezará por hundir en el terreno una sonda óptica, y al cabo de diez minutos sabremos si existe allí un cuarto depósito con instrumental médico y hospitalario de emergencia. Las probabilidades son... calculó, de un cuarenta por ciento a nuestro favor. Pero en otras ocasiones se habían localizado excavaciones por cuenta de su empresa, basándose en un margen de probabilidades mucho menor.

Algunas de ellas dieron resultados; otras, no. Pero aquélla sería de un valor incalculable si lograse localizar un depósito de artiforgs. Aunque sólo fuesen tres o cuatro, bastarían para romper el monopolio de Brose.

-Me propongo excavar en este punto -dijo a Lantano, que se había sentado a su lado-. Comprenderá usted por qué -e indicó los tres depósitos ya explorados y las líneas que había

trazado-. Mi intuición paranormal -agregó- me dice, a manera de zahorí, que aquí encontraremos un depósito de medicamentos intacto. Y quizá la suerte nos acompañe y también encontremos un páncreas artificial.

Joseph Adams dijo:

-Me voy.

Evidentemente, se daba por vencido. Hizo una seña a su séquito de robots y éstos, con los cuatro agentes asignados por Foote para protegerle, empezaron a reunirse a su alrededor. Luego, el grupo así formado se dirigió hacia la puerta, respirando frustración.

-Espere -le ordenó Lantano en tono perentorio.

Adams se detuvo junto a la puerta, con el rostro aún contraído por una mueca de desesperación; reflejaba todo el sufrimiento y la confusión que sentía, el dolor causado por la muerte de su amigo, su incertidumbre acerca de quién lo había matado y en cuanto a lo que él debía hacer... todos estos sentimientos se confundían en su rostro.

Lantano le espetó entonces:

-¿Quiere usted matar a Stanton Brose?

Adams le miró fijamente y murmuró:

-Yo...

Su mirada se hizo luego vacía y horrorizada. Reinó un tenso silencio.

-No podrá huir de él, Adams. Probablemente, ni siquiera ocultándose en un tanque subterráneo; ni eso lo salvará, porque Brose tiene allí a sus comisarios políticos. Si usted desciende al tanque de Nick, que tiene su representante de Brose, el comisario político que sin duda estará enterado de todo cuanto acontece aquí arriba, no hace falta decir lo que pasará. Tiene que decidir por sí mismo, Adams -agregó Lantano-. Hágalo por el motivo que le parezca mejor: para vengar la muerte de Lindblom, para salvar su propia vida... o en aras de la humanidad. Puede elegir. O por las tres cosas a la vez, si lo prefiere. Pero usted es el único que tiene acceso a Brose. Tiene oportunidades para eliminarle, aunque las probabilidades a su favor, justo es reconocerlo, sean pequeñas. No obstante, existen. Y vea su situación actual y el miedo que está pasando. Y aún sentirá más miedo en el futuro, Adams; yo le predigo que su situación no hará sino empeorar y creo que el señor Foote estará de acuerdo conmigo.

-Pues yo... no sé qué decir -murmuró Adams.

-Desde el punto de vista moral -prosiguió Lantano- la acción sería justa. Estoy seguro de ello. El señor Foote lo sabe, y Nick también... a la vista de las circunstancias. Y usted también lo sabe, no lo niegue, Adams. ¿No es cierto? -Al ver que Adams no respondía, se volvió hacia Foote para decir-: Claro que lo sabe. Es uno de los pocos hombres de Yance que lo sabe, que conoce la realidad de los hechos. Y especialmente ahora, después de la muerte de Lindblom.

-Pero ¿matarle, con qué? -consiguió articular Adams por fin.

Lantano repuso, mirando fijamente el mapa militar de Foote:

-Yo le proporcionaré el arma. Deje esa parte para mí. Creo que éste es el punto, en efecto -puso el índice sobre el lugar que Foote había indicado en el mapa-. Empiece usted las excavaciones; yo me encargaré de sufragarlas.

Se volvió de nuevo hacia Adams, que estaba en pie ante la puerta, totalmente rodeado por sus robots y los agentes de Foote.

-Brose tiene que ser eliminado. Sólo es cuestión de tiempo, de saber quién lo haga y con qué equipo técnico -y dijo luego a Foote-: ¿Qué arma recomendaría usted? Adams verá a Brose en la Agencia esta misma semana y en su propio despacho. El despacho de Adams, quiero decir. Por lo tanto, no necesita llevarla encima; puede tenerla en la oficina, camuflada. Sólo necesitará llevar el mecanismo de disparo o hacer que ésta se dispare automáticamente en el momento preciso.

«Extraordinario -pensó Foote-. ¿Acaso he venido aquí para esto? Mi visita tenía que ser un pretexto que me permitiese averiguar más cosas sobre David Lantano. Y en lugar de eso... me encuentro metido, o, mejor dicho, se me invita a participar en una conspiración para asesinar

al hombre más poderoso del mundo, y que dispone de un mayor repertorio de armas ultramodernas. El hombre que nos inspira a todos un temor indecible».

Y aquella conversación, gracias al aparatito audiovisual que había implantado en el diván, *estaba siendo registrada* por sus propios equipos de escucha, a cargo de sus propios técnicos, por increíble y enloquecedora ironía. De los expertos de su propia empresa, en la sucursal que retransmitía la grabación a su central de Londres. Ya era demasiado tarde para borrar la conversación; los datos con la importantísima noticia ya habían sido enviados. Por supuesto, Brose tenía sus propios agentes infiltrados en Webster Foote Limited, lo cual quería decir que tarde o temprano, aunque no necesariamente en seguida, hasta el último detalle de aquella conversación llegaría al despacho de Ginebra. Lo cual significaba una sentencia de muerte, comprendió Foote, para todos los que se hallaban presentes en aquella habitación. Aunque me negase a participar, se dijo; aunque Adams y yo nos negásemos, no sería bastante, porque el viejo Stanton Brose no querrá correr ese riesgo. Y, en consecuencia, nosotros dos también seremos eliminados, por si acaso. Para asegurar su absoluta protección.

En voz alta, Foote dijo:

-Usted tiene la gráfica de las ondas cerebrales de Brose captadas por el aparato que instaló Lindblom. Y tiene acceso al mismo...

Se dirigía a Adams, naturalmente.

-Un tropismo -dijo Lantano, asintiendo con la cabeza.

-Como que los robots de Lindblom le conocen a usted y saben que era íntimo amigo de su dueño... -tras una ligera vacilación, Foote agregó-: Le recomiendo que vaya y emplee las ondas alfa como tropismo para dirigir un dardo homeostático convencional de gran velocidad. Instálelo en un lugar disimulado de su despacho en la Agencia, para que se dispare automáticamente tan pronto como capte y registre la presencia de esa peculiar onda cerebral.

Se hizo silencio.

-¿Podría instalarse esta misma noche? -preguntó Lantano a Foote.

-Sólo se requieren unos minutos para instalar el mecanismo de disparo de este dardo -contestó Foote- y para programarlo. El poner después el dardo en la posición adecuada es un juego de niños.

Adams le preguntó:

-¿Tiene... usted esa clase de arma?

-No -repuso Foote. Lo cual era verdad. Por desgracia, no poseía ningún dardo de esas características.

-Yo tengo uno -terció Lantano.

Foote dijo entonces:

-Quedan centenares de esos dardos homeostáticos de gran velocidad con punta de cianuro de los tiempos de la guerra, cuando estaban en acción los asesinos comunistas internacionales, y miles de los de baja velocidad cuyo rumbo puede corregirse después del lanzamiento, como el que mató a Lindblom. Pero son anticuados y poco fiables; tienen demasiados años...

-Repito -dijo Lantano- que yo tengo una de esas armas. El equipo completo con dardo, alojamiento para el mismo y mecanismo de disparo. Y en perfecto estado; a decir verdad, nuevo y flamante.

-Eso significa -observó Foote- que usted posee una máquina para viajar por el tiempo. El arma que usted menciona debe proceder directamente de quince o veinte años atrás.

Lantano asintió:

-Sí, poseo esa máquina -luego apretó fuertemente los puños-. Pero no sé cómo montar el arma. Los asesinos comunistas de antes de la guerra estaban perfectamente adiestrados; eran especialistas en su manejo. Pero yo creo que usted, con sus conocimientos en la materia... -miró de soslayo a Foote-. Usted podrá hacerlo, ¿no?

-¿Esta noche, pues? -dijo Foote.

-Brose posiblemente visitará el despacho de Adams mañana mismo -prosiguió Lantano-. Si instalamos el dardo esta noche, Brose puede estar muerto dentro de doce horas... veinticuatro a lo sumo. La otra alternativa, no hace falta decirlo, es que los muertos seamos los aquí presentes. Porque antes de cuarenta y ocho horas Brose ya tendrá conocimiento de esta conversación... gracias al aparatito espía que Foote ha instalado. No sé cómo es ni dónde lo ha puesto, ni cuándo o cómo lo instaló, pero sé que está en la habitación, y funcionando.

-Es verdad -murmuró Foote entre dientes.

-Conque no tenemos más remedio que seguir adelante -intervino entonces Adams-, y esta misma noche, como él dice. Muy bien, volaré inmediatamente a casa de Lindblom para procurarme ese trazado cerebral; se lo devolví al robot tipo VI que está allí de jefe. -Vaciló, al pensar de pronto en algo-. El Gestalt-macher poseía ese trazado. ¿Cómo lo consiguió? Lo tenía la persona que lo programó, y sólo pudo ser el mismo Brose. Ahora creo que tiene usted razón, Lantano; fue Brose quien suministró esos datos a la máquina.

-¿Acaso creyó usted -dijo Lantano con voz tranquila- que había sido yo el que envió esa máquina para matar a su amigo?

Adams titubeó antes de contestar.

-No sé. Alguien tuvo que hacerlo; eso era cuanto yo sabía. Eso, y la ficha que usted sabe; me pareció que...

-Me parece que usted lo creyó -dijo Foote.

Lantano le miró y sonrió, no con la sonrisa de un joven, sino con una sonrisa que tenía algo muy antiguo, llena de sabiduría primitiva. Una sabiduría elíptica e indómita, que podía permitirse el lujo de ser amable y tolerante, porque había visto muchas cosas.

-Usted es un indio americano -dijo Foote, comprendiéndolo todo de repente-. Procede del pasado donde, no sé cómo, logró apoderarse de una de nuestras actuales máquinas para viajar por el tiempo. ¿Cómo lo consiguió, Lantano? ¿Acaso porque Brose la envió a su época?

Después de una pausa, Lantano dijo:

-Para crear sus artefactos, Lindblom utilizó los ingredientes que componían el prototipo del arma avanzadísima basada en ese principio. Un geólogo se equivocó y algunos de los artefactos, en vez de quedar enterrados, aparecieron sobre el suelo a la vista de todos. Yo pasaba por allí casualmente al frente de una partida de guerreros. Ustedes no me habrían reconocido entonces; llevaba otro atuendo e iba pintarrajeado.

Nicholas Saint-James apuntó:

-Eras un cherokee.

-Sí -asintió Lantano-. Según vuestro calendario, vivía en el siglo XV. O sea, que he tenido mucho tiempo para prepararme en esto.

-¿Prepararse en qué?

-Usted sabe quién soy, Foote. O mejor dicho, quién fui en 1982, para ser exacto. Y quién seré dentro de poco. Sus hombres están repasando los Documentales. Voy a ahorrarle una búsqueda que puede ser larga y difícil: me encontrará usted en el capítulo diecinueve de la versión A, donde hago una breve aparición.

-Y ¿a qué personaje encarna usted? -le preguntó Foote con flema británica.

-Al General Dwight David Eisenhower. En aquella escena falsa, trucada desde el principio al fin, imaginada por Gottlieb Fischer, donde Churchill y Roosevelt, o mejor dicho los actores que encarnan a esos personajes para los fines didácticos de Fischer, conferencian con Eisenhower hasta llegar a una decisión acerca de la fecha hasta la cual podían aplazar la invasión del continente... lo que en su tiempo se llamó el Día D. Yo tenía que decir una frase falsa muy interesante... ¡nunca la hubiera dicho!

-Recuerdo perfectamente esa escena -dijo de pronto Nicholas.

Todos se volvieron a mirarle, sorprendidos.

-En ella tú decías -prosiguió Nicholas-: «Creo que, según los partes meteorológicos, el tiempo es lo bastante malo como para obstaculizar los desembarcos, y así explicar nuestro fracaso en establecer con éxito cabezas de playa». Eso fue lo que te hizo decir Fischer.

-Sí, señor -asintió Lantano-. Esas fueron mis palabras exactas. No obstante, los desembarcos se efectuaron con éxito. Porque, como muestra la versión B en una escena inspirada igualmente falsa destinada al consumo de las democracias populares, Hitler retuvo deliberadamente dos divisiones acorazadas en la zona de Normandía *para que la invasión pudiera realizarse con éxito.*

Todos guardaron silencio durante un rato.

-¿Significará la muerte de Brose el fin de la era iniciada con esos dos Documentales? -preguntó Nicholas, y se dirigió luego a Lantano para decirle-: Tú aseguras que tienes acceso a...

-La muerte de Brose -dijo Lantano en voz firme- inaugurará el día en que nosotros, de acuerdo con el Consejo de Reconstrucción, con quien ya he hablado del asunto, y todos en colaboración con Louis Runcible, que es pieza esencial del proyecto, decidiremos exactamente lo que habrá que decir a los millones de seres humanos que viven bajo tierra.

-¿Para que suban a la superficie? -preguntó Nicholas.

-Si así lo decidimos -contestó Lantano.

-¡Pero, hombre! -protestó Nicholas-, eso es obligado; toda la cuestión gira en torno a ese punto, ¿no es así?

Miró primero a Lantano, luego a Adams y por último a Foote, buscando su aprobación.

Dijo Foote:

-En efecto, eso creo. Estoy de acuerdo con usted. Y Runcible también estaría de acuerdo.

-Pero el que habla a los habitantes de los tanques es otro hombre -observó Lantano-. Talbot Yancy. ¿Cuál será su decisión?

Adams barboteó:

-¡Talbot Yancy no existe!

-Sí existe -dijo Foote. Volviéndose a Lantano, añadió-: ¿Qué decidirá Talbot Yancy?

«Creo que tú tienes autoridad para contestar -se dijo para sus adentros-. Porque tú lo sabes; y yo sé por qué lo sabes, y tú te das cuenta de ello. Ya no estamos metidos en un dédalo de mentiras; esto es real. Sé quién eres gracias a las fotografías que tomó nuestro satélite».

Tras una pausa, Lantano dijo con expresión pensativa:

-En un futuro próximo, y si todo va bien, Talbot Yancy anunciará que la guerra ha terminado, pero que la superficie sigue siendo radiactiva. Ello obligará a establecer un plan de evacuación gradual de los tanques. Se hará por etapas, paso a paso.

-¿Y eso será verdad? -preguntó Nicholas-. ¿Realmente los harán salir por etapas? ¿O acaso esto es otra... ?

Consultando su reloj, Lantano le interrumpió para decir:

-Tenemos que darnos prisa. Adams, vaya inmediatamente a Pennsylvania para procurarse esa onda alfa. Yo traeré los elementos que constituyen el arma elegida. Foote, usted vendrá conmigo... nos reuniremos con Adams en su despacho de la Agencia para que usted instale el arma, la programe y la deje preparada para mañana.

Se levantó y se encaminó hacia la puerta con paso ágil.

-Y yo, ¿qué? -preguntó Nicholas.

Lantano cogió el mapa militar de Foote y se lo tendió a Nicholas con estas palabras:

-Mis robots están a tu disposición, lo mismo que un volador ultrarrápido que te llevará con nueve o diez robots a Carolina del Norte. Este es el punto donde deben excavar. Te deseo buena suerte, porque de ahora en adelante tendrás que arreglártelas por tu cuenta. Esta noche tenemos que ocuparnos de otras cosas.

Dijo Foote:

-Me habría gustado no hacer esto con tantas prisas; haber tenido más tiempo para discutirlo -tenía miedo. No sólo el temor instintivo ordinario, sino un miedo precognitivo, extrasensorial-. Si tuviéramos un poco más de tiempo... -murmuró.

Lantano lo miró fijamente y le dijo:

-¿Cree usted que lo tenemos?

-No, desde luego -repuso Foote.

26

Acompañado de su nutrido séquito humano y mecánico, Joseph Adams abandonó el salón de la villa, seguido de Foote y Lantano, que salieron juntos.

-¿Programó Brose el Gestalt-macher? -preguntó Foote al joven moreno... joven entonces pero, como había visto en la toma conseguida por el satélite-espía, capaz o víctima de una oscilación que le llevaba a cualquier sector de su período vital.

Lantano le respondió:

-Teniendo en cuenta que la máquina estaba equipada con las ondas tipo alfa de...

-Que cualquier hombre de Yance puede sacar de cualquiera de las tres grandes computadoras -le atajó Foote, cuya voz no podía ser oída por Joseph Adams entre el estrépito que armaban los robots de su séquito-. Lantano, dejémonos de rodeos: *usted lo sabe*. ¿Es usted responsable de la muerte de Lindblom? Me gustaría dejar aclarado este punto antes de embarcarnos en esta aventura.

-¿Tan importante es? ¿Cree de veras que vale la pena saberlo?

Foote contestó:

-Sí. De todos modos, le seguiré.

Porque si no le seguía, sus vidas estaban amenazadas; el aspecto moral ya no tenía importancia a estas alturas. Había dejado de tenerla desde que instaló el aparatito transmisor. Si alguna vez alguien había sido víctima de su propia habilidad profesional, era él...

-Sí yo programé la máquina -dijo Lantano, conciso.

-¿Por qué? ¿Qué le había hecho Lindblom?

-Nada. En realidad, estaba en deuda con él, puesto que fue por su mediación como obtuve la máquina para viajar a través del tiempo; de no haber sido por él, yo ahora no estaría aquí. Y antes que él... -tras un brevísimo titubeo, añadió-: También maté a Hig.

-¿Por qué?

-Pues maté a Hig -dijo Lantano, en tono indiferente- para detener el proyecto especial. Para salvar a Runcible y hacer que a Brose le saliese el tiro por la culata. Y lo conseguí.

-Pero lo de Lindblom, ¿por qué? Lo de Hig aún lo comprendo, pero...

Hizo un expresivo ademán de asombro.

Lantano le contestó:

-Para cargar las culpas a Brose. Para reunir pruebas que convencieran a Adams de que Brose había matado a su mejor amigo, al único amigo que tenía en el mundo, según creo. Yo supuse que la máquina lograría escapar; no imaginaba que los robots de Lindblom fuesen tan eficientes y supieran moverse con tal celeridad. Evidentemente, Lindblom sospechaba algo, pero quizás esperaba el ataque por otro lado.

-¿Y qué se ha conseguido con su muerte?

-Adams ha sido obligado a actuar. Brose es muy desconfiado; aunque no tiene motivo racional o consciente, desconfía de mí y me rehuye. No se ha puesto ni se pondrá nunca a tiro para que yo pueda matarle. Ello quiere decir que necesito la ayuda de alguien para alcanzarlo. O bien Brose muere mañana por la mañana cuando visite el despacho de Adams, que es uno de los pocos lugares que Brose se atreve a visitar, o bien sigue vivo y tenemos Brose para otros veinte años, puede estar usted seguro de ello.

-En tal caso -comentó Foote-, usted hizo lo que debía.

Suponiendo que fuese cierto lo que le había contado. Y no había modo de verificarlo. ¡Veinte años más de Brose! Hasta que el viejo tirano tuviese ciento dos años. Una verdadera pesadilla, se dijo Foote. Y aún no hemos salido de ella; aún tenemos que despertar.

-Lo que Adams no sabe -dijo Lantano- y nunca averiguará, es un hecho deplorable que no debió producirse jamás. Hasta el día de su muerte, Lindblom estuvo debatiendo en su interior una decisión muy difícil de tomar. En realidad, casi la había tomado; se disponía a denunciar las reservas morales que Adams sentía frente al proyecto especial. Sabía que su amigo estaba a punto de informar a Louis Runcible para evitar que éste cayese en la trampa que se le había tendido; basándose en la información confidencial de Adams, Runcible habría publicado los hallazgos arqueológicos. Habría perdido su terreno de Utah, pero salvando su imperio económico y su libertad política. En realidad Lindblom era fiel a la Agencia, a Brose. Anteponía esa fidelidad a su amistad por Adams. Lo sé con seguridad, Foote, puede creerme. Al día siguiente Lindblom habría utilizado los canales apropiados, que él conocía perfectamente. Sabía a quién dirigirse para establecer contacto con Brose en su fortaleza de Ginebra. El mismo Adams temía que esto ocurriese y sabía que Lindblom tenía su vida en sus manos... Y esto era consecuencia de la elevada moral, de los escrúpulos de Adams, cosa más bien rara entre los hombres de Yance. Se daba perfecta cuenta de la maldad intrínseca del proyecto.

Guardó silencio hasta que Joseph Adams despegó dificultosamente en su volador y se perdió en el cielo nocturno.

Foote observó:

-Yo, en su lugar, no habría sido capaz de hacerlo. Quiero decir, matar a Hig, a Lindblom o a quien fuese.

En su profesión había visto ya demasiadas muertes.

-Pero ahora está dispuesto a colaborar en esta empresa -le dijo Lantano-, en la muerte de Brose. Eso significa que incluso usted a llegado a un punto determinado, cree y opina que no hay otro remedio sino la liquidación física. Yo he vivido seiscientos años, Foote; sé cuándo es necesario matar y cuándo no es.

«Sí -pensó Foote-. Desde luego lo sabes».

«Pero ¿cuándo y dónde terminará esto? -se preguntó-. ¿Será Brose el último? Nada nos garantiza que así sea».

Su intuición le decía que habría más muertes. Cuando se inauguraba esta manera de resolver los problemas, se adquiría una mentalidad incapaz de refrenar este impulso. Lantano... o Talbot Yancy, como no tardaría en llamarse, y no por primera vez, evidentemente, había trabajado durante siglos, para conseguir esto. Era manifiesto que después de Brose podía tocarle a Runcible, a Adams o, como venía figurándose desde que aquello empezó, a él mismo. A quienquiera que fuese «necesario» eliminar, para hablar en los propios términos de Lantano.

-Ese adjetivo; se dijo Foote es el favorito de, cuantos sienten ansias de poder. La «necesidad» que sentían era de orden interno, y consistía en satisfacer su ambición. Brose conocía esa necesidad: Lantano también, lo mismo que muchos hombres de Yance y otros que aún no habían llegado a serlo. Cientos, por no decir miles de comisarios políticos en los tanques subterráneos, pensó Foote, están gobernando como auténticos tiranuelos gracias a su vínculo con la superficie, y porque poseen la gnosis, el conocimiento secreto del estado de cosas aquí arriba.

Pero en el caso de este hombre, la ambición ha abarcado varios siglos.

¿Quién es, pues, el más peligroso? se preguntó Foote mientras seguía a Lantano hasta el volador ultrarrápido que les esperaba. ¿El hombre de seiscientos años llamado Lantano/Yancy/Veloz Pluma Roja, o cualquiera que fuese su nombre cheroquee originario, que en la fase de decrepitud de su ciclo sería idéntico a una mesa de roble... un maniquí que,

para asombró y el pánico de muchos miembros de la Agencia y muchos latifundistas, se levantará de repente y se pondrá a caminar convertido en un ser real?... Eso, o la dictadura de un ser monstruoso, y senil escondido en Ginebra; donde maquina planes encaminados a reforzar y ampliar los diques que salvaguardan su existencia. ¿Cómo puede un hombre en su sano juicio escoger entre estas dos alternativas sin perder su cordura? Somos una raza maldita, se dijo Foote; el Génesis tiene razón. Si ésa es la decisión que nos toca tomar; si no hay otra opción salvo la de hacernos monigotes del uno o del otro, peones que Lantano o Stanton Brose moverán a su antojo y de acuerdo con sus grandiosos planes.

Pero ¿será eso todo?, se preguntó luego Foote, mientras subía con semblante meditabundo al volador para sentarse junto a Lantano, quien puso inmediatamente el motor en marcha. El aparato se elevó en la oscuridad, dejando atrás la zona radiactiva de Cheyenne y la mansión a medio construir, brillantemente iluminada... mansión que, indudablemente, tarde o temprano habría de quedar terminada.

-Las piezas que forman el arma están en el asiento trasero -dijo Lantano-, cuidadosamente guardadas en su caja de cartón original, tal como salió de la factoría automática.

Foote observó:

-Eso significa que usted se había anticipado a mi decisión.

-El viaje a través del tiempo -repuso Lantano- es una escuela muy útil.

Esta fue su lacónica respuesta; luego siguieron volando en silencio.

Hay una tercera opción, se dijo Foote, que seguía sumido en sus meditaciones. Una tercera persona que dispone de un poder enorme y no es un peón movido por Lantano ni por Stanton Brose. Louis Runcible está en su lujosa villa de Ciudad del Cabo, tomando un baño de sol en su jardín rodeado de enredaderas. Si queremos encontrar hombres cuerdos y decisiones sensatas encontraremos ambas cosas allí, en Ciudad del Cabo.

-Seguiré adelante, como he dicho -dijo Foote en voz alta-. Me encargaré de instalar el arma en el despacho de Adams.

Y después, decidió, me largaré a Ciudad del Cabo para hablar con Louis Runcible.

«Me encuentro físicamente mal -pensó-, a causa del aura de "necesidad" que emana del hombre qué está a mi lado... soy demasiado sencillo para comprender ese género de realismo político y moral en toda su profundidad; a fin de cuentas yo sólo he vivido cuarenta y dos años, y no seiscientos».

«Y tan pronto como llegue a Ciudad del Cabo -siguió pensando Foote-, pegaré el oído a todos los transmisores de noticias, y no descansaré hasta oír la noticia, procedente de Nueva York, de que el viejo, gordo y senil Stanton Brose ha muerto... naturalmente, siempre que el golpe de Estado dado desde dentro de la propia Agencia por el más joven y brillante de sus redactores (santo Dios, ¿un hombre de seiscientos años es joven?) haya triunfado».

«Después de lo cuál espero que Louis Runcible y yo podamos llegar a un acuerdo, que se nos ocurra alguna idea acerca del curso a seguir. Veremos cuál es nuestra "necesidad"».

Porqué de momento no lo sabía, por más que se devanaba los sesos.

Entonces dijo en voz alta:

-¿Está usted dispuesto a presentar su candidatura ante el Consejo de Reconstrucción cuando Brose haya muerto, como legitimación para gobernar el planeta? La candidatura de Protector omnipotente por encima del General Holt y del Mariscal Harenzany...

-Pero ¿acaso no lo saben ya todos y cada uno de los cientos de millones de seres humanos que viven en los tanques? ¿No hace años que está plenamente establecida la autoridad suprema del Protector?

-¿Y qué pasaría con los robots? -preguntó Foote-. ¿Le prestarán obediencia? ¿No preferirán obedecer a Holt o a Harenzany, si las cosas llegan a ese punto?

-Olvida que tengo acceso al simulacro, al muñeco sentado detrás de su escritorio. Yo soy su programador... preparo sus discursos con la ayuda del Megavac 6-V. En consecuencia, hasta cierto punto ya he iniciado la transición; me limitaré a fundirme con él, no aboliéndolo

de repente, sino mediante una... -Lantano hizo un vago ademán-. Ya lo he dicho... mediante una *fusión*.

A lo que Foote dijo:

-No creo que le guste demasiado verse atornillado a la mesa. Creo que esa parte puede suprimirse, perfectamente. En realidad Yancy podría iniciar una serie de visitas a los tanques más representativos. Es como cuando Churchill visitaba las zonas bombardeadas de Inglaterra durante la Segunda Guerra Mundial: Gottlieb Fischer no tuvo necesidad de trucar esas secuencias, eran harto reales.

-Durante los siglos de su vida pasada; ¿limitó usted su actividad pública a esa escena falsificada que aparece en el Documental de Fischer, en la que representa a un General norteamericano de la segunda contienda mundial? ¿O bien...? -su intuición extrasensorial era muy aguda en aquellos momentos, y le decía que había algo más-. Se lo diré de otro modo: ¿Tuvo usted poder en alguna ocasión... un poder más o menos grande, aunque no fuese tanto como el del Protector supremo, que se extiende a todo el planeta?...

-Hasta cierto punto, he mantenido siempre alguna actividad. Mi papel tiene una continuidad histórica y evolutiva.

-¿Podría darme algunos nombres que yo conociese?

El hombre que se sentaba a su lado contestó:

-Sí, varios.

No le dio más detalles, y era evidente que no pensaba hacerlo; guardó silencio mientras el volador ultrarrápido se desplazaba como una exhalación sobre la oscura superficie de la Tierra, rumbo a la ciudad de Nueva York.

-No hace mucho -aventuró Foote cautelosamente, sin confiar demasiado en recibir respuesta a lo que iba a decir-, algunos de mis mejores agentes, interrogaron a fugitivos de los tanques que habían conseguido subir a la superficie, y les hicieron confesar lo que para mí es un hecho intrigante, a saber: que una débil señal de televisión, no la normal emitida desde Estes Park a través del cable coaxial, había aludido en forma velada a ciertas irregularidades aparecidas en discursos oficiales, que se daban por auténticos...

-Ahí cometí un error -dijo Lantano.

-Entonces, fue usted.

Ya sabía cuál era el origen de la señal misteriosa. Una vez más, una de sus intuiciones había resultado ser cierta.

-Sí, cometí una equivocación -agregó Lantano-. Que estuvo a punto de costarle la libertad a Runcible, lo que para él habría equivalido a una sentencia de muerte. Lógicamente, tuve que interrumpir las emisiones cuando descubrí que Brose las atribuía a Runcible. Lo único que conseguí con ello fue exponer a Runcible a ser liquidado por los agentes de Brose. Y yo no quería eso, por lo que desconecté la intercepción que había establecido sobre uno de los cables coaxiales periféricos... pero ya era demasiado tarde. El extraño, tortuoso y astuto pero infantil cerebro de Brose ya había concebido el proyecto especial. Los engranajes, se habían puesto ya en movimiento, y todo por culpa mía. Esta sensación de culpa me abrumaba. Y fue en ese punto cuando...

-Usted logró pararle los pies a Brose -dijo Foote con sorna.

-Tenía que hacerlo; la responsabilidad era sólo mía. Por mi culpa, la sospecha latente de Brose dio lugar a una crisis. Por supuesto, yo no podía dar la cara, ni qué decir tiene. Entonces decidí acabar con Hig. Estando las cosas ya tan adelantadas, me pareció el procedimiento más expeditivo, la única manera deponer freno al proyecto, desbaratándolo de manera definitiva en vez de limitarme a retrasarlo.

-Y, cómo usted dice, sin exponerse ni dar la cara.

Lantano replicó:

-La situación era difícil y peligrosa, y no sólo para Runcible... -Miró de soslayo a Foote-. Para mí también; y yo no estaba dispuesto a arriesgar el pellejo.

«Que Dios, me asista, -pensó Foote-, y me libre de este hombre. Ya desearía veme solo sobre el Atlántico, en mi volador; y en contacto con Runcible por videófono para anunciarle mi llegada. ¿Y si Runcible no me hiciese caso?»

Este preocupante pensamiento con todas sus posibles consecuencias abrumó el espíritu de Foote mientras cruzaban los Estados Unidos hacia el edificio de la Agencia de Nueva York, donde estaba el despacho de Joseph Adams.

El despacho estaba a oscuras. Adams aún no había llegado.

-Naturalmente, tardará algunas horas en hacerse de nuevo con el diagrama cerebral de Brose -dijo Lantano. Nervioso y aparentemente inseguro, lo cual resultaba extraño en él. Consultó su reloj de pulsera y comprobó la esfera quedaba la hora de Nueva York-. Tal vez haríamos bien en sacar ese diagrama de la propia Megavac 6-V. Entretanto, empiece usted a montar el arma.

Se hallaban en el pasillo, frente al despacho que Adams tenía en el 580 de la Quinta Avenida.

-Ponga usted manos a la obra mientras yo voy en busca del encefalograma...

Y Lantano se alejó con rapidez. Foote le llamó para decirle:

-¡Oiga! ¡No puedo entrar! Las únicas llaves las tienen Adams y Brose, que yo sepa.

Volviéndose para, mirarle, Lantano dijo:

-Pero ¿usted no es capaz de...?

-Mi empresa, en efecto -repuso Foote-, posee llaves falsas y ganzúas capaces de abrir cualquier cerradura, por complicada o difícil que sea. Pero ahora...

No las llevaba consigo; estaban todas en Londres o distribuidas por las delegaciones que tenía la empresa en todo el mundo.

-Entonces, será mejor que nos quedemos aquí a esperar -dijo Lantano contrariado, pero resignándose frente a la realidad de los hechos.

Tenían que esperar a Adams; no sólo para tener el encefalograma de Stanton Brose que permitiría disponer el arma, sino pura y simplemente para poder entrar en el despacho, a donde el gordo y caduco Brose acudiría sin duda a primera hora de la mañana siguiente, adelantándose a su propio dueño. Fuera de Ginebra, aquel despacho era uno de los pocos lugares dónde se sentía seguro, al parecer. Y atacarle en Ginebra era imposible; si tenían que alterar sus planes para tratar de liquidar a Brose en otro sitio, ya podían darse por muertos.

Conque esperaron.

-Vamos a suponer -dijo Foote de pronto- que Adams cambia de opinión y no viene.

Lantano le fulminó con la mirada.

-Vendrá, hombre. Ya lo verá.

Sus negros y profundos ojos parecían echar veneno ante la simple mención de aquella posibilidad.

-Esperaré exactamente quince minutos a partir de ahora -dijo Foote, flemático e imperturbable, y sin intimidarse ante aquella furiosa mirada- y después me iré.

Ambos continuaron la espera, minuto a minuto.

Y a cada minuto que pasaba, Foote estaba más seguro de que Adams no vendría; de que se había amilanado. Y esto hacía suponer que había establecido contacto con Ginebra. Es la única suposición válida que podemos hacer, pensó. Lo cual significa que, en vez de esperar a Adams, a quien estamos esperando es a los asesinos de Brose. Estamos esperando en este pasillo a que vengan a matarnos.

-El futuro -le dijo a Lantano- no es más que una serie de alternativas, ¿cierto? Unas más probables que las otras.

Por toda respuesta, Lantano lanzó un gruñido.

-¿No es previsible, como una de esas alternativas futuras, que Adams informe a Brose para salvar su piel a expensas de las nuestras?

El interpelado contestó secamente:

-Sí pero la probabilidad es sólo de una entre cuarenta.

-No olvide que yo poseo la facultad de premonición extrasensorial -le observó Foote. Y esta facultad, pensó, me dice que no son esas las probabilidades. Es mucho más probable que estemos aquí, atrapados como moscas flotado y ahogándonos en el tarro de miel que habrá servido para nuestro propio exterminio. Para que nuestra propia impaciencia nos acarree la muerte.

La espera se hacia muy difícil y psicosomáticamente se estaba sintiendo muy incómodo. Y a pesar de las palabras de Lantano y de lo que señalaba su reloj, resultaba larguísima. Foote se preguntó si podría resistir más tiempo.

O, teniendo en cuenta la rapidez con que Brose desplazaba sus agentes, si podría, además, contarlo.

27

Después de pasar por la mansión de Verne Lindblom para ir a recoger el diagrama cerebral de Stanton Brose, que el robot-jefe del tipo VI se apresuró a entregarle, Joseph Adams, su séquito de robots y los guardaespaldas que le había proporcionado Foote emprendieron el vuelo sin rumbo fijo, sin dirigirse a Nueva York ni hacia ningún lugar determinado.

Cuando llevaba unos cuantos minutos de este vuelo al azar, uno de los cuatro agentes de Foote sentados a su espalda se inclinó hacia él y le dijo con voz torva y amenazadora:

-Diríjase inmediatamente a la Agencia de Nueva York, si no quiere qué le atraviese con mi rayo láser.

Adams notó en la nuca el frío contacto de la boca metálica de una pistola láser.

-Creí que era usted mi guardaespaldas -rezongó Adams entre dientes.

-Está usted citado en su despacho con los señores Foote y Lantano -replicó el agente-. No puede usted faltar a esa cita.

Joseph Adams llevaba en torno a su muñeca izquierda un hilillo áureo similar a una alarma de muerte. Se lo había puesto después del asesinato de Verne Lindblom, pero en realidad era un aparato de alarma que le conectaba por microondas con su séquito de robots, apretujados junto a él en el gigantesco volador. Debatió en su interior qué ocurriría si lanzase la señal: ¿le mataría primero el comando de Foote, que era un hombre curtido y experimentado, o bien sus robots, todos ellos veteranos de guerra, tendrían tiempo de liquidar a los cuatro agentes?

Cuestión verdaderamente interesante.

Y más teniendo en cuenta qué dependía de ella su propia vida.

Aunque... ¿por qué no ir a la Agencia? ¿Quién le impedía hacerlo?

El miedo que me inspira Lantano, se dijo. Lantano sabía demasiado, conocía demasiados detalles sobre la muerte de Verne Lindblom. Pero también tengo miedo de Stanton Brose, pensó; tengo miedo de ambos, pero conozco a Brose, y Lantano, en cambio, es una incógnita. Y por ello, Lantano hace surgir en mi interior una cantidad mayor de esa terrible niebla gris que todo lo devora y lo inunda, chupándome la vida... y eso que, como bien sabe Dios, considero a Brose rematadamente malo. Su proyecto especial fue el colmo de la maldad y el cinismo, añadidos a esa extraña mezcla de astucia senil y de malicia casi infantil que tiene ese hombre, que le hace babear y brillar sus duros ojos por lo que disfruta con ello.

Y Brose irá empeorando, se dijo. A medida que su cerebro se vaya degradando más y más, a medida que sufra minúsculos derrames por rotura de capilares. A medida que una región tras otra de su tejido cerebral vaya pereciendo privadas de oxígeno y nutrición, lo que reste será aún más repugnante, menos de fiar desde el punto de vista ético y pragmático.

Bajo el degenerado gobierno de Stanton Brose, los veinte años siguientes aún serían mucho más terribles a medida que el órgano central y dirigente se fuese degradando cada vez más,

Librodot

inexorablemente, arrastrando al mundo en su decadencia. Y todos los hombres de Yance, y él mismo con ellos, serían movidos y zarandeados como muñecos por las manos convulsivas de su dirigente medio loco. A medida que el cerebro de Brose fuese perdiendo sus facultades, ellos, como simples apéndices de Brose, degenerarían, todos al unísono. Santo cielo, qué perspectiva.

La fuerza sobre la cual ejercía tan extraordinario poder Lantano -el tiempo- era la misma que corrompía los tejidos orgánicos de Stanton Brose. De aquí se deducía que...

De un solo golpe, consistente en soltar el dardo homeostático alfatrópico con punta de cianuro, aquella fuerza degradante desaparecería de sus vidas. ¿Y no era ése el único propósito racional de aquel vuelo a Nueva York para acudir a su propio despacho, donde le esperaban Lantano y Foote?

Pero el organismo de Joseph Adams no se dejaba convencer y lanzaba sus secreciones metabólicas de miedo a través de su sistema nervioso simpático. Se debatía buscando alivio... buscando una escapatoria. *Quiero escapar*.

Y Foote también quiere lo mismo; eso estaba claro, se dijo. Se veía a la legua en la expresión de su cara. Aunque no lo sienta de manera tan acuciante como yo en este momento. Porque de haberlo sentido, no habría ido a Nueva York, sino que habría procurado largarse. Webster Foote es un viejo zorro con muchos recursos. Y yo no soy como él, pensó; no estoy preparado para estas eventualidades.

-De acuerdo -dijo Adams al agente de Foote que le apuntaba con la pistola de rayos láser-. Me he desorientado un momento; ahora ya sé el rumbo que debo tomar.

Describió una curva y enfiló el volador hacia Nueva York.

Tranquilizado, el comando de Foote volvió a meter la pistola en la funda que llevaba sujeta a un costado, mientras el volador ponía rumbo al noroeste.

Joseph Adams activó inmediatamente la alarma de su muñeca izquierda. Sus robots captaron al instante la señal de microondas, aunque los sentidos de Adams nada percibieron. Ni los cuatro agentes de Foote tampoco.

Mientras Adams miraba fijamente los mandos, sus robots, en una breve escaramuza, terrible pero silenciosa, dieron muerte a los cuatro agentes de Foote. La lucha terminó en un lapso tan breve que Adams casi no daba crédito a su sentido. Una escotilla trasera del volador se abrió y, con muchos tirones, chirridos y golpeteo, los robots arrojaron por ella los cuatro cadáveres, que cayeron en la negrura de la noche, una noche que a Adams le parecía interminable.

Dijo entonces en voz alta:

-¡Ea!, que no voy a Nueva York.

Acto seguido cerró los ojos. *In nomine domini*, pensó. Es espantoso: he matado a cuatro hombres. Siempre tendré que soportar ese peso. Él lo había ordenado... y sin emplear sus propias manos. Lo que aún era peor. Pero ellos me pusieron una pistola en la nuca, se dijo, y el pánico me hizo perder la cabeza; me amenazaron con matarme si no iba a Nueva York, y yo no puedo ir... que Dios nos asista a todos. Lo cierto es que para vivir tenemos que matar; el precio del horrendo trato es de cuatro vidas por una.

Como quiera que fuese, ya estaba hecho. Entonces hizo describir un viraje al volador y puso rumbo al sudeste, hacia Carolina, y no hacia Nueva York, que ya no volvería a ver.

Tardó varias horas en distinguir el sector iluminado entre las tinieblas del terreno que señalaba el lugar de las excavaciones.

Programado por Adams, el volador inició su espiral descendente hacia el lugar donde Nicholas Saint-James dirigía las excavaciones que efectuaban los robots de David Lantano, en busca de un depósito médico-quirúrgico del Ejército y de los artiforgs que pudiera contener.

Después de tomar tierra, Adams se encaminó al lugar de las excavaciones. Vio a Nicholas Saint-James sentado a un lado y rodeado de cajas de cartón, lo que le hizo suponer que el trabajo había dado el fruto apetecido. El depósito del antiguo Ejército de los Estados Unidos

había sido localizado y se habían rescatado los artículos médicos que contenía. En el argot de los hombres de Yance, era un regalo de Navidad.

Levantando la vista al oír que se acercaba el primer robot, Nicholas gritó:

-¿Quién vive?

Al mismo tiempo, los robots de Lantano dejaron su trabajo y sin que nadie se lo ordenase se dirigieron hacia Nicholas, a fin de protegerle; sus extensiones manuales acudieron a las armas que llevaban en la parte media de su cuerpo. Todo lo hicieron rápida y suavemente, y todos a una.

Adams dio una orden y sus propios robots le rodearon igualmente en una disposición defensiva. Los dos hombres quedaron separados por una doble barrera de robots enfrentados... ellos no podían verse...

-Saint-James... ¿se acuerda de mí? Soy Joe Adams; nos conocimos en casa de David Lantano. He venido a ver si ha tenido usted suerte y si ha conseguido encontrar su artiforg.

-Sí, he tenido mucha suerte -le contestó Nicholas, gritando también para hacerse oír-. Pero ¿a qué viene ese despliegue de robots? ¿Quién lucha contra quién y por qué?

-Yo no quiero luchar -dijo Adams-. ¿Puedo retirar a mis robots? Haga usted lo mismo con los suyos y deme su palabra de que no cometerá ninguna acción hostil.

Verdaderamente asombrado, Nicholas repuso:

-Pero si no hay guerra; así me lo dijo Blair, y, además, he visto esos magníficos latifundios con mis propios ojos. ¿Por qué tiene que haber «acciones hostiles» entre usted y yo? ¿A santo de qué, pregunto?

-No hay motivo, en efecto.

Adams hizo una señal a sus robots y éstos se retiraron a regañadientes. Porque, al fin y al cabo, todos eran veteranos de guerra, la guerra de verdad que terminó hacía trece años.

Completamente solo, ya como un mero ser humano, Adams se aproximó al antiguo morador del tanque.

-¿Conque encontró usted el artiforg que buscaba?

Excitado y contento como un niño en Día de Reyes, Nicholas exclamó:

-¡Sí! Tres artiforgs un corazón, un riñón y luego un páncreas, todavía en su embalaje original... un recipiente de aluminio herméticamente cerrado -se lo mostró con orgullo-. Se hizo el vacío en el interior del recipiente; seguro que estarán como nuevos. Mire, aquí dice que este recipiente puede mantener su contenido en perfecto estado durante cincuenta años.

-Bueno; al fin lo consiguió usted -le dijo Adams.

«Has conseguido lo que saliste a buscar a la luz del día -pensó-. Tu viaje ha terminado. Has tenido suerte, chico. ¡Si las cosas fueran tan sencillas para mí! Ojalá lo que yo necesito de manera perentoria para vivir fuese algo que pudiese tener así, en la mano, palpable, con sus letras rojas claramente visibles... algo que se pudiese coger y manejar; un objeto duro y material... y mis temores fuesen igualmente concretos. Y se limitasen como en tu caso, al temor de no encontrar un artículo bien determinado de la pasada guerra, para una vez encontrado dicho artículo, poseerlo en la medida que se puede poseer algo en esta vida, conservarlo y guardarlo. Pero yo lo he perdido todo: mi propiedad, mi empleo, y ahora me propongo renunciar a la superficie de la Tierra para no acabar como acabó Verne Lindblom. Porque sé que fue David Lantano quien lo mató. Lo supe tan pronto como Lantano admitió que poseía todas las piezas del dardo. Las piezas que constituyen el arma mortífera que ahora todos conocemos: el dardo homeostático de alta velocidad con punta de cianuro. Aunque, en el caso de Verne, se empleó el de baja velocidad, y no un modelo oxidado, sino uno nuevo y flamante... como el que se clavó en el corazón de Verne Lindblom».

«Recién fabricado, como había admitido el propio Lantano. Venido directamente de los años de guerra, de trece años atrás, por medio de la máquina para viajar por el tiempo. Y que debe instalarse en mi despacho para matar a Brose como fue muerto Verne; justo es reconocer que la muerte será instantánea e indolora, pero por ello no deja de ser un asesinato, como el

que yo cometí con los cuatro agentes de Foote. Pero... así están las cosas. Y yo me voy. Bajo a las entrañas de la Tierra».

-¿Piensa usted regresar a su tanque? -preguntó a Nicholas.

-Enseguida. Cuanto menos tiempo permanezca el viejo Souza hibernado, mejor. Siempre se corre el peligro de que el cerebro sufra lesiones irreversibles. Dejaré a los robots de Lantano aquí para que saquen el resto de los artiforgs; supongo que Lantano y Foote podrán repartírselos o llegar a algún acuerdo.

-Sí, creo que se pondrán de acuerdo -dijo Adams-. Fue Foote quien proporcionó el mapa; Lantano puso los robots y el equipo de excavación. Ya encontrarán un medio de repartirse el hallazgo.

«Lo que sí es extraño -pensó- es que te permitan llevarte el páncreas sin imponerte condiciones. No te han pedido nada a cambio. Eso quiere decir que no son tan *malos*, dando a esa palabra un sentido vulgar y corriente. Foote y Lantano, con dignidad y caridad, lo convinieron todo para que tú obtuvieras aquello de que Brose te había privado, no sólo a ti, sino a todos los habitantes del planeta, pues se lo ha reservado para sí mismo. Brose... que desconoce lo que es la caridad».

-Creí que debía reunirse con ellos en Nueva York -observó Nicholas.

-Ya sabrán arreglárselas solos.

En efecto, podían sacar el diagrama cerebral de Brose del Megavac 6-V; tarde o temprano se les ocurriría hacerlo, al ver que él no aparecía... sin duda lo habían hecho ya. Y si no lograban instalar el dardo en su despacho, si no podían abrir la complicada cerradura mediante las herramientas y la destreza de Foote, hallarían otro lugar adecuado en el corredor, que era el único acceso a su despacho y el camino que tendría que seguir Brose para llegar hasta él. Intuía que Foote y Lantano sabrían hallar la solución.

Pero no le perdonarían jamás el no haber acudido a la cita.

Si no conseguían eliminar a Brose, entonces aquel viejo y senil montón de grasa no dudaría en aniquilarlos, y de paso posiblemente también a Adams. Pero si lo eliminaban... entonces, cuando Foote y Lantano -especialmente Lantano- se hubieran hecho con el poder sustituyendo a Brose, se dedicarían a cazarle. No tendrían prisa; su venganza podría esperar. Pero ésta llegaría inexorablemente; tarde o temprano. Cualquiera que fuese el resultado de la trampa que en aquellos momentos estaban tendiendo a Brose en el edificio de la Agencia.

-¿Le dijo usted a Lantano -preguntó entonces a Nicholas- de qué tanque procedía?

-¡Por Dios; no! -exclamó Nicholas-. Debo proteger a la gente que vive en él; tengo allí a mi mujer y a mi hermano menor, en el... -Se interrumpió a tiempo-. Sólo se lo he dicho a un fugitivo que vive en las ruinas de Cheyenne y se llama Jack Blair. -Se encogió de hombros con estoicismo-. Pero seguramente Blair lo habrá olvidado; todos los que vi entre aquellas ruinas me parecieron un poco desquiciados -y continuó en tono sereno-: Soy el presidente electo de mi tanque. Pesa sobre mí una terrible responsabilidad. Por eso me enviaron personalmente a la superficie en busca de este artiforg.

Después de estas palabras, dio media vuelta y se encaminó hacia el volador posado en el suelo.

Adams le preguntó:

-¿Me permite que le acompañe?

-¿Al tanque?... -Nicholas parecía sorprendido, pero ante todo preocupado; lo que le inquietaba era su artiforg y la misión de llevárselo intacto a su tanque-. ¿Quiere decir que quiere bajar conmigo? ¿Por qué?

-Debo ocultarme en alguna parte -repuso Adams escuetamente.

Tras una pausa, Nicholas musitó:

-Usted tiene miedo de Lantano.

-En efecto -dijo Adams-, de Lantano y de todos. Han matado al único amigo que tenía en este mundo; ahora vendrán por mí. Pero si estoy allá abajo, y mientras no sepan en qué tanque me oculto, quizá pueda salvarme. A menos que me denuncie su comisario político...

-Nuestro comisario político -repuso Nicholas fríamente- vino de Estes Park, terminada la guerra. Está enterado de todo. En consecuencia a partir de ahora no habrá comisario político en el Tom Mix. Al menos, él no será.

Otra muerte en perspectiva, pensó Adams. Y también «necesaria», como todas las anteriores; como también iba a serlo la suya, llegado el caso. Y con todo... esta ley, esta necesidad, ha existido siempre y para todos los seres vivientes. Lo que ocurría en aquellos momentos era un caso particular tan sólo, una aceleración de los procesos naturales.

-Por supuesto -dijo Nicholas-, será usted bienvenido. Por lo que le oí decir en casa de Lantano, entiendo que aquí está como sobre ascuas; esto se ha convertido para usted en un infierno.

-Sí, un infierno -repitió Adams. En efecto, para él aquello era el lugar donde ardían las almas condenadas; el fuego eterno, las llamas del Averno, los carbones encendidos, los pozos creados por la guerra trece años atrás... él lo había vivido, primero bajo la llama abrasadora de la guerra, después bajo esta otra forma... la niebla fría e insidiosa, y luego también bajo el nuevo y más terrible aspecto: el fuego interior que le atormentaba con intensidad desconocida desde que se enteró de la muerte de Verne Lindblom.

-Tendrá que acostumbrarse al confinamiento y al hacinamiento que hay allí abajo -le dijo Nicholas mientras ambos se dirigían al volador, seguidos por los robots de Adams-. Y no podrá traerse a esos -señaló con un gesto a la hilera de hombres mecánicos-; tiene que venir solo. Allí tenemos muy poco espacio disponible; de hecho, en mi vivienda compartimos el cuarto de baño con otra familia...

-No importa -dijo Adams. Estaba de acuerdo con todo. Prescindiría hasta del último de sus robots, renunciaría también a esto y aún se daría por satisfecho. Y... le gustaría tener que compartir el cuarto de baño con los vecinos. Para él no sería una incomodidad, sino un placer, porque aquello compensaría los años de soledad como dóminus de su inmensa y silenciosa mansión, rodeada de bosque y de la insidiosa niebla del Pacífico.

Los habitantes del tanque no lo entenderían. Quizá les extrañaría la prontitud con que se adaptaría a aquella vida confinada... después de haber sido un funcionario del gobierno de Estes Park, como no tendría más remedio que confesarles. Al igual que los comisarios políticos, él descendería a su tanque para compartir sus privaciones con ellos... o así lo pensaría aquella gente.

¡Qué irónico!

28

El volador se elevó en medio de las tinieblas nocturnas y puso rumbo al noroeste, hacia la zona radiactiva de Cheyenne. A bordo llevaba solamente dos hombres. Todos los robots, tanto los de Adams como los de Lantano, quedaban en tierra para seguir cavando. Adams se preguntaba si ya habrían empezado a pelearse, si el resentimiento latente entre ambas facciones habría estallado ya en lucha abierta. Era muy probable.

Abrir de nuevo el túnel vertical que conducía al Tom Mix resultó ser un arduo problema. Al amanecer, y gracias a los aparatos traídos por Adams de su mansión de la costa del Pacífico, ambos consiguieron perforar la durísima corteza de roca fundida que los dos robots de Lantano habían emplazado para taponar la boca del túnel e impedir su posterior utilización. Nicholas y Adams tuvieron suerte en localizar el paraje, aunque la minuciosidad del trabajo realizado por los robots fue una gran ayuda. El lugar destacaba incluso de noche por estar

Librodot

totalmente desprovisto de hierba, por su superficie lisa y de aspecto artificial, que parecía un gigantesco ojo de obsidiana entre los matorrales y pedruscos del desierto.

Finalmente la entrada quedó practicable. Habían deshecho la obra tan profesional y concienzuda de los dos robots desaparecidos, aunque necesitaron varias horas para ello.

Joseph Adams puso el piloto automático del volador y lo despachó. El aparato se elevó hasta desaparecer en la luz grisácea del alba. Si lo hubieran dejado allí, habría constituido un claro indicio delator. Pero aún les quedaba el problema de sellar de nuevo la boca del túnel después de entrar, haciéndolo de tal manera que ni los instrumentos más sensibles consiguieran detectarla.

El y Adams decidieron construir un enorme tapón. Era un disco de tierra dura y cubierta de hierba, que tenía el mismo diámetro de la boca del túnel. Esa parte del trabajo resultó relativamente fácil; luego ambos entraron en el túnel y una vez allí, mediante una serie de cables sujetos a las barras de acero que habían clavado en la parte inferior del tapón, arrastraron el círculo de tierra dura y hierbas hasta dejarlo asegurado sobre sus cabezas. Cuando desapareció la luz grisácea del amanecer, encendieron sus linternas. Luego, tirando con fuerza de los cables, hicieron que el gigantesco tapón quedase bien empotrado.

A continuación, y con sumo cuidado, arrancaron todas las barras metálicas retirándolas junto con los cables, pues cualquier detector de metales las habría localizado; aquel tropismo habría señalado su escondite a los sabuesos que tarde o temprano enviarían tras ellos.

Cinco minutos después Nicholas, con un golpe de su bota, rompía el sello de la base del túnel. Bajo la dirección experta de Jorgenson, el comité de activistas del tanque había procurado que el sello pudiera quitarse fácilmente desde arriba, teniendo en cuenta que cuando Nicholas regresara, con el artiforg o sin él, tendría que utilizar necesariamente aquella ruta.

Todos los jefes del comité, Haller, Flanders y Jorgenson esperaban apretujados en el pequeño almacén de la planta primera, empuñando las extrañas pistolitas de láser que ellos mismos se habían fabricado en los talleres del tanque.

-Hacía una hora que le estábamos oyendo -dijo Jorgenson-. Hemos oído los golpes y el estrépito que ha armado para abrir de nuevo la boca del túnel. Como es natural, teníamos instalado un sistema de alarma, que nos despertó exactamente a las cuatro de la madrugada. ¿Qué tal le ha ido?

Vio entonces el cilindro de aluminio en manos de Nicholas.

-¡Lo consiguió! -gritó Haller.

Nicholas repuso:

-Sí, lo conseguí. -Tendió el cilindro a Jorgenson y se volvió para ayudar a Adams, que salía del túnel, a bajar hasta la abarrotada estancia-. ¿Qué hay de Dale Nunes? ¿Ha denunciado mi fuga?

-Nunes ha muerto -contestó Jorgenson-. Como consecuencia de un accidente de trabajo. En los talleres de la última planta, donde estaba... en fin, ya sabe, instándonos a una mayor producción. Se acercó demasiado a un cable de alta tensión y, por el motivo que fuese y que ahora no recuerdo... En fin, que el cable no estaba debidamente protegido.

-Y entonces un estúpido empujó sin querer a Nunes, haciéndole caer sobre el cable. Quedó instantáneamente electrocutado -agregó Haller-: Ya lo hemos enterrado. Había que escoger entre esto, o denunciar la desaparición de usted.

-Y luego, en su nombre -dijo Jorgenson- y haciendo como si aún estuviese aquí, enviamos un informe oficial a Estes Park, pidiendo otro comisario político para sustituir al comisario Nunes. Naturalmente, manifestamos el sentimiento que nos había causado su muerte.

Se hizo un súbito silencio, que Nicholas rompió para decir:

-Voy a llevar el artiforg a Carol -y luego, dirigiéndose a todos, dijo-: No lo he traído para que podamos cumplimentar nuestro cupo, sino únicamente para salvar a nuestro querido amigo Souza. Para devolverle la vida. Los cupos han terminado.

-¿Qué dice? -preguntó Jorgenson, extrañado-. ¿Qué ha encontrado allí arriba? -Reparó entonces en Adams, dándose cuenta de qué Nicholas no había regresado solo-. ¿Quién es ése, puede usted explicárnoslo?

Nicholas contestó:

-Lo haré cuando me dé la gana.

-Aún es presidente del tanque -observó Flanders a Jorgenson-. Podemos esperar hasta que le dé la gana; lo importante es que ha traído el páncreas. ¿Quieres que además de eso nos suelte ahora un discurso?

-Era simple curiosidad -cedió Jorgenson.

-¿Dónde está Carol? -preguntó Nicholas, mientras cruzaba el grupo de hombres seguido de Joseph Adams, encaminándose a la puerta del almacén. Llegó ante ella, asió el picaporte y...

La puerta estaba cerrada con llave.

Jorgenson observó:

-No podemos salir de aquí, señor presidente. Ninguno de nosotros.

-¿Quién lo dice? -preguntó Nicholas, tras una pausa.

-Pues lo dice Carol -repuso Haller-. Pensando en usted y en la peste de la bolsa, el mal del encogimiento o cualquier otra contaminación bacteriana que usted -e indicó con un gesto a Adams- o su acompañante pudieran traer. Y teníamos que quedarnos aquí, al pie del túnel, por si el que activase la alarma no fuera usted sino... -titubeó-. Bien, el caso es que teníamos que estar aquí dispuestos a cualquier eventualidad, o para darle la bienvenida. Aunque no hubiese traído el artiforg. Porque, al fin y al cabo, se jugó la vida por intentarlo.

Bajó la vista con embarazo.

-Sí; usted se jugó la vida -asintió Jorgenson.

Nicholas respondió con acritud:

-Bajo amenaza de hacerme volar en pedazos, y a mi familia conmigo.

-Es posible -admitió Jorgenson-, pero la realidad es que usted fue y encontró lo que buscaba, sin limitarse a asomar la cabeza fuera del agujero para escurrirse otra vez abajo y decirnos: «Lo siento, amigos, no hubo suerte». Nada le habría impedido hacerlo, porque nosotros no hubiéramos podido demostrar nada, ni acusarle de no haberlo intentado.

Ahora todos parecían avergonzados. Tenían un complejo de culpabilidad, se dijo Nicholas. Se avergonzaban de haber tenido que recurrir a tácticas terroristas para obligarle a ir. Y ahora, pensó, su presidente había vuelto con el artiforg; el viejo Maury Souza sería reanimado y volvería a ocupar su empleo anterior. Nuestra producción de robots continuaría y haremos frente a los cupos de producción. Con la única diferencia de que ahora vuestro presidente sabe la verdad. Una verdad que ignoraba cuando se fue para subir por el túnel y salir a la superficie de la Tierra... donde descubrió lo que el comisario Nunes ya sabía desde siempre.

Ahora no le extrañaba que Nunes se empeñase tanto en que todos los trámites se hicieran por vía oficial... es decir, por mediación de él mismo; no quería ningún contacto *directo* con el mundo exterior.

A la luz de todo ello, no era extraño que el comisario político fuese una pieza esencial en cada tanque.

Siempre había estado claro que el comisario político desempeñaba una función vital para *alguien*... presumiblemente para el Gobierno de Estes Park. Pero sólo cuando él subió a la superficie y consiguió regresar pudo comprender cuán vitales eran aquellas funciones, y a quién beneficiaban.

-Muy bien, ¡qué se le va a hacer! -dijo Nicholas a los miembros del comité, soltando el picaporte-. ¿Y qué se propone hacer Carol? ¿Someternos a un proceso de descontaminación?

Para matar unas bacterias, unos microbios y unos virus que él sabía inexistentes. Sintió la tentación de decírselo a todos, pero se contuvo a tiempo. Sería prematuro; tenía que decírselo en el momento adecuado. Tendría que actuar con gran prudencia, porque si se iba de la lengua antes de tiempo podía desencadenar una reacción incontrolable, de cólera por otra parte

justificada. Todos querrían salir como locos por el gran montacargas que empleaban los robots. Ellos armados con sus pistolitas de fabricación casera... y los veteranos y aguerridos robots los exterminarían como ratas a medida que fueran saliendo, y sería el fin de todo.

Dijo Jorgenson:

-Ya hemos avisado a Carol de su llegada por el intercomunicador; no tardará. Tenga usted paciencia. Souza está en el congelador y puede esperar una hora más. Ella le injertará el páncreas hacia el mediodía. Mientras tanto, nos quitaremos la ropa, la dejaremos aquí, y luego pasaremos a la cámara que hay al otro lado de esa puerta. Esa cámara la hemos construido nosotros mismos en los talleres; pasaremos por ella desnudos, uno a uno, y unos chorros de diversos desinfectantes nos rociarán completamente...

Adams murmuró al oído de Nicholas:

-Nunca hubiera imaginado hasta que punto se lo creen. Es asombroso. Nosotros pensábamos que lo aceptaban de una manera puramente intelectual, pero no hasta ese punto.

Hizo un expresivo gesto.

-Lo aceptan completamente -asintió Nicholas-. A todos los niveles emocionales. Hasta el nivel animal fóbico fundamental; hasta la capa más profunda de su personalidad.

Luego empezó a desnudarse con resignación. Hasta el momento de decírselo, no había otra opción. Era preciso cumplir el ritual.

Finalmente, como impelido por un remoto reflejo de origen oscuro e impreciso, Adams también empezó a desabrocharse la camisa.

29

A la una de la tarde, Carol Tigh injertó con éxito el páncreas a Maury Souza, que aún seguía sometido a hibernación. Luego, utilizando el mejor instrumental médico del tanque, restableció la circulación, los latidos cardíacos y la respiración; el corazón empezó a bombear sangre por las venas y arterias, estimulado primero y luego de manera espontánea. Entonces le fueron retirados uno a uno y cautelosamente, con mano experta, los estimuladores artificiales que le habían sido implantados.

Los electroencefalogramas y electrocardiogramas que le fueron hechos durante las siguientes horas, que eran las críticas, indicaron que su organismo reaccionaba normalmente; el viejo Souza tenía buenas perspectivas de recuperarse y de vivir unos cuantos años más, años que iban a ser muy importantes.

Todo había ido bien. Después de permanecer largo tiempo junto a la cabecera del viejo mecánico, viendo como las plumillas trazaban curvas sobre las tiras de papel, Nicholas se fue satisfecho, al comprobar que se mantenían las constantes vitales.

Al fin había llegado el momento de reunirse con su pequeña familia en el habitáculo que ocupaban, con un único cuarto de baño compartido por la familia vecina. Iba a reanudar la antigua vida en el tanque.

Por poco tiempo.

Y después, se dijo mientras se alejaba solo por el corredor de la clínica hacia la rampa que conducía a su propia planta, sonarán las trompetas y se levantarán, no los muertos, sino los engañados. Y su carne no será incorruptible, triste era reconocerlo, sino mortal y muy mortal, perecedera. Y, además, los «muertos» estarán furiosos.

Serán como un enjambre de avispas fumigadas e irritadas, que se lanzarán al ataque. Primero será este tanque, pero para entonces ya habremos establecido contacto con los tanques vecinos y se lo habremos contado todo. Habrá que pasar esta información hasta que la conozcan todos. Y por último habrá una población planetaria de avispas furiosas; y si todas salen a la superficie simultáneamente, ningún ejército de robots podrá contenerlas. Quizá perezca una tercera parte, pero no más.

Pero todo dependía de lo que dijese la televisión durante las próximas veinticuatro horas. De lo que tuviese que decirles Talbot Yancy; ya fuese el verdadero o el falso.

Primero esperaría a que Yancy hablase.

Y ¿quién habría vencido? ¿Brose o Lantano? ¿Quién vivía en estos momentos y tenía en sus manos el poder? ¿Y cuál de ellos habría muerto?

El próximo discurso de Yancy despejaría la incógnita. Probablemente lo sabría al cabo de las diez primeras palabras que pronunciase la imagen de la pantalla.

Y ¿a cuál de ellos deseamos ver aparecer?, se preguntó al llegar frente a la puerta de su pequeño cubículo. Adams podría responder a eso mejor que yo. David Lantano se portó bien conmigo, me facilitó la obtención del artiforg. Pero antes, sus propios robots se disponían a matarme... me hubieran matado, si aquel hombre, en su fase más vieja, con la tez artificialmente blanqueada de Yancy, no hubiera intervenido para evitarlo. O quizá lo que iba a aparecer allí arriba o aparecería con el tiempo sería otra cosa: ni Lantano ni Brose, sino una combinación de ambos. Mientras trabajaban para abrir la boca del túnel, Adams había apuntado esa posibilidad; un dispositivo nuevo, resultado de una alianza entre Webster Foote, con su organización policíaca planetaria, y Louis Runcible con su gigantesco imperio económico. Que atacaría a la Agencia y a su ejército de robots, muchos de ellos gatos viejos y expertos, que habían combatido en la última guerra y sólo deseaban un pretexto para luchar de nuevo... ya fuese a las órdenes de Stanton Brose o de David Lantano.

Abrió la puerta de su cubículo.

-Hola -le dijo ella con voz suave.

-Hola -contestó él erguido en el umbral, confuso, sin saber si entrar o salir, tratando de interpretar la actitud de su esposa.

Levantándose, Rita le dijo:

-Me alegro de que hayas regresado. ¿Cómo estás?

Avanzó hacia él con tanta incertidumbre como la de Nicholas.

-A lo que parece no has contraído la peste de la bolsa. Esto era lo que me daba más miedo, después de todo lo que he visto y oído en la televisión y de lo que nos dijo Dale Nunes antes de... desaparecer.

El la abrazó y la apretó contra su pecho.

-¡Cuánto me alegro, Nick! -exclamó Rita, devolviéndole el abrazo con pasión-. Hace unos momentos ha habido llamada general; tenemos que reunirnos todos en el gran salón ahora mismo para escuchar al Protector, pero yo no pienso ir... Nunes, como sabes ha muerto, y ahora nadie puede obligarnos a asistir a esas estúpidas reuniones. Así que me quedo contigo.

Volvió a abrazarle fuertemente, pero él se separó.

-¿Qué te pasa? -exclamó ella, sorprendida.

-Me voy a oír al Protector.

Y con dos zancadas se plantó en la puerta. Pero ¿qué importa eso ahora?...

El ni siquiera le respondió; ya estaba corriendo por el pasillo hacia la rampa.

Momentos después entró en el gran salón, donde sólo halló una quinta o sexta parte de los moradores del tanque. Al ver a Joseph Adams, se dirigió hacia él y tomó asiento a su lado.

La gigantesca pantalla ya estaba iluminada; unas pulsaciones recorrían su superficie, pero aún no aparecía nada.

Adams le informó brevemente:

-Estamos esperando. El presentador ha pedido perdón por esta demora -tenía el semblante pálido y demudado-. El, es decir, Yancy... ha salido un momento, y luego se ha borrado la imagen. Como si -dirigió una significativa mirada a Nicholas hubieran cortado el cable coaxial.

-¡Jesús! -exclamó Nicholas, y notó que su corazón, después de un sobresalto, empezaba a latir tumultuosamente-. Eso quiere decir que aún siguen luchando por el poder.

-Ya veremos -dijo Adams, en tono frío y técnico-. No tardaremos en saberlo.

Su actitud parecía deliberadamente imparcial, y estaba decidido a mantenerla.

-¿Estaba ante su gran mesa de roble, con la bandera detrás?

-No sabría decírselo. Ha sido demasiado fugaz; apenas ha durado un segundo. Yo creo -Adams hablaba en voz baja pero muy clara mientras, a su alrededor, los ciudadanos del tanque iban sentándose sin prisas, con gestos de aburrimiento para bostezar, murmurar o charlar. Aquella gente no sabía la trascendencia que aquello podía tener para ellos, para su porvenir-, a decir verdad, que el choque no se ha producido a las nueve de la mañana, hora de Nueva York. A lo que parece, está produciéndose ahora. -Consultó su reloj-. En la Agencia son las seis de la tarde. Eso quiere decir que lo que sea, ha venido durando todo el día.

Dirigió entonces su atención a la gran pantalla, y guardó un silencio expectante, que Nicholas rompió para decir:

-Eso significa que el dardo falló.

-Tal vez. Pero eso no sería el fin. Lantano no se resignará a morir tan fácilmente. Analicémoslo paso a paso. En primer lugar, el arma empleada avisa instantáneamente a su dueño en caso de errar el blanco. Dondequiera que esté, aunque sea a dos mil kilómetros de distancia, Lantano habrá sabido en seguida la mala noticia. En cuanto a Foote... en estos momentos debe de estar con algo muy importante entre manos, seguramente en Ciudad del Cabo. Si es tan inteligente como supongo, espero que haya ido a Ciudad del Cabo, para decirle a Runcible la verdad sobre el proyecto especial. Y recuerde que en esos bloques de viviendas de Runcible hay miles y miles de fugitivos. Es posible que los haya armado, instruido y preparado para...

Se interrumpió.

En la pantalla apareció la cara enorme, tridimensional y bronceada familiar a todos. El rudo y saludable rostro de Talbot Yancy.

-Norteamericanos todos -dijo Yancy con su voz grave y firme algo campanuda pero agradable incluso simpática-. Con humildad, y ante Dios tengo que haceros un anuncio de tan suma importancia que sólo puedo dar las gracias al Todopoderoso por haberme permitido vivir junto a todos vosotros, hasta el día de hoy. Amigos míos...

Ahogaba su voz la emoción, refrenada no obstante por el férreo estoicismo de aquel hombre, de pura fibra castrense. Viril siempre, aunque a la sazón pareciese conmovido. Así se mostraba Talbot Yancy en aquellos momentos, y Nicholas se vio incapaz de discernir lo que veía. ¿Era el simulacro que siempre les había dirigido la palabra desde la pantalla de la televisión, o era...?

La cámara se retiró y mostró toda la mesa de roble y la bandera, como siempre.

Nicholas susurró al oído de Joseph Adams:

-Brose los ha derrotado. No han conseguido matarlo.

Los miembros, le pesaban como si fuesen de plomo. Se sentía abatido, hundido. Todo había terminado.

Sí, aquello debía ser. Aunque... quizá fuese mejor así. ¿Quién podría decirlo? ¿Quién lo sabría jamás? Y, sin embargo, la tarea verdaderamente importante aún no había empezado para él ni para los habitantes de los tanques. Nada menos que una guerra total, absoluta, sin cuartel, cuando tratasen de salir a la superficie y establecer unas cabezas de puente en ella.

En la pantalla, Talbot Yancy añadió con voz temblorosa, vencida por la emoción.

-Hoy puedo informaros a todos cuantos vivís bajo tierra, donde por tantos años habéis trabajado y sufrido...

Adams rezongó:

-¡Al grano!

-...sin quejaros, soportando las mayores penalidades, sin desmayar nunca en vuestra fe... ahora puedo deciros que esa fe puesta a prueba en tantas ocasiones ha resultado justificada. La guerra, amigos míos, ha terminado.

Al cabo de unos momentos -en el salón y entre los espectadores reinaba un silencio de muerte- Nicholas se volvió para mirar estupefacto a Adams.

-Y muy pronto, amigos -continuó Yancy con el mismo tono solemne y pausado-, podréis regresar al mundo bañado por el sol, que es el vuestro. Al principio os sorprenderá lo que veréis; vuestra adaptación será difícil y necesariamente lenta, debo decíroslo; además, la evacuación tendrá que efectuarse por etapas. Pero va a empezar inmediatamente, puesto que ya han cesado todas las hostilidades. La Unión Soviética, Cuba, y todos los países del Bloque Socialista han aceptado la rendición incondicional...

-¡Es Lantano! -musitó Adams, sin creer en lo que oía.

Abandonando su asiento, Nicholas recorrió el pasillo para salir de la gran sala.

En el corredor se detuvo para meditar a solas y en silencio. Evidentemente Lantano, con ayuda de Webster Foote o sin ella, había conseguido eliminar a Brose aquella misma mañana con el dardo de gran velocidad; o quizá más tarde, y con otra arma, necesariamente apuntada también al decrépito cerebro, pues éste era el único órgano de Brose que no podía ser reemplazado. La pérdida de aquel órgano significaba la muerte para su dueño. Y así había ocurrido.

Brose había muerto, de eso no cabía la menor duda. Acababa de tener la prueba de ello... la prueba que estaban esperando. La única señal que podíamos recibir aquí abajo. El reinado de los hombres de Yance, el engaño de aquellos trece años, o de cuarenta y tres si se tenían en cuenta los Documentales de Fischer, había terminado.

Para bien o para mal.

Adams apareció a su lado y se detuvo un momento; ambos permanecieron silenciosos hasta que Adams dijo:

-Ahora todo depende de Runcible y de Foote. Quizá puedan llegar a un acuerdo con Lantano para moderar sus ímpetus y lograr lo que según la frase antigua se llamaba en política un equilibrio de poder. Quizá lo consigan recurriendo al Consejo de Reconstrucción para que... -se encogió de hombros-. Sabe Dios lo que pasará. Espero que lleguen a un acuerdo. Estamos metidos en un buen lío, Nick. Lo sé aunque no esté arriba para verlo; es un lío terrible y lo será durante mucho tiempo.

-Pero eso no impedirá que empecemos a salir -objetó Nicholas.

A lo que Adams contestó:

-Tengo ganas de ver cómo Lantano, o quienquiera que sea ahora el amo del simulacro... tengo ganas de ver, repito, cómo explicarán esos millones de hectáreas de prados y arbolado. Eso encontrarán los que salgan, en vez de inmensas extensiones calcinadas y radioactivadas.

Sonrió e hizo una mueca, cortada por un rápido tic; docenas de ideas y sensaciones en conflicto, junto con emociones cada vez más profundas y fuertes, cruzaron por su rostro mientras su mente sopesaba todas las posibilidades. El escritor que había en él, el hombre de Yance, el intelectual que era, surgió de nuevo a la superficie en aquellas condiciones de excitación, tensión y miedo.

-¿Qué demonios -exclamó- podrán decir «ellos», quienesquiera que sean? ¿Qué historia aceptable podrán inventar? Santo cielo, a mí no se me ocurre ninguna de momento, tal como están las cosas. Sin embargo, Lantano tal vez pueda. Usted no sabe, amigo Nick, hasta qué punto es inteligente ese hombre. Sí, acaso él se saque una explicación convincente de la manga.

-¿Quiere decir eso -le preguntó Nicholas-, que la principal mentira aún tiene que venir?

Tras una larga pausa, durante la cual se le vio claramente debatirse en su lucha interior, Adams contestó:

-Sí.

-¿Y por qué no se limitan a decir la verdad?

-¿La verdad? Oiga, Nick: sea cual fuere la combinación a que han llegado, las turbias negociaciones y los pactos inconfesables que se hayan producido por parte del grupo o la

Librodot

persona que de momento tiene los triunfos en la mano, después de este día interminable... e independientemente de lo que haya ocurrido, ahora tienen una misión que cumplir, Nick: explicar la existencia de todo un planeta convertido en un parque verde y cuidado. Este es el meollo de la cuestión. Y no se trata de explicarlo satisfactoriamente a usted, a mí, o a unos cuantos habitantes de los tanques, sino a millones de escépticos hostiles y verdaderamente furiosos, que analizarán cada una de las palabras emitidas por la televisión desde ahora en adelante. ¿Le gustaría encargarse de ese trabajo, Nick? ¿Qué haría usted si se lo confiaran?

-Pues no lo aceptaría -repuso Nicholas.

-Yo sí -dijo Adams. Su rostro estaba contraído por el sufrimiento, y con lo que le pareció a Nicholas una ambición devoradora, auténtica e inconfundible-. Daría cualquier cosa por estar allá arriba, sentado en mi despacho de la Agencia, en el 580 de la Quinta Avenida de Nueva York, siguiendo por el monitor esta emisión enviada por cable coaxial. Ese es mi trabajo. *Era* mi trabajo. Pero la niebla y la soledad me asustaron; permití que se apoderasen de mí. Pero si ahora pudiera volver, ya no volvería a ocurrirme; las mantendría a raya. Porque esto es muy importante; durante todo el tiempo estábamos preparando este momento, cuando tuviéramos que explicarlo todo. Todo se reducía a esto y ahora que el momento ha llegado al fin, *yo no estoy allí*; he huido para esconderme..., de la manera más vergonzosa.

El sufrimiento, la sensación de derrota, el sentirse apartado de ellos y de su trabajo, le ahogaron como si hubiera recibido un brutal puñetazo en pleno estómago; como si hubiera sido empujado y se sintiera caer sin nada donde asirse, manoteando en el vacío con fútiles movimientos desesperados.

-Todo ha terminado -le dijo Nicholas, sin molestarse en hablarle con amabilidad-. Ha terminado para usted personalmente, y ha terminado para todos ellos.

«Porque voy a decirles la verdad», se prometió.

Ambos se miraron en silencio. Adams parpadeaba desde el pozo en que caía sin cesar. Ambos se miraron sin amistad, sin el menor calor humano. Separados el uno del otro. Irreconciliables.

Y segundo a segundo la sensación de vacío, la distancia que los separaba, se fue haciendo mayor. Hasta que el propio Nicholas lo sintió, sintió la garra de lo que Joseph Adams había llamado siempre... la niebla. La niebla interior y silenciosa.

-Muy bien -articuló Adams-. Proclame usted la verdad; construya una pequeña emisora de onda corta y de diez watios, y avise al próximo tanque para revelarles su sacrosanta verdad... Yo me vuelvo a mi residencia, para encerrarme en mi biblioteca, donde ya debería estar ahora. Y voy a escribir un discurso. Le juro que será el mejor que haya escrito en toda mi vida. La culminación de mi carrera. Porque eso es lo que ahora se necesita. Será mejor que lo más selecto de Lantano; como me lo proponga realmente, lo dejaré tamañito... Nadie puede competir conmigo en mi profesión. Soy el mejor. Así que ya veremos, Nick. Espere a ver quién gana, a quién creerán cuando todo esto haya terminado. Aproveche su ocasión, porque yo no pienso dejar escapar la mía... No toleraré que prescindan de mí ni que quieran desplazarme.

Después de estas palabras se quedó mirando fijamente a Nicholas.

Rita, excitada y sin aliento, apareció en el pasillo corriendo al encuentro de su marido.

-¡Acabo de enterarme, Nicholas... La guerra ha terminado y podremos salir a la superficie! Por fin podremos empezar a...

-Todavía no -la interrumpió Nicholas-. Las cosas aún no están preparadas. Las condiciones en la superficie aún no son favorables -y devolvió a Adams su mirada fija y dolorosa-. ¿Verdad?

-No lo son todavía -dijo Adams con voz lenta y maquinal, como si se hubiera ausentado dejando sólo una pequeña parte de su persona, que aún le permitía responder-. Pero, como usted ha dicho -añadió-, las condiciones mejorarán.

-Así, es verdad -dijo Rita, jadeante-. Hemos ganado la guerra; los del Pac-Peop se han rendido a nuestros ejércitos de robots. Así lo ha dicho Yancy; el discurso fue retransmitido a todas las viviendas del tanque; y lo oí desde la nuestra. -Al ver la expresión de su marido, tartamudeó-: No es... no se trata de un simple rumor. Lo ha dicho el propio Yancy, el Protector en persona.

Volviéndose a Adams, Nicholas dijo:

-¿Qué le parece esto? ¡Diga que es broma!

-No -repuso Adams con energía, poniéndose de nuevo a pensar con rapidez y sopesando cada una de las palabras de Nicholas-. Eso no sería suficiente.

-El nivel de radiación -dijo Nicholas. Se sentía cansado. Pero no demasiado, a fin de cuentas, ni excesivamente pesimista, y mucho menos desesperado. Pese a todo cuanto él y Adams veían claramente: la tarea que habían visto llegar poco a poco durante tantos años de espera, improductivos para ambos-. La radiactividad -musitó luego.

Al oír esto, los ojos de Adams brillaron intensamente.

-La radiactividad -repitió Nicholas- ha alcanzado finalmente niveles tolerables, después todo el tiempo transcurrido. Ahí lo tiene: ¿qué le parece? Y durante todos estos años usted se veía obligado a decir (no tenía otra opción, no podía hacer otra cosa; era moral y prácticamente necesario decirlo) que la guerra aún continuaba. De lo contrario la gente, y usted ya sabe cómo son, habría irrumpido en la superficie.

-Lo cual habría sido una locura -dijo Adams, asintiendo con lentas cabezadas.

-Habría sido prematuro, en efecto -agregó Nicholas-. Al actuar de manera tan estúpida, la radiación los habría matado. Por lo tanto, y si se mira bien, esto ha sido un sacrificio. La responsabilidad moral que acarrea el mando. ¿Qué le parece?

-Sólo sé que ya se nos ocurrirá algo -dijo Adams quedamente.

-Sé que usted sabrá encontrarlo -le dijo Nicholas. *Excepto esta única cosa*, se dijo, mientras rodeaba con el brazo la cintura de su esposa para atraerla hacia sí.

No irás a ninguna parte.

Porque nosotros no te lo permitiremos.

FIN